COLECCIÓN CEIBA

Martín Luis Guzmán

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE



EDITORIAL CASIOPEA



Martín Luis Guzmán

Martín Luis Guzmán nació en Chihuahua, México, en 1887. Formó parte del Ateneo de la Juventud junto con José Vasconcelos, Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. En 1913 fundó el periódico de oposición *El Honor Nacional.* Durante la revolución mexicana se unió a los carrancistas y luego pasó a las fuerzas de Villa, de quien fue secretario y asesor político y, en 1914, representante ante Carranza, quien lo hizo detener y ordenó su destierro. Liberado por los convencionistas recibió el grado de coronel y fue nombrado secretario general de la Universidad de México y director de la Biblioteca Nacional. Derrotada la Convención se exilió en España, donde publicó *La querella de México* (1915) y colaboró en varios periódicos. Viajó a los Estados Unidos; ahí escribió su segundo libro *A orillas del Hudson* (1920). Fue profesor de literatura de la Universidad de Minnesota y dirigió *El Gráfico,* periódico de Nueva York que se editaba en castellano; regresó a México en 1920. Opositor del Presidente Álvaro Obregón, debió exiliarse nuevamente. Vivió de 1925 a 1936 en España, donde publicó, entre otros libros, *El águila y la serpiente* (1928), *La sombra del caudillo* (1929), *Aventuras democráticas* (1931), *Mina, El Mozo* (1932), *Filadelfia, paraíso de conspiradores* (1933). Volvió a México en 1936, año en que apareció su libro *Memorias de Pancho Villa.* Ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua. Recibió el Premio Nacional de Literatura en 1958.

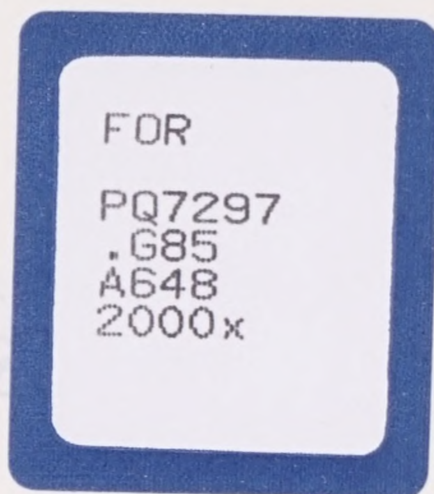
EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

COLECCIÓN  CEIBA

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

Martín Luis Guzmán


EDITORIAL CASIOPEA



Editora: Marta Fonolleda

Director de colección: Mario Campaña

Imagen de la cubierta: V. Casasola

Maquetación: Editor Service, S.L.

Santaló, 148, 2° 1ª - 08021 Barcelona

e-mail: editocasiopea@ctv.es

Primera edición: octubre 2000

Impreso en España por Kosmos
ISBN: 84-95446-05-7 / Depósito legal: B-38.915-2000

Índice

Primera parte
Esperanzas revolucionarias

Libro primero
Hacia la Revolución

Libro segundo
Camino de Sonora

Libro tercero
Umbrales revolucionarios

Libro cuarto

Andanzas de un rebelde

Libro quinto

Tierra sinaloense

Libro sexto

Viajes revolucionarios

Libro séptimo

Iniciación de villista

Segunda parte
En la hora del triunfo

Libro primero
Camino de México

Libro segundo
Justicia revolucionaria

Libro tercero
Prisión de políticos

Libro cuarto
La cuna del convencionismo

Libro quinto
Eulalio Gutiérrez

Libro sexto
Villa en el poder

Libro séptimo
En la boca del lobo

Primera parte

Esperanzas revolucionarias

Libro primero

Hacia la revolución

1

LA BELLA ESPÍA

Al apearme del tren en Veracruz, recordé que la casa de Isidro Fabela —o más exactamente: la casa de sus padres— había sido ya momentáneo refugio de revolucionarios que pasaban por el puerto en fuga hacia los campos de batalla del Norte. Aquéllos eran luchadores experimentados; combatientes, hechos en la revolución maderista, cuyo ejemplo podían y aún debían seguir los rebeldes primerizos. Quise, pues, acogerme yo también a la casa que tan bondadosamente se me brindaba, y me oculté en ella, durante todo el día, rodeado de una hospitalidad solícita y amable.

Cuando cerró bien la noche salí de mi escondite para dirigirme a los muelles. Me embargaba una sola preocupación: ¿me admitirían en el buque tan a deshoras? Caminaba aprisa, no obstante mis dos maletas, las cuales, a la vez que con su peso me abrumaban, parecían aligerarlo todo con su contacto. Porque llevarlas en ese momento era, no sé por qué, como tener asida entre las manos la realización del viaje que esperaba emprender al otro día.

En las calles próximas a la Aduana me envolvió el olor de fardos, de cajas, de mercancías recién desembarcadas; lo aspiré con deleite. Más lejos, el espacio precursor de los malecones me trajo la atmósfera del mar: se vislumbraban en el fondo vagas formas de navíos, perforadas algunas por puntos luminosos; corrían hacia mí brillos de agua; descansaban, abiertas de brazos, las grandes máquinas del trajín porteño.

¡Cómo se aceleró entonces con mis recuerdos el pulso de mi emoción! Por aquellos sitios, fuente de mis supremas fantasías de la infancia, me deslizaba hoy, al amparo de la noche, en busca de un barco y de lo desconocido.

Llevaba en mi cartera cincuenta dólares; en el alma, una indignación profunda contra Victoriano Huerta.



El capitán del *Morro Castle* no se sorprendió cuando le dije que necesitaba yo embarcarme en el acto, pese a los reglamentos y a la costumbre. La historia de que yo era revolucionario constitucionalista, y de que corría gravísimo peligro de que me aprehendiesen las autoridades veracruzanas, hizo mella en su alma de marino viejo. Por breves segundos clavó en mí su mirada franca, clara, azul. Luego, como para reflexionar más hondamente, contempló la pipa que tenía en una de las manos; y por último, mirándome otra vez, me dijo con voz grave y simpática, con voz que daba suavidad al peculiar acento de los marinos de la Nueva Inglaterra:

—Por supuesto que se queda usted a bordo, pero con una condición: que no saldrá de su camarote mientras no suene la hora en que han de embarcarse mañana los pasajeros. De lo contrario, podríamos tener dificultades.

Fuimos enseguida a la oficina del sobrecargo para legalizar, de alguna manera, mi presencia en el buque. Allí enseñé mi billete y el permiso del cónsul y llené otros dos o tres requisitos, a cuál más insignificante.

—Voy a acompañarlo a usted hasta su camarote —dijo el capitán, así que me dispuse a seguir al camarero que había cogido mis maletas y avanzaba ya para mostrarme el camino.

Y en efecto, tomándome de un brazo, me llevó, inquisitivo y locuaz, por pasillos y escaleras. Ya en la puerta del camarote, me tendió la mano con aire de despedirse, pero todavía así prolongó su charla unos instantes. Quiso conocer mi opinión sobre la muerte de Madero; me habló, sin mencionar nombres, de un grupo de revolucionarios que habían ido en su barco, en el viaje anterior, hasta La Habana. Total: que al separar-

nos nos tratábamos como antiguos amigos. Tras darme una palmadita en el hombro, se despidió así:

—*Good night, old chap.*

Minutos después, mientras me acomodaba yo en la litera, hice rápidas consideraciones optimistas. «No es poca fortuna —me decía— que los yanquis, salvo excepciones raras, sean gente a quien se puede hablar con franqueza. ¡Qué gran país el suyo si la nación fuera como los individuos!»



Los pasajeros empezaron a subir al barco a eso de la una de la tarde; a las cinco el *Morro Castle* rebosaba de gente, y a las seis, hora en que salimos del puerto, no podía darse un paso sobre cubierta ni se encontraba sitio libre en parte alguna.

Apenas pasada la bocana y cogido el rumbo, los más sentimentales de los viajeros —¿quién en tales casos no lo es?— nos apiñamos hacia la parte de popa para ver desvanecerse a lo lejos el panorama veracruzano. El paisaje era crepuscular, misterioso. Casi a ras de agua, las hileras de luces del puerto se confundían con las señales de la bahía, blancas y rojas; volteaba encima el aspa luminosa del faro. Y todo, nubes sanguinolentas del nacer de la noche, fajas sombrías de la costa, iba hundiéndose en el ocaso como si estuviera fijo en un mismo plano del cielo... El que dejábamos era un horizonte sobre el cual pesaba, sin tregua, el caer de los astros.

Los pasajeros del *Morro Castle*, aunque muchos en número, no sumaban en conjunto grandes atractivos. Pertenecían en lo general a ese tipo gris, medio descastado, medio cosmopolita, que infesta con sus modales seguros y fácil estupidez los barcos de todos los mares de la tierra. A primera vista no descubrí más que unas cuantas personas interesantes: un grupo de cuatro hombres —los cuatro mexicanos, ninguno muy bien vestido y todos, a juzgar por ciertas frases que atrapé al vuelo, bastante mal hablados—; una norteamericana hermosísima —rubia, seductora, de aspecto equívoco, de edad incierta—, y un yanqui como de treinta años —fuerte, risueño, sencillo y enérgico— que luego resultó ser mi compañero de camarote. Cierto que esta impresión, por lo rápida y su-

perficial, debía considerarse incompleta o engañosa desde luego: la muchedumbre de viajeros que llenaba el salón no se prestaba, en aquellas primeras horas, a trabar conocimiento con nadie; en la cubierta, además se envolvía todo en una penumbra que si era grata para el reposo y la meditación, era también perfectamente aisladora.



Al otro día inauguré mis labores de a bordo poniendo cerco al grupo de cuatro mexicanos. Pronto descubrí que eran revolucionarios constitucionalistas. Uno, a quien los otros guardaban muchas consideraciones, si bien le hablaban siempre en tono algo regocijado, era doctor y se llamaba Dussart. Su cuerpo pequeño contribuía a hacer agradable el contraste entre sus canas y su porte juvenil: era inquieto, ágil, ruidoso. Parecía el menos viejo de todos ellos, no obstante que en el resto del grupo sólo había un anciano: el rico de la partida, el que, al parecer, financiaba el viaje. Los otros dos eran jóvenes: uno moreno, rizoso, fornido y conversador, y el último —pariente del rico, o relacionado con él de alguna manera— el más joven de todos y de carácter discreto y sumiso.

Un incidente cualquiera fue pretexto para que cruzáramos las primeras palabras. Luego, enterados ellos de mis ideas políticas y mis propósitos, la intimidad se estableció como por magia. A coro nos desahogamos contra Victoriano Huerta; a coro dijimos bien de la memoria de don Francisco I. Madero y ponderamos las hazañas de Cabral y Bracamontes, con lo cual lo mejor de la mañana se nos fue en disquisiciones políticas y en construir castillos de naipes en torno a la personalidad de Carranza, de cuyo temple hacíamos la garantía del éxito revolucionario.

No tardó el doctor Dussart en entablar, aquel mismo día, relaciones amistosas con un sinnúmero de pasajeros, en lo que su presteza comunicativa no hallaba obstáculos. La hermosa norteamericana, a quien se acercó muy principalmente, fue una de las personas que primero lo escucharon, y, por lo visto, mostró tanta complacencia, que a las dos horas del primer contacto el doctor Dussart ya la traía inquieta con su excesiva galantería mexicana y la trataba con familiaridad que a nosotros nos dejaba asombrados. Lo más notable del suceso era que ni la hermo-

sa yanqui sabía jota de español —así al menos lo suponíamos entonces— ni el doctor hablaba en inglés más allá de cuatro palabras.

—¿Cómo se las arregla usted, doctor —le preguntábamos—, para entenderse con esa señora?

—Muy fácilmente. El único idioma internacional —¡qué esperanto ni qué volapuk!— es el gesto, que nunca falla.

—Así y todo —le argüíamos—, el hecho es raro, pues, según parece, se trata de una señora decente.

—¡Qué duda cabe de que es decente! De no serlo, me guardaría muy bien de acercármele.



Por la tarde de ese primer día de nuestro viaje el doctor Dussart nos inició en el trato de su nueva amiga. No había cesado de ponderarnos las relaciones valiosas que, sin duda, debía de tener ella en los Estados Unidos, así como lo útil que podría sernos para los fines de «la causa». Necesitábamos —decía— hacerle la corte; estábamos obligados a conquistarla. Y como a él lo dominaba el impulso de la acción inmediata —una especie de demonio ejecutivo— concertó las cosas de tal manera con el *deck-steward* que, sin saberse cómo, se juntaron nuestras sillas de cubierta con la de la bella señora. A partir de esa tarde el corro que formábamos alrededor de ella figuró entre lo más folklórico y característico del viaje. Cuando no la rodeábamos todos, uno al menos la acompañaba.

El doctor Dussart, sin embargo, siguió disfrutando de los privilegios de la verdadera intimidad. Él era el compañero asiduo; él, el predilecto; él, el indispensable. La noche del segundo día conversó con ella —en movidísima plática realzada con gestos, risas y exclamaciones— hasta muy cerca de las once. Nosotros, en tanto, jugábamos al ajedrez en el fumador.



El tercer día de viaje se nos presentó cargado de novedades. Cuando los pasajeros despertaron, el barco estaba anclado frente a Progreso. Yo, ansioso de conocer siquiera a distancia, la tierra yucateca (tierra de mis mayores), anduve sobre cubierta desde antes del alba. ¡Qué aconteci-

miento tan sencillo, y al propio tiempo tan cuajado de evocaciones y misterio, el lento dibujarse de la baja costa de Yucatán en el horizonte de nácar de un amanecer de mayo! Resbalan sobre el agua extraños fulgores, como de eclipse de sol; el cielo se agrieta y deja ver, entre tiras de nubes, brillantes estrías que anuncian el torrente de luz. Y abajo y a lo lejos, sobresaliendo apenas de la línea del agua, va surgiendo el levísimo perfil de una tierra verde y vaporosa, aparecen los tonos lejanos de una vegetación tropical, aquí rala, semejante a una crestería.

Como íbamos a pasar muchas horas inmóviles ante el puerto mientras las bodegas del barco se llenaban de henequén, la espera introdujo cambios en la vida de a bordo. Los deportistas se instalaron en la popa y, ya muy avanzada la mañana, organizaron una partida de pesca de tiburones. Los feroces animales pululaban a ambos lados del buque. A veces se les veía a flor de agua, tajando las olas con su espina siniestra, y a veces los rayos candentes del sol del Golfo, al iluminar el seno del mar, los mostraban en toda su negrura contra el tono verde de las masas líquidas.

Cerca de los que dirigían las maniobras de la pesca nos encontramos reunidos, en cierto momento, muchos pasajeros: entre otros, el doctor Dussart, la hermosa norteamericana, el yanqui de mi camarote y yo. El doctor se empeñaba en contar a la norteamericana, en parte a señas, en parte en español y en parte en muy extraños vocablos ingleses, la vida y costumbres de los tiburones. Le relataba, para ilustrar sus teorías, anécdotas como la del fabuloso negro veracruzano, que dormía en el rompeolas, la cuerda del anzuelo atada a la cintura, en espera de que el tiburón mordiese; una de tantas noches el negro desapareció, y a los dos días el mar trajo a la playa las dos mitades de su cuerpo. Pero todo esto lo pintaba el doctor con trazos tan pintorescos y expresivos, que fueron apagándose a su alrededor las otras conversaciones y todos se pusieron a escuchar.

Cuando le tocó el turno a la historia del otro negro, el que en busca de los tiburones se echaba al agua con la faca entre los dientes, me aparté del grupo con mi compañero de camarote y le pregunté, señalando con la vista a la bella norteamericana:

—¿Usted conoce a aquella señora?

—No —me respondió—. Sólo una cosa sé de ella, y eso por casualidad. En Veracruz, horas antes de embarcarnos, almorzó en el Hotel de Diligencias en una mesa próxima a la que ocupábamos algunos amigos

y yo. Nos interesó su aspecto; se habló de ella, y alguien dijo que era agente de policía...

—¿De la policía de México? —interrumpí.

—No lo sé. No se me ocurrió preguntar si de la policía de México o de alguna otra.

Tamaña noticia no me hizo a mí ninguna gracia, y aun me sentí tentado de poner inmediatamente sobre aviso a mis amigos revolucionarios. Pero temeroso luego de una indiscreción, resolví al fin que haría mejor en guardar silencio y recomendar sigilo en términos generales.

Horas después un incidente imprevisto me forzó a variar de conducta. Poco antes de que el *Morro Castle* zarpara de Progreso, el doctor Dussart recibió un mensaje misterioso. Se lo entregó un individuo que había venido en el remolcador de los lanchones del henequén y que, después de estar a bordo unos cuantos minutos, regresó al puerto. Cuando el mensajero se hubo ido, el doctor nos pidió que nos reuniéramos para enterarnos de lo que sucedía, en el fumador.

—Acabo de recibir aviso cierto —nos dijo— de que viene en el barco, espiándonos, un agente de policía. Es indispensable estar en guardia, pues pueden pasar dos cosas: o que traten de entorpecer nuestro desembarco en Nueva York, o que nos impidan después, con enredos, cruzar la frontera de Sonora.

Tras esto se produjo una lluvia encontrada de hipótesis sobre el probable espía, así como sobre las consecuencias próximas y remotas del espionaje. Acerca del primer punto eran tantas las suposiciones, y algunas de ellas tan descabelladas, que me creí en el deber de revelar lo que me habían contado.

—Lo grave del caso —dije— es que, si resulta cierto algo que oí esta mañana, el espía acaso no sea otro que la hermosísima amiga del doctor y bella conocida nuestra: la norteamericana de quien no nos separamos desde el principio del viaje.

—¡Cómo!

—¡Imposible!

—Como ustedes lo oyen...

—¡Eso es absurdo!

—Lo que ustedes gusten —añadí—. Ni lo afirmo ni lo niego por mi cuenta. Digo lo que me contaron.

—¿Por quién lo sabe usted?

Pero en este punto nuestro conciliábulo hubo de suspenderse. Legiones de pasajeros estaban entrando en el fumador y algunos vinieron a sentarse junto a nosotros. Imposible seguir hablando.

Había anochecido. Hacía rato que navegábamos rumbo a La Habana y de la costa yucateca no se percibía ya sino el parpadeo de un faro.

2
UN COMPLOT EN EL MAR

Cuando volvimos a quedar solos en el fumador, ninguno de mis cuatro compañeros insistió en la incredulidad con que al principio acogieron mis palabras. Más de una hora había estado en suspenso nuestra conversación, y durante ese tiempo, mientras se relataban en nuestro entorno impresiones de la estancia frente a Progreso, o se hacían proyectos para la próxima escala en La Habana, nosotros habíamos meditado. Para mis amigos la cavilación dio buenos frutos: la noticia tenida poco antes por perfectamente absurda, parecía ahora posible y aun probable.

Dijo el doctor, reanudando el tema:

—¡Buena la hemos hecho! Pero ¿cómo diablos iba uno a imaginarse que resultara espía de Victoriano Huerta una yanqui tan guapa y tan señora?

Y a partir de aquí las reflexiones fluyeron unánimes y congruentes. A nadie se le ocultaba que considerando como agente secreto a la hermosísima norteamericana, se comprendían muchos detalles hasta entonces bien extraños: se explicaba, desde luego, la súbita afición que la extranjera había concebido por nosotros; se explicaba también —por lo menos en parte— la actitud, complaciente en extremo, con que disfrutaba de la asidua compañía del doctor (compañía a todas luces inocente y bien intencionada, pero, de cualquier modo, expuesta a interpretaciones malévolas). La más terminante confirmación de nuestras sospechas la descubríamos en este hecho inequívoco: sólo hacía tres días que habíamos salido de Veracruz y, no obstante eso, nuestra amistad con la norteamericana, gracias a que ella ponía cuanto era necesario, había realizado progresos inauditos tratándose de una dama respetable, así lo fuese sólo en apariencia.

—¡Qué se me figura —exclamó uno de los compañeros del doctor— que la tal señora nos engaña aun en lo de no saber castellano! Así se comprende que al doctor le entienda hasta los visajes.

El doctor, por supuesto, pronunció la última palabra. Con la vehemencia juvenil que tan graciosamente contrastaba con sus años, concluyó que lo importante, lo esencial, lo único, consistía en fraguar un plan y aplicarlo sin vacilaciones.

—Cada uno de nosotros cinco —dijo— debe urdir algo separadamente. Luego confrontaremos los diversos proyectos y sacaremos de allí lo que más convenga. Por cuanto a mí se refiere, ahora mismo me pongo a pensar. Al reunirnos otra vez esta noche, les expondré mis ideas. Espero que me otorguen su confianza.

La cosa, en realidad, no merecía la importancia que le dábamos. Pero el doctor Dussart, espíritu inquieto en exceso y revolucionario harto entusiasta, se movía con dinamismo muy suyo: pertenecía a esa especie de temperamentos para quienes es imperativo andar viendo visiones. En los días de nuestro viaje, además, nada le aterraba tanto como la idea de no poder llegar a Coahuila o Sonora. Consentir que eso fuera posible equivalía a sacarlo de quicio: vociferaba, perdía su habitual palidez, se sacudía, y echaba, en fin, mano de tales medios de expresión, que las trepidaciones del *Morro Castle*, empujado por sus hélices, desaparecían bajo el trémolo de la ira del fogoso médico revolucionario.

En la segunda junta de esa noche nos trazó su plan con derroche de frases imaginativas y pintorescas. En resumen, el plan se concretaba a esto: Primero: el doctor le haría el amor a la bella espía; un amor irresistible, de fuego y efectos rápidos. Segundo: una vez dominada la señora, el doctor le propondría el matrimonio. Tercero: aceptado por ella el matrimonio, el doctor la convencería de que, en lugar de continuar en el barco hasta Nueva York, ambos debían quedarse en La Habana para unirse conforme a las leyes de Cuba. Cuarto y último: en La Habana él se habilitaría la manera de dejar plantada a nuestra enemiga minutos antes que saliera el *Morro Castle*, a bordo del cual se reuniría con nosotros. Detalles complementarios: Primero: nosotros contribuiríamos a la realización del plan ponderando repetidamente ante la hermosa norteamericana las fabulosas riquezas del doctor (sus haciendas, sus palacios, sus carruajes, sus cuentas en los principales bancos de México). Segundo: no nos daríamos con ella por enterados acerca del proyecto de casamiento, a fin de privarla en lo futuro de la posibilidad de invocar testigos.

—¿Y cree usted hacer todo eso en el día y medio que falta para llegar a La Habana?

Tal fue la pregunta que le hicimos todos. Pero él respondió con plena confianza en su capacidad:

—Todo. Para nosotros esto es un juego de niños.

A mí me pareció el plan extraordinariamente desproporcionado respecto de los hechos, y tan fantástico en cuanto a la ejecución, que creí soñar mientras Dussart lo exponía. Pero evidentemente yo no estaba en lo justo, pues visto el aplomo del doctor, su proyecto gozó de la mayoría de los sufragios: casi todos lo consideraron factible, sencillo, heroico, magnífico y digno, en consecuencia, de realización inmediata.

Aquella misma noche el doctor Dussart inició el asedio amoroso de la norteamericana. Por nuestra parte, toda la mañana siguiente nos la pasamos alabando, en presencia de ella —validos del manifiesto agrado con que nos oía— las cualidades físicas, intelectuales, morales y financieras del doctor, las últimas particularmente. Quién hablaba de los títulos y honores universitarios que en el doctor concurrían; quién, de sus fincas cafeteras y azucareras de tierra caliente; quién, de los inmensos territorios suyos, donde negreaba el ganado, y de sus depósitos bancarios en efectivo y valores; y quién, por último, de la grandeza de su alma, oculta tras un exterior pequeñito y risueño, alma que le impelía siempre a hacer felices a cuantos se le ponían cerca...

El trabajo de uno y otros parece que no fue en balde. La víspera de nuestra llegada a La Habana el doctor nos comunicó, triunfante, que la conquista era cosa hecha: la señora, ya casi decidida por el casamiento, resolvería esa noche, después de la cena, si por fin aceptaba interrumpir su viaje y detenerse en La Habana.

—Pero no hay peligro de que rehuse —terminaba el doctor—. Lo de las haciendas de ganado y las cuentas en los bancos la trae de cabeza... ¡Aceptará!... ¡aceptará!...

Y aceptó, en efecto.



Las treinta y seis horas que pasamos en La Habana fueron de lo más agradable, emocionante y divertido.

La yanqui bajó a tierra, mas no como nosotros —en calidad de visitantes en puerto de escala—, sino con todos sus baúles, maletas y sombrereras. Nos producía a la vez pavor y risa la sencillez con que aquella hermosa mujer había caído en el lazo del doctor Dussart. ¿Era éste, en el fondo, un gran psicólogo? En todo caso, aplicaba la regla inconsciente de los conocedores de hombres: no hay que contar con la inteligencia de los otros —los otros, por regla general, son estúpidos—. Y así se explica que su plan tuviera éxito.

El largo tiempo que necesitó el *Morro Castle* para entrar en la bahía, echar el ancla y recibir la visita de las autoridades, lo empleó el doctor en redondear su trato con la norteamericana. Los dos asistieron a los trámites de migración y sanidad como si pertenecieran a una sola familia y, mientras tanto, no había cesado él en insistir sobre hoteles y otros puntos de orden práctico. Quedaba convenido que ella, por de pronto, se alojaría en el Hotel Telégrafo y él en cualquier otro; después, celebrado el matrimonio, tomarían un departamento en el Hotel Miramar y gozarían allí de la luna de miel hasta el momento de embarcarse para los Estados Unidos o Europa.

Es innegable que en todos estos enredos el doctor Dussart ponía una travesura graciosamente cínica y convincente. Yo no sé cómo lo hizo, pero es un hecho que fingió tan bien sus preparativos para quedarse en La Habana, que el mismo sobrecargo del buque estaba convencido de que así iba a hacerlo. Ya en tierra, llevó a la perfección el simulacro de presentar en la Aduana un equipaje voluminoso; y por último, cuando la norteamericana se acercó a decirnos «*Good-bye*» con musicalidad entre afectuosa y agradecida, con musicalidad de énfasis satisfecho, sonriente, profundo, él vino también a abrazarnos y a despedirse con gran copia de aspavientos sentimentales. Era una gloria verlo.

—Y ahora —nos dijo a sovoz— mucho sigilo. Deséenme buena suerte. Lo principal ha salido bien; falta el desenlace.



No volvimos a verlo hasta el otro día, en la hora terrible de las responsabilidades. Sabíamos, porque nos lo había dicho anticipadamente, de cuál método pensaba valerse para dar cima a la empresa que traía en-

tre manos. Era un procedimiento tan sencillo como todo lo anterior: adormecer a nuestra enemiga, mientras llegaba el momento de reembarcarse, con distracciones continuas y promesas deslumbradoras y dulcísimas. Recorrerían en auto todos los jardines, plazas y calles. Iría con ella a las oficinas del Cable y, en su presencia, pediría a México, en mensaje cifrado, la suma cuantiosa indispensable para la boda: boda regia, digna de la belleza de la desposada, del gran cariño de él y de su posición social. Toda una mañana la pasarían visitando tiendas de joyas para que ella escogiese el aderezo que le regalaría él al casarse...

Sólo un punto consideraba el doctor expuesto a sorpresas y contratiempos: ¿lograría separarse de la espía, sin despertar sospechas, en el instante oportuno para volver al barco? Allí estaba el peligro, o el escándalo. Es verdad que contaba para eso con un subterfugio de noble calidad: primero se mostraría contentísimo de verse libre de sus compañeros revolucionarios; luego, simulando un arranque sentimental, vendría corriendo a darnos, en el último momento, el último abrazo... y se quedaría a bordo.

Así fue. Diez minutos antes de la hora fijada para que saliera de La Habana el *Morro Castle*, vimos al doctor Dussart saltar de una gasolinera a la escalerilla del buque. El salto fue tan vigoroso que el doctor botó contra la cuerda y estuvo a pique de irse al agua; por fortuna sólo se mojó los pies. Venía gozoso; su paso era ágil, su aire más juvenil que nunca.

Sus tres amigos y yo lo esperábamos en la meseta de la escala.

—Abrácenme, abrácenme —nos dijo—, que la muy diabla me espera en la punta del muelle y desde allí nos mira con sus gemelos. A última hora le ha entrado la desconfianza y con el pretexto de que también ella quería despedirse otra vez de ustedes, aunque de lejos, se ha traído con qué ver. Observen, observen cómo no nos quita la vista.

Era muy cierto. En el extremo del muelle se distinguía la figura de una mujer vestida de claro y en actitud de estar enfocando hacia nosotros unos anteojos.

—Pero ¿qué va usted a hacer, doctor, para salir con bien de este embrollo? —me apresuré a preguntarle, sabedor de cómo las gastaban en los Estados Unidos con tal clase de asuntos.

—Ya verán, ya verán —respondió—. Es una aventura soberana. Só-

lo que por poco me quedo en la suerte. Porque hay que convenir en que nuestra gentil enemiga es un bocado suculento. Otro habría perdido la cabeza... ¡Apuesto a que la habría perdido!... Todo lo que falta ahora es que este barco se largue de aquí. ¿Qué hora es?

—Ya debiéramos estar en el mar —dijo alguno de nosotros—. Pasan cinco minutos del momento señalado para la salida.

Y así, sin quitarnos de junto a la escala, seguimos hablando. Pero como pasara el tiempo y el *Morro Castle* no diera señales de partir, el doctor empezó a ponerse inquieto, luego nervioso, luego indignado.

—¿Cuánto se juegan ustedes —exclamó de pronto— a que este maldito barco va a echarnos a perder toda la combinación?

Y transcurrieron quince minutos, lo cual nos pareció bastante grave. El doctor, todavía más agitado que antes, se dio a vociferar.

—¡Al capitán, sí, al capitán! ¡Vamos a ver al capitán! Se dijo que el barco saldría a las cinco de la tarde y ya son las cinco y veinte y no sale. Por obligación debíamos estar ya a tres millas de la costa. ¡Vamos a ver al capitán!

Nos costó grande esfuerzo sosegarlo. Le hicimos ver que al capitán no podían decírsele semejantes disparates, y que, en caso último, más nos convenía callar; le recordamos que pisábamos territorio extranjero. Al fin se apaciguó, y para que la hermosa norteamericana no se impacientara, nos abrazó de nuevo a todos, pues ella seguía mirando desde el muelle. Por desgracia, pasó otro cuarto de hora en iguales condiciones, y, no obstante una nueva serie de abrazos, el *Morro Castle* no daba señales de zarpar. Y todavía después, con crueldad implacable, la vida nos deparó otros quince minutos exactamente iguales a los anteriores.

—Doctor, ya es tiempo de repetir los abrazos: ha pasado otro cuarto de hora...

—No, no —contestó con impaciencia—. Va a comprender que nos estamos mofando de ella.

Al oír estas palabras, todos, curiosos, volvimos la mirada hacia el muelle. La norteamericana no nos veía entonces. Estaba hablando con un hombre que accionaba desaforadamente. Ella también parecía acalorarse, excitarse. El hombre señalaba rumbo a la ciudad, luego hacia el embarcadero de los botes de gasolina, luego hacia nuestro buque. Ella parecía decir que no. Él afirmaba que sí... Por fin caminaban juntos: pri-

mero despacio, enseguida con precipitación... Llegaban a una de las anchas puertas del cobertizo del muelle... Desaparecían.

En aquel instante los últimos rayos del sol iluminaron el Mercurio dorado que corona el edificio de la Lonja.

—¿No lo dije? —estalló el doctor Dussart—. ¿No lo dije? Este barco hijo de perra va a costarnos el viaje. Dentro de media hora está aquí la gringa con baúles y todo.

El desastre, en verdad, estaba escrito. A poco vimos aparecer en el embarcadero a la hermosa espía. La acompañaba el mismo individuo que había estado hablando con ella en el muelle; venía seguida de varios mozos que traían el equipaje. Se arrimó un bote al embarcadero: la norteamericana saltó a él. Embarcaron los baúles, las maletas, las sombrereras. Sonó el motor de la lancha —ruido, para nosotros, como de ametralladora—, y cinco minutos después subió por la escalerilla del *Morro Castle*, con toda la dignidad de una reina traicionada, la mujer que hasta entonces había tenido a nuestros ojos la importancia de una espía y que ahora se presentaba con un nuevo atributo: era una mujer de quien habíamos querido burlarnos.

El doctor Dussart huyó a encerrarse en su camarote. Nosotros, ajenos en apariencia al conflicto, permanecimos donde estábamos, medio confundidos con otros pasajeros. Ella, sin embargo, parecía venir perfectamente al tanto de las cosas. Cuando pasó a nuestro lado nos dirigió una mirada fulminante y dijo en voz alta, aunque en tono de hablar consigo misma:

—*My goodness me! Who could believe it! Such a crowd!*

3
LOS RECURSOS DEL DOCTOR

Hacía una hora que navegábamos proa al norte, y todavía estaba fija en mi retina la imagen de formas frondosas en que se resolvió el tránsito de la norteamericana al trasponer la puerta del salón, lo que aferraba al doctor mi pensamiento. Lo imaginé en el refugio de su camarote, a solas con el fracaso de su intriga: estaría mirando por la claraboya en el mar añil de La Habana y el oriente de perla de la ciudad distante; estaría contemplando, trémulo de rabia, cómo nos alejaba el *Morro Castle*, con el remolino de sus hélices, de aquella ciudad donde no se quedaba al fin, víctima de la estratagema de matrimonio, nuestra bella enemiga. La bella enemiga, ahora hostil como nunca, estaba a bordo. En el crepúsculo de la tarde seguían flotando sobre cubierta las crueles frases con que nos había medido, y cada palabra suya se ensanchaba, se repetía en mil ecos al rebotar en las orejas de los centenares de pasajeros que llenaban el buque. Menos mal que los amigos del doctor no comprendieron el sentido de las frases, aunque lo sospecharan. Pero yo, que sí lo comprendí, me ruborizaba aún, como al pasar ella a nuestro lado.



Horas después descubrí que la *crowd*, en el concepto de la espía huertista, no era tan mala como lo proclamaban sus exclamaciones, o, en todo caso, que si el concepto acerca de nosotros era pésimo, la disposición sentimental para perdonarnos parecía óptima —para perdonarnos, si no todo, casi todo.

Fue una conversación imprevista, en la hora siguiente a la de la cena. Los viajeros, fieles al rito, hacían eses recorriendo la cubierta de extremo a extremo. El doctor y sus tres amigos seguían ocultos en las entrañas del barco, calculando las posibles consecuencias de lo hecho en La Habana.

Yo di dos o tres paseos y fui a tenderme sobre mi silla en un rincón solitario y umbroso. La penumbra que me rodeaba era tan suave que invitaba a asistir, como en cinematógrafo, al desfile de los pasajeros que insistían en el ejercicio peripatético. Las figuras iban sucediéndose a contrapunto de la cadencia de los golpes de mar en la proa. Pasaba, ágil y rápido como nadie, el yanqui de la litera de mi camarote; pasaba lenta, al paso de su hijito de tres años, la guapa española esposa del cónsul de México en Gálveston; pasaba la francesísima pareja de perfumistas de Puebla, inagotable en su descaro erótico —ella vieja, fea y ridícula; él joven, ridículo y tonto—; pasaban grupos de yucatecos, peculiares en su andar, en su hablar y en su vestir, y hasta en ese aplomo de viajeros experimentados que demuestra, pese a la geografía, que Yucatán no es península, sino isla.

Claras proximidades iluminaron con luz de luna la penumbra que me envolvía. Unas formas blancas pasaron frente a mí y vinieron a posarse en la silla contigua; me mandaron su perfume —el perfume de la espía—. Siguieron crujidos de silla, un *hem-hem* persistente y, luego, precisas como disparos en la vaguedad de mis pensamientos, estas frases con acento y estructura netamente *knickerbocker*:

—No me sorprendería «si» tuviese usted la amabilidad de ayudarme a meter «mis» pies debajo de la manta.

Su inglés era de campanilleo de plata. Sumiso a él, salté de mi asiento y me incliné sobre la otra silla para hacer, en silencio, lo que la bella espía deseaba.

Ella volvió a hablar. Yo entonces respondí. Y de la conversación en que nos enzarzamos vino a deducirse —lo dedujo ella a su manera— que del grupo de los cinco revolucionarios el único imperdonable era el travieso doctor Dussart.

—¡Con él seré inexorable!

Yo intercedí, mas en vano; sus últimas palabras fulguraban como sentencia:

—No. Ninguna magnanimidad.



En los primeros accesos de furor, el doctor Dussart concibió planes tan crueles como absurdos. Los exponía, con su febril apasionamiento,

en las reuniones que celebrábamos en su camarote; en las cuales, más para ponerlo en guardia que para darle pábulo, le recordaba yo la jurisprudencia norteamericana en punto a promesas de amor incumplidas.

—Echaremos —decía— el barco a pique: así se ahogará la gringa y la compañía naviera sufrirá la pena del daño que el *Morro Castle* nos ha hecho al retrasar su salida de La Habana.

—¡Pero, doctor!

—¡Nada! El cabo Hátteras estará pronto a la vista. En bote, a nado, como se pueda, nos salvaremos nosotros. Y en cuanto a los demás, que perezcan. Miles de deudos cobrarán indemnización. ¡Que nuestro fracaso le cueste millones a la Ward Line!

Pasados dos días se aplacó, dejó de anunciar catástrofes, sonrió. Volvía a ser el mismo conspirador, animoso y rico en inventiva, que concibiera frente a Progreso el ardid de engañar a la espía con el simulacro de matrimonio.

Gesticulante y misterioso me detuvo una mañana en el recodo de un pasillo —justamente cuando el bailoteo del barco indicaba que navegábamos a la altura del cabo Hátteras— y me dijo:

—Tengo listo ya un plan diabólico. No hundiremos el barco; no mataremos al capitán. Desembarcaremos en Nueva York tan campantes y le daremos un quiebro a la justicia de esta nación imbécil, enemiga de la libertad sexual. ¡La gringa me las pagará todas juntas!... Ya hablaremos...

Y desde esa mañana subió de nuevo a cubierta. Subió con traje de hilo crudo, con zapatos amarillos, con sombrero panameño de cinta clara, todo ello reliquias a juzgar por el estilo francamente cubano, de lo que fue, en los días habaneros, equipo para la falsa boda con la norteamericana.

El primer encuentro entre él y ella produjo en nosotros expectación. No habían vuelto a verse desde la escena del muelle. Ahora, frente a frente otra vez, se concentraba en un momento solo —como infinito telescopio que se cerrase— la historia íntegra de sus relaciones. Durante un segundo ella pareció próxima a arrojársele encima o a estallar; él, resuelto a defenderse sin miramientos. Pero el segundo que vino enseguida pasó como esponja sobre los dos rostros y los dejó impasibles. El doctor mantuvo firme el ritmo de sus pasos. La espía, indiferente, lo dejó

pasar, lo miró de arriba abajo con fingida curiosidad de gente extraña, y luego, puestas sobre la borda las manos cuajadas de diamantes y perlas falsas, hundió su mirada azul en el azul de las olas.



Tres larguísimas conferencias no lograron hacer que el doctor Dussart nos comunicara los detalles de su proyecto. El camarote resonó con nuestros argumentos, pero él mantuvo su reserva. Sólo obtuvimos la confirmación de que el plan era diabólico, que no entorpecería nuestro viaje por territorio de los Estados Unidos hasta Sonora o Coahuila, y que la espía iba a convertirse, de acusadora, en acusada, castigo merecidísimo por estar a sueldo de Victoriano Huerta.

Tamaño misterio, en hombre de suyo parlanchín, nos alarmó, y aun fue causa de que en los dos últimos días del viaje sintiéramos crecer la movilidad del mar al golpe de nuestras inquietudes. Porque el doctor —no cabía dudarlo después de lo de La Habana— era capaz de los proyectos más inauditos si se le abandonaba a su acción fantaseadora.

La prudencia, pues, me indujo a intentar el arreglo por la parte contraria.

La víspera del día en que llegaríamos a Nueva York, la norteamericana y yo nos encontramos mano a mano. De pronto le dije:

—¿Por qué no hacer las paces con el doctor? Él, en el fondo, es hombre excelente y amigo como pocos.

—¿Las paces con él? ¡Nunca!

—Entonces, dejar al menos las cosas en el estado en que están.

—Tampoco. El doctor me ha engañado, me ha puesto en ridículo, me ha producido un «sufrimiento mental» hondísimo, y si es tan rico como ustedes me lo aseguraban, no veo por qué no cobrarle unos cuantos millones a cambio de todo lo que me ha hecho.

—¡Millones!

—Sí, millones. Nada más justo.

¿Hablaba en serio? La punta y el filo de su indignación codiciosa —creí notarlo— se embotaban en la envoltura de una sonrisa. Esto no obstante, quise valerme de un recurso último:

—Puesto que ésa es su actitud —concluí—, me atreveré a darle a us-

ted un consejo. El doctor Dussart habla de defenderse, en el caso de que se le ataque, de cierta manera que él mismo califica de diabólica... Diabólica, sí, y cuando lo dice le brillan los ojos. No olvide usted que se trata de un mexicano.



Mediaba la mañana cuando el *Morro Castle* reveló, por varios sobresaltos entre la gente de a bordo, la cercanía de las costas de New Jersey y Long Island. Se pobló el horizonte de manchas humosas —buques que iban o venían—. Se presintieron el Hudson y el East River.

Poco después se definió la línea de tierra a babor; luego, a proa; luego, a estribor. Un poco más tarde se nos acercó la lancha del práctico, mientras a bordo se apagaba la cadencia con que los barcos van dejando atrás las olas. Una pausa corta; la cadencia se reanudó.

Un enorme trasatlántico se cruzó con el *Morro Castle* y nos mandó la onda de su proa y los blancos reflejos de su nombre: *Rotterdam*. Sonaban a derecha e izquierda, como salidos del agua, toques de campana, toques melódicos, largos, tristes. Navegábamos entre boyas rojas, terminadas hacia arriba en pequeños postes que se balanceaban como péndulos inversos. Aquellas balizas, destellantes de sol de mediodía, formaban un largo callejón marino. Al fondo, se alzaba, diminuta, una figura de mujer, con un brazo en alto, con ropaje que parecía tocar el agua y extenderse sobre ésta; y más lejos aún, y más pequeña, se alzaba la masa de edificios, apiñados entre dos brillos de agua.

Era la hora en que todos los pasajeros de un buque, listos para desembarcar, se amontonan sobre cubierta y se dirigen sonrisas, palabras y saludos de viejos conocidos; esa hora en que hasta aquellos que no cruzaron palabra en toda la travesía se tratan familiarmente.

Los tres amigos del doctor Dussart y yo nos comunicábamos nuestras impresiones. La espía yanqui, aún más hermosa que en La Habana, clavaba la mirada de sus ojos azules en un punto invisible, hacia la parte de tierra, y de rato en rato la volvía hasta nosotros, irónica e inquisitiva. Sentía, sin duda, la impaciencia de medirse, en esa hora suprema, con el doctor Dussart. Pero éste, adrede acaso, no asomaba por ninguna parte. ¿Era aquél el principio de su plan diabólico?

Ya estábamos a la vista de la estación de sanidad. Atracaban al costado del *Morro Castle* vaporcitos de bandera amarilla y subían por la escala funcionarios de uniforme azul o caqui. El barco del correo se acercaba en busca de las valijas.

La espía vino a situarse a mi lado y me preguntó, a sovoz:

—¿Y su amigo?

—¿Qué amigo?

—El doctor. ¿Por quién había de preguntarle?

—¡Ah! No sé. No lo veo desde anoche.

Lo cual era verdad.

*

Cuando estábamos todos en el salón —cada pasajero con un termómetro en la boca, como si fumáramos vidrio— apareció el doctor Dussart. Su entrada provocó risas apenas contenidas. Sonó de boca en boca el quebrarse de los termómetros; hubo quien mascara, como caramelo, las barritas cristalinas; algunos labios vertieron hilos finísimos de microscópicas esferitas de plata líquida. Y todo porque el doctor se presentaba —él sabría por qué— vestido de riguroso traje de ceremonia: levita cruzada, sombrero alto, zapatos de charol, botines de paño negro, guantes también negros y bastón de ébano con puño de oro.

El doctor se detuvo breves segundos en la puerta y, acto seguido, avanzó, sin quitarse el sombrero, hasta donde estábamos sus tres amigos y yo. Se sentó a mi izquierda. Se descubrió. Y puestas ambas manos en el puño del bastón, que clavó verticalmente, pasándolo entre las rodillas, miró tranquilo a todo el concurso, su enemiga inclusive. Tranquilo, sí, pero con vago dejo siniestro.

Su figurita pequeña, trajeada de aquel modo tan fuera de propósito, rebosaba gracia de mono de organillo: bastaba verlo para que continuase la catástrofe de los termómetros. Los funcionarios de sanidad sacaban de las bocas vidrio en polvo; los de la inmigración, también a punto de reír, miraban a Dussart con ojos inescrutables.

Él se inclinó hacia mí para decirme, susurrando:

—Buen efectito, ¿eh?

—Demasiado bueno. ¿Pero ha perdido usted el juicio?

—Quien lo va a perder es la gringa. Si mueve un dedo la aplasto. ¡Ahora va a ver quién soy yo!



Las formalidades sanitarias y migratorias terminaron con deterioro completo de los requisitos establecidos: la ley abdicó ante la risa. Y cuando volvimos a cubierta, la popularidad del doctor no cabía en el barco. Él, empero, ajeno a tanta gloria, se mantenía silencioso y adusto.

El *Morro Castle* surcaba ahora aguas verdosas y sucias, sobre las cuales se alzaba un zumbido gigantesco hecho del sonar de millares y millares de silbatos y sirenas. Cruzaban en todos sentidos los *ferries* oscuros. La cortina de rascacielos, grande como montaña que cortaran a capricho las líneas rectas del hombre, cubría con sus pliegues parte del horizonte. Los puentes saltaban, de borde a borde, entre dos ciudades. La mujer de bronce —con su diadema radiante, con su brazo en alto, con su antorcha— lo señoreaba todo: agua, tierra, cielo, y nos recogía en la orla de su manto.

La espía vino a turbarme en mi contemplación.

—¿Qué se propone el doctor vistiéndose a estas horas con gusto tan ridículo? Cualquiera diría que va a un entierro.

¡Entierro! Esta palabra me iluminó. Respondí sin pestañear:

—Justamente en eso está lo grave: en lo del entierro.

—¿En lo del entierro?

—Ni más ni menos. Pero como no ha de escucharme usted, sobra que diga nada.

—¡Oh, no! Diga, diga...

—¿Para oírme?

—Sí, por supuesto.

Mi invención fue útil y caritativa. No me arrepiento de ella.

—Pues ha de saber usted —le dije— que el doctor Dussart, según él mismo cuenta, tuvo un amigo dotado de gran ascendiente. Aquel hombre, de costumbres exquisitas, pero de terribles pasiones, fue tremendo protagonista de tremendas tragedias, y siempre que relataba episodios de su vida acababa aconsejando a sus amigos que nunca olvidaran proceder como él. «Porque deshacerse de una dama —decía—, cuando la

dama lo merece, no es acto punible si saben guardarse las formas. Entonces el perdón de Dios es precedido por el de los hombres. El matador de mujeres justiciero y con talento debe llegar hasta su víctima con el mismo severo ademán con que concurriría a sus funerales...»

Ella palideció y me preguntó toda nervios:

—¿Está usted hablando en serio?

—Ni en serio ni en broma. Pero óigame usted lo más en serio posible: más vale dejar en paz al doctor.



Bajo el amplio cobertizo del muelle los pasajeros formamos grupos en orden alfabético. Grandes mayúsculas pendientes del techo señalaban los lugares. Yo veía desde el grupo de la G. En el grupo de la D descollaba, menudo e inquieto, el doctor Dussart. Buscando en vano, descubrí que en el grupo de la W no se veía a la hermosa norteamericana.

dente la merced; necesario pueble a sabra guardarse las formas. Entonces el perdón de Dios es precedido por el de los hombres. El matador de mujeres justiciero y con talento debe llegar hasta su víctima con el mismo severo ademán con que concurrirá a sus funerales...»

Ella palideció y me preguntó toda nerviosa:

—¿Está usted hablando en serio?

Y —Ni en serio ni de broma. Pero ¡cuídese usted! Lo más conveniente para usted es no dejar en paz al doctor.

Bajo el amplio cobertizo del muelle los pasajeros formaron grupos en orden alfabético. Grandes mayúsculas pendientes del techo señalaban los lugares. Yo veía desde el grupo de la C, el grupo de la D donde se colocaba, mirando a un punto, el doctor Durant. Buscando en vano, descubrí que en el grupo de la W no se veía a la hermosa norteamericana.

Libro segundo

Camino de Sonora

1

LA SEGUNDA SALIDA

Corrió entre los maderistas levantiscos de la ciudad de México el rumor de que yo andaba ya, por tierras del Norte, metido a secretario de Carranza. Creo que hasta un periódico llegó a publicar la noticia. Pero en el orden de los hechos mi fortuna revolucionaria no llegaba a tanto. En Nueva York fallaron los planes que habían de llevarme hasta Coahuila; falló mi noción acerca del poder adquisitivo de los dólares en su propio suelo, y seis días después de mi primer deslumbramiento frente a los rascacielos de Manhattan emprendí el regreso a casa en condiciones de que no quiero acordarme.



En la capital de la República, Alberto J. Pani y yo actuábamos, *motu proprio*, como avanzada de la Revolución —avanzada sin armas, se entiende, mas no sin pluma ni, sobre todo, sin dactilógrafa—. Documento subversivo que caía en nuestras manos era documento destinado a circular profusamente. Hacíamos las copias cuándo en el despacho del ingeniero Calderón, cuándo en nuestras casas, y las distribuíamos por procedimientos de propaganda tan primitivos como audaces. Solíamos ir por la calle y detener de pronto, con frase perentoria, al transeúnte de aspecto propicio: «Tome usted: léalo y páselo a sus amigos». Solíamos también, en las oficinas del Correo y del Telégrafo, dejar olvidados sobre las mesas los papeles vengadores. Otro tanto hacíamos en los tran-

vías, en los bancos, en las tiendas grandes. Pero nuestro recurso favorito —éste ya un poco más sutil— era el aprovechamiento de las propias dependencias gubernativas. El empleado público, en parte por el ritmo lento de sus labores oficiales, y en parte por el afán sensacionalista y comunicativo que le nace en el páramo del tedio burocrático y sus pequeños riesgos, ha sido siempre agente veloz para la difusión de las noticias políticas. Esto lo sabíamos Pani y yo por aprendizaje directo, y lo explotábamos. Así fue como algunos escritos revolucionarios conocieron más lectores que *El Imparcial*, entre otros la famosa carta de Roberto V. Pesqueira a Flores Magón.

Tan bien lo hacíamos, que los agentes secretos de Pancho Chávez —lo descubrimos no recuerdo cómo— empezaron a pisarnos la sombra. Entonces, ante el amago de la policía de Huerta, Pani y yo celebramos consejo. Yo opiné desde luego que nuestro sitio estaba en el Norte. Pani asintió. Y los dos, sin muchos trámites ni ruido, nos subimos una noche al tren que pasaba por la Villa de Guadalupe y fuimos a Veracruz a embarcarnos.

Como yo conocía ya el camino, en este segundo viaje hacia las ilusiones revolucionarias me correspondió el honor inherente a los guiadores. Pani —dócil a la estrecha amistad que entonces nos ligaba— me seguía suavemente, o aparentaba seguirme.



La Habana revolucionaria salió a recibirnos en la persona de Pedro González Blanco, el cual, por otra parte, no sabía bien si nos daba la bienvenida en nombre propio o en el de Juan Zubaran, representante oficial de nuestra revolución en la República de Cuba. Un espíritu malicioso habría supuesto en el saludo de González Blanco algún sabor a negocio de hotel; nosotros, más bien cándidos, preferimos pensar, en justicia, que Zubaran, aunque amable y entusiasta, era demasiado gran señor para cumplir por sí mismo los deberes protocolarios del constitucionalismo naciente. De cualquier manera, la presencia de González Blanco nos complació mucho y tuvo la virtud de librarnos de los cien agentes hoteleros que nos asediaban.

Porque rompían en nuestras orejas voces de «¡Hotel Inglaterra!»

«¡Hotel Oriente!» «¡Hotel Telégrafo!» «¡Hotel Continental!», cuando en el claro de una tregua nos alcanzó también, algo conocida y opaca, la voz de González Blanco:

—¡Hola! ¿Ustedes por aquí?

Tras de lo cual hubo palmaditas en cada hombro y un gesto decisivo que puso en derrota a la jauría hotelera:

—Es inútil. Los señores tienen ya alojamiento.

En seguida, guiados por González Blanco, caminamos hasta un coche. Él iba ligeramente adelante, al paso menudo de su corta estatura. De trecho en trecho, según hablaba, se volvía a mirarnos y nos mostraba la cara de medio perfil: el cutis blanco y marchito, el párpado tirante, el bigote negro, parejo como cepillo de dientes, y la sonrisa gacha. Acompañaba algunas de sus frases con leves ademanes de la mano con que sujetaba el bastón, el cual, en vez de encajar en sus movimientos con naturalidad de prenda, se destacaba con disonancia de símbolo.



Serían las once de la mañana cuando nos apeamos frente al hotel donde se nos esperaba. Zubaran, que en ese momento salía de bajo el chorro de la regadera, nos recibió en su cuarto, envuelto en una toalla larga hasta los pies y que le iba mejor que la ropa con mangas y piernas que poco después se pondría. Al presentarnos nosotros, su figura encarnaba, íntegra, la de cualquier romano de la gran época. Y como los gestos dependen en mucho de las vestiduras de quienes los hacen, nos recibió con amplio saludo —propio para hacer lucir el manto y sus pliegues— que no habría carecido de dignidad en el Foro. Su cabeza, luciente y ancha, evocaba a Mecenas; su nariz corva, a Antonio; su brazo robusto, a Octavio.

Luego caí en la cuenta de que mi evocación de Roma en el primer contacto con el constitucionalismo revolucionario habanero respondía a una presencia más profunda de lo que parecía a primera vista. El pensamiento romano, en efecto, traía muy preocupados en esos días a González Blanco y a Zubaran. En las polémicas que uno y otro sostenían con periódicos y escritores favorables a la causa de Victoriano Huerta, los argumentos máximos de ambas partes no se referían por lo común a la historia de México, sino a la de Roma, y a ciertas sentencias y máximas

sacadas de los oradores, historiadores y políticos del siglo de Augusto. Se combatía al usurpador en nombre de la lucha entre Mario y Sila; se le defendía en nombre de la rivalidad de Pompeyo y César; lo decisivo en cada réplica eran las citas de Cicerón, los pasajes de Tito Livio. Todo ello latinidad barata, latinidad de ediciones Sempere, mas no por eso desprovista de brío y linaje.



Pani hubiera querido que hiciéramos la travesía de La Habana a Nueva Orleans en el *Chalmette*, barquito —le habían dicho— donde viajaba siempre lo más selecto de la sociedad habanera, lo más selecto y lo más bello. Y no negaré que tal perspectiva —por lo que viéramos en el Malecón y en el Prado— era para seducir al revolucionario más impaciente. Pero como yo tenía mis razones para reducir al mínimo la estancia en La Habana, luché porque tomáramos pasaje en el *Virginie*, que saldría cuatro o cinco días antes que el *Chalmette*, y así se hizo.

Mi prisa por tomar el barco se impuso de tal modo —gracias a la benévola actitud de Pani— que a última hora atraje al bando del *Virginie* a Salvador Martínez Alomía, que también estaba entonces en La Habana, listo para unirse a la Revolución y en espera de la salida del *Chalmette*.

Este triunfo excesivo de mi parte anduvo a punto de dejarnos a todos en tierra. Martínez Alomía estaba enfermo de conjuntivitis crónica. El médico del *Virginie* lo examinó y declaró, sin más ni más, que aquello se asemejaba demasiado al tracoma, por lo cual nuestro compañero no sería recibido a bordo sino a condición de pagar de antemano su pasaje de regreso, para el caso de que las autoridades norteamericanas no le permitiesen desembarcar. Tamaña exigencia nos indignó —nos indignó, sobre todo, por la sospecha de que una vez cubierto el pasaje de regreso, la gente del barco se propondría ayudar a que Martínez Alomía no desembarcara—, y amenazamos con la huelga general de pasajeros de primera clase. Esto de la huelga no era simple ficción, sino realidad absoluta y tangible; porque como Pani, Martínez Alomía y yo éramos los únicos pasajeros no inmigrantes, en nuestra mano estaba el realizarla.

Nuestro procedimiento revolucionario y novísimo triunfó al primer choque: Martínez Alomía se quedó en el barco sin requisitos especiales;

y así las cosas, Pani y yo no tuvimos ya inconveniente alguno en honrar al *Virginie* con nuestro dinero y nuestra presencia.



El *Virginie* era un barco viejo como una carabela, sucio como un lanchón y lento y pesado como una artesa de granito. Sus grandes dimensiones contribuían a que en él nos sintiéramos como en un buque fantasma. Para nosotros solos eran las largas cubiertas del barco: cubiertas por donde no transitaba ni un marinero; para nosotros solos era el salón: salón donde no aparecían más caras que las nuestras; para nosotros solos era la carta indicadora de la ruta: carta que señalaba con veinte banderitas las veinte posiciones en los veinte días de navegación a través del Atlántico. Y esta rara sensación de soledad, este disponer de casi todo el barco para nosotros tres, nos rozaba el corazón con el contacto de lo misterioso, de lo eterno, de lo extrahumano. Si en aquellos días Buster Keaton hubiera hecho su película *The Navigator*, habríamos sentido tal vez el escalofrío de que las puertas de todos los camarotes se abrieran y cerraran a una al empuje de manos invisibles. Si Sutton Vane hubiera escrito ya su drama *Outward Bound*, acaso nos asaltara el terror de ver de pronto, en el criado que nos servía la mesa, al mismísimo Caronte.

Algo de terrorífico, en todo caso, hubo durante la primera cena que nos reunió a los tres en torno de una de las mesas del comedor, aunque no tanto por la naturaleza posible de quien nos presentaba los platos, cuanto por los platos mismos. Nada de lo que había allí era para paladares humanos, salvo el vino y, hasta cierto punto, el pan. Del vino, Pani empezo a beber grandes vasos a la vista del segundo plato, y entre trago y trago clavó en mí tales miradas, que otro las hubiese tomado de reproche, pero que yo, que también me acogía ya al vino con desesperación gemela, opté por no tomar en cuenta de ningún modo.

La dualidad pan y vino se enriqueció a los postres con otro elemento: pasó a ser la tríada pan, vino y queso, gracias a un camembert, ya bastante enérgico, pero aún tolerable, que descolló conspicuo entre frutas podridas y dulces rancios. En resolución, que no nos arredramos y de tal modo lo barajamos todo, que al dejar la mesa, Salvador Martínez

Alomía hablaba de recitarnos sus mejores versos, y Pani, mientras nos instalábamos en el salón, resumía así sus impresiones:

—¿Dice usted que el *Virginie* tardará tres días en llegar a Nueva Orleans? Bien, pues serán tres días en que viviremos de queso y nos embriagaremos.



A mi travesía del Golfo a bordo del *Viriginie* debo dos de los mayores espectáculos que han contemplado mis ojos: uno, el rayo verde; otro, la desembocadura del Mississippi.

El rayo verde me sorprendió una tarde, sin esperarlo ni quererlo, mientras conversaba con Pani, ambos apoyados de brazos sobre la borda. Hacía una tarde magnífica —tarde del Golfo—: a la vez que hablábamos, se nos bañaban los ojos en la belleza del cielo y el mar. La comba celeste y la comba marina giraban una sobre la otra, a medida que el *Virginie* avanzaba, con transparente armonía de cristales. El agua era azul y oro; el aire, azul y plata. Yo había venido siguiendo los últimos momentos del sol, y próximo el instante en que la intersección de las dos combas habría de devorarlo, quise ver el postrer destello en la limpidez maravillosa de la tarde. No aparté la vista del pedazo de disco refulgente, del breve segmento que brillaba a flor de mar con incandescencia de mil luceros juntos, del punto luminoso que nadaba en cobre líquido... Y, de improviso, una emanación verde —verde cual el más puro verde del espectro— brotó como aspa desde el punto hundido y anegó medio horizonte en trazo fugaz, instantáneo.

A la desembocadura del Mississippi llegamos al amanecer. Todavía eran mar las aguas, y ya estaban convertidas en espejo —en espejo fluvial cuyo limo se encendía con todos los tintes de la aurora—. A trechos, el espejo se quebraba para dar paso a los bancos, inmensamente verdes. Y entre éstos, tan a ras de agua que parecían lagos limitados por tierras de colores, el *Virginie* se movía a media máquina. Visto a distancia, nuestro feo barco debe de haber cobrado, navegando entre tanta quietud, la majestad de un cisne monstruoso. La arruga que levantaba su proa era lo único móvil en toda aquella naturaleza dueña de su paz: naturaleza de río inmensurable, de río capaz de vencer al mar calladamente y en sosiego.

2
EN SAN ANTONIO TEXAS

José Vasconcelos empapaba ya su espíritu en las concepciones neoplatónica y budista del Universo y tenía jurada guerra sin cuartel —aunque no sin debilidades— a la mala bestia en cuyo cuerpo nuestras pobres almas sufren el castigo de encarnarse para vivir. Era, sin embargo, demasiado generoso para detenerse en una mera aspiración interior, así fuese honda. Y como riqueza y generosidad producen incongruencia, vivía con tanto ardor el torbellino de lo aparentemente sensible, como ponía fe en su íntima doctrina, purificadora y liberadora. Tardó más en llegar al campo revolucionario que en tomar allí posiciones ostensible y ruidosamente, según su hábito.

En San Antonio Texas nos recibió al saltar nosotros a los andenes del Southern Pacific, con voces de júbilo que eran como himno en honor de Francisco Villa:

—¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!

Lo cual, si por una parte hacía justicia a los primeros triunfos brillantes del guerrillero de Chihuahua, por la otra condenaba de plano, en el acto mismo de saludarnos, la rama sonorense de la Revolución, la misma en que Pani y yo habíamos puesto hasta entonces lo mejor de nuestra esperanza. Dicho en otras palabras: la acogida afectuosa de Vasconcelos nos asestaba, sin saberlo él, el pequeño golpe de su entusiasmo villista, o, al menos, se lo asestaba a Pani. Porque yo llegaba a la Revolución libre de prejuicios en cuanto a personas —a la distancia, los únicos nombres que me sonaban (caprichos de la fonética) eran los de Cabral y Bracamontes—, al paso que Pani admiraba ya al general Obregón y se sentía atraído por el temple autoritario del Primer Jefe. Por Obregón, desde luego, era tanta su simpatía, que de él llevaba entonces en la cartera un retrato en tarjeta postal (de aquellas mismas que distribuíamos con fines de propaganda), y a menudo rebosante de sin-

cero patriotismo, lo sacaba para mirarlo y luego decir, en tono de quien medita:

—¡Con tres hombres así ¿a dónde llegaría México?!

—¡Quién sabe! —solía contestarle yo, indeciso entre dudar o entusiasmarse frente aquella efigie, que a mí, mirándola bien, no me decía nada. La figura de Obregón, en efecto, habría de carecer de todo interés fotográfico hasta la batalla de Trinidad. En las fotografías de entonces se mostraba vulgar y carirredondo, muy compuesto el bigote, muy derecha la gorra militarista —con águila bordada en oro— y muy propenso el conjunto a los ringorrangos marciales de un joven oficial de academia que explotara el uniforme.



Vasconcelos quiso alojarnos en su casa de político mexicano desterrado en los Estados Unidos. El auto que nos llevaba pasó primero por calles céntricas, prósperas y feas, y siguió luego a lo largo de bellas avenidas pobladas por árboles. Pero ya a la vista de la casa, Pani y yo intentamos resistir a la invitación. La casa era minúscula: casita como la que cualquiera puede poner en pie, a poco esfuerzo que haga, en aquel país, maravilloso para lograr en términos modestos las satisfacciones de una vida decente y cómoda. ¿Cómo habían de caber allí dos personas más, y durante una semana? Mas ni Pani ni yo —después lo advertiríamos—, contábamos con el milagro. En aquella casa pequeña había una mano hacendosa, amable, hospitalaria, que supo convertir en grata convivencia lo que en otro hogar diminuto como ése hubiera supuesto conflictos materiales casi irresolubles. Vimos alinearse en serie, en la habitación mayor, tres camas blancas y suaves; vimos hacer del porche de entrada un lugar de reposo; vimos instituirse, paralelamente al régimen normal casero, otro exclusivo para nosotros tres: Vasconcelos, Pani y yo; todo con tal dominio de la sabiduría doméstica, que más tarde me parecería un placer el simple hecho de recordarlo.



La mano hacendosa comenzaba su labor desde temprana hora, atenta a que nuestro hospedaje no adoleciese de la omisión más leve. Ni si-

quiera necesitábamos saltar de la cama para conocer las últimas noticias sobre la lucha contra Victoriano Huerta: al despertar, nuestra vista tropezaba con los periódicos, cuidadosamente puestos a nuestro alcance.

Vasconcelos tiraba el cordón del transparente que tenía cerca; desdoblaba el *San Antonio Express*, y leía en voz alta, traduciendo de corrido, las informaciones de la ciudad de México y las de los corresponsales de los lugares fronterizos. Era una lectura de noticias copiosas, casi siempre favorables, pues el movimiento revolucionario estaba ya en plena marcha. La salpicaban rumores infantiles venidos a través de las ventanas, y a ella se iban mezclando perfumes de cocina mañanera. Mientras Vasconcelos leía, yo, escuchándolo, pensaba en el sentido oculto que pudiera caber en la irrupción de aquellos olores confortantes, joviales. Se me figuraba que nuestras pasiones políticas se teñían de un color nuevo bajo la acción de la casita yanqui donde estábamos, dentro del recinto de aquellas paredes construidas por hombres de otra raza menos presuntuosa que la nuestra en su vivir cotidiano y más dignificadora de lo sencillo y lo humilde. Nos llegaba el perfume de la harina en el horno, el de la vainilla y la canela en los dulces de leche, el perfume del café.

Poco después, sentados a la mesa, los perfumes, antes un tanto vagos, se concretaban en la materialidad de un desayuno a la vez sobrio, suculento y —quiero atreverme a llamarlo así— de fina calidad estética. En él predominaban lo blanco y lo claro, o, en todo caso, lo crema. Se derretía la mantequilla en los *butter-cakes*, calientes y humeantes, de masa tierna y esponjosa como algodón de harina; la negrura del café se perdía en la blancura de la leche; brillaban los vasos de agua clara, y en la gran dulcera de cristal nadaba en almíbar la cuajada de los chongos morelianos.



Aparte el trato de Vasconcelos, nuestros ocho días de San Antonio se redujeron a unas cuantas visitas revolucionarias, casi siempre monótonas y, por lo común, insulsas. Nos íbamos a ellas todas las mañanas, después del desayuno, tras de dedicarnos una hora a partir leña en el corral de la casa, ya que esto, si no me engaña la memoria, era rito in-

dispensable para satisfacer, en uno de sus aspectos, las teorías vasconcelianas sobre el empleo armónico del tiempo.

El personaje revolucionario por excelencia entre todos los sanantonenses lo era en aquellos tiempos Samuel Belden. Nos esperaba alrededor de las once en su despacho de abogado medio mexicano y medio norteamericano. Cuando llegábamos estaba siempre ocupado con algún cliente, ora mexicano ora de nacionalidad incierta. Pero apenas entrábamos nosotros, se desentendía de lo demás, nos instalaba y se disponía, solícito, a oírnos y a enterarnos, lo segundo más que lo primero, de las noticias y rumores que parecían lloverle de todas partes más profusamente que a un periódico y como si en verdad fuese él un polo de convergencias constitucionalistas. En su español raro y difícil —ininteligible a veces—, español sin tercera persona ficticia y con sintaxis anglicizante, nos contaba cuando suponía o indagaba. Por él sabíamos cuándo iba a pasar Lucio Blanco por San Antonio, en viaje de Matamoros a Nogales; lo que pensaba de la Revolución el senador por Texas y cómo se proponía ayudarla; lo que se había hecho, dicho o tramado la tarde anterior en el Consulado de México, y otras cosas por el estilo, que a nosotros nos interesaban profundamente.

La manera directa y ruda de Belden nos lo hizo simpático a primera vista y nos indujo a tratarlo desde el principio con cierta amable familiaridad. En el acto de la presentación yo me sentí algo abrumado por su gran estatura; pero luego descubrí que, mientras hablaba, tenía la costumbre de inclinar la cabeza —cabeza tosca, pálida, de tinte desleído— con modo que le quitaba de sobre los hombros todo exceso de altura y volumen. Y es que esa actitud lo aniñaba al balancearle, a ambos lados de la frente, dos grandes bucles de pelo espeso y onduloso. Cuando se enardecía, el balanceo de los rizos corría, por lo precipitado del ritmo, parejas con el graneo de las palabras. Éstas —me entretenía yo en observarlo— le brotaban del rostro, de mejillas carnosas, cual si fueran disparos de la boca —disparos de repercusiones metálicas que dejaban algo de su temblor cogido en el dibujo de los labios, gruesos y fuertes.

A Belden lo adornaba entonces una virtud que para nosotros era de primer orden: su fe absoluta en la Revolución; aunque ya en contacto más estrecho, se descubría que esa fe no dimanaba del concepto que

Belden tuviera de la Revolución misma, sino de sus ideas respecto de Carranza, cuyas cualidades elogiaba sin descanso y de cuya amistad se gloriaba. Lo que alabara tanto en don Venustiano no era fácil de determinar en especie, si bien, reducido a género, podía entenderse que era la grandeza. Y esa grandeza encendía a tal punto el entusiasmo de Belden, que lo hacía vanagloriarse del lazo que a ella lo unía. Para ponderar su valimiento con el Primer Jefe, lo expresaba en términos del más típico materialismo norteamericano. Decía crematísticamente:

—Si en estos momentos le pidiera yo a don Venustiano diez mil dólares, me los enviaba por telégrafo: apuesto cualquier cosa.

Andando el tiempo, esta frase —fundada con acierto en la psicología del Primer Jefe— habría de darme, por analogía, la clave de muchos sucesos.

Belden, además de informarnos, nos agasajaba como mejor podía. De su despacho polvoriento, y sin más muebles que dos mesas, cuatro sillas y, en estantería corrida y en volúmenes amarillos, la interminable colección de la jurisprudencia de los Estados Unidos, bajábamos a la calle.

No había mucho que ver; pero como si lo hubiera. Dábamos paseos por el hermosísimo parque. Ibamos, por supuesto, al *bar* famoso por sus ramas de ciervo y otros trofeos venatorios y deportistas. Nos instalábamos en la terraza del hotel Saint Anthony, donde Pani, en su carácter de ex subsecretario de Instrucción Pública metido a revolucionario constitucionalista, recibía a los reporteros del *Express* y el *Light*. Y aún creo que no dejamos de visitar varias veces la plaza del Álamo, pese a los ingratos recuerdos del traidor Zavala y el traidor Santa Anna.

Para multiplicar los *sights* de San Antonio —como Belden decía— los entreverábamos, o los entreveraba él, en su afán de hacernos amable su ciudad, con algunos entretenimientos. El caballito de batalla eran los restaurantes mexicanos —restaurantes patrióticos de cocina nacionalista sintética—. Uno a uno los conocimos todos, no obstante que el primero hubiese podido, con creces, suplir a los demás. Todos se caracterizaban por la misma especie de minuta sobre la misma especie de mesas; en todos había un mismo culto de los colores patrios y la misma efigie del cura Hidalgo —porque el solo patriotismo mexicano íntegro y absoluto es el de la Independencia y la bandera—; y en todos,

por supuesto, comíamos los mismos manjares sabrosísimos, tan sabrosos, que por momentos resultaban de un mexicanismo excesivo o desvirtuado por interpretaciones demasiado coloristas de nuestro color local.

3
PRIMER VISLUMBRE DE PANCHO VILLA

Ir de El Paso, Texas, a Ciudad Juárez, Chihuahua, era, al decir del licenciado Neftalí Amador, uno de los mayores sacrificios —¿por qué no también una de las mayores humillaciones?— que la geografía humana había impuesto a los hijos de México que andaban por aquella parte de la raya fronteriza. Mas es lo cierto que esa noche, al llegar de San Antonio, Pani y yo sufrimos la prueba con un fondo de alegría donde retozaban los misteriosos resortes de la nacionalidad: entregándonos a la íntima afirmación —allí palpable, actuante, profunda— de que habíamos nacido dentro del alma de nuestra patria y de que habríamos de morir en ella.

El espectáculo de Ciudad Juárez era triste: triste en sí, más triste aún si se le comparaba con el aliño luminoso de la otra orilla del río, extranjera e inmediata. Pero si frente a él nos ardía la cara de vergüenza, eso no obstante, o por eso tal vez, el corazón iba bailándonos de gozo conforme las raíces de nuestra alma encajaban, como en algo conocido, tratado y amado durante siglos, en toda la incultura, en toda la mugre de cuerpo y espíritu que invadía allí las calles. ¡Por algo éramos mexicanos! ¡Por algo el resplandor siniestro de las escasas lámparas callejeras nos envolvía como pulsación de atmósfera que nutre!

Neftalí Amador, a un tiempo ruidoso y afónico, nos guiaba. Sus pasos eran nerviosos y breves. Hablaba sin parar, enhebrando palabras planas, palabras olorosas a chicle, que hacía salir a fuerza entre sus quijadas, rígidas casi. En las esquinas, mientras se detenía un instante a mirarnos de frente, las luces nocturnas le reverberaban en el rostro, picado de viruelas. Luego cruzábamos el arroyo y al hundírsele los pies en el fango, decía, como en soliloquio y con repetición periódica:

—Esto es un potrero. Cuando la Revolución gane lo limpiaremos. Haremos una ciudad nueva; nueva y mejor que la de la otra orilla del río.

Caían de las puertas, hasta el barro público, aspas de luz que mitiga-

ban apenas la sombra. Pasaban tranvías. Pululaban gentes y bultos como de gentes. A veces, sobre el fondo de rumores en castellano —suave acento del Norte— estallaban frases en inglés de *cow-boy*. Tocaba la música infernal de los orquestriones; olía a lodo y a *whisky*. Transitaban, rozándonos, prostitutas feas —feas y dolientes si eran mexicanas; feas y desvergonzadas si eran yanquis—, y todo esto entre tabernas y cafés que transpiraban escándalo y ruido de máquinas jugadoras.

Nos detuvimos breve rato frente a las puertas de una sala amplia donde cien o doscientas personas, sentadas a unas mesas, se inclinaban atentas sobre unos cartones llenos de signos. Voces roncas gritaban números en inglés y español.

—Son los *quinos* —dijo Amador.

Pasos después nos paramos a la entrada de un largo pasillo en cuyo fondo brillaban, entre grupos de mujeres y hombres, superficies verdes y montones de fichas rojas, azules, amarillas. Aquel sitio parecía muy espacioso.

—Es el *póker*... Es la ruleta... Son los dados... Son los albures y el siete y medio.

Y tras de lanzar estas palabras —así, en pelotón—, Neftalí Amador calló varios segundos y continuó luego, como si respondiese a reflexiones interiores:

—Sí, sin duda, tráfico innoble, pero insustituible a la hora de los pocos recursos. Llegado el momento lo suprimiremos. ¿Qué digo? ¡Lo perseguiremos! Ahora no... Y menos mal que mientras tanto son los yanquis quienes lo sostienen. Aquí llegan con su dinero y nos lo dejan para que compremos treinta-treintas y parque. ¡Algún día habían de servir a la buena causa!... Aunque ahora caigo en que, comprándoles a ellos las armas, vuelven a llevarse el dinero que momentáneamente nos traen... Claro que nos quedamos las armas... Tampoco, porque las destruimos, y, peor aún, nos destruimos con ellas...

Amador consumió con su discurso la calle más populosa y menos mal alumbrada, pero acto seguido inició nuevo monólogo para la calle inmediata. Saltaba ágilmente de uno a otro de los temas que le brindaba nuestro camino. Pani y yo lo oíamos sin responderle casi; mirábamos a derecha e izquierda, o, más exactamente, entreveíamos, en busca de los sitios que Amador señalaba.

Íbamos ahora sobre aceras más primitivas que antes, junto a paredes cuyos tonos claros endulzaban la sombra. En la acera de enfrente se veían edificios bajos, chatos, con ventanas y puertas de rudos ángulos rectos. Parecían casas mesopotámicas de hacía cinco mil años, casas de Palestina de hacía tres mil. Sus masas sólidas guardaban respecto de los nubarrones, inciertos en la tiniebla del cielo, igual proporción que la cerca de un parque respecto de las grandes copas de los árboles contiguos.

A poco andar, nuestros pies no tocaron ya acera alguna; el alumbrado se redujo a la luz furtiva de una que otra ventana o puerta; el silencio empezó a nacer de los ladridos de los perros y de la remota tristeza de canciones a la vez apagadas y audibles. A ratos, para mayor seguridad en la marcha, apoyaba yo la mano en la pared que pasaba junto a mí: entonces sentía las asperezas de los adobes descubiertos, carcomidos, y las piedrecitas de sus junturas.

—En 1911 —decía la voz de Amador— se libró por este lado, durante el asedio maderista, uno de los combates más reñidos. Cuentan que por aquí empezaron los revolucionarios a perforar las paredes para avanzar dentro de las casas... Tamborrell, ni quien lo niegue, era todo un hombre, era un gran militar...

Y luego, tras pausa corta, añadió, dirigiéndose a mí particularmente:

—Él, lo mismo que antes el padre de usted, murió con el heroísmo del deber cumplido, que es el más duro de todos los heroísmos, pues está hecho de melancolía, no de entusiasmo...

Caminamos algo más y por fin llegamos hasta un paraje que daba, en la negrura confusa de la noche, la sensación de encontrarse junto al río, hacia la parte donde la ribera y el extremo de la ciudad se tocaban. Se presentía una esquina. Amador interrumpió su charla y advirtió:

—Aquí es, aquí a la vuelta.

Y diciendo esto, nos tomó la delantera cosa de dos pasos y se irguió ligeramente con aire de quien encabeza un grupo. Su tosecita carraspienta vino a sustituír sus palabras.

Al volver la esquina, en efecto, casi nos tropezamos con una guardia de rebeldes. Estaban distribuidos a ambos lados de la puerta de la primera casa: unos en cuclillas, adosados contra la pared; en pie los otros. Entre las hojas de la puerta, a medio abrir, se colaban débiles fulgores, los cuales, difundiéndose en penumbra tenue, comunicaban a los cuer-

pos de los soldados cierta visibilidad de formas monstruosas, achaparradas por el ala de los enormes sombreros que les pesaban encima. Cada uno parecía tener sobre el pecho diez, veinte cananas con centenares y centenares de cartuchos, y sus piernas, de pantalón estrecho, se enarcaban con retorcimientos de acordeón escuálido. Sobre sus espaldas, entre sus manos, cerca de sus pies, brillaban los cañones de los rifles y se precisaban lustrosas, negras, triangulares, las manchas de las culatas.

Al sentir próximos nuestros pasos, se incorporaron con rápido baloteo de brillos y sombras entre los macilentos rayos de luz que los doraban. Uno, rastreantes los miembros, pesado el cuerpo bajo el rifle y las cananas, se destacó en nuestra dirección. Su sombrero, desmesurado, le enmarcaba el rostro oscuro e iba a quebrar el perímetro del ala —vuelta hacia arriba por delante, caída por detrás— contra el rollo enorme del sarape, que traía, a manera de bufanda, envuelto de hombro a hombro.

Preguntó con voz ronca:

—¿Pa dónde jalan, pues?

Amador se fue hacia él con andares de confianza, casi de familiaridad, y le contestó en tono que, queriendo ser afable, sólo resultó opaco:

—Somos amigos. Estos señores, revolucionarios también, llegan ahora de México y quieren ver al general. Los traigo yo: el licenciado Neftalí Amador... Uno de ellos fue ministro del señor Madero...

—Ministro, no —interrumpió Pani—: subsecretario...

—Eso es, subsecretario —corrigió Amador, y se enzarzó en mil explicaciones inútiles.

Habíamos venido a quedar frente a la puerta. Los soldados, sin moverse de su sitio, oían el parloteo de Amador con la solicitud del que no entiende, aunque comunicando a su manera ese dejo de altanería humilde propio de nuestros revolucionarios victoriosos.

—Conque el licenciado Amador y dos menistros...

—Justamente. El subsecretario de Instrucción Pública en el gabinete del Presidente Madero y director general...

—¡Onde le digo yo todo eso!

—Bueno, pues sólo lo otro: el licenciado Amador y un ministro del señor Madero.

—¿Un menistro o dos menistros?

—Es igual: uno o dos...

Se entreabrió más la puerta, para que el soldado pasase, y luego se cerró por completo. Al minuto siguiente la tornaron a abrir:

—Pos que pasen, si son los que dicen...

Pasamos. La puerta daba inmediatamente a una pieza baja, cuadrada, de piso de tierra apisonada y húmeda. La medio alumbraba una lámpara de petróleo que esparcía su luz y su humo desde lo alto de un montón de monturas y cajones arrinconados. La pieza, al parecer, era una simple accesoria.

Traspuesto el umbral, Amador había girado sobre su izquierda, escurriéndose por entre una de las hojas y el cuerpo del soldado. Pani le seguía. Yo era el último. Luego, a los cuatro o cinco pasos, nos encontramos los tres en el rincón opuesto al de la lámpara: era el más oscuro de todos. Pancho Villa estaba allí.

Estaba Villa recostado en un catre y cubierto con una frazada cuyos pliegues le subían hasta la cintura. Para recibirnos se había enderezado ligeramente. Uno de los brazos, apoyado por el codo, le servía de puntal entre la cama y el busto. El otro, el derecho, le caía a lo largo del cuerpo: era un brazo larguísimo. Pero Villa no estaba solo. Junto a la cabecera, otros dos revolucionarios se mantenían sentados, de espaldas a la luz, sobre los cajones puestos de canto. Guardaban la actitud de quien de súbito interrumpe una conversación importante. Ninguno de los dos se movió al entrar nosotros ni dio señales sino de cierta vaga curiosidad, lo cual se echaba de ver en la manera como ambas cabezas, semiocultas por los sombreros tejanos, habían girado hacia la puerta al sentirse ruido.

Amador pronunció frases de presentación tan sinuosas como largas. Villa lo escuchó sin parpadear, un poco caída la mandíbula e iluminado el rostro por dejos de sonrisa mecánica que parecía nacerle de la punta de los dientes. Luego Amador se calló en seco, y Villa, sin contestar, mandó al soldado que acercara sillas; pero como, por lo visto, sillas apenas había dos, sólo dos trajo el soldado: las ocuparon Pani y Amador. Yo, a invitación del guerrillero, me había sentado ya al borde del catre, a un dedo del cuerpo que lo ocupaba. El calor de aquel lecho penetró mi ropa y me llegó a la carne.

Era evidente que Villa se había metido en la cama con el ánimo de reposar sólo un rato: tenía puesto el sombrero, puesta la chaqueta y puestos también, a juzgar por algunos movimientos, la pistola y el cinto con

los cartuchos. Los rayos de la lámpara venían a herirle de frente y a sacar sus facciones brillos de cobre en torno de los fulgores claros del blanco de los ojos y del esmalte de la dentadura. El pelo, rizoso, se le encrespaba entre el sombrero y la frente, grande y comba; el bigote, de guías cortas, azafranadas, le movía, al hablar, sombras sobre los labios.

Su postura, sus gestos, su mirada de ojos constantemente en zozobra denotaban un no sé qué de fiera en su cubil; pero de fiera que se defiende, no de fiera que ataca; de fiera que empezase a cobrar confianza sin estar aún muy segura de que otra fiera no la acometiese de pronto queriéndola devorar. Tal actitud contrastaba, por lo menos en parte, con la de los otros dos revolucionarios —¿Urbina? ¿Medina? ¿Herrera? ¿Hipólito? —, los cuales, al parecer, se encontraban muy tranquilos, cruzada una pierna sobre la otra, el cigarro de hoja en una mano e inclinado el busto hacia delante con tendencia a poner el codo sobre la rodilla y sobre el puño la barba.

—¿Y cómo no le metió usted un balazo a ese jijo de la tiznada de Victoriano Huerta? —dijo Villa a Pani en medio del relato que éste hacía de la muerte de Madero.

Pani estuvo a punto de reír o sonreír. Pero se recobró en el acto, y penetrado de la verdadera psicología del momento, contestó muy serio:

—No era fácil.

A lo que replicó Villa, después de reflexionar un segundo:

—Tiene razón, amiguito: no era fácil. Pero ¡vaya si lo será!

Y de este modo, por más de media hora nos entregamos a una conversación extraña, a una conversación que puso en contacto dos órdenes de categorías mentales ajenas entre sí. A cada pregunta o respuesta de una u otra parte, se percibía que allí estaban tocándose dos mundos distintos y aun inconciliables en todo, salvo en el accidente casual de sumar sus esfuerzos para la lucha. Nosotros, pobres ilusos —porque sólo ilusos éramos entonces—, habíamos llegado hasta ese sitio cargados con la endeble experiencia de nuestros libros y nuestros primeros arranques. Y ¿a qué llegábamos? A que nos cogiera de lleno y por sorpresa la tragedia del bien y del mal, que no saben de transacciones: que puros, sin mezclarse uno y otro, deben vencer o resignarse a ser vencidos. Veníamos huyendo de Victoriano Huerta, el traidor, el asesino, e íbamos, por la misma dinámica vida y por cuanto en ella hay de más generoso, a caer en Pancho

Villa, cuya alma, más que de hombre, era de jaguar: jaguar en esos momentos domesticado para nuestra obra, o para lo que creíamos ser nuestra obra; jaguar a quien, acariciadora, pasábamos la mano sobre el lomo, temblando de que nos tirara un zarpazo.



Horas después, al atravesar el río hacia territorio de los Estados Unidos, no lograba yo libertarme de la imagen de Villa tal cual acababa de verlo; y a vueltas con ella, vine a pensar varias veces en las palabras que Vasconcelos nos dijo en San Antonio: «¡Ahora sí ganamos! ¡Ya tenemos hombre!»

¡Hombre!... ¡Hombre!...

Libro tercero

Umbrales revolucionarios

1

EN EL CUARTEL GENERAL

Ya había anochecido cuando Alberto J. Pani y yo llegamos a Nogales. En la estación —feo cobertizo semejante a los que habíamos visto en el largo trayecto arizonense, sólo que aquí con la peculiar pátina mexicana— nos esperaban varios amigos y amigos de amigos. Su recibimiento fue afectuoso, cálido. Nos quitaron las maletas de las manos, nos sonrieron, nos abrazaron, nos acribillaron a preguntas; todo lo cual dilató los espíritus —los nuestros y los suyos— en el vibrar de una conjunción confortadora. Ellos —primer contacto real con la Revolución— representaban para nosotros la evidencia de que la lucha, por lo menos en la frontera, estaba viva y en marcha. Nosotros —recién llegados desde la propia ciudad de México— tal vez viniésemos a significarles el nuevo eslabón de la interminable cadena de voluntarios que renovaban día a día las filas y la fe.

Lujo insólito en tales circunstancias: el alcalde del pueblo había traído su *Ford* para conducirnos al hotel, que apenas distaba dos pasos. Pero como el auto resultase insuficiente para contenernos a todos, lo abandonamos en el terreno contiguo a la estación y echamos a andar, sin el menor orden, en grupo franco y ruidoso.

Atravesamos una calle y caminamos un tramo de otra: ya estábamos en el hotel. La puerta daba a un pasillo que se convertía, por el fondo, en escalera: callejón, primero, de entrada; luego, callejón ascendente —todo pobre, mugroso y sórdido—. Una figura conocida apareció en lo alto y se mantuvo allí, con los brazos abiertos, durante todo el tiempo que nosotros empleamos en subir: era Isidro Fabela. Una vez arriba, nos sa-

ludó efusivamente, abrazándonos y entregándose a grandes transportes cariñosos, dando voces de júbilo que casi produjeron alarma. Entonces fueron abriéndose las puertas de los cuartos y empezaron a salir por allí hombres de la Revolución: salió Adolfo de la Huerta; salió Lucio Blanco; salieron Ramón Puente, Salvador Martínez Alomía, Miguel Alessio Robles y otros muchos cuya identidad ahora se me escapa. Varios de ellos nos eran conocidos; otros, ni de nombre.

Rafael Zubaran, jefe del grupo que había estado a recibirnos a la llegada del tren, hizo las presentaciones necesarias; muy en lo particular nos presentó al general Lucio Blanco y a Adolfo de la Huerta. Blanco, con su porte noble, sus facciones correctas, su bigote fino y su sombrero de forma entre tejana y mexicana —sombrero de pelo café con visos de oro viejo, ala ancha y arriscada, copa caída hacia atrás, con dos pedradas deformes por el uso—, suscitó en mí impresión gratísima: corrieron del uno al otro, en el acto, efluvios subconscientes de simpatía. En De la Huerta apenas reparé, salvo por un fugaz enfocamiento de la atención, que me hizo percibir su marcado aspecto de indio yaqui y el extraordinario timbre de su voz, bella y rica en sonoridades.



Fue un serio problema el proporcionarnos alojamiento. Escobosa, el dueño del hotel, declaró que en su casa ya no cabían, no digo otras dos personas, pero ni dos alfileres. La dificultad, sin embargo, se zanjó al fin: a mí me destinaron un hueco en el cuarto que ocupaban Adolfo de la Huerta y alguien más; a Pani le abrieron el suyo en la habitación de Martínez Alomía y no recuerdo qué otro ocupante. Allí los dos viajeros nos medio sacudimos el polvo, nos medio lavamos, nos medio peinamos y nos medio pusimos en forma presentable.

—Y ahora, al Cuartel General —dijo Fabela, así que estuvimos listos—. El Primer Jefe sabe que están ustedes aquí y desea conocerlos.



¡El Primer Jefe! ¡El Cuartel General! ¡Qué profunda emoción experimenté al oír por vez primera aquellas palabras, dichas así, cercana y fa-

miliarmente! ¡Al recuerdo de esa hora de mi consagración oficial como rebelde, se me agita hoy el alma de igual manera que entonces, mientras caminábamos del mugriento hotel Escobosa a las oficinas de la Primera Jefatura!

Éstas se hallaban instaladas, a dos calles del edificio aduanal, en una casa baja, de esquina ochavada, cuyo zaguán daba acceso, a derecha e izquierda, a dos perpendiculares alas de habitaciones y se abría, en el fondo, sobre un patio triste, alumbrado por resplandores moribundos. Dos centinelas, de guardia en la calle, terciaron los fusiles al entrar nosotros. Ocho o diez soldados más, que estaban sentados en dos bancos en el interior del zaguán, se pusieron en pie y se cuadraron. Por su indumentaria, estos soldados no eran tan pintorescos como los villistas que habíamos entrevisto días antes al asomarnos a Ciudad Juárez, pero ostentaban un aire más marcial —hasta donde lo marcial existe en las improvisaciones militares de México— y más austeramente revolucionario. Así al menos me pareció aquella noche.

Tras de esperar media hora en una piececita que hacía las veces de antesala, irrumpimos en el despacho del Primer Jefe. Irrumpimos en forma que no careció de cierta solemnidad. No menos de quince personas nos acompañaban, entre ellas varios de los más altos personajes del movimiento constitucionalista. Rafael Zubaran, Ministro de Gobernación y amigo personal de Pani, nos presentó. Fabela, buen amigo mío, hizo mi panegírico con esa benévola facundia, tan suya, capaz de encontrar siempre virtudes en los demás y amante de elogiarlas. Carranza nos acogió protectora y patriarcalmente. Se había levantado de su sillón de brazos para venir a nuestro encuentro, y ahora permanecía en pie, en el centro de la pieza, rodeado por nosotros. No recuerdo las frases que dirigió a Pani, aunque sí estoy seguro de que fueron muy halagüeñas. A mí me retuvo la mano varios segundos, y, mientras tanto, estuvo mirándome, desde la cima de su gran estatura, al sesgo de dos anteojos que mandaban sobre mi rostro, junto con la ternura de un ver dulzón, de un ver casi bovino, los reflejos de la lámpara eléctrica.

Yo iba algo predispuesto en contra de don Venustiano por lo que Vasconcelos acababa de contarme durante nuestra estancia en San Antonio. Su figura, además, evocó en mí asociaciones con los hombres típicos del porfirismo. Más aún: después del candor democrático de Ma-

dero, creía notar en él algo que me hacía pensar en don Porfirio tal cual lo vi y lo oí la última vez. Pero, con todo, confieso que a primera vista don Venustiano no frustró mis esperanzas de revolucionario en cierne. En aquella primera entrevista se me apareció sencillo y sereno, inteligente, honrado, apto. El modo como se peinaba las barbas con los dedos de la mano izquierda —la cual metía por debajo de la nívea cascada, vuelta la palma hacia fuera y encorvados los dedos, a tiempo que alzaba ligeramente el rostro— acusaba tranquilos hábitos de reflexión, hábitos de que no podía esperarse —así lo supuse entonces— nada violento, nada cruel. «Quizás —pensé— no sea éste el genio que a México le hace falta, ni el héroe, ni el gran político desinteresado, pero cuando menos no usurpa su título: sabe ser el Primer Jefe.»

Era la costumbre de ese tiempo, en Nogales, que los revolucionarios prominentes se sentaran a diario, o casi a diario, a la mesa de Carranza. A Pani y a mí se nos invitó desde luego, sin duda no a título de personajes importantes, que no lo éramos, sino por cortesía ineludible con los recién llegados.

—Dentro de un momento iremos todos a cenar —dijo don Venustiano, dirigiéndose a nosotros—. Si ustedes gustan acompañarnos, no los haré aguardar mucho. Sólo tengo que dar respuesta a dos o tres telegramas urgentes.

Todos pasamos entonces a la pequeña antesala, menos Carranza, que se acercó a su mesa de trabajo, y un joven pálido, alto, flaco en exceso y de modales finos, que fue también hacia la mesa y tomó unos papeles de allí. (Después supe que este joven se llamaba Gustavo Espinosa Mireles y que era el secretario particular del Primer Jefe.)

En la pieza contigua nos pusimos a charlar —primero en conjunto, luego en grupos, después en parejas—. Fabela me llevó a un rincón para hacerme, a su gusto, preguntas acerca de nuestros amigos, los ateneístas, que quedaban en México: «¿Y Carlos González Peña? ¿Y Antonio Caso? ¿Y Julio Torri? ¿Y Pedro?»

A favor de una de las muchas reacomodaciones interlocutorias, yo logré, en cierto momento, escaparme hacia el patio de la casa. Visto éste de cerca, me pareció ahora más triste que antes, cuando lo columbré desde el cubo del zaguán. Lo circundaba, a ras de suelo, un corredorcillo cubierto por cuatro salientes del techo que venían a apoyarse en postes

desnudos, largos, escuetos. A uno de estos postes estaba atada, a la altura de la trabe, una bombilla eléctrica, negruzca, opaca, la cual abría hacia una parte el abanico melancólico de su luz y hacia la otra dejaba caer, entre los extremos del sector luminoso, un cono de tinieblas. En el espacio iluminado todo era desnudez; en el oscuro se acumulaban las sombras hasta refluír, en negro amontonamiento, hacia los rincones. Difícil precisar la verdadera causa, pero de aquel patio se desprendía una tristeza infinita: al contacto de su atmósfera, el rumor de las conversaciones de la antesala, que llegaban hasta allí cernidas por la distancia y las paredes y confundidas con el habla de los soldados del zaguán, se escarchaba, se helaba.

Recorrí los tramos del corredor alumbrados por el abanico de luz. Luego alargué mis pasos hasta la parte oculta en la penumbra, y entonces descubrí que no estaba yo solo en el patio. La sombra de un hombre, apoyada en la sombra de un poste, se mantenía inmóvil. La curiosidad me empujó a aproximarme más: la sombra no se movió. Entonces volví a pasar, esta vez más cerca todavía y mirando, aunque aún de soslayo, más insistentemente. La sombra era de un hombre esbelto. Un rayo de luz, le daba en la orilla del ala del sombrero y mordía en la silueta un punto gris. Tenía doblado sobre el pecho uno de los brazos, apoyada en el puño la barbilla, y el antebrazo derecho puesto en cruz encima del otro. Por la postura de la cabeza comprendí que el hombre estaba absorto en la contemplación del cielo: la luz de las estrellas le caía sobre la cara y se la iluminaba con tenue fulgor.

Aquella figura humana, ausente en su ensimismamiento, no me era extraña del todo. Seguro de ello, en cuanto llegué al extremo del corredor volví sobre mis pasos y vine a detenerme resueltamente frente a la sombra inmóvil. El hombre salió poco a poco de su contemplación; bajó la mano en que apoyaba la cabeza; se irguió, y dijo con voz dulce y humilde, en raro contraste con la energía y rapidez de sus movimientos, cabalmente militares:

—Buenas noches. ¿Quién es?

—Un viejo conocido, general. ¿O me engaño acaso? ¿No hablo con el general Felipe Ángeles?

Ángeles era, en efecto.

¿Qué hacía allí, solo, melancólico, con el alma perdida en las estre-

llas, él, verdadero hombre de acción y de grandes impulsos? ¿Por qué estaba a esa hora en ese sitio, encarnando la profunda tristeza que dimanaba del patio de la Primera Jefatura, en vez de hallarse entregado en cuerpo y alma al despacho de los asuntos militares de la Revolución, para lo cual su capacidad era mil veces superior a la de los generales improvisados? Tanto me desconcertó sorprender así a Ángeles, que evité hablarle de lo que más me importaba —de la eficacia del ejército constitucionalista— y durante los minutos que estuvimos allí solos dejé que él escogiera los temas de la plática. Naturalmente, hizo desde luego recuerdos de mi padre, de quien él fuera discípulo en Chapultepec. Lo rememoró con agrado, con cariño, con admiración.

—En su padre de usted —me dijo entre otras cosas— había el espíritu, pero había también la voz, la voz en que el espíritu resonaba y se hacía sentir y obedecer. Era una voz de mando como yo no he escuchado otra: su sonoridad lindaba con el misterio. Formado el Colegio Militar en todo un trozo del paseo de la Reforma, sus órdenes, aun dichas a media voz, corrían de un extremo a otro de la fila: no había quien no las oyera. Para que me entienda usted mejor, me serviré de una comparación tomada de la mecánica. Su voz era como los proyectiles de mucha masa, que una vez lanzados, así la velocidad sea poca, recorren grandes trayectorias. Cuando él quería, podía hacer, mandando en voz baja, que se le escuchara a distancias adonde otros no hubieran sido escuchados ni a gritos.

¿Se debería acaso a que en las remembranzas de Ángeles había mucho de conmovedor para mí? Lo cierto es que las palabras que brotaban de su boca respondían a la íntima tristeza del patio en que nos hallábamos. De tiempo en tiempo subrayaba la frase con algún modesto ademán de sus manos pequeñas, oscuras como la sombra, o con el anuncio de una sonrisa que no llegaba a formularse.

De nuestra conversación vino a sacarnos ruido de armas y de pasos presurosos. La guardia formaba para hacer los honores.

—Ya sale don Venustiano —dijo Ángeles—. Vamos a cenar.

Cuando volvimos a la antesala, Carranza estaba allí, cubierta la cabeza con el sombrero de alas anchas y dominando a todos con su gran estatura. La luz de la lámpara le bruñía la barba y le bajaba después, por la única hilera de botones que le ajustaba el chaquetín, en chorro de enormes gotas doradas.

Echó a andar; tras él desfilaron los otros. Ángeles y yo nos incorporamos a la comitiva: yo, con timidez bisoña; él, con su timidez de siempre. Y a poco salimos a la calle.

El corneta de guardia tocó marcha de honor.



La cena, excelente por sus manjares e interesantísima por los individuos que ponía en contacto, no logró hacernos hablar mucho ni a Pani ni a mí. Más bien nos dedicamos a ver, oír y gustar. Yo, desde luego (esperemos a que Pani escriba algún día sus memorias), no dejé de fijarme en cierto detalles que para la edificación de un rebelde primerizo suponían alguna importancia. Noté, por ejemplo, que Rafael Zubaran ocupaba de pleno derecho el primer sitio a la diestra de don Venustiano, lo cual me pareció muy bien: Zubaran era el Secretario de Gobernación en el gabinete revolucionario. Noté que Ángeles, recientemente nombrado Secretario de la Guerra, no tomaba para sí el primer sitio de la izquierda, sino que éste se reservaba al coronel Jacinto Treviño, jefe del estado mayor de Carranza. Noté que Adolfo de la Huerta iba a sentarse adrede, y pese a su cargo oficial, relativamente alto, entre los comensales de menos ínfulas. Y noté, en fin, que don Venustiano no perdía un segundo la batuta de la conversación; que hacía a cada paso alusiones históricas —evocadoras en especial de la época de la Reforma—, y que era escuchado por todos con acatamiento profundo, hasta cuando incurría en notorios disparates, como al escapársele aquella noche dos o tres que hubieran hecho sonreír a cualquier estudiante de primer año de Derecho.

2
LA MESA DEL PRIMER JEFE

Sentarme a la mesa con Carranza y sus colaboradores próximos acabó por ser, mientras permanecimos en Nogales, el más trascendente de mis actos de cada día. Como fuera de tal deber, que ejecutaba de buen grado a tarde y noche, no tenía yo ocupación alguna de carácter fijo, hacia eso se orientaban mi actitud diaria y mis sentidos. Era como vivir sujeto a una función social *sui géneris*, casi palaciega —aunque al margen del monte— y que duraba poco.

Muy de mañana despertábamos De la Huerta y yo. Despertábamos sin gran esfuerzo, pues el hotel Escobosa tenía, entre sus parvas virtudes, la no rara de embeberse —a la hora en que el sueño, fatigado de sí mismo, se hace dos veces dulce— en la más clara luz que baja de los cielos. A nuestro despertar se seguía un largo coloquio de cama a cama. Cuándo pegábamos la hebra en el punto en que quedara rota la noche anterior; cuándo abordábamos nuevo tema; cuándo nos divertíamos comentando —De la Huerta descubrió pronto mi peculiaridad de conversar dormido mejor que despierto— alguna de las cosas extraordinarias que solía yo decirle en sueños. Por fin saltábamos de la cama, nos vestíamos deprisa, bajábamos a luchar a brazo partido con el mal desayuno que Escobosa ofrecía a sus huéspedes, y cada quien tomaba su camino. De la Huerta, oficial mayor de la Secretaría de Gobernación, se iba en busca de Rafael Zubaran; yo, libre hasta la hora de comer, ocioso mientras encontraba con quién entablar plática, pasaba y repasaba por una misma acera de una misma calle, o me dirigía de lleno hacia los más altos y hermosos cerros circundantes, para escalarlos a título de divertimento.

Mi simple condición de comensal de don Venustiano me pareció al principio, más que dura, insoportable: larga mañana de espera para la reunión de la comida; largo esperar de la tarde para la reunión de la ce-

na. Yo no disponía del recurso de Luis Cabrera y Lucio Blanco, que organizaban ruidosos partidos de billar en el *bar* inmediato a la línea fronteriza —el juego de Cabrera, sabio, felino, eficaz; el de Blanco, brillante, efectista, genial a veces, a veces torpe—. Tampoco contaba, como Salvador Martínez Alomía —antes de que lo destinaran a hacer el retrato biográfico de Carranza—, con el entretenimiento de los versos. En sus ratos de ocio, Zubaran reencontraba la vida mediante su afición —arte magistral, podría decirse— por la guitarra; Ángeles, en el severo programa disciplinario de su cuerpo y su espíritu (tantas horas a caballo, tantas a pie, tantos saltos, tantas horas de estudio, tantas de meditación); Isidro Fabela y Miguel Alessio, en el secreto libar de frases y urdir de períodos para ver cuál de los dos se llevaba a la postre la palma de los oradores revolucionarios; Pani, en sus hábitos de ingeniero, capaces de sistematizarlo todo, hasta el vacío. Pero yo, yo entonces creyente fervoroso en las virtudes revolucionarias activas, no tenía defensa. Por fortuna, descubrí pronto que en Nogales de Sonora había una tienda de libros, aunque no muy buenos —descollaban entre ellos las novelas de Dumas—, y me acogí al refugio de llenar lagunas de mis trece años. Después, a fuerza de meterme en todas partes, hallé que en Nogales de Arizona existía, aun cuando no lo pareciera, una biblioteca pública, y que en esa biblioteca podían leerse hasta las obras de Plotino. De allá datan mis inmersiones temporales en la mística alejandrina y en su pureza espiritual ajena al mero conocimiento; de allá mi trato momentáneo con Porfirio y Jámblico.



Llegada la hora de la comida o la cena, me aparecía por el Cuartel General. Antes no, para no herir susceptibilidades, pues nada inquietaba tanto entonces a los más inmediatos servidores del Primer Jefe como la presencia de revolucionarios nuevos desprovistos de funciones propias: les sobrecogía el terror de verse arrancados, como por escamoteo, de los puestos que desempeñaban, para ellos importantísimos y prometedores. Lo cual —lo diré también— no quitaba para que todos ellos fueran excelentes personas: desde Jacinto Treviño, cuya paz de alma naufragaba en la cercanía de Ángeles, hasta el joven aviador Alberto Sa-

linas, que habría sido capaz —pese a sus cualidades de buen muchacho— de estorbarle el paso al propio Guynemer. Lo de Treviño respecto de Ángeles lo digo con amplia disculpa para el primero. ¿Hubo acaso muchos generales de la Revolución que no sintieran celos de Ángeles? ¿No abundaron, por ventura, los que se apasionaban en su contra —movidos sólo por la envidia— y aun lo calumniaban por escrito?

Para ir al refectorio salíamos del Cuartel General en apretado grupo, don Venustiano a la cabeza, y caminábamos hasta la Aduana. En tales momentos, como la noche de nuestra llegada, siempre había cornetas y tambores que tocaban la marcha de honor. Era, por lo visto, de gran interés lanzar al viento la noticia de que el jefe supremo de la causa revolucionaria y sus elegidos abandonaban la mesa de trabajo para ir a la del almuerzo o la cena. Así los humildes habitantes de Nogales se enterarían y regocijarían.

A mí aquella música me resonaba indefectiblemente a don Porfirio (¿Para qué habitante del Distrito Federal, cuya niñez haya transcurrido de los noventas a los novecientos, Porfirio Díaz, marcha de honor e himno nacional no serán tres partes de un solo todo?) Oírla me desconcertaba. Comprendía por ella cuán lejos debía aún considerarme respecto de los usos revolucionarios, pues nada se echaba de ver que revelara en los otros miembros de la comitiva sentimientos análogos a los míos. «¿Lo ocultarían acaso?», pensaba. O bien: «¡Bah! Impresiones de político bisoño; pronto me acostumbraré a lo uno y a lo otro: a que este aparato militarista y caudillesco me parezca bien, o a disimular que me disgusta.»



Paulino Fontes —entonces lo conocí— era lo que podría llamarse el Intendente de las Residencias del Primer Jefe en Nogales. El departamento de la Aduana donde comíamos no acataba otra autoridad que la suya. Yo debo de haber supuesto, desde la primera vez que entré en aquel comedor, que Fontes, futuro presidente ejecutivo de las Líneas Nacionales, era ferrocarrilero de oficio, porque en verdad que bajo su economato las cosas marchaban allí con precisión maravillosa. Nunca la llegada de un manjar se retrasaba más del tiempo justo respecto del manjar preceden-

te, y ello con tal ritmo previsor, que los comensales éramos como otros tantos trenes encarrerados sobre una sola vía al amparo de órdenes perfectas. Un infalible reloj *Waltham*, de esos que ostentan una locomotora incrustada en la tapa y marcan la hora con manecillas enérgicas bajo la luz, entre clara y verde, de un vidrio grueso, parecía coordinarlo allí todo: ningún choque, ningún accidente, ningún contratiempo. Si algún invitado se aparecía tarde o surgía de súbito, Fontes miraba de llevarlo por el carril pletórico, y conseguía pronto ponerlo en ruta de modo definitivo, sin trastornos para los demás ni forzamientos de velocidad perjudiciales al equipo. Para semejantes casos Fontes empleaba —en forma de entremeses, platos sincréticos o eclécticos y otras cosas por el estilo— un amplísimo sistema de escapes, vías laterales, igriegas, maromas, y demás recursos adecuados, con cuyo auxilio, y sin que nadie se enterase cómo, todos arribábamos al término de los dos viajes diarios, a punto y satisfechos. «¿Llegará un día este hombre aquí tan apto —pensaba yo— a director de las Líneas Nacionales? ¿Su capacidad directiva no desmerecerá entonces de la de ahora?» Porque, en Nogales, la habilidad de Fontes era tan fecunda que bien había él sabido crear para sí, a manera de rito simbólico, el acto distintivo de sus funciones. Todo el servicio se hacía bajo su mando, pero él en persona pasaba la bandeja con las previas copitas de coñac. Dudo que nadie lo haya respetado tanto como yo entonces: respeto de la perfección, que todo lo equipara, de la perfección que no conoce alto ni bajo, grande ni humilde.



Una vez estábamos de sobremesa —como de costumbre, quince o veinte personas—: Carranza, Zubaran, Ángeles, Pesqueira, Fabela, Pani, De la Huerta, Treviño, Espinosa Mireles... Con eficacia insuperable, Fontes convertía los más desordenados apetitos en meros ejercicios de eutrapelia. Todos nos sentíamos gozosos: aquella mañana la banda militar había recorrido dos veces el pueblo y celebrado al toque de diana dos triunfos de nuestras fuerzas, uno en Chihuahua, otro en Tepic. Con este motivo, Carranza se puso a pontificar, según su hábito, y acabó a las pocas palabras estableciendo como hecho inconcurso la superioridad de los ejércitos improvisados y entusiastas sobre los que se organizan cien-

tíficamente. Afirmación semejante tenía que sonar a herejía en los oídos de cualquier militar entendido, y así pasó entonces. Ángeles dejó que don Venustiano terminara de hablar, y luego, muy dulcemente en la forma, pero vigorosísimo en el razonamiento, esbozó la defensa del arte militar como algo que se aprende y se enseña y que se practica mejor cuando se ha estudiado bien que cuando se ignora. Carranza, empero, que solía mostrarse tan autócrata en la charla como en todo lo demás, interrumpió a su Ministro de la Guerra sin miramiento ninguno y concluyó de plano, sin apelación, como Primer Jefe, con un juicio absoluto. «En la vida, general —dijo—, sobre todo para el manejo de los hombres y su gobierno, la buena voluntad es lo único indispensable y útil.»

Ángeles dio un nuevo sorbo a su taza de café y no añadió una sílaba. Los demás guardamos silencio, dejamos flotar en ámbito infinito las palabras concluyentes del Primer Jefe. «¿Se quedará esto así? —pensé—. Imposible; alguno va a hablar ya y a poner los puntos sobre las íes.»

Por desgracia, harto más de un minuto transcurrió sin que ningún labio chistara. Don Venustuanio, callado también, disfrutaba a pequeños tragos el placer de mandar hasta en nuestras ideas; acaso se recreara en nuestro servilismo, en nuestra cobardía. Yo... ¿Hice bien yo? ¿Hice mal? Yo sentí vergüenza; me acordé de que estaba en la Revolución —para lo cual había tenido que romper antes con todo un programa de vida— y me sentí arrebatado por un dilema: o no tenía razón de ser mi rebelión contra Victoriano Huerta, o era imperativo sublevarme allí también, así fuera tan sólo de palabra.

El silencio en torno de la mesa seguía firme, más firme acaso que segundos antes. ¿Eso iba a arredrarme? No. Me eché de cabeza en la pequeña hazaña con que de seguro se me clasificaría al punto del lado de los heterodoxos y levantiscos del campo revolucionario, con que se me clasificaría allí para siempre y sin remedio.

—¡Lo que son las cosas! —dije sin ambages y mirando de frente hasta el fondo de los ojos dulzones del Primer Jefe—. Yo pienso exactamente lo contrario que usted. Rechazo íntegra la teoría que hace de la buena voluntad el sucedáneo de los componentes y los virtuosos. El dicho de que las buenas voluntades empiedran el Infierno me parece sabio, porque la pobre gente de buena voluntad anda aceptando siempre tareas superiores a sus fuerzas, y por allí peca. Creo con pasión, quizás por

venir ahora de la escuela, en la técnica y en los libros y detesto las improvisaciones, salvo cuando son imprescindibles. Políticamente, desde luego, estimo que para México la técnica es esencial por lo menos en tres puntos fundamentales: en Hacienda, en Educación Pública y en Guerra.

Mi salida causó, más que sorpresa, espanto. Don Venustiano me sonrió con aire protector, tan protector que al punto comprendí que no me perdonaría nunca mi audacia. Salvo Zubaran, que me dirigió una mirada de inteligente simpatía; Ángeles, que me miró con aprobación, y Pani, que se entendió conmigo mediante sonrisas enigmáticas, nadie levantaba los ojos de sobre el mantel. Y sólo Adolfo de la Huerta, echando la cosa un poco a juego, vino en mi apoyo, o con más exactitud: en mi auxilio. Se empeñó en borrar o suavizar la mala huella que mi soberbia pudiera haber dejado en el espíritu de Carranza; lo cual hizo, a riesgo de malquistarse él, noble y valientemente, dejándose llevar de su disposición conciliadora.

3

LAS CINCO NOVIAS DE GARMENDIA

Durante el suntuoso baile con que don Venustiano se despidió de la sociedad nogalense, alguien me había dicho:

—¿Ve usted lo lindas, lo atractivas, lo acogedoras que son las muchachas que ahora danzan ante nosotros? Pues, créamelo: casi no existen si se las compara con las del pueblecito de Magdalena. ¡Ah, aquéllas! Para describirlas no alcanzaría el lenguaje. Bástele saber que Gustavo Garmendia tuvo allá, la noche del baile, hasta cinco novias...

El coronel Garmendia acababa de morir en la campaña de Sinaloa; lo cual, dando principio al trazo legendario, acrecía el carácter de los sucesos reales en que la leyenda iba a fundarse. Pero, aparte eso, era notorio que el pueblecito de Magdalena se aparecía siempre en la imaginación de los acompañantes de Carranza, y aun en la imaginación de éste, envuelto en nubes de dorados encantos, por más que bien a bien nadie los sabía definir. «¡Ah, Magdalena!», repetían todos. Pero ¿qué pasaba en Magdalena? Y apenas si una que otra respuesta rebasaba los límites de la vaguedad ponderativa. Para los más intrépidos todo parecía reducirse a una sola circunstancia: en Magdalena pasaban de ciento las doncellas bonitas y casaderas y no había ni un varón en estado de casarse, descontados los chinos.

También es cierto que mientras estuvimos en Nogales existió un motivo constante para que las damas magdalenenses gozaran de gran relieve en la evocación revolucionaria, y era que el Primer Jefe hablaba a menudo de encontrarse en deuda con ellas. Semanas antes, cuando don Venustiano se detuvo allí al ir de Hermosillo a Nogales, ellas —tan hospitalarias, tan entusiastas— lo habían agasajado con un baile que hizo época; por lo cual él se sentía ahora obligado, para cuando regresara de Nogales a Hermosillo, a detenerse otra vez en el pueblo y corresponder a sus admiradoras con una fiesta más fastuosa aún que aquélla.

Creció entre nosotros el interés, ya en vísperas de partir, cuando vimos moverse con alarde, en torno del coche especial de Carranza, a los encargados de comprar y embarcar, para la fiesta en proyecto, grandes cajas de vinos —oporto, jerez, champaña, coñac— y grandes paquetes y cestas de fiambres, gelatinas, conservas, frutas frescas, frutas cubiertas, frutas secas y todo lo mejor, en fin, de cuanto pudo encontrarse en los almacenes de la inmediata ciudad fronteriza.



Llegamos allá en el atardecer de un día magnífico. Nosotros —quiero decir, nuestros jóvenes oficiales (polainas y correajes lustrosos, finos uniformes ajustados, sombreros grises de alas anchas, botones de azófar, espiguillas doradas)— saltamos de los coches rebosando optimismo. El tren acababa de correr por entre valles frescos, poblados de castaños, de encinas, de robles, y algo de ese ambiente —perfume limpio de la montaña— parecía venir en pos de nuestras personas hasta allí. Ellas, vueltas una sola sonrisa de amable acogimiento, esperaban, agrupadas en racimos copiosos, sobre el polvo vil de las entrevías. Su saludo salió a encontrarnos al camino.

Las autoridades del pueblo se acercaron a dar la bienvenida al Primer Jefe y sus ministros. La banda del Estado, mandada con anticipación por el gobernador, tocó los aires que eran nuestro himno: la *Adelita*, la *Valentina*, la *Juanita*. Hubo vivas y mueras, ramos de flores, serpentinas, confeti. Y entretanto, sin que nadie nos presentara, brotó la amistad.

¿Quién de entre nosotros intentó aclarar desde luego, prometiéndose tal vez mayores horizontes, cuáles éramos los casados y cuáles los solteros? Ello fue. Pero las muchachas no lo consintieron de ningún modo.

—No, no —las oímos decir en el acto, con unanimidad profusa, parlanchina—. Eso no queremos saberlo, ni nos importa. Solteros o casados, para nosotras igual valen. Ya sabemos que de los dos o tres días que van a permanecer aquí no saldrá ningún casamiento. Seamos, pues, buenos amigos y divirtámonos sin tomarnos demasiado en serio.

¡Sorprendente manera de hablar! Yo la encontré admirable. ¿Qué pueblecito era aquél, cuyas niñas de diecisiete y diecinueve años se expresaban con más honda sabiduría que las mujeres de treinta años en los

salones del gran mundo? Ellas, en el corro que nos rodeaba, se apoyaban unas en otras con aire de provocación, de desafío, e imprimían al enlace de sus brazos un vago acento de seguridad, de previa afirmación de ser ellas las que pronto mandarían y nos dominarían a su antojo. Las había rubias y morenas; de grandes ojos verdes, donde la claridad se hacía profunda; de grandes y rasgados ojos negros, donde la negrura se perdía en brillos. La tez de sus rostros, clara u oscura, era de una tersidad limpia y pareja, las frentes despejadas, el porte franco, resuelto; los trajes pulcros, graciosos; bellos y bien calzados sus pies.



No eran pocos los revolucionarios jóvenes y apuestos de que proveía su séquito don Venustiano. Así y todo, a cada uno de ellos podía corresponderle en Magdalena, repartiendo las posibilidades a prorrata, un número de novias exactamente igual al que había hecho clásico la tradición de Gustavo Garmendia.

Fue la regla de ellas la que se impuso en el reparto: nació por doquiera un profundo impulso a ser buenos amigos y a divertirse sin tomar las cosas demasiado en serio. Burla burlando, raro era quien a los dos días del arribo no se hallaba ya sujeto a más compromisos que los que podía cumplir. Bajo el tupido follaje de la placita (corrían las primeras horas de la noche; tocaba la banda) las voluntades coincidían y se aunaban. Los sitios más frecuentados eran unas calles de árboles, largas y umbrosas, en cuya perspectiva lejana se quebraban entre las ramas los rayos de un farol. Allí —fácil pureza original de lo desinteresado, de lo atélico— se trataba el juego sin principio ni fin, porque aquello no conducía a nada ni se proponía nada diverso de sí mismo. Y como, al menos en cuanto se refiere a ellas, se trataba de seres perfectamente honestos, las artes del juego de amar con que las parejas se entretenían, se relacionaban menos con las verdaderas lides amorosas que con el aroma de esas lides. En esto están acordes todos los testimonios. El mundo de las vírgenes de Magdalena era un paraíso con Evas y sin Adanes, al cual los Adanes podían llegar de pronto, pero siempre en días anteriores a aquél en que la malicia descubrió, para moverse y fascinar, el cuerpo de la serpiente.

De súbito se nos nubló el paraíso, aunque si por nuestra culpa, no en

nuestro daño. Una tarde llegaron a Hermosillo, Enrique C. Llorente y no recuerdo quiénes más, en compañía de nutridos y hermosos grupos de muchachas pertenecientes a las mejores familias de la capital del estado. Porque Carranza, que aplicaba hasta en los fandangos, a que era tan afecto, el principio de dividir para reinar, sin duda había querido que al baile de Magdalena asistieran representantes de la sociedad de Hermosillo, pues así la alta tensión aumentaría los resplandores. Las señoritas de Magdalena, en efecto, al ver que se les ponía delante una falange de competidoras, se encresparon, con lo que vendrían a beneficiarse el Primer Jefe y su comitiva. Porque no culpaban, por la ofensa que se les infería, a los métodos políticos de la Revolución, sino al modo de ser hermosillense; y en vista de ello se lanzaron, sin pérdida de tiempo, a un duelo terrible que demostrara cómo las suyas eran las mejores armas. ¿Ciertamente lo eran? Los más gallardos de nuestros oficiales probaron las armas de ambos bandos y quedaron indecisos. «Deleite —decían— contra deleite.»

Carranza nos reunió la noche del baile y nos dijo, momentos antes de que la fiesta empezara:

—Este es un sarao de carácter oficial, y para nosotros significa más por los deberes que supone que por el esparcimiento. Nuestra verdadera intención se reduce a lograr que las señoritas y señoras de Magdalena, donde se nos recibe con tanto cariño, queden contentas de nosotros, esto es, de las consideraciones y galantería que venimos a brindarles. Una recomendación concreta les hago: que ninguna señora, joven o vieja, bonita o fea, se crea olvidada; todas deben recibir frecuentes invitaciones, ya sea para bailar, ya para ir a la mesa, de tal modo que se sientan solícitamente atendidas. Yo mismo, según ustedes verán, procederé con igual criterio.

Don Venustiano no bailaba —o bailaba poco—; pero se sentía siempre en su elemento si frecuentaba el trato de las damas. Su resistencia en punto a bailecitos y bochinches no conocía término. A las cuatro o cinco de la madrugada, a penas si el tono de las venillas de su nariz, ligeramente más violáceo, denunciaba, en contraste con el tono de la piel, levemente más pálida, toda la fatiga de la noche. Cortejaba a las señoras con tacto finísimo; a las señoritas las protegía paternalmente. Durante los interminables bailes de la Revolución, que empezaban a las nueve de

la noche para no concluir hasta las seis de la mañana, hacía continuas visitas al *buffet*, acompañando cada vez a una señora diferente, y rato a rato, del brazo de alguna, paseaba por la sala. Entonces —aunque sin olvidar jamás que él era el Primer Jefe— cambiaba sonrisas de inteligencia con sus subordinados, hasta con los más jóvenes o más modestos, y abarcaba el conjunto en amplias miradas de simpatía satisfecha.

En el baile de Magdalena se portó como patriarca vigoroso y munífico, como cabeza de *gens* que cuida del bien espiritual y físico de su prole. Las propias disidencias de los partidos, que enturbiaban ya nuestra atmósfera política, no lograron estropear la buena disposición de su ánimo. Esa noche supo ser hasta tolerante, cosa increíble. Escuchó con gran paciencia el discurso —demasiado enérgico para entonces, demasiado franco, demasiado previsor— en que Juan Sánchez Azcona abogaba por la cooperación de todos los elementos revolucionarios. No dio señales de percibir el enojo que poco después produciría en muchos el discurso de Fabela —aquel discurso que ha hecho famoso la metáfora de la «barba florida» y el apóstrofe de: «Pero ¡qué mucho , señor, que los hombres te sigan y te acaten, si las damas, según lo estamos viendo!...»—, frases que algunos de los presentes, justo es decirlo, no entendieron entonces, ni han entendido nunca, sino al margen de las verdaderas intenciones de Fabela, buenas sin duda en aquellas circunstancias. Porque la plenitud vital de que el Primer Jefe hizo derroche esa vez, estaba en consonancia con lo que Fabela decía o insinuaba. Se trataba tan sólo de dejar complacidas a las damas de Magdalena y Fabela se expresó en términos que ellas aplaudieron con rabia y que a muchas, a las más audaces o imaginativas, deben de haber henchido el pecho con hondas emociones mientras veían ante sí al robusto varón cuya barba, blanca y larga, resplandecía, más que como signo de decrepitud, como gala ostentosa de reciedumbre. Yo creí notar que la señora que en aquellos momentos se apoyaba en el brazo de don Venustiano se sintió irresistiblemente atraída hacia él al influjo de las palabras del orador.

Como Fabela en su discurso, en los actos cumplimos todos: señoritas y señoras quedaron satisfechísimas. A la hora del champaña parecía concentrarse en Magdalena la totalidad de las fuerzas creadoras del Universo. Y luego, si sobrevino la dispersión, no fue por nuestra culpa. Don Venustiano, ahuehuete añoso cuyas raices se tendieran a distancia enor-

me, estaba, a las seis de la mañana, firme en su puesto. A Lucio Blanco no le sorprendió que un rayo de sol entrase por la ventana del *buffet* y viniera a terciar en la conversación que aún sostenía con la bella hija del alcalde, conversación en que ambos seguían con igual desparpajo y frescura que si en ese instante la empezaran: ni uno ni otro se rendían. Enrique C. Llorente no se cansaba de seguir haciendo estragos con sus grandes bigotes inflexibles y con la hermosísima onda de su cabellera —«ala de cuervo»—, que tan bien coronaba su gentil figura. Martínez Alomía demostraba, andando, que la languidez tropical y costeña se ensambla a maravilla con el brío preciso del Norte. Rafael Zubaran, con su habla fácil e insinuante, con sus modales perfectos, con su ironía sutil, no encontraba barreras. Y así los demás: hasta los que menos se señalaban, por muy jóvenes o muy menudos, todos cumplíamos, bien charlando, bien bailando incansablemente bajo la dirección tácita de Carlos Domínguez, que era el bailarín máximo, aquel cuyo brazo daba origen a rivalidades y celos, el que trajo a los campamentos constitucionalistas, desde París, el tango argentino y el pañuelo a lo príncipe de Gales. El diminuto Alberto Salinas se condujo como los de mayor estatura. A despecho de sus compromisos internacionales (pues él era el comisionado para festejar a la hija, azafranada y pecosa, de no sé qué personaje yanqui, huésped de don Venustiano), supo hacerse notar entre las señoritas vernáculas y agradarlas.

Propiamente, el baile de Magdalena no acabó: se fue apagando hasta el último destello, hasta la crepitación última. Los músicos dejaron de tocar cuando, ya avanzado el día, no hubo un solo pie que siguiera el ritmo de los valses, cuando la sala resonó largo tiempo vacía de parejas y llena de música.

Pasadas las ocho me dirigí al hotel. Todavía cruzaban por las calles figuras femeninas arrebujadas en seda, con abanicos de pluma, con zapatillas de raso. De nuestros jóvenes oficiales, los más concienzudos no liquidaban aún la lista de sus citas: estaban prendidos a las rejas.



Al otro día salimos hacia Hermosillo. En masa vinieron las muchachas a despedirnos en la estación, y no ocultaron su enojo al ver que

con nosotros subían a los coches las señoritas hermosillenses. Ya en marcha el tren, mientras los más nos agolpábamos en plataformas y ventanillas para prolongar la despedida, oímos que nos gritaban:

—¡Adios, adiós! Y otra vez vengan solos...

Esa noche, acaso para consolarnos, dimos rienda suelta a las confidencias; empezó la elaboración del recuerdo. Y —¡cosa extraña!— de cuanto oí se colegía que las cinco novias de cada uno de mis amigos eran, justamente —extraordinaria casualidad que iba repitiéndose con cada uno— las cinco novias de Gustavo Garmendia.

4
ORÍGENES DEL CAUDILLO

Cuando llegamos a Hermosillo nada me intrigó tanto como conocer a Álvaro Obregón. ¿Sería éste el grande hombre que Pani anunciaba ya —¡desde entonces!— como nuestra suprema figura? ¿Sería más bien, como lo creía Vasconcelos —deslumbrado por los triunfos fulminantes de Villa—, uno de tantos ambiciosos que nublaban el porvenir revolucionario? Yo sabía que ninguno de estos juicios valía para apreciaciones de fondo: el primero, porque Pani, instintivamente acaso, parecía fundarse en una mera ecuación de personas que lo abarcaba a él, no en un sentido de los verdaderos valores humanos; y el segundo, por la razón opuesta, porque Vasconcelos, a caza siempre de noblezas altísimas, caía a menudo en opiniones que luego él era el primero en rectificar. Pero todo esto, unido a los informes de nuevos triunfos militares al sur de Sonora, contribuía a que mi curiosidad aumentase.



Adolfo de la Huerta —fiel prosélito y eficaz propagandista— no había desperdiciado oportunidad de encender en mí, mientras estuvimos en Nogales, la llama del obregonismo de entonces: un obregonismo de reserva, sumiso al carrancismo naciente.

—Hay que admirar a Obregón —me decía más o menos— no sólo como soldado, sino como espíritu de ideas originales y como político de convicciones revolucionarias hondas. Es, por otra parte, hombre de gran talento natural. Procure usted leer sus manifiestos.

Pero como resultara que aquellos manifiestos no los tenía nadie en Nogales, De la Huerta salvaba la dificultad recitándome una vez y otra —como para que me lo aprendiese de memoria— el mensaje que él mismo le llevara a Carranza de parte de Obregón al celebrarse la junta de

Piedras Negras. Obregón había mandado pedir al Primer Jefe que se expidiera un decreto en cuya virtud quedasen inhabilitados para ocupar puestos públicos todos los jefes del movimiento armado, «porque —decía— todas las desgracias de México se deben a las desenfrenadas ambiciones de los militares».

Confieso que el obregonismo de De la Huerta sí me impresionaba a veces y aun medio me conquistaba en las ocasiones en que salía a relucir la hábil ilustración del famoso mensaje. De la Huerta vivía entonces profundamente inquieto por las responsabilidades de la obra revolucionaria, y como era austero cual nadie, y de un desinterés a prueba de la sonda más fina, conseguía comunicar a otros, en momentos de elocuencia a medio tono, sus propias emociones. Su bella voz temblaba al hacer, aunque quizás no en idénticos términos, comentarios como éste:

—Obregón sabe que su principal misión será la militar, y, no obstante, quiere que los militares de hoy no puedan ser los funcionarios de mañana. Obregón sabe que descollará entre nuestros más grandes soldados, y, no obstante, no tiene empacho en decir que las mayores desgracias de México se deben a las ambiciones de los militares.

La de Obregón, en efecto, era una actitud extraordinaria: extraordinaria cuando envió a Carranza su mensaje —días después de la toma de Cananea—, y más extraordinaria todavía cuando De la Huerta ponderaba ante mí lo que había en él de altruismo patriótico: después de Naco, de Santa Rosa, de Santa María. ¿Quién carente de malicia política y malicia humana —o sordo a ellas— no se hubiera entusiasmado? Yo me figuraba asistir a un suceso insólito: a la elaboración de un caudillo capaz de negar, desde el origen, los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas.



En Hermosillo la diligencia de no recuerdo quién —¿Sánchez Azcona? ¿Fabela? ¿Puente? ¿Malváez?— puso frente a mi vista uno de los manifiestos tan alabados por De la Huerta, y lo leí. Era el que Obregón había dirigido al pueblo de Sonora el día que las fuerzas revolucionarias desfilaron por primera vez en la capital sonorense. Empezaba diciendo: «Ha llegado la hora... Ya se sienten las convulsiones de la patria, que

agoniza en las manos del matricida.» Y luego, en el tono perfectamente conocido de nuestras proclamas políticas, pintaba con terribles metáforas el crimen de Huerta e invitaba al pueblo a tomar las armas.

Mi primera impresión fue que aquel documento no hacía justicia a la capacidad mental del autor, o que si se la hacía, la capacidad no era, en punto a ideas políticas y literatura, muy digna de tomarse en cuenta; pues, aparte la indignación cívica —obvia en cuantos entonces nos alzábamos contra el autor de la muerte de Madero—, y aparte un principio de idea —la de que la rebelión era indispensable para restablecer el estado de derecho— y un propósito noble —el de no fusilar a los prisioneros—, el manifiesto no pasaba de ser una sarta de palabras e imágenes sólo notables por su truculencia ramplona. Se conocía que Obregón había querido hacer, de buenas a primeras, un documento de alcance literario, y que, falto del don, o de la experiencia que lo suple, había caído en lo bufo, en lo grotesco y descompasado que mueve a risa.

En las tres primeras líneas del manifiesto Huerta era *el matricida que, después de clavarle a la patria un puñal en el corazón, continúa agitándolo como para destruírle todas las entrañas*. En las cuatro líneas siguientes Huerta y sus secuaces se convertían en la *jauría que con los hocicos ensangrentados aullaba en todos los tonos, amagando cavar los restos de Cuauhtémoc, Hidalgo y Juárez*. Más adelante la jauría se metamorfoseaba en pulpos, *pulpos a quienes había que disputar los ensangrentados jirones de nuestra* Constitución y a quienes debía *arrancarse de un golpe, pero con la dignidad del patriota, todos los tentáculos*.

Lo peor del manifiesto —o lo mejor para los fines de la risa— no estaba en juego de los símiles o metáforas. Provenía, sobre todo, de cierto dramatismo a un tiempo ingenuo y pedantesco, que era como la medula de la proclama. Se le sentía presente en las palabras iniciales: «Ha llegado la hora...»; se le escuchaba estrepitoso en el apóstrofe final: «¡Malditos seáis!», y hallaba expresión perfecta en esta frase de dinamismo teatral agudo: *La Historia retrocede espantada de ver que tendrá que consignar en sus páginas ese derroche de monstruosidad* —la monstruosidad de Huerta.

Toda mi buena voluntad no pudo con esta literatura ni con el espíritu que en ella se traslucía. Después de la imagen de la Historia «retrocediendo espantada», no era posible guardar compostura para el resto de

la proclama, así lo mereciese. Irremediablemente me venía a la memoria aquel delicioso romance antiguo en el que, para dar idea de una noche de tempestad en el mar, el poeta, entre otros versos que no recuerdo, cantaba éstos:

Los peces daban gemidos
por el mal tiempo que hacía

Sólo que en el romance, pese a lo disparatado de la fantasía naturalista, había una gracia encantadora que en el manifiesto de marzo de 1913 faltaba y no podía haber, pues hubiera estado fuera de su sitio.

*

Eduardo Hay admiraba también a Obregón y gozaba en describir las batallas de Santa María y Santa Rosa. Pero con él el acuerdo de opiniones se lograba pronto. El coronel Hay sacaba el lápiz, abría su cuaderno de apuntes de ingeniero y tomaba aliento para entrar en materia con aires de catedrático:

—La batalla de Santa María fue de un desarrollo preciso, geométrico, admirable... Mire usted: aquí estaba el agua.

Y a poco, uno, oyente de buen grado, vislumbraba que Hay tenía razón, aun cuando su inteligencia de las batallas anduviese más cerca de la geometría descriptiva que de la estrategia: Obregón era un buen general, según lo probaban los hechos. Lo era, por lo menos, dentro de la gama de los generales a quienes combatía: comparado con Medina Barrón, comparado con Pedro Ojeda.

Luego, conforme Hay seguía trazando en su esquema rayas y puntos, la personalidad guerrera del jefe sonorense se destacaba como en perfil. Se le veía provisto, primeramente, de una actividad inagotable, de un temperamento sereno, de una memoria prodigiosa —memoria que le ensanchaba el campo de la atención, que le coordinaba datos y hechos—, en seguida se percibía que estaba dotado de inteligencia multiforme, aunque particularmente activa bajo el aspecto de la astucia, y de cierta adivinación psicológica de la voluntad e intenciones de los demás, análoga a la que aplica el jugador de póker. El arte bélico de Obregón con-

sistía, más que todo, en atraer con maña al enemigo, en hacerlo atacar, en hacerlo perder valentía y vigor, para dominarlo y acabarlo después echándosele encima cuando la superioridad material y moral excluyera el peligro de la derrota. Acaso Obregón no acometiera nunca ninguna de las brillantes hazañas que ya entonces hacían famoso a Villa: le faltaban la audacia y el genio; carecía de la inspiración irresistible del minuto, que anima por anticipado posibilidades que apenas pueden creerse, y las realiza de súbito. Acaso tampoco aprendiera jamás a maniobrar, en el sentido en que esto se entiende en el verdadero arte de la guerra —como lo entendía Felipe Ángeles—. Pero su modo de guerrear propio, fundado en resortes de materialismo muy concreto, lo conocía y manejaba a la perfección. Obregón sabía acumular elementos y esperar; sabía escoger el sitio en que al enemigo le quedarían por fuerza las posiciones desventajosas, y sabía dar el tiro de gracia a los ejércitos que se herían a sí mismos. Tomaba siempre la ofensiva; pero la tomaba con métodos defensivos. Santa Rosa y Santa María fueron batallas en que Obregón puso a los federales —contando con la impericia de los jefes de éstos— en el caso de derrotarse por sí solos. Lo cual, por supuesto, era ya signo evidente de indiscutible capacidad militar.



Por fin, una noche, a la luz del foco de una esquina, conocí a Obregón. Había él llegado esa tarde a Hermosillo para informar al Primer Jefe acerca de las operaciones en Sinaloa. Culiacán acababa de caer en manos del constitucionalismo; las tropas de Iturbe, de Carrasco, de Buelna se escalonaban ya en línea continua hasta Tepic.

Íbamos por la calle, en grupo ocioso de amigos, De la Huerta, Martínez Alomía, Pani, Zubaran, yo y algunos otros civiles, cuando, de súbito, a corta distancia, vimos a Obregón. Todos nos apresuramos entonces a su encuentro, y nos le reunimos, bajo los rayos del alumbrado público, para felicitarlo por su reciente victoria. Volvía vencedor una vez más; radiaba la satisfacción del éxito.

Aquellos de nosotros que ya lo conocían lo abrazaron; los demás, al serle presentados, le estrechamos la mano con efusión tímida. Y luego, mientras unos le hablaban, los otros —yo por lo menos— nos pusimos

a observarlo con el interés que correspondía a su creciente renombre. De la Huerta le hacía, adrede, preguntas serias de tono superficial, temeroso sin duda de vulnerar el esoterismo de las grandes cuestiones revolucionarias. Pero él contestaba en son de chanza y como si su solo deseo fuese en esos momentos charlar por charlar. Se refirió a su herida, burlándose de sí mismo porque las balas no parecían tomarlo bastante seriamente.

—Sí, me hirieron, sí; pero mi herida no pudo ser más ridícula: una bala de máuser rebotó en una piedra y me pegó en un muslo.

De sus ojos —de reflejos dorados, evocadores del gato— brotaba una sonrisa continua que le invadía el rostro. Tenía una manera personalísima de mirar al sesgo, como si la mirada riente tendiese a converger, en un punto lateral situado en el plano de la cara, con la sonrisa de las comisuras de la boca. No tenía ningún aspecto militar. El uniforme blanco, con botones de cobre, le resultaba en el cuerpo como todo lo que está fuera de su sitio. La gorra, también blanca, y de águila bordada en oro sobre tejuelo negro, no le iba bien, ni por la colocación ni por las dimensiones: demasiado pequeña, le bajaba, en plano inclinado, de la coronilla a la frente. Por el aspecto general de su persona, se echaba de ver que afectaba desaliño, y que lo afectaba como si fuese parte de sus méritos de campaña. Desde las jornadas de Culiacán había habido tiempo de sobra para que sus asistentes le lustrasen los zapatos y las polainas y para que un barbero lo afeitara. Pero no era así: el polvo de sus pies y el pelo de su cara eran los mismos que habían asistido al triunfo culiacanense.

La famosa herida —ridícula no sé por qué, salvo porque se la mencionase— dio pábulo a que Obregón hablara de sí mismo en grado suficiente para empezarlo a conocer pese al matiz jovial de sus palabras. A mí, desde ese primer momento de nuestro trato, me pareció un hombre que se sentía seguro de su inmenso valer, pero que aparentaba no tomarse en serio. Y esta simulación dominante, como que normaba cada uno de los episodios de su conducta: Obregón no vivía sobre la tierra de las sinceridades cotidianas, sino sobre un tablado; no era un hombre en funciones, sino un actor. Sus ideas, sus creencias, sus sentimientos, eran como los del mundo del teatro, para brillar frente a un público: carecían de toda raíz, de toda realidad interior. Era, en el sentido directo de la palabra, un farsante.

Libro cuarto

Andanzas de un rebelde

1

DE HERMOSILLO A GUAYMAS

Una mañana se resolvió en Hermosillo, de buenas a primeras, que Miguel Alessio Robles tenía grandes dotes para secretario general del gobierno del estado de Sinaloa, así como que las dotes mías para oficial mayor no resultarían menores junto a las de él. Se nos dieron nuestros pasaportes; se nos proveyó de dinero; se nos entregaron cartas explicativas del objeto del viaje, y se nos ordenó que partiéramos sin tardanza para la capital del estado que iba a beneficiarse con nuestras reconocidas, si bien hasta entonces nunca probadas, aptitudes para el difícil arte del gobierno.



De Hermosillo a Maytorena nuestro viaje se hizo en condiciones casi normales. Era un día claro —con esa claridad, de México sólo, que acerca las montañas y convierte el aire en transparencia pura—: se dilataba la vista hasta lejanos confines que parecían, dentro del cristal de la atmósfera, estar a un paso. El tren corría sin incidentes y bañado en luz. De cuando en cuando nos precipitábamos —a eso se acostumbraban pronto los nervios— en el abismo del *shoe-fly*. Entonces se balanceaba la locomotora, se torcían los furgones, crujían los coches y reíamos excitados los viajeros hasta que a poco tornábamos a respirar. De cuando en cuando los soldados yanquis, instalados en el techo de los carros, no resistían a su instinto de hacer blanco y mataban o herían, impulsados

por la nitidez de las imágenes, los pacíficos animales que se les ponían a tiro: veíamos caer a uno y otro lado de la vía férrea toros, caballos, mulas. De cuando en cuando Eduardo Hay, a cuyas órdenes iba el tren, por ser él el jefe de graduación más alta, se indignaba ante tamaños actos de salvajismo y dictaba órdenes. Entonces nos deteníamos, subían a los techos varios oficiales, se amonestaba a la tropa y, tranquilos para un rato, seguíamos adelante.

Más de una hora nos detuvimos en Ortiz, a fin de que los soldados reposaran y comiesen. Alessio y Hay, buenos amigos del general Salvador Alvarado, resolvieron que debíamos hacerle una visita. Yo hubiera preferido no moverme de mi asiento, para no agitar en mí, recorriendo aquellos lugares, tristes recuerdos de familia; pero Alessio se empeñó de tal modo, que no hubo medio de resistir, y los tres nos fuimos en busca del vencedor de Santa María.

Ortiz era entonces un campamento formidable: cuartel general de las fuerzas que sitiaban a Guaymas; base de operaciones, depósito de armas y aprovisionamiento. Todo lo cual, bajo el excelente espíritu administrativo y organizador de que el general Alvarado dio siempre pruebas en cuanto tuvo a su mando directo, producía cierta impresión verdaderamente militar y en no pequeña escala. Por primera vez sentí allí el vigor armado de la Revolución Constitucionalista, y lo sentí al punto de que nada análogo había de experimentar hasta conocer, andando el tiempo, los grandes campamentos villistas de Chihuahua.

Alvarado nos recibió a bordo del vagón de carga que le servía de oficina. Su verba fácil e incongruente, y su rápido teorizar sobre todas las cosas, me lo presentaron desde luego tal cual era. No dejaba de hacerme gracia —acostumbrado yo a tratar militares de verdad— el choque constante en que vivían en él su aire de boticario de pueblo y sus enérgicas actitudes marciales. Sin embargo, era evidente que por debajo de aquella figura bullía el hombre dinámico, el hombre de talento, el hombre fecundo en grandes destellos y capaz de grandes cosas, aunque invalidado por cierto desequilibrio entre su escasa continuidad de acción y su imaginación torrencial de hacer. También se conocía a primera vista que Alvarado era megalómano, pero megalómano honrado, es decir, de los que no ocultan la megalomanía ni la disfrazan: tenía sobre su escritorio un completo arsenal de fotografías suyas, en multitud de tamaños, posturas

y formas; las había de formato "imperial" y formato "visita", en tarjeta y sin ella, de uniforme y de paisano, de busto y de cuerpo entero, de kepis y sin kepis.

Hablar mucho de sí mismo era para él ocupación predilecta, que animaba y sostenía indefinidamente y con brillo. Se atrincheraba, además —muy peculiarmente—, detrás de sus anteojos, para disparar desde allí sobre el interlocutor andanadas de palabras e ideas que subrayaba con gestos como de estudiante chino semieuropeizado. Su actividad mental me produjo vértigo a los cinco minutos de tratarle. En cada veinte palabras esbozaba un propósito que, puesto en obra, habría cambiado la faz del mundo. Su espíritu resolvía, en apariencia, la insoluble antinomia del genio y su contrario: a un tiempo era vidente e incomprensivo, a la vez sabía llegar de un salto a la intuición de las más profundas verdades y se quedaba en la superficie de los problemas más sencillos. Después, sometido a análisis su proceso de ideación, su genialidad se deshacía en humo, en mera corteza de un pensar audaz, muy afirmativo en unas cosas por sobra de ignorancia en otras. En esto, el corte de Alvarado era obra de las mismas tijeras que el de los demás personajes revolucionarios que se autoinvestían de genios y hablaban de curar las más hondas dolencias patrias con una sola plumada de su mano medio analfabeta.

En el carácter de Alvarado había muchos rasgos merecedores de respeto: su ansia vehemente de aprender, su sinceridad, su actitud grave ante la vida. Aquella tarde, minutos después de conocerme, me agobió a preguntas acerca de los estudios universitarios; quiso saber quién era Antonio Caso. A menudo sonreía al hablar, pero sonreía con las capas inconscientes de su alma, fuera del radio luminoso de las ideas. Un chascarrillo que intercaló Hay, a propósito de la batalla de Santa María, no estimuló su regocijo hasta después de repetírsele el chiste dos veces. Y es que ni la risa ni la sonrisa entraban en el esquema de sus nociones sino como algo desnudo de objeto, o sin otro objeto que restar utilidad al empleo de las horas. Para él la obra oculta en el empeño revolucionario era de tal magnitud que no consentía el desperdicio de un instante ni de un pensamiento: el detalle más pequeño requería la atención íntegra, la disposición más grave.

Esa tarde su sinceridad actuó en pleno a cada palabra. Elogió, en lo que tenía de elogiable, la organización militar que estaba a su cargo, y la

censuró en cuanto merecía censura. Se refirió a Obregón en términos que de seguro no habría dicho si no le nacieran desde lo más profundo. Ya a punto de despedirnos resolvió, espontáneamente, regalarnos a los tres su retrato. Para esto nos vio en grupo por breves segundos —nos vio, abrillantados los ojos por enigmática sonrisa un tanto oriental—, y luego, considerándonos despacio, en pos uno de otro, dijo con llaneza:

—A ver: ¿cuál debo darle a cada quién?

En uno de los de mayor formato estampó enorme firma y se lo tendió a Miguel Alessio Robles. Otro, no tan grande, lo firmó con mesura y se lo dio a Hay; y, por último, me alargó a mí, tras de escribir una pequeña firma cuidadosa, uno de los más pequeños y de menor aparato escénico. A su juicio, nos había calado, acababa de pesarnos, con los ojos, como en balanza de precisión.

¿Molestó a Hay que Alvarado manifestara tenerlo en menos que a Alessio Robles? A mí me fue indiferente que me apreciase por debajo de los dos, pero en cambio me encantó aquel alarde de franqueza, tan grande que pugnaba con las buenas maneras.



Esa noche recorrí por primera vez la senda provisional, abierta entre los matorrales, que unía a Maytorena con Cruz de Piedra. Las tropas huertistas refugiadas en Guaymas eran dueñas también de Empalme, punto donde entroncan, casi a la vista del puerto, la vía férrea del norte y la que sale hacia el sur, con lo que las comunicaciones revolucionarias entre Hermosillo y Sinaloa padecían de un hiato. Éste, como árida laguna de catorce kilómetros de anchura, recortada sobre el territorio dominado por nosotros, se extendía de una a otra de las riberas constitucionalistas surcado de veredas y caminejos efímeros a los que no protegían ni ocultaban, antes daban mayor relieve, los dispersos grupos de arbolillos entecos y la polvosa pelambrera de las matas. Como aquel ancho espacio quedaba expuesto al fuego de los federales, la prudencia aconsejaba atravesarlo de noche y ya avanzada la hora. Los más hacían la travesía a pie; los otros, en carromatos o tartanas que se alquilaban en ambos extremos —Maytorena y Cruz de Piedra—, como quien toma a orillas de un río una barca.

Alessio, Hay y yo contratamos el mejor de cuantos vehículos nos ofrecieron y salimos de Maytorena a las diez de la noche. Yo sabía que aquel paso no encerraba importancia ni peligro ningunos, me lo representaba lleno de sugestiones y encantos. Descubría yo un profundo sentido, algo revelador de no sé qué esencia de México, en el trajinar de hombres que se movían allí entre las sombras, seguros de su marcha, indiferentes a su destino y con el rifle al hombro o la cadera hecha al peso del revólver. ¡Ambiente de misterio, hombres de catadura y alma misteriosas! La noche era clara arriba y oscura abajo; mas el enjambre de las lucecitas de los cigarros, inquieto e infinito a la altura de los ojos, daba unanimidad múltiple a la doble caravana que iba y venía por nuestro camino, y por cuya movilidad pasaba el estremecimiento de la Revolución. Veíamos llamear a lo lejos las fogatas de los federales, alineadas en semicírculo a la derecha del sendero. Las abejas de lumbre de los cigarros, al pasar cerca de nosotros, paraban a veces su bailoteo, refulgían y sacaban de la sombra, esculpidos en resplandor, rasgos indecisos de rostros morenos, reflejos de cierres y cañones de fusiles, visos de la lustrosa madera de las culatas, estrías de cananas convergentes sobre el pecho, pliegues de camisas negruzcas. El golpear rechinante de los carros ondulaba como mar entorno nuestro y se extendía bajo el ámbito inmenso de las estrellas; los perros nos mandaban, desde lo oculto, sus ladridos incesantes, tristes, famélicos sin tregua.

En la parte posterior de nuestro carro el asistente de Hay dormía acurrucado entre maletas y bultos. Nosotros, en el pescante, platicábamos. A nuestros pies canturreaba el cochero.



Cruz de Piedra nos salió al encuentro en forma de tres o cuatro masas geométricas y hoscas entre las que parpadeaban y discurrían unas cuantas linternas.

—Ahora —dijo Hay— lo importante es dormir, para continuar mañana temprano.

Y con las maletas a cuestas nos echamos en busca de sitio propio para tender el cuerpo. Nada mejor en aquellas circunstancias que los furgones de los trenes. Los primeros con que topamos resultaron inservi-

bles: no tenían puertas, olían mal. Al fin dimos con uno que se nos antojó aceptable. Subimos. El asistente de Hay encendió su lámpara de campaña y se puso a tender la cama de su jefe: muy buena almohada, muy limpias sábanas, amorosa frazada. Alessio y yo, que no disponíamos ni de frazadas, ni de sábanas, ni de almohadas, ni de asistente, arrimamos nuestras maletas a un rincón y, apoyada allí la cabeza, nos echamos en el suelo a dormir. Por fortuna, el vagón —un *refrigerator* del Southern Pacific— estaba provisto de reguladores para la temperatura. Gracias a ello, mientras Hay y su asistente durmieron calientes y a sus anchas, nosotros, si sentimos frío, no nos helamos.

2
DE GUAYMAS A CULIACÁN

Dos procedimientos se ofrecían al viajero para agenciarse el desayuno en Cruz de Piedra: uno era el método común, otro el extraordinario. Según el primero, todo se reducía a comprar, en los puestos de donde se surtían los soldados del campamento, un jarro de café y algunas tortillas de harina —tortillas grandes, redondas, de esas que se doblan en punta en torno a su centro y se meten en la boca plegadas en muchos dobleces, cual si se tratara de mascar un papel fino, perfumado y sabroso—. El método extraordinario era de mayor complicación: consistía en hacerse invitar por cualquiera de los hombres próceres del campamento, para lograr así acceso a manjares no tan mezquinos como los de los desayunos mercenarios.

Con el conocimiento minucioso de quien concede importancia suma a su vida de campaña, el coronel Hay nos expuso a Miguel Alessio Robles y a mí las ventajas e inconvenientes de cada uno de los dos recursos indicados y, en fin de cuentas, votó porque adoptáramos el segundo.

—Les prometo —dijo— que si vamos a visitar ahora mismo al coronel Sosa, al cual conozco desde la batalla de Santa María, nos sentará de muy buen grado a su mesa y nos tratará regiamente. La visita, además, no ha de sorprenderle de ningún modo, en parte porque estamos obligados a guardarle la cortesía, como jefe que es del campamento, y en parte porque entenderá a las claras cuál es nuestro verdadero propósito.

Alessio y yo, agobiados como nos encontrábamos por la desvelada y el frío, acaso hubiésemos preferido la inmediata taza de brebaje caliente, comprado en el puesto más cercano, a toda aventura aleatoria de opíparos desayunos. Pero Hay, que había dormido en cama —con almohada, con sábanas, con cobertores—, nos sacaba esa ventaja y nos dominó. ¿Qué resistencia habíamos de oponer nosotros a nada ni a nadie, envueltos en las arrugas y el polvo de nuestros abrigos, que delataban a leguas

el tormento de una mala noche, de suelo duro y de frío intensísimo? En mí, apenas si empezaba a reaccionar cuanto revive al halago de un día hermoso. El recuerdo de nuestro amanecer en el furgón que nos cobijara durante la noche mitigaba aún los estremecimientos frioleros que me corrían por el cuerpo, rebeldes a la caricia del sol, a un tiempo grata y cortante. Dentro del carro, al despertarme el frío por centésima vez, me había reanimado con sus anuncios la claridad de una mañana luminosa. Nos había mandado el sol, por entre las rendijas de un tablero, multitud de hilillos horizontales que venían a decorar con diminutas rodelas de oro el tablero opuesto, y en la penumbra cálida que de ese juego se desprendía, los contornos inmediatos habían ensanchado su presencia, habían entrado con ademán optimista y enérgico en la belleza de la mañana. Mas con todo, como digo, todavía no lograba confortarme.



Hay, por supuesto, tenía razón: el coronel Sosa se esmeró en regalarnos. Lo encontramos en una graciosa cocina improvisada con tablas, hojas de lata y ramas. En un rincón ardía la hoguera; sobre la lumbre se derramaba de un jarro, espumoso y aromático, el café; despedía llamaradas y olores la sartén, brillante y chirriante de manteca. A otra parte, casi encima del fogón, colgaban de cordeles amarrados a los palos del techo trozos de carne de cerdo y de vaca. En el extremo contrario venían a converger decorativas sartas de cecina y de chiles rojos y verdes.

Fueron cortas las presentaciones, pues el coronel Sosa, harto sutil y malicioso, cumplió eficaz y espléndidamente sus deberes hospitalarios. Tras de mostrar gran satisfacción por conocernos a Alessio y a mí, mandó echar más carne a la sartén, más café a la cafetera, más chile y tomate a la salsa; acercó a las tablas que le servían de mesa las tres sillas que tenía; con un cajón improvisó otra, y nos hizo sentar.

Fue aquel un momento grato, en el que encontramos no sólo qué comer, sino calor amable y acogimiento afectuoso. Claro que a Miguel Alessio y a mí el coronel Sosa nos pareció el hombre más simpático de los contornos. A mí, además, me interesó por una circunstancia en que quizás otro no habría reparado: esa mañana el coronel Sosa llevaba dos chaquetas, una de paisano y otra de militar, una gris

azulosa, con botones de color jadeíta, y otra negra, con botones dorados y vivos rojos.

Pasado el desayuno, Hay se decidió a disponer lo concerniente al tren que habría de llevarnos a Culiacán. Miguel Alessio quiso asomarse desde lejos a Guaymas, para ver los cañoneros de los federales, y se encaminó a uno de los cerros próximos. Yo me dediqué a recorrer el campamento, a hablar con la tropa, a estudiar la sorprendente organización establecida allí por el general Alvarado. El principio del orden se manifestaba en los campamentos de Guaymas hasta en el sistema de venta con que se protegía al soldado contra los abusos de comerciantes y pagadores, y eso valía la pena de observarse de primera mano. Porque mirando así, de cerca, se entendía más cabalmente el porqué de la satisfacción con que el soldado de Sonora —indio yaqui por lo general— se alistaba en la hueste revolucionaria. En 1913 la Revolución, como todo movimiento liberador en su origen, era un impulso innegablemente puro, de vitalidad regeneradora, lo que se mostraba visible y activo hasta en los últimos detalles. De otro modo no hubiese fracasado en Sonora tan completamente el ejército federal, cuyos verdaderos combates se libraban, no con la potencia revolucionaria, sino con el germen destructor que aquel ejército traía consigo.



Vio Miguel Alessio los cañoneros huertistas desde la cima del cerro que había escogido como atalaya, y tardó más de dos horas en volver. Hay, aunque no teníamos ninguna prisa, se impacientó, y al regresar Miguel Alessio de su excursión, tuvo con él una seria disputa en que salieron a relucir artículos de la Ordenanza General de Ejército y varios capítulos de la Declaración de los Derechos del Hombre. Las libertades del hombre tuvieron aquí razón contra los ordenamientos que el hombre mismo se impone, y hubo de reconocerse que Hay, en su afán formalista, se hacía del revolucionario típico un ideal caricaturizador de todas las virtudes disciplinantes.

Los ánimos se apaciguaron, se corrigieron los conceptos y empezó el tren su carrera larga, cansada, interminable, a la vista de la graciosa sierra azul entre cuyas anfractuosidades serpeaban las líneas blancas de los torrentes y los caminos misteriosos.

—Por allí —decían los conocedores, señalando aquellas resquebrajaduras blanquecinas—, por allí bajan los indios broncos.

Y la sierra abrupta, la sierra inmensa, cuya calidad estética suprema se debe al juego de la luz con los caprichos más nítidos de la superficie y la línea, vivía de boca en boca el contraste entre su belleza de claridad y la negra leyenda de sus incursiones bárbaras. En las estaciones, a las que el tren llegaba de tarde en tarde, había improvisados miraderos, puestos sobre estacas y cubiertos de ramas, desde donde el atalaya avizoraba al indio, rastrero y artero en el ataque.

Las tales estaciones correspondían a pueblos desolados y embebidos —hasta los más importantes, como Navojoa— en una penetrante atmósfera de barbarie, de descivilización, de holgura en lo incivil e informe, en lo primitivo y feo, que hacía al espíritu encogerse. Los formaban una cuantas casuchas de adobes amarillentos —bajas, chatas, desnudas— asentadas con deleite en el mar de polvo —polvo ahora, lodo sin duda en tiempo de aguas—. En la calle única algunos calesines y carros levantaban con sus ruedas nubes blancas, o bien, más polvorientos que el suelo mismo, estaban quietos, atada la bestia a un palo clavado en la tierra. Era un *Far West* mexicano, más naciente que el otro, con menos barruntos de industria y de máquina, con menos energía, con mayor influencia aborigen en el aprovechamiento del barro como material arquitectónico, pero igualmente bárbaro que el otro, más bárbaro, quizás, en su brutalidad —libre de las tradiciones civiles— y en su ignorancia de las formas suavizadoras inventadas por la cultura de los hombres. En aquellas regiones no había tenido tiempo de fructificar la obra desbarbarizante de los padres jesuítas; flotaban aún ráfagas de auténtica vida salvaje, un ambiente trágico y doloroso en que el débil esfuerzo hacia lo mejor se ahogaba entre los impulsos desordenados de hombres sólo sensibles a la pasión y al apetito zoológico. Y tal impresión, la de estar respirando aires bárbaros, no habría de aliviarse en mí hasta entrar el tren en el dulce territorio sinaloense. Porque junto a la Sonora meridional, Sinaloa es, aun en sus más insignificantes rancherías, el anuncio de la civilización.



En San Blas no encontramos dónde guarecernos durante la noche; pero encontramos en cambio, a la puerta de un jacal metido a fonda,

unas graciosísimas camas que se alquilaban, así, a la intemperie, para que sobre ellas se extendieran los valientes capaces de desafiar temperaturas de tres y cuatro grados bajo cero. Ni Alessio y ni yo éramos valientes de ésos —Hay tenía de sobra con su equipo militar—; pero a falta de mejor ilusión, nos amparamos a aquella oferta de reposo. Las tales camas eran muebles fantásticos. Tenían un tambor hecho con aros de barril, entretejidos con tal vigor, con tal arte para lo fuerte e inflexible, que no hubiesen cedido ni bajo el peso de una locomotora que allí fuera a echarse en busca de descanso. Los tambores, además, estaban recubiertos de cuero crudo y formaban una superficie rugosa y convexa que caía a ambos lados hacia los largueros. De modo que pronto descubrimos lo difícil que era dormir allí tendidos longitudinalmente, so pena de rodar a lo mejor por uno u otro lado. Cambiamos entonces de postura, en busca de las seguridades de lo transversal; pero al pronto descubrimos que tampoco esto era de nuestro gusto: porque, boca arriba, quedábamos como Prometeo encadenado a su roca, y boca abajo braceábamos y pataleábamos en el vacío, íbamos como nadando en una esfera dura y fija. Buenamente acabamos por dejarnos resbalar hasta el suelo y nos acurrucamos allí, entre los pliegues de nuestras sábanas, más blancas aún a la luz fría de las estrellas de noviembre.



Ni Alessio ni yo las llevábamos todas con nosotros en cuanto a la comisión que nos confiara Carranza. Igual que en Sonora, donde la Revolución se hallaba ya dividida en pesqueiristas y maytorenistas, en Sinaloa había la gente de Riveros y la gente de Iturbe. La analogía se prolongaba a otros puntos: también en Sinaloa, como en Sonora, los guiadores de los grupos eran excelentes personas; aquí también la escisión se fundaba más en consideraciones personales y de poder futuro que en discrepancias respecto de los principios. ¿Por qué se atacaban Pesqueira y Maytorena, Riveros e Iturbe? Al recién venido que preguntaba, se le exponían con grandes esfuerzos algunas breves razones, enredadas, especiosas y perfectamente absurdas; pero como una vez allí, salvo que se fuera un lince, se imponía escoger entre un grupo o el otro, el que llegaba venía a creer al fin alguna de las dos versiones que le conta-

ban, y a su turno las repetía con el mismo énfasis que los interesados directos. En el fondo, todo se reducía a la disputa, eterna entre mexicanos, de grupos plurales dispuestos a adueñarse del poder, que es singular: predominio, en unos y otros, de las ambiciones inmediatas y egoístas sobre las grandes aspiraciones desinteresadas; equivocación del impulso mediocre que lleva a buscar el premio de una obra, con el impulso noble de la obra misma. Pero como la disputa no podía evitarse, se inventó la tesis que la justificara: los más próximos a don Venustiano —que fue, con su maquiavélico concepto pueblerino del arte de gobernar, el principal cultivador de la cizaña— reivindicaron para sí el verdadero espíritu de la Revolución, se declararon los radicales, y lanzaron sobre todos los otros, sobre todos los que no los reconocían a ellos como privilegiada casta de semidioses, el anatema de conservadores y aun de reaccionarios. Y así nacieron en Sonora los dos partidos —tan ayuno de ideas el un bando como el otro, pero ambos obligados, de allí en adelante, a simular el criterio que se atribuían o se les atribuía—. Esos dos bandos, como plaga de discordia, habrían de extenderse después desde Sonora hasta Sinaloa, luego a Chihuahua, y luego a toda la República con el convencionismo, el villismo y el carrancismo.

La designación de Miguel Alessio Robles para secretario de gobierno de Sinaloa, y la mía como presunto oficial mayor, estuvieron pues —por su origen, contrario al del grupo que dominaba en el gobierno de Sinaloa— a pique de ponernos, al llegar a la capital del estado, en trance bien ridículo. Por fortuna, la gente de Riveros, que era la parte que nosotros, sin saberlo, veníamos a herir con nuestra presencia, quiso mostrarse decidida desde el primer encuentro e ideó un medio sencillo para hacernos sentir al punto su estado de ánimo. A esperarnos en la estación de Culiacancito vinieron el general Iturbe con todo su estado mayor, el general Diéguez con el suyo y el gobernador Riveros con los altos funcionarios del gobierno. Y Riveros, en el momento de las presentaciones, recalcó varias veces, con visible intención, los títulos de "secretario general" y "oficial mayor" al decir los nombres de las personas de su confianza que desempeñaban tales cargos.

Desde ese momento resolví —y así se lo propondría después a Miguel Alessio— no aventurarnos a presentar las cartas de Carranza. No quise que fuéramos nosotros un nuevo motivo de disputa: no lo quise, entre

otras cosas, porque —aparte valores individuales (como el de Iturbe, por ejemplo, que tenía ganada ya la aureola de uno de los mejores generales de la Revolución)— los dos grupos de Sinaloa me parecían igualmente revolucionarios e igualmente dignos de estima, aunque lo contrario dijesen los unos hablando de los otros.

3

RAMÓN F. ITURBE

El comedor de la casa del general Ramón F. Iturbe no mostraba, al llegar nosotros esa noche, nada del aparato tan común en las grandes ocasiones. Claro vi, con sólo entrar, que el jefe de las tropas revolucionarias de Sinaloa era hombre sencillo y sobrio. La cena de bienvenida se nos ofrecía en una habitación notable por su limpieza, arreglada con esmero, pero en la cual todo se declaraba ajeno a la ostentación y al lujo. Una mesa amplia y blanca ocupaba la mayor parte del espacio de la sala —limitado por cuatro paredes casi desnudas— y recogía, lanzándolos después con mayor nitidez, los rayos de la lámpara pendiente del techo. Sobre el mantel, los brillos humildes de una vajilla pobre y las transparencias desiguales de vasos de diversas formas alternaban con las manchas oscuras, como de palos de boliche en desorden, de las botellas de cerveza.

El único ornato especial que se discernía entre todo aquello lo formaban varios ramos de flores puestos en jarritos bajos y dos hermosas granadas de 75 milímetros —dos de las últimamente quitadas a las fuerzas huertistas—, enhiestas, como pequeñas columnas, en los focos ideales de la elipse en cuyo contorno íbamos a sentar. La luz de la lámpara bruñía largos reflejos en los dos enormes casquillos de cobre y abrillantaba la superficie roja de los proyectiles debajo de los faros diminutos que los rayos luminosos encendían sobre los anillos de las espoletas. ¡Lucecitas menores, todas ellas, pero simbólicas de la lucha y del triunfo! Su presencia nutría allí el aliento de la victoria —penetrante y contagioso como el desaliento de la derrota— y, sobre todo, nos hermanaba.

De las veinte o veinticinco personas que estábamos en la mesa, Ramón F. Iturbe era —esto se comprendía desde luego— el de mayor importancia intrínseca, el dotado de más fuerte personalidad. Diéguez, Hay, Riveros, Alessio, yo y todos los demás entrábamos en el conjunto

como reflejos o sombras, como elementos parciales del fondo de claroscuro. Iturbe figuraba íntegro. Y figuraba no a fuerza de querer hacerse notar, sino al revés, contra todo empeño por inhibirse.

Iturbe hablaba poco y con cautela. Su frase, resuelta a alcanzar el matiz de los pensamientos, seguía un trazo lento y sinuoso, tan sinuoso que al pronto se hubiese creído que buscaba disfrazar u ocultar el fondo de las ideas. La cultura de Iturbe, pobrísima entonces, tenía la ventaja de presentarlo libre de la salsa de semileídos y farsantes. Se expresaba, además, con cierta timidez, con el aire de humildad sincera de quien creyese fácil caer en error y de antemano estuviese de acuerdo en que se le enmendara la plana. Todo lo cual producía en su carácter un raro contraste con otras cualidades: contraste entre su inseguridad juvenil y su aplomo adquirido ya en la vida; entre su adolescencia espiritual y su madurez precoz de alma, acentuada por su fe en sí mismo, por su profunda e íntima convicción de estar, fundamentalmente, en lo cierto y en lo justo.

Porque Iturbe era uno de los poquísimos revolucionarios que habían pensado por su cuenta el problema moral de la Revolución y que habían venido a ésta con la conciencia limpia. Aunque muy joven, su impulso revolucionario arrancaba más de la convicción que del entusiasmo. Y en él la convicción no se reducía, como en otros —los principales, los guiadores—, al ansia de crear un estado de cosas dócil al imperio propio, sino al imperativo de obrar bien, de obrar moralmente, religiosamente. No en balde Iturbe era el único general revolucionario que creía en Dios y que afirmaba sus creencias en voz alta, ya que en tono de estarse disculpando. Y eso sólo, creer en Dios, lo levantaba a gran altura sobre todos sus compañeros de armas, casi siempre descreídos e ignorantes, bárbaros, audaces, sin ningún sentido de los valores humanos y desconectados de todas las fuentes originadoras de los impulsos hacia la virtud.

Su extrema juventud y lo muy desmedrado de su cuerpo hacían de él, al principio, un personaje de poco relieve. Él, por otra parte, acusaba con el desaliño de su traje un descuido tan espontáneo, una tan auténtica inatención por lo inmediatamente material y corpóreo, que se requería mirar dos o tres veces la totalidad de su persona para convencerse de que aquello, lejos de ser defecto, era disposición de ánimo superior, indiferencia por lo que en el fondo no representaba valor ninguno definitivo, de igual manera que en los generales sonorenses era temprana ma-

nifestación de defectos, y no de virtud, el inquebrantable apego a los arreos militares más militaristas. Pero una vez bajo la mirada escrutadora, Iturbe crecía rápidamente e iba dejando entrever por qué pertenecía al corto número de los que mandaban hasta cuando practicaba la obediencia.

Su temperamento reflexivo y maduro constituía la base de su personalidad, apuntaba en los detalles más nimios. Esa noche, por falta de abridores, hubo que destapar las botellas de cerveza al modo revolucionario: haciendo encajar el borde de la corcholata en el martillo de la pistola y apoyando ésta después contra el cuello de la botella hasta que el tapón saltara de su sitio. Quién más, quién menos, todos los presentes efectuamos la operación con dejos de temeridad ostentosa, cual si los revólveres (el cartucho 38 ó 44 frente a la aguja) fueran instrumentos inofensivos. Y es que entre nosotros no había quien no se creyera muy valiente ni se sintiese ya muy hecho a jugarse la vida minuto a minuto. Iturbe no lo hizo así. Desenfundó la pistola con sencillez; la volvió culata arriba cuidadosamente; tomó la botella con la mano izquierda, y atento a que el cañón del arma apuntara en dirección del piso, o de la pared que le quedaba a la espalda, la hizo describir la curva supletoria de las funciones del abridor. Viéndole tal aspecto, no se habría creído que se tratara del mismo hombre que a la hora del combate, y siempre que el arriesgar la vida tenía un sentido, se olvidaba de ponerle cortapisas al valor, según acababa de demostrarlo durante el ataque y la toma de Culiacán.

Libro quinto

Tierra sinaloense

1

PRIMERAS IMPRESIONES

Eduardo Hay se hizo cargo, desde luego, de su puesto de jefe del estado mayor de Iturbe; pero Miguel Alessio y yo, abandonado el propósito de hacernos nombrar funcionarios sinaloenses, volvimos a ser dueños de nuestras acciones y nuestro tiempo.

Para distraernos, nos dedicamos a hacer el reconocimiento físico y psicológico de Culiacán, que encerraba, para nosotros, el doble interés de ser una ciudad no vista y una ciudad recientemente quitada a las tropas de Huerta. Había, además, en la atmósfera de aquella pequeña ciudad, modesta y grata, una radiosidad que convidaba a gozar de ella desplazándose dentro de su ámbito; una madurez de vida, en pleno diciembre, que —tras los días resecos y terrosos de Hermosillo— tonificaba el ser, lo enaltecía, lo precisaba y aguzaba, y ponía a flor de cuerpo el ansia de entrar en contacto con las cosas.

Durante el día todo se ataviaba con raro prestigio en Culiacán. Las aguas del Tamazula eran de un tinte azul idéntico al del cielo, sólo que en el río quebraban el tinte azul las manchas morenas de los cantos, y lo limitaba, en lo hondo de la transparencia, el lecho de arena, coloreado en contraste. Crecía en los alrededores de la ciudad, en roce estrecho con los muros de las últimas casas, una exuberante vegetación: huertos espesos, cañaverales tupidos, alfombras de verdura perpetua bajo el moteo de las flores. Y el cielo, de una claridad a veces deslumbradora, vertía sin cesar sobre ese campo y las calles que en él trazaban los grupos de casas, ondas de luz que lo doraban todo. Así iluminado, nada

había feo o inerte: el lodo mismo irradiaba reflejos que parecían ennoblecerlo.



Tanto era el lucimiento y fuerza con que sentíamos vivir allí los elementos naturales, que con trabajo echábamos de ver en la ciudad los estragos de la querella de los hombres. Las tiendas saqueadas —rotas las puertas, vacíos los anaqueles— no cobraban su verdadera significación hasta después de detenernos ante ellas insistentemente. Las casas desiertas, de donde la turba sacara los muebles, sugerían apenas un leve momento de desorden confuso, una arruga pasajera en la trama del vivir social, no la guerra intestina en su máximo desenfreno. Discurrían por las calles escasos grupos de habitantes puestos a la difícil tarea de ganarse la vida en un sitio donde apenas se encontraba qué comer; pero su aspecto, pese a las circunstancias, era de lo más riente, de lo más optimista, de lo más seguro. Para surtirse de otra camiseta o reponer los inservibles pares de calcetines había que esperar la llegada de Schwab —el famoso comerciante judío de aquella época—, que hacía viajes hasta Nogales de Arizona, de donde regresaba cargado de saldos de ropa, fantásticos por el estilo y los precios, y con los que nos vestía de un modo aún más fantástico —juegos de ropa interior cuyos colores y dibujos eran tan absurdos que su origen resultaba cosa inexplicable, extraterrena; camisas que se cerraban por detrás; trajes verdes, a rayas romboidales, que en el acto nos clasificaban entre las culebras, y otros, de elementos disímiles que ataba no sé qué fantasía tan enérgica como misteriosa y que nos prestaban personalidades monstruosas y grotescas: la mitad beisboleros y la mitad *cow-boys*, la mitad alpinistas y la mitad veraneantes de una playa de moda—. Pero eso no variaba nada ni contaba nada dentro del ritmo de la naturaleza ambiente; como tampoco parecía importar que no siempre hubiese pan en la ciudad, ni carne, ni café, ni otros alimentos por el estilo. Era aquél un diciembre como una primavera: los principios vitales se agitaban por dentro, se nutrían de sí mismos, se bastaban y multiplicaban con sólo ser.

Semanas después, Laveaga —el que luego sería senador y entonces se ocupaba en las nobles tareas del comercio— habría de aparecerse como

un dios mitológico en medio de aquel vivir, sensual y brillante. Hacía tiempo que Culiacán prácticamente no probaba la cerveza. Laveaga lo supo, y, mercader revolucionario esforzado, pasó un furgón de ella frente a los federales de Guaymas y no paró hasta Culiacán. La ciudad lo recibió en triunfo, le pagó a peso de oro su amargo líquido e hizo por varios días una fiesta que, de ser otra la edad imaginativa de los culiacanenses, se habría perpetuado dando nacimiento a una leyenda o a un mito.

Otro dios o semidiós, asimismo mitológico, era Octavio Campero. Éste, desde la entrada de las tropas, se había posesionado del casino de Culiacán —casino de *científicos*— para hacer con él lo mismo que quienes lo poseían antes, sólo que ahora con los hombres nuevos. Y la verdad es que su iniciativa mereció copiosísimos aplausos de todos los amigos y correligionarios. Organizador y activo, Campero cuidó en el acto de los menores detalles: mandó imprimir las tarjetas de entrada para los nuevos socios; contrató servidumbre; puso en marcha la cantina; dio animación a las partidas de juego y a las reuniones y charla de las tertulias.

A las mesitas del casino revolucionario culiacanense fui yo a recalar muchas tardes, extenuado de fatiga, tras mis largas caminatas.

2
UNA NOCHE EN CULIACÁN

Mucho tiempo después habrían de contarme, a propósito del general Juan Carrasco, la graciosa salida suya que me lo hizo simpático para siempre. (Viniendo una vez de Guadalajara a México, un oficial de su estado mayor le preguntó, al pasar el tren sobre el puente del río Lerma: "¿Qué río es éste, mi general?" A lo que Carrasco respondió: "Éste, hijo, es el río Grande. Lo llaman así porque se le cuenta entre lo muy, muy enorme del mundo. Según creo yo, sólo el Mesesipe le supera.") Pero la verdad es que ya entonces me interesaba el guerrillero sinaloense como tipo representativo de uno de los aspectos de la Revolución.

Por aquellos días su nombre sonaba a menudo cerca de nosotros. Aparte sus acciones guerreras, no había quien no hablara en Culiacán de los entusiasmos prolongadísimos con que celebraba él los últimos triunfos revolucionarios, muy en particular el de la toma de la capital del estado por nuestras fuerzas. Cierta mañana lo vi pasear por las principales calles en entera concordancia con lo que de él se decía. Iba en carroza abierta, terciada la carabina a la espalda, cruzado el pecho de cananas y acompañado de varios oficiales masculinos y uno femenino y notorio: la famosa *Güera Carrasco*. Detrás del coche, a la buena usanza sinaloense, una charanga hasta de cuatro o cinco músicos se afanaba por seguir el paso de los caballos, sin dar por ello reposo a sus instrumentos. Y lo más curioso era que los miembros de la murga, visiblemente rendidos por el doble ejercicio, mostraban menos fatiga que el séquito y el general. El contraste me impresionó y me hizo detenerme para mirar más a mis anchas el espectáculo y sus personajes.

De éstos, sin duda, el central era Carrasco. Con su esbeltísimo talle, con su cabeza pequeña y su rostro broncíneo, de facciones angulosas, su gran figura dominaba la escena. La *Güera* —se comprendía en seguida— se esforzaba a su vez por ocupar sitio y llamar a atención; pero en

este punto Carrasco la traía hecha añicos. Él, pese al cansancio que parecía doblegarlo —y sin pretenderlo ni saberlo quizá—, acaparaba las miradas del público: todos se volvían a ver su cara partida en dos por la línea negra del mugriento barbiquejo y velada a medias por el ala oblicua del sombrero, puesto con garbo.

—Con éste —dijo a mi lado una voz— son tres los días que lleva así mi general Carrasco.

—¿Tres? —inquirí volviéndome, deseoso de saber más.

—Tres con sus noches —me contestaron—. En lo cual, si hay pecado, más va por el poco tiempo que por el mucho. ¿Ve usted cómo anda ya mi general a estas horas? Pues le quedan aún cinco o seis días de horizonte risueño. Ahora, que no es de día, sino de noche, cuando el verlo da gusto.

—Y ¿por qué de noche?

—¡Ah! porque entonces se le juntan sus soldados.



Esa noche misma, sonadas las diez, me propuse asistir a lo que el desconocido había ponderado tanto en la mañana. Dejé a Miguel Alessio Robles preparando el discurso que diría al día siguiente ante la tumba de Garmendia, y me eché a la calle en busca de la parranda de Carrasco y su tropa.

A semejante hora, en el Culiacán de aquellos días, era insólito encontrar gente por las calles. Apenas si en la proximidad del mercado se veía discurrir a unos cuantos trasnochadores en busca del clásico plato de pollo, servido a la luz humosa de velones y linternas. Era el Culiacán desierto de los días siguientes al sitio; el de las casas abandonadas; el de las tiendas vacías por el saqueo doble —saqueo de los federales al emprender la fuga; saqueo nuestro al entrar, urgidos también nosotros por las necesidades terribles de cada minuto—. Y la desolación, pavorosa en el día, pero semioculta entonces bajo el manto admirable de una naturaleza rica y desbordante en pleno invierno, se alzaba durante la noche, del fondo mismo de las sombras, invisible y real, imponderable e inmediata. Bastaba el recorrido de unas cuantas calles para perder las nociones diurnas, para sentirse vagando en el interior de un cuerpo a quien el

alma hubiese sido arrancada, para escuchar, como venido de lo más hondo del enorme ser muerto, el latir de las propias arterias, allí brújula única, contacto único con lo vivo. En medio de la más completa soledad del campo o de la montaña siempre se oye de noche, o se presiente, una palpitación vital; en medio de la ciudad en ruinas las tinieblas son lo más cercano al desvanecimiento del último soplo en la nada. Aun los súbitos fulgores de vida se desnudan entonces de su apariencia auténtica, se vacían de su contenido: el perro famélico que pasa de pronto, pasa como el especto del perro; la voz lejana nos hiere como un eco —con la mortal deshumanización de la voz en el eco—; el bulto que boga un instante en el espacio iluminado bajo el remoto farol es el aparecido del bulto, participa de la inconsistencia de lo plano, carece de su tercera dimensión. Y una imagen se agita entonces en la memoria, se apodera del espíritu y le comunica su estremecimiento: se ve a Eneas abrazando en vano la sombra de Anquises bañada en lágrimas que no mojan.

Prendido a aquellas imágenes lúgubres ambulé más de una hora por las calles solitarias y oscuras. Conforme me alejaba del centro, las tinieblas se hacían más profundas, el silencio más mate. Llegó un momento en que me perdí, y anduve un rato a tientas. Luego un fugaz resplandor lejano me sirvió de norte, y poco después empecé a seguir, a grandes rasgos, las someras indicaciones de mi sentido de orientación, ya con ánimo de retirarme a casa. Porque mi largo caminar acabó por antojárseme inútil y desprovisto de sano propósito. A lo mejor, el holgorio nocturno de Carrasco y sus tropas era mera invención del desconocido de la mañana.

Eso pensaba yo cuando oí, tamizado por la oscuridad, un levísimo rumor de voces. Se le sentía venir de la parte hacia donde yo caminaba... Seguí andando... A los pocos pasos escuché varias detonaciones que dominaron aquel rumor, ya más próximo, pero aún confuso, zumbante. Me detuve. No se veía nada: la negrura de la sombra me tocaba el rostro. Los disparos, a juzgar por la opacidad de las detonaciones, se habían producido dentro de una casa. Su sucesión había sido uniforme y rapidísima. «De una misma pistola —me dije— y de una misma mano.» Y esperé quieto.

El rumor de las voces no cesaba. A poco, otra serie de detonaciones —ésta también regular y rápida— volvió a cubrir los demás ruidos. Eran

disparos de otro calibre... Las voces, como ola que sube, arreciaron entonces y se enhebraron en un grito agudo, carcajeante, que tras varias notas guturales —seguidas, menuditas— se ensanchó en un ¡ay! casi sin aliento y vino a terminar en una expresión ronca y obscena... Aquello me hizo comprender: eran Carrasco y su gente. Y entonces me dispuse a oír con toda la concentración que nos embarga en las sombras.

Para mi oído, ya que no para mis ojos, el grito acababa de señalar el punto de donde antes partieran las detonaciones. La casa de los disparos estaba en la acera por donde yo iba, probablemente a doscientos o trescientos pasos. Vacilé un punto sobre lo que me convenía hacer. ¿Me acercaba más a la casa? ¿Retrocedía? Por lo pronto resolví cruzar hacia la acera de enfrente, y, al hacerlo, descubrí que por ese sitio la calle venía a convertirse en lodazal, más que en lodazal, en río de fango que se tragaba mis pies hasta el tobillo. Así y todo, anduve poco a poco, y después de marearme varias veces con el vértigo de la sombra, logré tocar la pared opuesta. Allí, al parecer, no había acera: el mar de lodo llegaba hasta fundir su negro profundo con el tono pardo, discernible apenas, de los muros de las casas. Era absurdo seguir caminando en tales condiciones; pero como no se veía gota, resultaba quimérica la busca de mejor sendero. Por allí continué.

Conforme me acercaba al lugar de las detonaciones y el grito, las voces —no menos confusas que antes, no menos indescifrables— ganaban en volumen. «Deben de ser muchos», iba yo diciéndome, cuando tropecé con algo —al parecer con las piernas de un cuerpo recostado contra la pared— y me fui de bruces hacia el lodo. Pero al extender los brazos en el curso de la caída, mis manos, abiertas en anticipación del suelo, dieron milagrosamente en la ropa de otro cuerpo, al que me agarré. Este segundo cuerpo estaba a pie firme, según noté en seguida, y fue a sus piernas a lo que me mantuve asido mientras mis rodillas se posaban en el lodo con fresca blandura. Mi salvador invisible pareció entender lo que me pasaba, pues sentí una mano fuerte que me cogía por una axila, que me ayudaba a enderezarme y que, por último, me soltaba un instante para convertirse en brazo echado sobre mis hombros, brazo cariñoso, brazo que me apretaba el cuello con inesperado afecto, sensación que se desvaneció en mí en el acto para resolverse en la de un olor humano desagradabilísimo y a vueltas con el tufo del mezcal. Entonces hice un vi-

goroso movimiento por soltarme de aquel cuerpo que se me juntaba; pero como el brazo me sujetó con mayor fuerza, y al mismo tiempo una puerta de la acera de enfrente dejó escapar un rayo de luz, me torné inmóvil. El que me abrazaba dijo:

—¡Anda, pos y que te me queres ir!...

La luz de la puerta nos estaba dando de soslayo. Quise ver quién me tenía cogido y levanté la vista. Mi apresador era un soldado andrajoso. El sombrero, de palma, le caía hasta media nariz, al grado de que el ala venía a tocar, ancha y colgante, el cuello de una botella que tenía empuñada con la otra mano y apoyada, por el fondo, en el ángulo que las dos cananas le hacían sobre la camisa mugrienta. Muchos sombreros como el suyo iluminaba en aquel instante el estrecho paralelogramo de luz vaciado en la calle por la puerta a medio abrir, y a un lado y otro del espacio luminoso —en la penumbra primero, luego en los confines de las tinieblas— se perfilaban sobre una masa informe más y más sombreros del mismo tipo. Imposible calcular su número: igual podían ser doscientos que cuatrocientos o mil. Mientras veía esto, vi asímismo, por encima de toda aquella muchedumbre, que bajo la horca luminosa de la puerta salían a la calle varias figuras de hombres, entre ellas una de silueta alta e inconfundible: era Carrasco... La puerta se cerró.

La oscuridad me cegaba ahora más que antes. La multitud, en cambio, gracias a la acción de un nuevo sentido, se volvió para mí más perceptible. Dentro de su contorno, que yo no veía, pero que sentía, se formó un alma de unidad colectiva: la muchedumbre se incorporó y comenzó a agitarse como un cuerpo solo, a ondular, a mecerse, a bambolearse, todo el corazón de un ruido espeso y opaco. Porque persistía el rumor, bajo e impreciso, de las voces, como antes. Los movimientos, o no se resolvían en choques, o ahogaban los choques en el colchón de lodo. Pero el temblor que sometía ahora el total de la masa a una sola voluntad era evidente: uno como fluido corría de cuerpo en cuerpo. Se esbozó primero una onda hacia la parte donde estábamos yo y el bruto que me sujetaba cada vez con más fuerza. Luego la ola refluyó. Luego me di cuenta de que se iniciaba un avance lento: tan leve que, más que avanzar, revelaba la intención previa de avanzar.

Conforme nos movíamos, noté que poco a poco iban surgiendo, a la espalda del grupo formado por mí y mi apresador, y a ambos lados,

otros grupos que nos apretaban y empujaban. Eran parejas, como la nuestra, o racimos de tres, de cuatro, de seis hombres enlazados entre sí. De nuevo intenté escapar, esta vez casi con furia; mas mi compañero, con presteza de músculos muy superior a la mía, me apretó el cuello. Para mí la lucha resultaba difícil, imposible, porque él se hallaba en la fase de la embriaguez en que la agilidad precisa de los movimientos se hace insuperable, y, además, porque era grande y fuerte. Mi nuevo forcejeo le provocó una risita baja, orgullosa y contenida, aunque reveladora de todo menos de maldad. Aquello, por lo visto, le divertía. Poco a poco fue acercándome a la cara, sin duda para demostrarme su actitud benévola, la mano con que tenía cogida la botella: sentí contra mis labios el extremo frío y pegajoso de la boca de vidrio y por dos o tres segundos me escurrió sobre el pecho el mezcal. Luego apartó de mí la botella y bebió él a grandes tragos.

La mole humana que formábamos se movía, mientras tanto, hacia el extremo de la calle. Unas siluetas altas, como de hombres a caballo, formaban el centro en torno del cual nos arremolinábamos. La más alta de ellas debía de ser la de Carrasco. De tarde en tarde bajaban desde allí voces con entonación de autoridad, aunque para mí inarticuladas, indistintas, como todas las otras; pues —cosa rara, fantástica— en medio de aquel gran mar de gente no había logrado oír, hasta entonces, otras palabras inteligibles que las que dijo al principio el hombre que me tenía preso. La expresión de aquella multitud no rebasaba los susurros, los murmullos: murmullos de canciones, susurros de frases. Sólo a ratos un grito estridente lo dominaba todo: luego el zumbido de colmena recobraba su siniestro imperio. A veces también, las rápidas series de los fogonazos nos envolvían en un resplandor rojizo e intermitente que moría con la última detonación. E igual que los disparos, los gritos eran a manera de remate de vagas aspiraciones, que se manifestaban cuando los murmullos caóticos, acordados en cierto modo, lograban, en su musitación, vaga semejanza con cantos.

¡Extraña embriaguez en masa, triste y silenciosa como las tinieblas que la ocultaban! ¡Embriaguez gregaria y lucífuga, como de termites felices en su hedor y en su contacto! Era, en pleno, la brutalidad del mezcal puesta al servicio de las más rudimentarias necesidades de liberarse, de inhibirse. Chapoteando en el lodo, perdidos en la sombra de la noche

y de la conciencia, todos aquellos hombres parecían haber renunciado a su humanidad al juntarse. Formaban algo así como el alma de un reptil monstruoso, con cientos de cabezas, con millares de pies, que se arrastrara, alcohólico y torpe, entre las paredes de una calle lóbrega en una ciudad sin habitantes...

Al llegar a una esquina mi compañero y yo, pude escapar. ¿Cuánto tiempo me sujetó aquel abrazo hediondo? ¿Me sujetó una hora? ¿Dos? ¿Tres? Cuando me arranqué de él, sentí quitárseme de encima una opresión mayor —corporal y moral— que si todo el espacio negro de la noche, convertido en dragón inmenso, hubiese estado pesando sobre mis hombros.

3

LA RELIGIOSIDAD DE ITURBE

Nuestros paseos solíamos hacerlos en carretela, invitados por el general Iturbe. Culiacán se nos ofrecía entonces —tal al menos se me figuraba a mí, al observar la mirada gozosa, tranquila, con que Iturbe lo abarcaba todo— como premio de un largo esfuerzo. Sin duda que el triunfo final de la Revolución quedaba aún muy distante —apenas si estábamos en los comienzos de la lucha—; pero ¿cómo no oír el secreto sentimiento, o presentimiento, de esta hora: la convicción de que pasear así por la ciudad recientemente conquistada equivalía a sellar y saborear el triunfo de una etapa?

El carruaje, de muy buenos muelles y excelente tiro, rodaba blando sobre la húmeda tierra de las calles principales. Luego, agotado el centro, daba tumbos —tumbos en que las sopandas nos mecían como en columpio— entre el lodo y los charcos de los barrios extremos. Y de esa manera visitábamos hasta los sitios más recónditos y advertíamos los más nimios detalles de cuanto desfilaba ante nuestros ojos. Porque como íbamos siempre a un paso que resultaba desproporcionado con las dimensiones de la ciudad, había que pasar y repasar por los mismos lugares para que la distracción durase.

Iturbe, no sé si por hábito propio o por seguir alguna costumbre sinaloense, no daba instrucciones generales al cochero en el momento de partir, sino que iba diciendo, conforme avanzábamos, el camino que debía seguirse. Minuto a minuto decía: «A la derecha», «A la izquierda», «Para atrás», «Por el puente», «Hacia la capilla». Y si la necesidad de comunicar una de estas órdenes lo sorprendía conversando, en el instante preciso quebraba la frase, se dirigía al cochero y reanudaba enseguida, sin tropiezo alguno, lo que venía diciendo. Era un arte peculiarísimo, que a mí me interesaba como gimnástica propia para enseñar a la atención a desdoblarse de modo continuo, con eficacia paralela, en dos

cauces simultáneos aunque divergentes. En un principio sólo me divirtió; pero después traté de practicarlo por mi cuenta, participando de lleno en la conversación y, a la vez, analizando la lógica que Iturbe ponía en el itinerario.



En la monotonía de tales paseos lo grato parecía provenir, más que de cualquier otra cosa, de la espirituosidad, como de champaña, que impregnaba el aire, la cual nos predisponía a mirarlo todo con ojos inteligentes y simpatizantes. Había, aparte eso, dos digresiones que a mí se me antojaban de grande interés: una, el tránsito por el puente del río Tamazula; otra, el indispensable alto al pie del cerro en cuya cima lucían blancas, enjalbegadas, humildes, las paredes de la capillita.

El largo puente sobre las aguas azules y poco profundas del río, estaba dotado de la secreta virtud de abrir horizontes a las almas contempladoras. Era tosco, feo, inartístico, pero tenía siempre cierta fresca novedad, y si no él, lo que de él se desprendía: el paisaje no era muy rico en el fondo, que lo rodeaba. Más tardábamos en entrar en él que en sentirnos trasladados a otro plano, como si se tratara de un recinto destinado a la vida espiritual, de un templo. Lentamente, al paso los caballos, se movía nuestro coche por entre las dos rojas arcadas de hierro, cuyas sinuosas líneas paralelas se precipitaban, como a brincos, de una a otra banda. Generalmente, pasábamos por allí al atardecer, a la hora en que las diferencias concretas, los valores individuales, próximos a borrarse en la sombra, se aguzan. El golpe de las pezuñas sacaba sonoridades del piso de madera, apoyado en los tirantes arcos, y el hueco resonar de las tablas hacía brotar a un flanco y otro armónicos metálicos que venían a formar una rara música compuesta de tres fajas: la densa y ancha de la madera, las claras y brillantes del acero. Aquella música me hacía mirar hacia lo alto, hacia el horizonte, y me daba el contacto de lo cercano y lo remoto: veía enrojecerse el sol; veía al puente, como eje de cielo y tierra —de un cielo donde los fulgores de acero comenzaban a teñirse de sangre—, partir el Universo en dos perspectivas en contraste. Abajo, en la tierra, esas dos perspectivas eran tan pequeñas y modestas que su existencia parecía reducirse a mera aspiración, a mero acatamiento de las de

arriba. Eran, de una parte, el caserío de la ciudad en torno de las blancas torres de su mayor iglesia —casitas bajas, pobres, tristes—; de la parte contraria, las avanzadas del campo, tupido de vegetación, casi selvático: apretado de maleza, invadido a trechos por cañaverales, sembrado aquí y allá de macizos de árboles corpulentos y enhiestos.



Al pie del cerro de la Capilla el interés de nuestros paseos radicaba en circunstancias de orden bien distinto. Aquí, volvía yo necesariamente a pensar en el sentido espiritual de la Revolución, a empeñarme en entrever, mediante el dato directo de la conducta cotidiana de los hombres con quienes andaba, el nuevo término a que llegaría el alma nacional, si llegaba a alguno, a consecuencia de la lucha que estaba envolviéndonos y arrastrándonos; y esto porque lo que presenciaba yo al pie del cerro de la capilla, merecía considerarse, dado el tono dominante entre los espíritus revolucionarios directores, como algo tan de excepción que acaso pareciera inaudito.

Nos apeábamos del coche entre materiales de albañilería: piedras, ladrillos, arena, cal. Iturbe se alejaba un poco de nosotros; hablaba con el maestro de obras; pasaba revista a lo que se había hecho ese día; preguntaba por lo que se haría al día siguiente, y por último, ya de nuevo a nuestro lado, nos enteraba en detalle de la marcha de aquel proyecto suyo. La primera vez que estuvimos allí, nos dijo:

—Un día —de esto hace ya mucho tiempo, aún andaba a salto de mata por el monte— hice promesa de construir, tan pronto como Culiacán cayera en mis manos, una escalinata que subiese desde lo más bajo del cerro hasta la puerta de la capilla. Ahora, según ustedes lo ven, estoy cumpliendo esa manda.

Nos decía esto Iturbe, fija la vista no en nuestros ojos, sino en el pequeño santuario del cerro, y pronunciando la parte final de la última frase con firmeza un tanto fingida, como si quisiera, gracias al tono, dejar liquidado el punto —un punto indiscutible y personalísimo—. Pero a despecho de todas estas precauciones, su voz arrastraba las palabras más inseguramente que de costumbre y denotaba el esfuerzo por aparecer con el mismo carácter de siempre: no lograba velar por completo la

inquietud. Iturbe —se notaba entre sílaba y sílaba— temía ser mal comprendido o mal juzgado por su religiosidad; este temor, sin embargo, bastante grande para asomar el rostro, nada podía contra los actos. Iturbe se ruborizaba de que sus compañeros de armas o de ideales políticos lo vieran entregado a construir una escalinata, por mero impulso religioso, por un simple acto de fe en la potencia divina; pero, contra todo rubor, la construía.



Aquel detalle pintaba al general Iturbe de cuerpo entero. Lo pintaba, salvo para unos cuantos imbéciles, con líneas y colores favorabilísimos. Porque es un hecho que muy pocos se habrían atrevido entonces a confesar en público sus creencias religiosas, en el supuesto de tenerlas o conocerlas. El ambiente y el momento otorgaban prima a los descreídos. Más todavía: el deber oficial casi mandaba, o suponía, negar a Dios. Don Venustiano, que con la mitad de su persona soñaba en parecerse a don Porfirio, soñaba también, con la mitad restante, en parecerse a Juárez. De ahí su afición a representar el papel de gran patricio en las ciudades fronterizas, lo cual no pasaba de copia inocente de lo que en el Benemérito fue necesidad, y de ahí también otras imitaciones, éstas ya más graves, como el restablecimiento de la Ley de 25 de Enero, en cuyo nombre se cometieron, no obstante que Carranza no era sanguinario, asesinatos incalificables. En punto a política religiosa, la inclinación del Primer Jefe a ganarse determinado pedestal en la Historia marcaba el paso: quienes lo seguíamos, o parecíamos seguirlo, nos jactábamos de un jacobinismo, de un reformismo de edición nueva y contenido más lato.

El caso de Iturbe, empero, como el de otros cuantos, era diferente. Él —entonces católico, después espiritista— se movía en las cosas del alma a impulsos de su personalidad propia, no arrastrado por la personalidad de los demás, e iba afirmándose, imponiéndose hasta lograr el respeto: en esto, lo mismo que en lo militar. En lo militar acababa de hacerle ver a Obregón que no hurtaba su jerarquía al general del Ejército Constitucionalista: Iturbe sabía mandar, disponer, obrar y triunfar, según lo demostró multitud de veces durante el ataque a esa misma ciudad donde ahora estábamos. Nadie, en efecto, ignoraba que en la toma de Culiacán

había habido un heroísmo tranquilo y de auténtico linaje guerrero: el de Gustavo Garmendia; una bizarra tenacidad: la de Diéguez; y, descollando sobre todo, una indiscutible capacidad de jefe —de jefe valeroso—: la de Iturbe. Después de la batalla, a Obregón le faltaron elogios para exaltar la conducta del joven general de Sinaloa.

Otro tanto ocurría en el orden civil —al menos en lo referente a la conducta del individuo—. Frente a la masa de los revolucionarios serviles, que ya empezaba a espesarse y a deslindar su campo, Iturbe, sin saberlo, se erigía en ejemplo de independencia por el solo hecho de mantenerse leal a su fe religiosa: no renunciaba a su pensamiento, no escondía sus sentimientos, ni su carácter.



Cuando años después, he vuelto a Culiacán, no siempre he conseguido revivir, bajo el influjo evocativo de las calles o de los paisajes del contorno, las impresiones ni la emoción que recibí al pasar por allí en días de mis andanzas de rebelde. Pero una cosa no he dejado nunca de volver a encontrar tan viva como en la primera tarde: la disposición de ánimo que me provocaba ver construir los escalones por donde subirían más tarde los fieles de la capilla de Guadalupe. De pie ante el cerro, atenta a los recuerdos la memoria, siempre han retornado a mí las imágenes de entonces y su huella conmovedora; he vuelto a sentir el estremecimiento de honda simpatía, aunque ajena a mis creencias, por el general revolucionario que reconocía en público su voto religioso y era así dueño de toda la entereza de alma que se necesitaba para ello. Vivíamos tiempos mejores: el caudal de la Revolución llevaba en sus aguas mucha de la transparencia de su origen; no lo enturbiaban aún del todo la ambición, la codicia, la deslealtad, la cobardía. A riesgo de romper con los hombres, Iturbe cumplía la oferta hecha a su Dios y usaba al hacerlo los recursos oficiales con que contaba. Un contraste pone de relieve los rasgos de aquel acto suyo: en Chihuahua, meses después, se nombraría entre risas y aplausos, por mero decreto de las armas constitucionalistas, un obispo católico, y a las pocas semanas se harían en Monterrey fusilamientos de imágenes de santos.

4

DESPUÉS DE UNA BATALLA

Otras veces no era Iturbe, sino Diéguez, quien nos invitaba a recorrer la ciudad, si bien en tales casos, más que a la ciudad misma, nos dedicábamos a los alrededores, de preferencia a los sitios que fueran poco antes escenario de los combates con las tropas de Huerta. Para esos paseos renunciaba yo, temporalmente a mis modestos pantalones de revolucionario civil y a mi sombrero suave y acudía a los *breeches* de caqui, a las polainas de cuero de cerdo y al sombrero tejano de alas y copa un tanto vergonzantes.

El general Diéguez teñía nuestro grupo con un intenso color de jovialidad. Vestido todo de blanco —salvo los zapatos y las polainas, que llevaba de cuero negro, como la mayoría de los jefes y oficiales de sus fuerzas—, venía en nuestra busca risueño y hablador. Y apenas echábamos a andar, daba señales de ir poniendo tenso para el resto del día —llegaba por nosotros en las primeras horas de la mañana— el hilo de la plática. Su cutis oscuro y requemado por el sol, se plegaba en multitud de arrugas prematuras conforme lo envolvía la animación de la charla, charla que en gran parte era sólo suya; y ésta, gracias al influjo de una honda simpatía personal, nos absorbía, nos arrancaba al paso sin brío de nuestras cabalgaduras, mientras no nos parábamos a observar, por indicaciones de él, algún detalle del camino.

Sus comentarios lo revelaban ingenuo; sus preguntas, cándido. Había en su temperamento cierto impulso afectuoso que de rato en rato le hacía inclinar la cara, al tiempo que hablaba, hacia sus interlocutores. Entonces la mirada del oyente descubría de cerca, en el espectáculo que era el rostro del general, una nueva versión de lo que éste venía diciendo, o una versión complementaria. Hacían polígonos de elocuencia, entorno de dos ojos como de gato, las resquebrajaduras de la piel. Un bigote muy varonil vibraba al soplo de las palabras y dejaba entrever, y

cubría de nuevo, los amarillentos brillos de la dentadura. Y aun solía la atención del interlocutor, mirando con mayor fijeza, distraerse del significado de las frases y dejarse arrastrar por las peculiaridades fisonómicas que se le colocaban delante: por el rayo de sol que, al soslayo, entraba por las córneas de los ojos del general y salía enriquecido con las tonalidades del iris; por la multitud de puntillos negros, como rociada de pólvora, que se esparcían sobre aquel rostro franco, hecho a la vez en armonía y contraste con la albura del uniforme que bajaba desde el cuello.

¿Había alguna relación entre estos puntitos negros y la costumbre y perfume que eran en Diéguez característicos? Yo, tan pronto como me le acercaba, me complacía en creerlo así, para lo cual —acaso contra toda evidencia— me daba a elaborar las más extrañas teorías dermatológicas. Porque el general Diéguez olía siempre a café: no al café que se está tostando y moliendo, sino a un café antonomástico, esencial, eterno. Y tal perfume se explicaba por la costumbre suya de beber ese líquido a todas horas: en su casa, en su oficina, en campaña. Llevaba constantemente, suspendido de una correa que le bajaba del hombro derecho a la cadera izquierda, un frasco pequeño, chato, envuelto en forro de piel, en el que no faltaba nunca la cantidad de extracto necesaria para el día. De cuando en cuando —inconscientemente a veces, como quien sin darse cuenta saca un cigarro del bolsillo y lo enciende— cogía el frasco con la mano izquierda, lo destapaba y se lo llevaba a los labios para dar rápido sorbo. Luego, mientras volvía el frasco a su sitio, chascaba dos o tres veces la lengua y se relamía, revelando, por indicios, haber entrado de nuevo en su ser, haber reconquistado su naturaleza. De este modo, el café —que era su tabaco, su coca, su droga excitante y vital— lo tenía saturado desde la frente hasta las uñas. El tinte propio de su substancia predilecta lo recubría de una pátina de extraño matiz —con remusgos más oscuros en el borde de los labios y las comisuras de la boca—, la cual, al concentrarse en una infinidad de grumos negros en los poros del cutis, le salpicaba el rostro.



Diéguez no hacía nunca gala de valiente, pero sus maneras recordaban al militar. No era fanfarrón, no era farsante. Era modestísimo en la

importancia que concedía a sus cualidades guerreras; y quizá por eso mismo gustaba a fondo del ejercicio de las armas, a que lo habían arrastrado sus ideales políticos. La primera vez que salimos en su compañía, se empeñó en recorrer los parajes donde poco antes se libraran los combates para la toma de Culiacán, y nos describió estos últimos con tal lujo de detalles, que no parecía que a él le hubiese correspondido desempeñar entonces sólo un papel subalterno, aunque distinguidísimo, sino el de general en jefe y, a la vez, el de cada uno de los oficiales y soldados que se batieron. Desde la junta de generales y jefes celebrada en el Palmito para acordar el plan de ataque, hasta la irrupción de las fuerzas de Blanco en la ciudad la madrugada siguiente a la noche en que huyeron los federales, no había circunstancia que él ignorase ni callase. Y hacía el relato de la batalla en estilo rico en colores y observaciones concretas, no en el lenguaje seco de quien se interesa sólo por lo militar. Hablaba con los ojos y el corazón abiertos a lo expresivo tanto como a lo técnico, haciendo brotar del fondo de lo marcial las visiones que le habían parecido patéticas o cómicas. Las patéticas, es cierto, no las lloraba, pero las impregnaba la emoción, de emoción visible en el fulgor de los ojos; las otras las reía cordialmente.

—Porque de todo hubo —decía— en la toma de este pueblo de Culiacán, como de todo hay siempre en cualquier combate para los ojos que saben ver. ¿Gracioso entre lo gracioso? La espantada del mayor Alfredo Breceda durante una de las falsas alarmas a que dieron lugar los movimientos del enemigo antes de que empezáramos a dominarlo.

Y nos contaba el episodio. Breceda (en otra parte he consignado este curioso hecho de armas tal cual me lo refirieron los *capitanes del ensueño*) se había incorporado en aquellos días a las tropas sinaloenses ansioso de combatir y de cubrirse de gloria. A la estrella que ya decoraba su sombrero de rebelde —y que, al decir unánime, se debía a méritos no precisamente catalogables entre los de campaña— quería él añadir otra estrella más, acaso dos, éstas sí puras y refulgentes desde el origen. Semejante aspiración, noble en un todo, ¿habría podido no parecer plausible? El mayor Breceda fue objeto de la simpatía general y probó el gozo de verse alentado por sus compañeros superiores. Se le ayudó, se le distinguió. Obregón mismo, a fin sin duda de darle amplias oportunidades desde el principio, resolvió tomarlo bajo su mano: se hizo acompañar de

él, como si fuera uno de los oficiales preferidos, mientras anduvo reconociendo las posiciones de los federales.

En aquella empresa mucho del éxito iba a depender, naturalmente, de la calidad de las armas. Breceda lo sabía bien, y, atento al logro, llegó provisto de un buen número de ellas: todas nuevas, todas finísimas, todas pulidas y a punto. En esto de armarse fue tan prolijo que no se olvidó ni de la cocina de campaña: la que trajo consigo podía equipararse, por la eficacia, a todo lo demás. Era un aparato de última invención, extrasimple, extrarrápido, en el cual lo mismo se pasaba por agua un par de huevos, dándoles la sazón exacta de los dos o los tres minutos, que se asaba un pavo o se ponía el dorado más uniforme a la costra azucarada de un flan.

Las bellas cualidades de sus armas fueron para Breceda, en los días previos al ataque, fuente de no escaso renombre. Sus rifles y pistolas conocieron la fama antes de disparar; su equipo inquietó a los curiosos del campamento. La cocinilla sobre todo —aquella cocinilla a la que tantas satisfacciones debían de ir anejas, y que hacía pensar en la máxima de que el soldado bien alimentado y bien curado es el de las victorias— no cesó de atraer el halago y la alabanza hacia su dueño.

Por desgracia las cosas cambiaron de aspecto cuando de los preparativos del ataque se pasó al ataque en toda su fuerza; cuando la acción bélica relegó al olvido cuanto no fuera guerrear, incluso el supremo y más prometedor de los artes culinarios. El mayor Breceda empezó entonces a perder el sentido preciso de sus armas; no acertó a servirse de ellas con claro juicio, pese a la perfección de los rifles y las pistolas —perfección que, como visual que va del alza a la mira, estaba apuntando al blanco, al objeto—, y cayó en error. Y así fue como una mañana, al intentar los federales una salida por la parte del ferrocarril, Breceda, con su cocinilla en hombros —como si ella fuese el más precioso de los útiles militares—, emprendió la carrera. Magnífica carrera, digna —cuando la contaban quienes de cerca la presenciaron— de todo un cantar épico; carrera con altos, con invocaciones, con ritmo trascendente. El general Diéguez la hacía vivir con su elocuencia risueña, aunque no cruel, y le comunicaba cierto sabor cadencioso, melódico, como de romance de ciego, intercalando de trozo en trozo este estribillo:

—Hasta Navolato no pararon el mayor Breceda y su cocina.

Y a lo último añadía, como para disculparse de su poca caridad:

—Y no es que los demás nos hayamos portado como héroes. No había cómo ni por qué. La tal salida no valía la pena de moverse. Nuestros soldados se replegaron unos cuantos pasos sin dejar de combatir... Pero el mayor Breceda, armado de su cocina, no paró hasta Navolato.



Ya en los cerros, la charla de Diéguez cobraba tono muy distinto. Recorríamos de un extremo a otro el lomerío que prolonga el cerro de la Capilla. Descubríamos restos de las trincheras construidas por los federales. Nos movíamos entre árboles de ramas desgajadas por el fuego de los cañones, entre pedazos de proyectiles, entre rastros de sangre. Y a la vista de todo aquello el general Diéguez se enardecía en el recuerdo como semanas antes en el combate. Nos hablaba de sus batallones 4º y 5º como de dos entidades dotadas de alma, como de dos adalides en el momento de asestar los más tremendos golpes. Nos hacía asistir, con lucidez extraordinaria, al asalto de los dos fortines: el que tomó el 4º y el que tomó el 5º, y cuya resistencia mantuvo en jaque a sus tropas, con diversas alternativas, por más de treinta y seis horas.

Pero al llegar a este punto de su relato, Diéguez dejaba siempre fuera su actuación personal, brillante como había sido, para que el sitio lo ocuparan otros. Alababa la conducta de sus subordinados, la del mayor Calderón, la del mayor Ríos, y evocaba, trémulo, la bizarría de Gustavo Garmendia. Porque fue allí, junto a una de aquellas rudimentarias defensas de ladrillo, donde Garmendia tropezó con la muerte.

—Venía como los bravos —decía Diéguez—: a la cabeza de sus hombres y seguro del triunfo. Estaba a unos cuantos metros del fortín; los defensores flaqueaban visiblemente. Entonces él, para abreviar la lucha, se lanzó al asalto; pero, atleta hasta el final, salvó de unos cuantos brincos el espacio que lo separaba de la posición enemiga y llegó a ella solo, o casi solo... Una bala le alcanzó la pierna al saltar sobre el parapeto... Murió en las angarillas que le improvisamos con unas cuantas ramas...

5

UN BAILE REVOLUCIONARIO

Los oficiales del estado mayor de Obregón, que habían tomado para su uso la residencia de la rica familia Cañedo, nos invitaron a vivir en su compañía, lo que fue un motivo más para que nuestra vida pasara gratamente. Los *capitanes del ensueño* se trataban —y nos trataban—, si bien con modestia y perfecto orden, a cuerpo de rey. Aquella casa, hermosa en sí misma, nos resultaba un verdadero palacio. Tenía una soberbia galería cubierta —de piso de mármol, de vidrieras sobre el jardín, y amplia como para recibir embajadores— que hacía nuestras delicias. Las habitaciones eran tantas que se disputaban entre sí el privilegio de alojarnos. En una, riquísima, y que, al parecer, había pertenecido a dos jóvenes doncellas, nos instalamos Miguel Alessio Robles y yo; en otras varias, los *capitanes del ensueño*, y en otra, algo distante, el telegrafista del estado mayor de Obregón. Total, seis personas, cordialmente avenidas, dueñas a toda hora de la libertad más completa y satisfechas de encontrarse juntas. Tres veces por día nos reuníamos a disfrutar de tres comidas magníficas —comidas sinaloenses—, en torno a una mesa limpia y bien servida, y entonces sabíamos, con sencillo arte, prolongar largo tiempo nuestra euforia. A charlar y comer nos alentaban la clara luz del jardín y la vista de las plantas y las flores.

¿Por qué les decíamos los *capitanes del ensueño*? ¿Porque eran tres? ¿Porque eran jóvenes? ¿Porque, como toda la juventud revolucionaria de los primeros momentos, abundaban en ideales puros, en un desinterés limpio y sin tacha? Mucho de absurdo había en semejante título, pero es el caso es que así los llamábamos. *Capitanes del ensueño* fueron siempre para mí y, sobre todo, para Miguel Alessio, que muy a menudo tomaba pie de la palabra *ensueño* para recitarnos largos períodos de sus oradores favoritos.

De los tres, Aarón Sáenz era quien llevaba el gobierno de la casa y hacía de ella, por decirlo así, los honores. Mas no por eso la situación de los

otros —Lorenzo Muñoz y Carlos Róbinson— sufría menoscabo. Los tres capitanes se entendían con espíritu fraterno; los tres comunicaban a aquella casa, gracias a su conducta individual y colectiva, una rara placidez de oasis revolucionario. Bajo la armonía de su íntima inteligencia todo se deslizaba allí más suavemente que nuestros pies sobre los cuadros, blancos y negros, del pulido mármol de la galería. Si algo solía separarlos, no brotaba nunca a la superficie. Sólo con grandes esfuerzos se medio adivinaba, por un dejo vago, apenas perceptible, que Aarón Sáenz era el capitán a quien el jefe distinguía con preferencia. Oficial de confianza absoluta, Obregón resolvió encargarle la custodia del cuartel general de Culiacán al volver a Sonora poco después de la toma de la plaza.



Culiacán vivía entonces la paz de una ciudad prácticamente desierta. En pos de los federales habían huido hacia Mazatlán muchos de sus moradores, y entre ellos, salvo excepción, lo más selecto de todas las clases. Caras bonitas, desde luego —eso en que Sinaloa descuella de costumbre, según conviene a su fama— no las veíamos frecuentemente. Así y todo, los *capitanes del ensueño* se afanaron en buscar a tal punto, que, a las pocas semanas de la entrada de las tropas, el que no tenía ya una bellísima novia no se encontraba muy lejos de ello. Aarón Sáenz salía a hacer la rueda en un *buggy* de no mal caballo. ¿Lo alquilaba? ¿Pertenecía también a la casa de Cañedo? Una vez que lo acompañaba yo, dimos no poco que reír. Por ir él mirando hacia el balcón de sus esperanzas, y yo pendiente de su afán, las riendas guiaron el caballo tan sin tino, que un tris más y nos rompemos la crisma contra la casa de enfrente. En cuanto a Muñoz y Róbinson, acaso usaran otros métodos menos peligrosos, pero de seguro no menos eficaces.

Una vez aseguradas las novias, o ya bastante en perspectiva, ¿qué cosa más natural en nuestros capitanes que el deseo de obsequiar con un baile de Nochebuena a la sociedad culiacanense, o —seré exacto— a los jirones de sociedad que allí quedaban? Había, con todo, dificultades muy serias: primero, que Aarón, en materia de baile, no daba un paso; segundo, que la sociedad de Culiacán sencillamente no quería oír hablar de nosotros los revolucionarios. Ciertamente, de las dos dificultades la

primera no presentaba obstáculos invencibles. En los tres días que faltaban para la Nochebuena Aarón podía aprender a bailar. Así al menos se lo garantizaba yo, que ni antes, ni entonces, ni nunca supe lo que es ese baile. Pero lo otro, vencer el asco que sentían por los revolucionarios las gentes *decentes* de Culiacán, ya era empresa de enorme aliento. Flotaban en la atmósfera muchas historias que nos perjudicaban para el caso: que si de tal parte la Fulanita había desaparecido al retirarse las tropas; que si a Menganita le ocurrió aquello y a la otra lo otro. Total: que con los revolucionarios la buena política consistía en negarnos hasta el saludo.

Otros hubieran desistido en el acto; nosotros, no. La pureza de nuestras intenciones —las de Alessio y mías porque no llevábamos en el asunto más interés que el afecto a nuestros amigos; las de éstos, porque en verdad tenían buenos propósitos— nos sacó de quicio ante la resistencia que encontrábamos y nos llenó de un cinismo audaz. Resolvimos renunciar de plano a los intermediarios de que quisimos valernos al principio y optamos por afrontar en persona el desaire, para lo cual nos dábamos buen pretexto. Porque el punto, en el fondo, no carecía de cierto cariz político muy explotable. ¿No se trataba de una fiesta ofrecida por oficiales del estado mayor del general Obregón, a la cual rehusaban concurrir las principales familias de una ciudad recientemente quitada a las fuerzas de Huerta? Pues si tal era el caso, convenía saberlo fijo, y nosotros, como revolucionarios, estábamos obligados a aclararlo. Al descoco que íbamos a poner en obra lo favorecía, además, nuestra condición evidente de forasteros. Como no conocíamos a nadie de manera oficial, nada nos privaba de presentarnos en cualquier casa justamente con ese carácter: con el de desconocidos faltos de quien los presentase.

Los cinco: Alessio, los capitanes y yo —el telegrafista se mantenía un tanto aparte—, nos fuimos apareciendo en cada una de las casas de las muchachas cuya presencia en el baile deseábamos. Róbinson, el más alto de todos —un verdadero gigante—, era quien primero hablaba. Lo habíamos resuelto así porque se trataba no sólo de convencer, sino de intimidar un poco, aunque dentro de la mayor discreción y mesura. A Róbinson se sumaba luego Alessio, de estatura asimismo respetable, y por último hacíamos coro los otros tres, ya que no con los cuerpos, con lo que nos viniera al ingenio.

En cada casa la escaramuza seguía unos mismos pasos. Róbinson,

con voz acaso demasiado dulce para las circunstancias, pero bien provista de vibraciones metálicas, soltaba a las mamás y a los papás, a quemarropa, el primer disparo:

—Los oficiales —decía— del estado mayor del general Obregón ofrecerán la Nochebuena un modesto baile en honor de la sociedad culiacanense...

Y se trataba el combate con táctica y estrategia exquisitas por ambas partes. A cuál más, de ellos y nosotros, todos hacíamos gala de esa frase ondulante, tan característica en nuestros más diversos climas, que permite a los mexicanos discurrir por los intrincados laberintos del trato humano sin chocar con nada, menos cuando quieren el choque. Ni uno ni otro de los dos contendientes decía una sola vez «sí», ni una sola vez «no»: toda era de un matiz verbal riquísimo, multicoloro, susceptible de cambiarse a cada momento, añadiendo una palabra más, en lo que se quisiera, esto a la vez abierto a infinitas interpretaciones. Pero al fin, tras muchas sonrisas y cortesías, se ponía la situación en claro: se aceptaba nuestra invitación —«¡ah, eso ni quien lo dudara!»—, pero con condiciones. No debería ir al baile ningún oficial de las fuerzas de Iturbe, ninguno de las de Carrasco, ninguno de las de Diéguez, y, en pocas palabras, ninguna persona de cuya corrección absoluta no saliéramos nosotros garantes. Bien a bien, sólo nosotros los allí reunidos éramos aceptables. «Sí, lo mejor sería eso, que sólo nosotros representáramos en el baile a la Revolución...» Resumen de cuentas: que no nos decían en nuestra cara que preferían no volvérnosla a ver, porque la sutileza verbal —aun la mexicana— tiene sus límites.

Al término de cada entrevista de aquéllas nosotros nos sentíamos deshechos. No importaba. Resueltos ya a lo peor, reorganizábamos nuestras huestes y las lanzábamos a nuevo ataque. Y así hasta dieciséis batallas. Lo más curioso del caso era la unanimidad de pensamiento y palabra de todas aquellas exigentes familias. Todas nos daban a entender que preferían renunciar a cualquier trato con nosotros, pero todas también aceptaban la invitación «en principio» y con tal de que fuéramos nosotros solos los varones revolucionarios que disfrutásemos de la compañía solicitada. Este acuerdo tácito acabó por caernos en gracia, y ya en la última parte de nuestra encuesta aprendimos a paladear el raro deleite de quien se dedica a coleccionar desaires.

Hecho el reajuste de lo hablado y lo insinuado, nuestra resolución final cristalizó sin grandes vacilaciones. ¿Aquella gente necesitaba un amable correctivo? Se lo daríamos. ¿Nosotros queríamos el baile? El baile se haría.



Los capitanes se entregaron con furor a los preparativos de la fiesta, y Aarón no sólo a los preparativos, sino a aprender a bailar. Allí fue donde yo las vi negras, aunque no por culpa de Sáenz, sino porque mis títulos para iniciar a otro en el arte de la danza se reducían a una eficacia irrisoria: haber visto bailar muchas veces a Carlos Domínguez —bailarín de empuje— en los fandangos que improvisaba don Venustiano en todos los pueblos cuyas muchachas merecían tal honor. Sea como fuere, cumplí entonces, o mejor cumplimos, pues no podría asegurar si en efecto enseñé yo a bailar a Aarón Sáenz, o si aprendió él solo creyendo que yo le enseñaba. La obra fue de las que denotan el imperio de la voluntad. La música nunca cambiaba. Era la de un rollo —el único— que encontramos detrás de la pianola de la casa. Aquellos compases, por fortuna bailables, tenían una fijeza terrible. Apenas si bajo la mano y el pie firmes de Róbinson —que tocaba durante las lecciones— se adaptaban en cierta manera a los caracteres específicos de la enseñanza. Hasta donde se me alcanza a mí, la cosa no ha de haber salido muy bien, pues el rollo era de tango, y a Aarón le interesaban el vals y el *one-step*.

Nuestros invitados, pese a sus reticencias, cumplieron también. A las nueve de la noche del día 24 se presentaron todos en la casa de Cañedo, casi de golpe. Dieciocho muchachas de lo más bello que conoce la costa del Pacífico fueron desfilando por nuestra gran sala de piso de mármol, acompañadas de sus papás, sus mamás, sus tías y tíos, pero de ningún varón joven. Traer a éstos entre nosotros hubiera tenido quizás repercusiones políticas; no se hubiese explicado con igual holgura que la presencia de los hombres maduros y viejos, los cuales venían tan sólo con carácter precautorio: por lo que pudiera surgir de tamaño trance.

El trance, en verdad, no se presentaba difícil para aquellas medrosas familias de la clase conservadora culiacanense. Excepto el telegrafista, que en justicia no parecía (aun cuando en realidad lo era) muy de fiar,

por el extraño traje de gala que se había puesto —chaqueta negra, pantalón crudo de franela y zapatos de playa blancos con refuerzos de charol— , nuestros invitados no vieron entrar en la casa ninguna cara desconocida. Y como si eso no fuera bastante, al poco rato disipamos sus últimos temores, si alguno les quedaba. Fieles al compromiso de observar sus condiciones, quisimos cumplirlas al pie de la letra. Cuando hubieron entrado los menos puntuales de ellos, mandamos cerrar las puertas de la casa, tocó la música e hicimos saber a los papás y a las mamás, por boca de Róbinson, que sus deseos quedaban satisfechos: nadie asistiría a la reunión —descontados los músicos— aparte de sus familias y nosotros; nadie los vería allí, pues estaban echadas las maderas de las ventanas, ni nadie nos molestaría, porque habíamos tomado hasta la última providencia.

Tamaña ortodoxia de nuestra parte los desconcertó en un principio; pero conforme fueron percatándose de lo sincero de nuestra galantería, desecharon sus dudas y se rindieron. En el comedor, además —visible desde la sala de baile—, se columbraba una mesa tan ricamente aderezada que no consentía, ni a distancia, sentimientos o impulsos que no fueran optimistas. Bajo los candelabros hacía aguas el cristal de las copas, bordaban las flores el mantel finísimo y se veían atareados, dando los últimos toques, los tres asistentes de los *capitanes del ensueño* y las criadas de la casa.

A partir de aquel momento la fiesta colmó todas nuestras ilusiones. Mucho antes de la cena Aarón había puesto ya repetidamente en práctica el raro vals de mi coreografía —sospecho que ya había renunciado a él—, y Miguel Alessio, Muñoz, Róbinson y el telegrafista —éste sin perjuicio de su traje veraniego— iban en camino de un éxito rotundo. Cosa de las tres de la madrugada sobrevino un incidente: se quemó un fusible y se apagó la luz, y como para emergencias de esta clase no estábamos preparados, la expectación de los invitados frisó con lo alarmante. A la luz de las cerillas de los papás se veía a las lindas muchachas acogiéndose a la protección de sus mayores, mientras nosotros luchábamos desesperadamente por volver la electricidad a su cauce. ¡Angustiosos minutos, en que sentimos —lo sintieron más aún los enamorados— que se iba allí por medio el honor de la Revolución! Por fortuna, yo traía en el bolsillo dos centavos norteamericanos, con los cuales, a riesgo de poner fue-

go a la casa, aseguramos el funcionamiento de los tapones eléctricos para todas nuestras lámparas, y mucho más.

Mis altas dotes de electricista me valieron la ovación de la noche.

6
LA ARAÑA HOMICIDA

El general Iturbe me ofreció, por conducto del coronel Eduardo Hay, un cargo militar en que concurrían, dentro de la organización de su brigada, no pocos atractivos. Sería yo —mandó decirme— teniente coronel, subjefe del estado mayor, y no tendría otro superior jerárquico inmediato que el coronel Hay mismo. Con todo, yo no acepté la proposición, pese a la buena amistad de Hay y a las grandes simpatías que Iturbe comenzaba a inspirarme. Para proceder así, mis motivos eran sencillísimos: no me resolvía a trocar por la dura disciplina del soldado mi preciosa independencia de palabra y acción; y no me resolvía a eso, entre otras cosas, porque no veía a mi alrededor nada que justificara semejante sacrificio. Respecto a mis aspiraciones, no alentaba el menor propósito político o guerrero; y en cuanto a lo demás, los principales dirigentes de la Revolución estaban muy lejos de ser, a mis ojos, lo bastante desinteresados e idealistas para que quisiera yo atarme a ellos, indirectamente, con cadenas siempre peligrosas y no siempre rompibles.

—Creo, por otra parte —le dije a Hay—, que la Revolución tiene ya demasiados militares. ¿Por qué no atender los problemas civiles con igual ahinco?... De cualquier manera, entienda usted, y hágaselo ver así al general Iturbe, que no es por tratarse de ustedes por lo que declino la oferta, sino por razones de otra índole. Por ustedes, al revés: lamento no aceptar. Después del brillante comportamiento de Iturbe en la toma de Culiacán, me parecería un gran honor servir a sus órdenes.

El general Iturbe asintió de buen grado a mis razonamientos y no insistió en hacerme soldado. Pero como, al parecer, tampoco renunciaba en definitiva a atraerme de alguna manera, me propuso entonces que, sin perjuicio de mi carácter civil, lo ayudara en la enorme tarea a que había de dar cima. Esta nueva proposición me llenó de regocijo: la acepté sin titubear. En el fondo, aun la acepté con entusiasmo.

Hay y yo nos entendimos en pocas palabras y resolvimos poner juntos manos a la obra, así fuera ésta grande en exceso. ¿Por dónde darle principio? ¿Por la Proveeduría? ¿Por el Hospital Militar? ¿Por la Caja de Haberes? Como lo más urgente era la reorganización del hospital, resolvimos empezar por allí, si bien en los primeros días ocurrió un acontecimiento extraordinario que nos distrajo un poco de nuestras labores. Los detalles históricos de aquel extraño suceso se me han borrado un poco de la memoria; pero, eso no obstante, todavía puedo hacer de él, aprovechando la leyenda a que dio origen, al otro día de ocurrido, una evocación donde se conservan íntegros los trazos principales.

Una mañana trajeron al Hospital Militar de Culiacán un hombre moribundo, con tres balazos en el cuerpo. Lo habían hallado en la calle, al amanecer, tendido boca abajo sobre la acera, cerca de una esquina, y sin conocimiento. Cuando lo levantaron de allí tenía la cara y las manos cogidas al suelo por el coágulo de su sangre. Las primeras investigaciones nada aclararon sobre el suceso, o aclararon tan poco que éste quedó prácticamente en las tinieblas. Los moradores de las casas cercanas al sitio donde se encontró al herido dijeron haber escuchado, a eso de la medianoche, tiros de revólver más cercanos que otras veces, y haberse enterado después, ya de día, del hallazgo, en la calle, de un hombre medio muerto a tiros. Nada más.

El coronel Hay y yo nos volvimos todos conjeturas. Y él, que se había propuesto, como jefe del estado mayor de Iturbe, no descansar hasta que el orden más absoluto imperase en Culiacán, tomó las más nimias providencias para descubrir el misterio. Pero el misterio, en lugar de aclararse, se enturbió más. Porque a la mañana siguiente, por otro rumbo de la ciudad, y cerca también de una esquina, hubo un hallazgo semejante al de la víspera. Sólo que ahora no se encontró un moribundo, sino un muerto. Resultado de nuevas pesquisas: tiros en las altas horas de la noche, luego silencio, y, al amanecer, el cuerpo yacente en el charco de sangre.

El moribundo del primer día —que falleció, sin recobrar el sentido, pocas horas después de su ingreso en el hospital— y el muerto del día siguiente descartaban, por su condición misma, la hipótesis de la riña o del robo a mano armada. Eran gente de aspecto humildísimo a quien nada hubiera podido robarse, salvo la pobre ropa que llevaba puesta; gen-

te sin trazas de haber portado armas nunca y sin probable historia de aventuras o encuentros rijosos. Todo lo cual, por otro lado, confirmaron los parientes de las víctimas, y aun su fama.

Lo extraordinario, grande como ya era, no paró allí; todavía iba a acontecer algo que reafirmaba el acento del misterio. En la mañana del tercer día amaneció, también por diferente rumbo de la ciudad, y cerca asimismo de una esquina, otro hombre muerto a tiros en circunstancias tan anormales como las de los dos casos anteriores.

Frente a este nuevo crimen nuestra sorpresa se convirtió en estupor. Iturbe, de suyo tan reposado y frío, se puso furioso; Hay se enardeció más en sus indagaciones policíacas, y Culiacán gustó la acre emoción de saberse bajo el imperio de un demonio oculto que se manifestaba sólo en las sombras matando a sus elegidos y que escogía un hombre cada noche.

El tercer crimen vino a añadir un pequeñísimo dato a lo muy poco que conocíamos por los dos primeros. Uno de los interrogados aseguró que le parecía haber oído, segundos antes de los disparos, el ruido de un coche que pasaba a gran velocidad, aunque no lo oyó, decía, con precisión bastante —pues su calle carecía de empedrado— para inferir del ruido la clase del carruaje o cualquier otro pormenor.

—Esto parece obra del diablo —observaba Hay—; va a ser cosa de que mueran del mismo modo quince o veinte gentes, para que reconstruyamos, elemento tras elemento, la trama infernal en que se complacen quién sabe qué desalmados.

Por fortuna no fue así. Ni veinte ni quince víctimas más: tan sólo otras dos bastaron. Porque a la noche siguiente, ya sobre aviso de lo que podía ocurrir, Hay dictó medidas que por fuerza darían algún fruto. Se apostaron patrullas en los diversos barrios de la ciudad, y a todas se les recomendó, particularmente, que acudieran sin tardanza a los puntos donde se escucharon disparos.

Las patrullas trabajaron buen rato sin resultado alguno. Las detonaciones que de cuando en cuando se oían eran, como la generalidad de las que de continuo turbaban el silencio de la noche en las ciudades revolucionarias, detonaciones aparentemente inexplicables y distantes: detonaciones perdidas, irreales, fantásticas como el lejano ladrar de los perros; detonaciones opacas, seguidas de remotísimos estremecimientos

secos y efímeros, como si las balas atravesaran puertas o taladrasen techos. Pero al cabo de muchas carreras inútiles, la más diligente de las patrullas descubrió, cerca de una esquina, un hombre agonizante que acababa de recibir un balazo en el pecho y otro en el vientre. En los estertores de su agonía el moribundo pronunció algunas frases inteligibles acerca de las tremendas heridas que tenía en el cuerpo. Parecía ser —informó el jefe de la patrulla— que de pronto, le habían hecho fuego, sin explicarse el porqué, dos hombres —o acaso uno solo— que iban en una *araña* que pasó a gran velocidad.

Lo de la *araña*, unido a lo que se sabía del crimen de la noche anterior, arrojaba ya un indicio cierto. La noche pasada se había oído el rodar de un carruaje; hoy se hablaba de una *araña*: luego era evidente que el autor o los autores de los cuatro homicidios consecutivos cometían sus crímenes desde uno de esos cochecitos bajos, de dos ruedas, típicamente sinaloenses, a los cuales se designa con el mote, muy descriptivo y popular, de *arañas*.

Por de pronto, aquella noche no se pudo descubrir ninguna circunstancia más. Al día siguiente la actividad investigadora de Hay tampoco puso en claro nada nuevo, no obstante el interrogatorio a que se sometió a todos los propietarios de tartanas de alquiler y a no pocos dueños de tartanas particulares. El fracaso de tales esfuerzos no nos desalentó. Intrigados ahora más que nunca, y seguros de que el crimen nocturno seguiría inflexible, cronométrico como un fenómeno estelar, el general Iturbe se puso más enérgico que hasta allí y el coronel Hay preparó con todo sigilo el plan que cogiese al culpable, o a los culpables.



El defecto que vieron siempre en Hay hasta sus amigos mejores fue el del detallismo: detallista se le consideraba, detallista al grado de no abarcar los acontecimientos en la totalidad de su contorno. Pero en esta ocasión el detallismo tuvo la suerte de probar la eficacia de su virtud, por lo menos para ciertas cosas. De detalle en detalle, Hay había llegado a establecer acerca de las actividades de la *araña* homicida una serie de conclusiones tan evidentes que le permitió predecir, con un grado de aproximación increíble casi, el sector de la ciudad donde se intentaría el

próximo asesinato. Ahora, que no bastaba este mero conocimiento, pues el problema no consistía sólo en cómo evitar crímenes iguales a los ya perpetrados, sino en cómo aprehender al criminal, o a los criminales, y para esto se requería, antes que nada, no ahuyentar a la presa. Dicho de otro modo: había que disponer la trampa sin alarde, de ser posible con alarde falso, con alarde que ocultara los preparativos verdaderos.

Hay lo hizo así. Ostensiblemente dio órdenes y distribuyó soldados en dos o tres parajes lejanos del sitio escogido por él en secreto. Y en este último, cobijado por las sombras y sin que nadie se percatase, agazapó lo mejor de su gente en lugares próximos a determinadas esquinas. Para mayor tino en lo que se iba a hacer, Hay tomó a su cargo, en persona, la dirección de las operaciones. Tamaño celo no estaba exento de peligros, o, acaso más, los atraía todos. Porque en su papel de director de aquellas maniobras nocturnas, Hay debía pasar repetidamente por los propios lugares señalados por él como teatro del probable nuevo crimen, y eso lo convertiría, otras tantas veces, en blanco del asesino incógnito.



Todo se hizo según se previó y se ordenó. Hasta poco después de las diez no fue raro que pasara una que otra *araña* por las calles donde se mantenían ocultos Hay y sus hombres. Éstas eran *arañas* pacíficas y virtuosas, ocupadas en transportar a casa pasajeros rezagados, o a los cocheros mismos que iban ya de rendida. Pero de allí en adelante ninguna *araña* se volvió a ver, o, más exactamente, a entrever, a sentir en la oscuridad de la noche. El silencio callejero se interrumpió apenas dos o tres veces con el pisar sordo de peatones que se escurrían aprisa, pegados a las fachadas de las casas y que casi corrían, o corrían francamente, al volver las esquinas.

Así las cosas, dieron las once, las doce; y todo duró del mismo modo hasta que, bien corrida esta última hora, el quieto vacío nocturno, subrayado por los disparos remotos, siempre presentes, se quebró de súbito con la aparición fugaz de una *araña* tirada por un caballo al galope. Diez minutos después ocurrió una aparición análoga dos o tres calles más lejos, y de allí a poco se repitió el hecho en una calle transversal no dis-

tante. La bestia uncida a la *araña* no llevaba cascabeles ni ninguna otra cosa que produjera sonido especial; pero por el galope del caballo, galope defectuoso, se concluyó pronto que era una misma *araña* la que rondaba por aquel rumbo.

Tras otra nueva carrera, el ruido del coche cesó repentinamente. La *araña* parecía haberse detenido de pronto, aunque no era fácil precisar con exactitud dónde, pues las únicas dos lámparas encendidas en todo el paraje circundante alumbraban escasamente los salientes de las casas en dos encrucijadas lejanas una de otra. Fuera de esos dos puntos, la sombra era tupida, impenetrable.

Pasaron de aquel modo varios minutos. Pero en cierto momento que una figura humana se vio a lo lejos, atravesando aprisa uno de los espacios iluminados, se oyó otra vez el ruido de la *araña*, como si ésta hubiese arrancado de golpe, y breves segundos después se la distinguió cruzando veloz, amarillenta, chaparra, bajo la propia lámpara que acababa de denunciar el paso del peatón. Acto seguido sonaron tres disparos; un grito hirió la noche, y la *araña*, que había acortado el paso, reasumió la carrera y escapó como poseída de locura.

Muy poco trecho, sin embargo, pudo correr en la dirección que llevaba, pues la bocacalle por donde iba a pasar apareció de pronto —al resplandor de cuatro fogonazos de carabina— cerrada por un grupo de soldados. La *araña* volvió entonces bruscamente hacia atrás, para esquivar a los soldados salidos a su encuentro; tornó hacia el crucero alumbrado por el farol y quiso escapar por la calle que de allí partía perpendicularmente. Pero también por esta otra calle no tardaron en brillar los fogonazos de las carabinas ni en dibujarse las formas de los soldados. De nuevo giró la *araña* en redondo y partió a escape en sentido contrario. Ahora llegó a la encrucijada de la lámpara al mismo tiempo que el piquete de soldados que primero le había salido al paso. Hubo, bajo la luz, un efímero zafarrancho, casi a quemarropa. Partieron de la *araña* dos disparos. Un soldado cayó herido; otro rodó al suelo, atropellado por el caballo, y, aunque con menos bríos ya, la *araña* logró aún escapar. Pero esta vez también surgió de las tinieblas un piquete de soldados que venía al encuentro del coche, disparando desde el extremo de la otra calle. Entonces, dominando el estrépito, y como expresión de la voluntad que lo coordinaba todo, vibró una voz:

—¡Tírenle al caballo!

Era la voz de Hay.

Sonaron otros disparos. El coche se detuvo al fin, y de todas partes se abalanzaron a él los soldados que lo cercaban.

—¡Me rindo!— dijo desde el interior de la *araña* una voz entre afeminada y perentoria.

Y cuando los soldados estuvieron cerca, vieron sentado en la banqueta del coche, todavía con la pistola en una mano y las riendas en la otra, a un hombre que, en efecto, no hizo intención de resistir.

Inmediatamente se trajo al prisionero hasta la región iluminada —donde yacía aún, tendido en el suelo, el cuerpo de su última víctima—, y no faltó allí quien desde luego lo identificara. Era un oficial muy conocido por su mala conducta y sus extravíos, aunque nadie hubiera sospechado que entre éstos se contara el de dedicarse a cazar por las noches —no se sabía por qué impulsos— gente indefensa y pacífica.

7
EN EL HOSPITAL MILITAR

Por aquellos días el Hospital Militar de Culiacán se hallaba en condiciones pésimas. Cualquier conocedor a quien se hubiera propuesto transformarlo en una institución aceptable habría desahuciado el intento, o bien, para acometerlo, habría exigido recursos materiales en cantidad desconocida dentro de la órbita revolucionaria del constitucionalismo.

Eduardo Hay y yo —estaba visto que no éramos conocedores— no retrocedimos ante semejante tarea. La emprendimos desde luego con el aplomo característico de quienes ignoran a fondo las dificultades de sus empeños. Provistos de una voluntad enorme —o que tal se nos antojaba—, ni un segundo dudamos del éxito: nos movía la fe en las inagotables posibilidades del espíritu, dábamos rienda libre al entusiasmo.

La nuestra, por lo demás, era una actitud genuinamente mexicana —en lo bueno y en lo malo—. Porque el hijo de México (como el de toda nación que se sabe físicamente débil ante la naturaleza o ante el poder de otras naciones) compensa su debilidad refugiándose en una excesiva fe en la potencia del espíritu frente a frente de la fuerza bruta. Lo cual, si malo de una manera, es bueno de otra: malo, puesto que conduce a los fracasos y mata en la cuna todo impulso a construir, sobre cimientos tangibles, seguros —¿hay algo más nuestro que la convicción de que todas las cosas pueden, en un momento preciso, surgir del seno mismo de la nada?—; y bueno, puesto que prepara las almas para las raras ocasiones —raras y decisivas— en que el desequilibrio del poder físico sí puede remediarse en virtud de un mayor aporte espiritual del lado materialmente más débil. Los mexicanos creemos, por ejemplo, que una fila de pechos heroicos es bastante a cerrarle el paso a una batería de cañones de 42. ¿Quién negará que nos equivocamos? Pero, esto no obstante, es un hecho que nuestra creencia, al fin y a la postre, es lo único que nos salva.

Prendidos, pues, al lado mejor de esta fe, Hay y yo nos dispusimos a hacer prodigios y nos lanzamos a la obra: él con cierta frialdad, pese a su temperamento extremoso —con frialdad de herido de otras guerras, de hombre inclinado a mostrarse a sus anchas en el ambiente de los hospitales de campaña, de veterano resuelto a parecerlo—, y yo con inusitado ardor, con el ardor nervioso que se alimenta del estímulo de lo nuevo.



Porque fue en el Hospital Militar de Culiacán donde tuve mi primer contacto con la imaginación de las balas. Yo había creído hasta entonces —acaso por el arrastre de mis ya lejanas nociones infantiles, y por alguna experiencia personal dolorosísima— que los proyectiles de las armas de fuego se mostraban dotados de cierta sensibilidad, de cierta conciencia que los mantenía, gracias a no sé qué poder misterioso, atentos siempre a su misión exclusivamente mortífera. El hombre disparaba el rifle, la pistola, la ametralladora, y la bala, dócil al humano furor de matar, partía hacia el blanco, que a veces acertaba, a veces erraba, pero en cuya busca iba siempre con disposición siniestra y grave. En el Hospital Militar de Culiacán descubrí que no era así. Existían, sin duda, las balas serias, las balas concienzudas —las que matan con golpe certero o hieren con crueldad simple—; pero al lado de éstas existían también las balas imaginativas y fantaseadoras —las que apenas sueltas en el curso de su trayectoria, ceden al ansia universal de jugar, y jugando jugando cumplen su cometido.

Miraba yo la doble fila de camas, los catres diseminados en las salas rebosantes de heridos, y era raro que en cada lecho (o en cada jergón, en cada silla) no descubriese la obra maestra de un entretenimiento diabólico. Las llagas más tremendas, las peores desgarraduras de la carne o pulverizaciones de los huesos me impresionaban menos por su horror que por la sugerencia del recreo destructivo que las causara. Y ocurría otro tanto con muchas heridas en apariencia simples. Por sobre aquellos cuerpos, puestos ahora a vivir en torno al solo estremecimiento de sus dolores, no había pasado una ráfaga mortal —aunque las heridas produjeran después la muerte—; había soplado un mero hálito juguetón y

deportista: el deporte de afligir carne y derramar sangre, caro a la raza de las balas, como a la de los hombres.

Separadamente, cada herido era revelador de la existencia de una categoría particular de balas, de una personalidad actuante en cada proyectil en el momento mismo de causar la herida. Juntos todos los heridos, su agrupamiento abarcaba, como en museo, como en panorama, la gama matizada de esas categorías, de esas personalidades. Las balas que vaciaban un ojo —como la que hirió al mayor Esteban B. Calderón— y luego seguían su curso sin tocar ninguna otra parte del cuerpo así herido, eran evidentemente proyectiles risueños, proyectiles que gozaban ejercitando su tremenda capacidad de mal, pero que no la agotaban, a fin de dejar viva a la víctima y obligarla a oír durante años el silbido de su carcajada. Las balas que primero arrancaban de sobre el cráneo mechones de cabello, y luego, para sembrar los pelos otra vez, abrían un surco a lo largo de la espalda, eran balas propensas a recrearse en un virtuosismo excesivo. Las balas que de una parte rozaban la yema de un dedo o afilaban el corte de una uña, y de la otra destrozaban una clavícula o pulverizaban un codo, eran balas que se complacían en afinar hasta la sutileza su capacidad activa y en robustecerla hasta el estrépito. Las balas que mutilaban una oreja rebanándole cuidadosamente el lóbulo; que luego alojaban el lóbulo bajo la carne de la nuca, y que por último iban a incrustar la piel de la nuca en el talón, eran balas traviesas, balas que se entretenían en cambiar de sitio cuanto hallaban al paso y que describían, para lograr mejor su objeto, trayectorias inverosímiles entre los puntos más irrelacionados. Las balas que penetraban por la frente, pero que en vez de perforar el cráneo se deslizaban entre el hueso y la piel y al fin huían por la coronilla, eran balas de dinamismo alegre, inclinadas a poner a prueba sus más rápidos esguinces.

Con estas balas, de arte a veces rondeño, a veces florido y de coloratura, se mezclaban, además, las que se servían de su virtud imaginativa con ánimo de deformar o hacer sufrir. Éstas se gozaban menos en el carácter seguro o elegante de su manera, que en el alcance de su acometida. Eran las balas que desnarigaban o desquijeraban; las que multiplicaban ociosamente los escapes purificadores del organismo; las que perforaban el vientre para producir peritonitis; las que dejaban en el cerebro un eterno estrépito de cataratas o un resplandor irresistible, más

intenso que si el sol estuviera dentro de los ojos; las que creaban, en fin, para toda la vida, focos de frío, de quebrantamiento, de dolor, o inercias penosas en los órganos de función más necesaria, más constante. ¡Aquel soldado que nunca se podría sentar! ¡Aquel otro, que para comer habría de completarse la cavidad de la boca con la palma de una mano! ¡Aquel que no podía doblar la rodilla izquierda ni poner recta la derecha! ¡Aquel a quien las más leves variaciones de temperatura se le acumulaban, con sensación de brasa o de témpano de hielo, a lo largo de la espina!

Y no faltaban tampoco las balas que herían con el ridículo, las que chasqueaban al héroe. Algunas, que se hubiese dicho disparadas al corazón, se contentaban con llevarse el botoncito de la tetilla izquierda y con pasar después, dejándola desprendida, pero intacta, por debajo de la tetilla derecha. A este género de balas pertenecía la que lo dio en el muslo al general Obregón: la bala lo buscó y lo alcanzó; mas en lugar de hacer la herida opulenta que el general revolucionario anhelaba como timbre indeleble de su heroísmo, le produjo apenas, en el tejido de la piel, un moretón despectivo. El desaire fue tan claro que Obregón mismo lo comprendió, por lo que se puso sin tardanza a desvirtuar la burla —incapaz de callar que una bala le había tocado el cuerpo—, haciendo según su costumbre: situándose muy por encima de los acontecimientos. Durante varios días no dejó de decir a todas horas.

—¡Pero qué ridícula ha estado mi herida!



El buen humor de las balas no era obstáculo para que los heridos se nos agravaran y se nos muriesen. A la inversa. Porque ellas, aun poseídas de la más festiva imaginación, realizaban su obra con una eficacia de que nosotros carecíamos en la nuestra. El Hospital Militar de Culiacán era hospital porque reventaba de heridos. Omitida esta circunstancia, iguales títulos había para llamarlo hospital que para llamarlo de cualquier otro modo. ¿De qué servían allí la ciencia de los médicos ni el desvelo de los enfermeros? Todo se hacía añicos con la impreparación y la miseria. Eran insuficientes las camas; no bastaba la ropa; faltaban medicinas; se economizaba el algodón; la asepsia no se practicaba porque no

había lo necesario; los instrumentos quirúrgicos, limitados, incompletos, inservibles, retardaban las operaciones o las malograban.

Aquella situación era tan bochornosa para el Ejército Constitucionalista, que Iturbe, pese a la flema con que sabía afrontar los peores ratos, casi no la sufría. Mañana a mañana la visita al hospital lo sacaba de quicio. En cada palabra afectuosa que dirigía a los soldados dolientes se transparentaba esta pregunta: «¿Cómo puede ser éste el tratamiento que se merecen los soldados de un ejército vencedor?» Y hecha cien veces la pregunta en esa forma, la respondía horas después, entrando, a su manera, en consideraciones que podían resumirse —aunque él no las formulara en tales términos— en un pensamiento por este estilo: «Entre las nociones militares típicamente mexicanas descuella la que reduce todo ejército a un grupo de hombres desnudos a quienes se arma, si se puede, con fusiles, y si no se puede, con lo que se tenga a la mano. ¿Equipo? ¿Para qué equipo? Sin capote, sin zapatos, el soldado mexicano atravesará sierras y soportará inviernos para ir en busca del enemigo. ¿Avituallamiento? ¿Para qué avituallamiento? Sin pan ni agua las tropas mexicanas cruzarán desiertos interminables (así las de Santa Anna) y librarán en seguida vacío el vientre, seca la lengua, batallas de La Angostura. ¿Estado Mayor? ¿Para qué Estado Mayor? Cualquier genio inculto se improvisará en director de operaciones y hablará de ir hasta Washington con cincuenta mil hombres. ¿Ambulancia? ¿Para qué ambulancia? Resignados, sufridos, heroicos, los soldados nuestros se desangrarán, se infectarán, se morirán en el campo faltos de auxilio, como se desangró el pundonoroso coronel que cumplió con su deber en Malpaso, o como murió Gustavo Garmendia cerca del cerro de la Capilla.»



No fue mucho, en verdad, lo que Hay y yo conseguimos hacer a favor del Hospital Militar culiacanense. Cogimos, de donde lo hubo, colchones y almohadas. Asaltamos dos o tres casas particulares para aumentar la provisión de sábanas, fundas y demás ropa. Llevamos a cabo, entre los restos de tiendas que aún sobrevivían —por el barrio del mercado— al desastre de la guerra civil, una batida en forma, la cual se tradujo, tras de enormes esfuerzos, en no muchos cobertores y unas cuan-

tas colchonetas. Pero después de todo esto, el renglón más grave quedaba en pie: el de los bisturís, el de las tijeras, el de las estufas de esterilización y las cajas de instrumentos. Y nada de esto había en Sinaloa ni en Sonora. Lo había —como los rifles y los cartuchos con que nos matábamos— en los Estados Unidos, sólo que allá no dejaban tomarlo gratuitamente, sino que lo vendían, y lo vendían a cambio de oro. Ese oro, ¿podíamos tenerlo? Iturbe entró con nosotros en una larga plática y resolvió que sí: lo tendríamos, por lo menos en parte, a pesar de que las tropas no estaban al corriente en sus haberes, y a pesar de que nuestros *bilimbiques* valían todavía menos que los de Carranza.

Libro sexto

Viajes revolucionarios

1

EN EL TREN

Mis amigos vinieron a buscarme poco antes del mediodía, y en grupo me acompañaron a la estación.

Cuando llegamos, ya el tren estaba allí: polvoriento, estrafalario, muy de revolución mexicana —con furgones y coches de los más diversos tipos y con marcadísima traza, por eso pintoresca, de cosa que se viene abajo—. Tenía aquel tren, además, como si íntegro le pesara encima —bastaba una mirada para advertirlo— todo el cansancio de su larga carrera desde los alrededores de Guaymas, de donde acababa de llegar, y revelaba a leguas la resignación dolorosa con que se disponía a echarse al camino otra vez, sólo que ahora en viaje de regreso.

Porque era costumbre entonces, en el servicio ferroviario entre Sinaloa y Sonora, que el tren que llegaba a Culiacán procedente de Cruz de Piedra (de Culiacán a Mazatlán el tráfico se hallaba suspendido) fuera el mismo que salía, inmediatamente, en sentido contrario. Así, por un simple cambio de colocación de la locomotora, el tren del norte se convertía en el acto en tren del sur, y de ese modo se evitaban algunas de las muchas deficiencias debidas a lo escaso del material rodante.

Este sistema tenía para Culiacán la virtud de empalmar en uno solo sus dos únicos acontecimientos ferrocarrileros habituales, lo cual provocaba en la ciudad periódicas conmociones de perfecto matiz pueblerino. Cada dos, cada tres, cada cuatro días (pues los trenes andaban entonces con irregularidad mayor que si se movieran a vela o se atuviesen al estado del tiempo) se alzaba de súbito en las calles cierto rumor: reso-

naban las aceras con taconeos más vivos; iban y venían sobre el barro más carruajes, más *arañas*; se abrían más puertas y balcones; se oían más voces —adioses más largos, salutaciones más efusivas—, y se animaba así, como si le elevaran la temperatura, toda la atmósfera. Era el tren —el tren que llegaba y que volvía a salir.

*

En la estación mi despedida fue larga, porque esta vez, como siempre, el tren se mantuvo fiel a sus peculiaridades y tardó más de una hora en ponerse en movimiento. El general Iturbe me repitió cien veces su apacible sonrisa, subrayándola de tarde en tarde con alguna frase de afecto o de buenos deseos para mi viaje. Alessio Robles me dedicó sin descanso frases y abrazos a cuál más ruidoso, y que encajaban a maravilla en el ritmo anárquico que nos rodeaba, hecho de gritos, de desorden, de excitación, de tumulto. Aarón Sáenz y los otros *capitanes del ensueño* se alternaron para darme, todavía en esa postrer hora, pruebas de su exquisita amabilidad de huéspedes sin tacha. Y el coronel Hay, llevándome un poco aparte y esforzándose por dominar los pregones de los vendedores de leche y de tamales, me recitó con insistencia, aunque siempre «por vez última», la lista de sus encargos oficiales y privados: desde la conversación con el Primer Jefe en Hermosillo y las pistolas *escuadra*, calibre 38, para los oficiales del estado mayor, hasta el paquetito misterioso que recibiría de mis manos en El Paso Texas cierta persona, para mí desconocida, que se acercaría al pulman haciéndome con el pañuelo determinada señal.

Al fin tocó la esquila de la máquina y yo salté al estribo de uno de los coches. El rodar del tren era tan lento, que mis amigos, durante varios minutos, siguieron hablándome mientras caminaban al paso: el grupo de los uniformes, coronado de sombreros claros, se desplazaba tranquilo y compacto, entre la masa pululante, al hilo de la vía. Luego el andar del tren se aceleró: las altas figuras de Alessio y Róbinson, con cuanto las rodeaba, fueron rezagándose; las formas de la estación se achaparraron; el panorama de Culiacán empezó a girar en torno a su centro, se escorzó, se encogió como si desde el fondo del horizonte tiraran de él cordones implacables. En seguida se interpuso una altura. Después una curva

inclinó y desvió el vagón e hizo que el paisaje se levantara hacia el cielo, como la superficie del mar cuando se balancea el barco; y, por último, el paisaje se fundió en otro, fue otro.



Era tal la acumulación de pasajeros, que, ya en el interior del coche, me costó algún trabajo dar con el mozo que viajaba conmigo a guisa de asistente. Lo encontré atrincherado detrás de su lío de ropa y mis maletas y puesto a defender, con denuedo militar, los dos asientos que había tomado por asalto. Cuando me acerqué a él, rechazaba, con éxito digno de encomio, el ataque de dos oficiales, empeñados, a toda costa, en apoderarse de aquellos valiosos sitios —valiosos porque igual podía durar el viaje dos días que veinte—. Eran un capitán y un mayor de no pocas armas; pero mi asistente, ladino y valeroso, lejos de desconocer las insignias de sus atacantes, sacaba de allí la razón para no moverse: ellos lo abrumaban con empuje de tres barras y una estrella, y él contestaba a este fuego con otro, aunque falso, irresistible: con fuego de tres estrellas y un águila. Porque, para simple efecto de ocupar buen sitio en el tren, me había conferido una categoría de su gusto: sólo hablaba de prerrogativas de «su coronel» y, a mayor abundamiento, de las de su general Iturbe. Mi presencia aplacó la acometividad de los oficiales —gracias sin duda a que aceptaron en mí un superior jerárquico—, y ellos y yo empezamos a hacer buenas migas: ellos tratándome desde luego de «mi» coronel; yo, invitándolos de buena gana a acomodarse como mejor pudieran en el espacio que, por obra de las virtudes guerreras de mi asistente, se consideraba mío.

El tal espacio, pese a la lucha de que fuera origen, estaba bien lejos de la última palabra en punto a comodidades. A la ventanilla le faltaba el vidrio; la cortina, rota por el centro, colgaba de una varilla, ya sin resortes, por uno solo de sus ángulos; y el asiento mismo, con la tela del respaldo rasgada a todo lo ancho y el cojín deshecho en todo lo hondo, persuadía más a adoptar la postura a pie firme que la sedente. La promesa, empero, de un buen pasar resultaba irresistible en nuestro sitio tan pronto como la mirada recorría el resto del vagón, pues si era cierto que aún quedaban intactos aquí y allá dos o tres cristales, algunas cortinas y, acaso —a juzgar por la actitud satisfecha de quienes los ocupaban—, varios

asientos, lo demás infundía pavor. En la mayoría de los sitios no faltaba el vidrio, sino la ventana; en muchos las desgarraduras de las cortinas eran prolongación de las grietas del techo, y en otros, en fin, de los asientos no sobrevivía ni el rastro.

No menos de diez veces se detuvo el tren, sin razón ostensible, durante las dos horas que siguieron a nuestra partida de Culiacán. Yo aproveché las paradas para asomarme a los demás vagones, y de mis correrías saqué en limpio que todos los de pasajeros, a cuál peor, se hallaban en tan malas condiciones como el mío.

Ese estado de cosas se reflejaba con enérgica elocuencia en los viajeros mismos, como si éstos fuesen imágenes donde, transmutados los valores en cuanto a la apariencia, las esencias se expresaran. A la destrucción —o, al menos, al deterioro profundo— del mecanismo material, del cuerpo del útil, correspondía un abajamiento, un deterioro de la espiritualidad de quienes todavía usaban el útil venido a menos. El tono de la vida a bordo del tren significaba por dondequiera un retorno a lo primitivo. La complejidad clasificadora que es la civilización —clasificar para escoger; escoger por una necesidad, siempre en aumento, de rechazar— no actuaba ya sino a medias. Había desaparecido la distinción entre vagones de pasajeros y vagones de carga: para lo uno y lo otro servían indistintamente furgones y coches. Había desaparecido, como consecuencia de lo anterior, la distinción entre personas y fardos: en algunos lugares iban hacinados, casi como bultos, los hombres, las mujeres, los niños; por dondequiera maletas y baúles ocupaban, como personas, los asientos. Pero más quizá que esto, había desaparecido el cúmulo de distinciones que atan el sentimiento del decoro del cuerpo a las nociones de silla, de mesa, de cama. En ninguna parte parecían sentirse más a sus anchas los viajeros que en los furgones de mercancías usados como coches: allí se echaban por el suelo a su gusto —se sentaban, se recostaban, se tendían—. Y allí también, y en los pasillos y plataformas de los vagones, se descubría un placer, se recordaba (atavismo inerte tras los milenios civilizadores) una acre fruición olvidada: la de comer a ras del piso, entre la basura, confundidos pies y manos en un mismo contacto con la mugre del suelo y sus escupitajos.

En mi coche muchos pasajeros habían acampado a lo largo del pasillo con igual libertad que si anduvieran por el monte. Los racimos de

cuerpos humanos —cuerpos tumbados boca arriba, boca abajo; cuerpos acurrucados de través; cuerpos en cuclillas; cuerpos puestos unos contra otros, o trabados entre sí— cerraban el paso tan concienzudamente, que para ir de un extremo del coche al otro era preciso resolverse a saltar por sobre espaldas y cabezas, o bien escalar cerros de cajas, de canastos, de frazadas, todo con inverosímiles equilibrios sobre los respaldos o de brazo en brazo de los asientos. Y esto de acampar en pleno tren, con descuido de las consideraciones individuales recíprocas, no parecía conocer más límite que el de las necesidades inmediatas de cada uno. Había hasta quienes encendían lumbre, improvisando braseros con pedazos de hojalata, sobre los restos del terciopelo de los cojines. Y asimismo había los que no querían esperar si encontraban cerradas las puertas de los excusados. Esos cogían para su uso el sitio más próximo.

Al principio, unos cuantos viajeros, libres todavía de la ola descivilizadora, intentaron oponer al desorden algún dique; pero viendo que sus esfuerzos resultaban impotentes, desistieron. La tendencia hacia lo bajo traía la fuerza del alud, era irresistible: sólo la violencia hubiera logrado contenerla.



A media tarde las paradas sin motivo se volvieron más y más frecuentes y la marcha del tren —cuando de tiempo en tiempo andaba— pasó de lenta a lentísima. Estos altos eran desesperantes. Durante ellos, los pasajeros nos apeábamos de los coches y nos esparcíamos por el campo, a ambos lados de la vía. Algunos —los más curiosos o más impacientes— se acercaban a la locomotora, la estudiaban, hablaban con el maquinista y el fogonero y regresaban luego con el relato de sus indignaciones. «El tren no andaba porque la máquina no alzaba vapor, y no alzaba vapor la máquina porque el agua escurría al fogón desde la propia caldera.» La lucha, pues, entre el vapor y la distancia se había convertido en lucha entre el agua y el fuego. Y mientras tanto, estábamos parados.

Por momentos el fuego ganaba terreno sobre el agua. Entonces sonaba la campana de la máquina y el tren se movía con arranque, tardo y laxo, de mecanismo desvencijado: el choque de los topes corría de carro

en carro como un eco de valle en valle. Pero la marcha era siempre débil, tan débil que muchos de los pasajeros que estaban fuera del tren no se daban ya la molestia de subir a los vagones. Los seguían al paso, o se quedaban sentados al borde del terraplén, seguros de que un poco más lejos el tren volvería a detenerse. Así ocurría, en efecto: cuando avanzábamos sin interrupción dos o tres kilómetros, se nos figuraba que habíamos corrido mucho.

Era evidente que a tal velocidad no llegaríamos a San Blas —única estación donde podría medio repararse la locomotora— sino al cabo de cuatro o cinco días. El plazo, para un recorrido que en tiempos normales exigía pocas horas, pareció a todos excesivo, por donde los tripulantes del tren y los pasajeros decidimos celebrar consejo. «Si además del carbón de piedra —decía el maquinista— trajéramos leña, la cosa iría mejor, porque mezclados la leña y el carbón, el fuego se conserva más vivo.» A lo cual los pasajeros contestamos que si no había leña, se improvisaría, la improvisaríamos nosotros. Dicho y hecho: un ejército devastador se desparramó por los terrenos inmediatos y se entregó a la obra. Juntó ramas secas y astillas de durmientes, arrancó estacas de los vallados, quitó los puntales de los postes del telégrafo, y en menos de media hora apiló sobre el ténder de la máquina varias toneladas de combustible, con cuyo auxilio pudo activarse el viaje.

La apañadura de leña la repetimos los pasajeros varias veces esa tarde y esa noche; hicimos otro tanto la mañana y la tarde siguientes, y de ese modo llegamos a San Blas al segundo anochecer, ansiosos de contemplar de cerca una casa redonda.

2

SOMBRAS Y BACANORA

Los habitantes de San Blas no se sorprendieron mucho al ver la traza en que llegábamos. ¿Era porque este pueblo —como todos los de la costa del Pacífico— estaba hecho ya a los trances revolucionarios más insólitos? ¿Era porque, al fin y al cabo, no había nada de raro ni de patético en un tren que caminaba varios días a razón de cinco kilómetros por hora y arribaba por último a una estación de alivio, batido y deshecho como buque sin arboladura a puerto de refugio?

Como quiera que fuese, los pasajeros sufrimos una decepción. Nosotros creíamos haber inaugurado una nueva categoría de náufragos: los náufragos del tren. Nos gloriábamos de un heroísmo de tipo moderno: el de hacer andar locomotoras contra las inmutables leyes de la Naturaleza. Pero he aquí que en el paradero de San Blas —y esto confirmaba nuestras sospechas más crueles— no veíamos que salieran a recibirnos ningunos puestos de la Cruz Roja, ningunas camillas muelles y blancas, ninguna cocina ambulante sonora con los hervores del café y alegre con el nutritivo chirriar de la manteca.

Creció la decepción de casi todos cuando oímos las instrucciones que se nos daban.

—Un día por lo menos —pasaba diciendo entre los grupos el conductor— tardarán los talleres en reparar la máquina. Un día, sí, porque en la casa redonda de San Blas ya no quedan ni martillos. Y como la estación no está preparada para estos trastornos, los pasajeros que gusten pueden venir a instalarse, mientras el viaje se reanuda, en el sitio que voy a indicar. ¡Todo el mundo listo para seguirme!

Poco antes, al apearnos del tren, la noche había acabado de llevar sus sombras hasta lo más alto del cielo. Ahora las lucecitas de los faroles punteaban la negra atmósfera de la estación. Los toques luminosos se repetían, balbucientes y a ras de tierra, en un gran espacio del ámbito os-

curo; iban, en el fondo, a colgarse en la cortina de tinieblas. Y su desmayo era tal, que obraban en los ojos encandilados una inversión de valores: las lucecitas cercanas palidecían, las lucecitas distantes brillaban.



Los pasajeros más audaces o rebeldes se lanzaron hacia las calles del pueblo en busca de albergue cómodo. Se les vio correr entre las luces, encogidos de frío, doblados bajo el peso de sus bultos. En su rápido tránsito, los tenues resplandores de las linternas achicaban sus figuras, las agrandaban, las dislocaban, las sometían a fugaz contraste con los grupos de hombres casi inmóviles en torno de los puestos de pan y fritangas. Los pasajeros más humildes o más juiciosos siguieron al conductor camino del alojamiento prometido. Éste no quedaba lejos; pero como surgiese en el acto una encarnizada competencia por ver quién llegaba primero a la conquista de los mejores sitios —los mejores que hubiera—, la caravana nocturna de los náufragos del tren galopó breves minutos en la sombra, con agitación confusa de masas negras y vivo bailoteo de llamas de faroles.

Los primeros en llegar al lugar de refugio no conquistaron gran cosa, ni los últimos tampoco. A la luz de las cerillas y de una que otra mala linterna se descubrió pronto que el hotel deparado por las autoridades ferrocarrileras no era mucho más hospitalario que la calle. Lo formaban los pasillos y corredores de un edificio que no se sabía si estaba medio derruido o a medio construir, y cuyas paredes, todavía sin jaharro o ya sin él, subían, desde el suelo húmedo, hasta perderse arriba en la oscuridad de la noche. En algunos rincones una vaga presencia de tarimas sobre el piso, y de vigas en las regiones altas, daba a uno la sensación de estar resguardado. En otras partes el viento frío de enero corría como dentro de una flauta, chocaba consigo mismo en los salientes de los muros y las encrucijadas de las galerías, silbaba al escurrirse entre los cuerpos, doblados hacia el suelo. Pero, igual en estos sitios que en los demás, bastaba volver un momento los ojos hacia arriba para convencerse de que el techo único y verdadero lo formaba un cielo surcado de nubes tempestuosas, un cielo casi invisible, en el que de súbito asomaban, para volverse a perder, unas cuantas estrellas.

Hubo un rato breve en que la oscuridad se pobló de voces y llantos de niños. Luego —cosa profundamente mexicana— sobrevino la resignación, la resignación fatal y fácil, la resignación en cuyo manto, como si lo cobijara todo, la multitud fue acomodándose. Los centenares de sombras móviles comenzaron a cambiar de postura y a aquietarse. Habían sido de una verticalidad confusa y ambulatoria: ahora, en la penumbra hecha casi como de tinta, se fijaban, se fijaban horizontalmente e iban formando, sobre el suelo oculto, una infinita serie de trazos paralelos semejante a la de los tendidos de la tropa en una cuadra informe, o mejor: evocadora de las traviesas de una vía férrea de pesadilla.

Al fin la calma fue casi absoluta. El viento seguía silbando y corriendo entre los cuerpos, ahora yacentes. Las tinieblas se apretaban más. Sólo allá, en el fondo del corredor, una sombra pequeñita se movía de trecho en trecho colgada del brillo de su linterna. Avanzaba un poco y se detenía; se encorvaba sobre alguno de los cuerpos tendidos; bajaba la linterna; inclinaba unos segundos la cabeza; se enderezaba otra vez; avanzaba otro poco. Y así iba, de bulto en bulto, con la linterna alternativamente en alto y al nivel del suelo. Era el viejecito francés: un septuagenario diabético y ya sin fuerzas, aunque dotado de una extraña energía nerviosa, que en todo el viaje no había cesado de hablar de la sacarina ni de prestar a los pasajeros más inválidos toda suerte de pequeños servicios. Su vocación humanitaria corría pareja con su capacidad orgánica para producir azúcar. Era dulce de cuerpo y alma, dulce por un impulso mayor que el peso de sus años, dulce hasta cuando el viento helado y la fatiga quebrantaban a los hombres y los derribaban por tierra. Allí iba, de cabecera en cabecera, ofreciéndose a remediar todos los males y dando a izquierda y derecha, con la prodigalidad de una mano diminuta y temblorosa, cuanto llevaba en su cesta o en los bolsillos.



Yo ya había aprendido mucho en materia de noches al aire libre, y estaba, además, curado de las camas de vaqueta cruda y aros de barril que solían alquilar en las posadas samblaseñas. En vista de eso mi asistente me extendió el catre al socaire de la primera casa que hubo a mano, pues

a nada condujo mi recomendación de que buscara un soportal o cosa parecida.

Puesto el vestido, me metí debajo de los sarapes, o más exactamente: me enrollé en ellos. Pero, así y todo, el frío calaba tanto que en balde batallé una hora por dormirme. Sonaba, salida quién sabe de dónde, una música gangosa, plañidera e infatigable —infatigable de puro cansada—, que en el negro silencio del pueblo sembraba mayor desconcierto que una tempestad. Eran un violín, un clarinete, un bajo, cuyas notas tristes concordaban unas veces, disonaban otras, y de tarde en tarde desaparecían bajo la estridencia de un grito gutural y salvaje, de un grito prolongado que se terminaba en una carcajada seguida de un ¡ay! frío, cortante y agudo como arma blanca. Los tres instrumentos entonaban un aire popular, sobre el cual volvían infinitas veces, y luego, sin respiro, lo ligaban con otro que hacía nuevo ciclo de repeticiones. El viento se apoderaba del gangueo del clarinete, del rispear del violín, del bordonear del bajo, y jugaba con ellos a los remolinos por entre las callejas, para venir al fin a inundarme en un mar de remotas desafinaciones.

Incapaz de dormir, salté del catre y fui, envuelto en las mantas, en busca de la música. A los pocos pasos di con ella, quiero decir, con los que la producían: tres músicos soñolientos y medio borrachos que tocaban, sentados en el suelo, al abrigo de una esquina. Los tres formaban un semicírculo frente a otro individuo, éste más borracho que los de los instrumentos, pero que, no menos atento al ritmo, se balanceaba en pie, apoyado con una mano en la pared y sujeto por la otra a la próxima esperanza de una botella al parecer bien provista. La luz de un farol le daba en el rostro, joven y sucio, sacaba brillos cristalinos del líquido de la botella y venía a morir con débiles reflejos en los anillos del clarinete y en el lustre mugriento del bajo.

El borracho —esto lo aclaré en seguida en ociosa conversación con los tres músicos— era un ferrocarrilero del pueblo de Huamúchil. Había llegado a San Blas hacía más de una semana y desde entonces se dedicaba a festejar su santo sin considerarse nunca satisfecho. Era, sin dejo de duda, un ortodoxo de la juerga de hebra continua, floreciente entonces a orillas de los once ríos de la fecunda Sinaloa. Cuatro sumaban ya, con la que estos momentos le ponía comentario melódico a su embriaguez, las orquestas que había rendido y, sin embargo, él mostraba aún alientos

como para rendir otras cuatro. Las cadencias de la *Valentina*, de la *Juanita*, de la *Julia*, ahondaban su ánimo eufórico y taciturno, lo ponían en contacto íntimo con las fuerzas creadoras del Universo y afloraban en su carne y su alma insospechados filones de vitalidad. Olía a cuerda a diez metros de distancia: rezumaba alcohol hasta por el cabello. Pero entre sorbo y música, música y sorbo, su cuerpo se conservaba firme sobre el suelo para no arrancar a su espíritu de las regiones paradisíacas donde se encontraba. El bacanora y el mezcal no lograban ahogarlo: se le alquitaraban en el organismo, dejando allí tan sólo el principio divino. Lo otro, lo que destruye y vence al arder la sangre en la lumbre del bacanora, se le escapaba a él milagrosamente. Tenía doce días y doce noches de andar por las calles borracho y solo —seguido a distancia por la murga que le tocaba y se embriagaba con él a tanto la hora—; pero inmune al estrago, aún se veía fresco y recio como si empezara a beber esa misma noche.

Cuando notó que un extraño hablaba con sus músicos mandó a éstos que lo siguieran y echó a andar. Él iba tambaleándose no poco, pero bastante seguro de su paso; ellos arrastraban los pies, tropezaban, no encontraban el ritmo ni en sus instrumentos ni en el suelo.



A la tarde siguiente salimos de San Blas, y dos días después, ya anochecido, llegamos a Cruz de Piedra. Allí se me acercó, poco después de nuestra llegada, un joven militar.

—Soy el general Rafael Buelna —me dijo, y me estrechó la mano con aire franco, aunque tímido.

Aquella presentación súbita me desconcertó; me desconcertó, sobre todo, porque con ella se vino abajo cuanto mi imaginación había construido en torno del nombre de Buelna. Éste no era, como yo había supuesto, un guerrillero del tipo de Juan Carrasco, sino un adolescente que daba la impresión de haber hurtado, por travesura, los arreos militares que ostentaba. Y mi sorpresa habría durado indefinidamente a no ser porque, mirando a Buelna despacio, observé que entre su físico y su vida interior existía una gran discrepancia. A medida que hablaba, crecía el contraste entre su rostro, imberbe aún, y su manera reflexiva.

—Traigo para usted —continuó— un encargo del general Iturbe.

Y luego, vuelto hacia los dos oficiales que lo acompañaban, ordenó a uno de ellos, a la vez que le entregaba unas llaves:

—Mire, hijo: vaya a donde están los cofres y tráigame el bultito, envuelto en papel de periódico, que me dio en Culiacán el general Iturbe.

El oficial se alejó y volvió pronto con lo que se le pedía. Buelna tomó el paquete y me lo puso en las manos.

—Algo importante —dijo— ha de venir aquí, pues el general Iturbe insistió con empeño en que hiciera la entrega lo antes posible. ¿Quiere usted cerciorarse de lo que viene dentro y decirme si está conforme?

Un impulso de simpatía mutua hizo que Buelna y yo prolongásemos nuestro encuentro circunstancial. Yo lo informé de que iba a Hermosillo. Él me propuso que juntos emprendiéramos desde luego el camino de Maytorena. Y a partir de este instante, sin preliminares, como viejos amigos y correligionarios, nos comunicamos nuestros pensamientos.



Buelna no irradiaba el entusiasmo de la Revolución, sino su tristeza. Parecía moverse como prendido a una gran responsabilidad: a una responsabilidad que, de una parte, le obligaba a ejecutar ciertos actos, y, por otra, le exigía estrecha cuenta de ellos. Era de los poquísimos constitucionalistas que sentían la tragedia revolucionaria: la imposibilidad moral de no estar con la Revolución y la imposibilidad material y psicológica de alcanzar con ella los fines regeneradores que se pretendían. Y como miraba a fondo el conflicto y no podía resolverlo en ideas suficientes, afectaba fiereza, simulaba un hablar rudo que no era el suyo y que no abandonaba en el trato íntimo. Cuando hacía esto último, surgía en él el muchacho escapado de la escuela, el estudiante a medio iniciar en los libros, y se le sentía enamorado de un mundo imaginario e ideal que de los libros tenía lo desinteresado, lo generoso, y de la realidad la esperanza eterna, el engaño que hace vivir el negro día de hoy con la ilusión de alcanzar el claro día de mañana.

3
LA CARRERA EN LAS SOMBRAS

Al llegar a Maytorena, Buelna me dijo:

—Ahora, si las fuerzas no le faltan, decídase a seguir el viaje conmigo. No hay tren que compita con mi motor de vía, ni en comodidad ni en velocidad.

La proposición no me desagradó, o, para ser más exacto, me agradó. Porque sin duda era mejor salir de Maytorena inmediatamente, con relativa seguridad de estar en Hermosillo temprano por la mañana, que pasar en el campamento otra mala noche y exponerse, además, a las dilaciones sin límite de los trenes de pasajeros. Claro que un viaje de doscientos kilómetros en armón de gasolina no prometía nada agradable, menos aún de noche, en enero y con las condiciones pavorosas en que se encontraba entonces la vía férrea. Pero, bien que así fuese, todo me resultaba más seductor que la perspectiva de dormir al raso en Maytorena para esperar la salida de un tren incierto.

Buelna me había ponderado mucho las cualidades de su motor, o, para darle el nombre con que él lo designaba, de su «máquina voladora». ¿Se hacía ilusiones? Cuando fuimos a presenciar cómo la bajaban del carro en que acababa de acometer la travesía desde Cruz de Piedra, vi que la tal máquina no tenía nada de extraordinario. Era un mecanismo primitivo, de miserable aspecto, sin personalidad de ninguna especie. Lo formaban cuatro ruedas, el motor mismo y una mala plataforma donde se apoyaban tres o cuatro bancos transversales en cuyas tablas cabrían a duras penas, cinco personas o seis. Daba buena idea de las dimensiones mezquinas de la máquina la holgura con que se la veía en el carro de donde iban a bajarla. Había bastado una mula enclenque y triste.

—En este aparatito —pensé— igual puede llegarse a Hermosillo que a la Gloria.

Pero Buelna, como si me adivinara el pensamiento, me salió al paso:

—No vaya usted —me dijo— a juzgar mal de mi máquina por verla tan desmedrada. Para apreciarla bien, bien y en su punto, hay que ir encima de ella a ochenta kilómetros por hora, a ochenta por lo menos.



Dejó Buelna el motor en manos de su asistente y del mecánico; mandó a cenar a sus dos oficiales, y por nuestro lado nos fuimos él y yo a tratar de hacer lo propio, cosa no muy difícil en verdad, porque como Maytorena era un campamento bien abastado, encontramos sin mucho esfuerzo lo que necesitábamos.

Terminada la cena, Buelna observó:

—No tiene caso llegar a Hermosillo a las tres o cuatro de la madrugada. Saliendo de aquí entre la una y las dos, estaremos allá, sin apresurarnos más de lo justo, a eso de las siete. Son las doce. ¿Quiere usted que estiremos las piernas? Paseando charlaremos un rato.

Y así lo hicimos.

Durante buen espacio de tiempo, a tientas casi, paseamos entre los jacales diseminados a uno y otro lado de la estación. A esa hora el silencio era, si no profundo, solemne. Sólo a lo lejos se oía continuo el ladrar de los perros, y, más lejos aún, el sordo traquetear de los carros en el camino de Cruz de Piedra. De tarde en tarde, de las chozas de los soldados —al acercarse a ellas se notaba— salía el rumor de un canto suave, susurrante, retrasado. Se adivinaban entornados en la sombra los ojos de los hombres que canturreaban así. Más allá, a campo abierto, el ámbito del silencio se ensanchaba, se ampliaba, se hacía infinito. La noche, aunque de estrellas, era oscura. Los puntos luminosos lucían arriba con intensidad quieta y eterna. Abajo, a ras del suelo, brillaban humildes, efímeras, intranquilas, las lumbrecitas de los cigarros de los soldados que no dormían.

A veces los ladridos de los perros dejaban de ser lejanos. Un animal tras otro iban asomando entre los matorrales, y a poco se formaba en nuestro alrededor una jauría, una verdadera manada de lobos que nos lanzaban desde la sombra gritos feroces. La jauría nos acosaba tanto por momentos que era preciso ahuyentarla. Yo, con mi terror instintivo por

los perros, esperaba hasta el último instante; Buelna iba a ellos mecánicamente; daba, sin dejar de hablar, una patada entre las hierbas, y volvía a mi lado. Los perros se amedrentaban un rato y poco después empezaban a cercarnos otra vez.

Así pasamos cerca de dos horas: ya tropezando con las matas ya parándonos a contemplar la remota serenidad del cielo o a ver, del lado del mar, las distantes fogatas de los federales. Aquellas luminarias, encendidas de trecho en trecho sobre las alturas de un horizonte invisible, irradiaban con su fulgor rojizo una significación para nosotros viva y honda. Eran más que la presencia simbólica de la lucha: eran, bajo el manto de las estrellas sin límite, la expresión de un contraste, el resplandor, parpadeante y minúsculo, de la impotencia nacional, el trazo de la pequeñez con que se consuela la ausencia de lo grande. «¡Federales! ¡Revolucionarios! ¡Ni un átomo del menor rayo de luz de la menor de todas las estrellas!»

Dije de improviso:

—¡Cuánto evocan aquellas fogatas!

Y Buelna contestó, sin quitarles la vista:

—Sí, mucho evocan...



Cuando regresamos a la estación, el motor estaba listo para la salida. Buelna y yo nos instalamos en el asiento de atrás. En medio, al alcance de las llaves y las palancas, se colocó el motorista; a su lado, el asistente del general; adelante, los dos oficiales.

Ya íbamos a partir, cuando noté que no llevábamos ninguna luz.

—Oiga usted —le pregunté a Buelna—, ¿pero vamos a ir sin luz?

—Por supuesto —respondió.

—Muy bien —le repliqué—. Sólo debo advertirle una cosa: de aquí a Hermosillo no queda en pie ningún puente; me refiero a los grandes y a los medianos; a trechos la vía está tendida sobre las escarpaduras de las barrancas y los cauces de los ríos. Algunos de esos *shoe-flies* son terribles.

—Eso no le hace —respondió Buelna—. Igual está la vía de Culiacán a Cruz de Piedra, y así hemos venido. Pero, de todos modos, nunca está de más una precaución.

Y luego agregó, dirigiéndose al asistente:

—A ver, hijo: saca la linterna y amárrala lo mejor que puedas delante del motor.

El asistente se puso a buscar en uno de los cofres y sacó al fin algo que yo esperaba que sería un fanal. Nada de eso. Era una linterna común y corriente. Puesta en la delantera de nuestra máquina, su luz no alumbraba medio metro de la vía. Sin embargo, no quise hacer nuevas objeciones.

—Se me figura —observó Buelna— que no ganaremos así gran cosa.

A lo que contestó el motorista:

—No, mi general. Si le parece a usted, le pondremos a la linterna por detrás un papel. Servirá de reflector y nos aumentará la luz.

Ahora fue uno de los oficiales quien metió mano en los cofres para sacar la hoja de papel blanco que se necesitaba. Pero el nuevo dispositivo tampoco convenció a nadie: prácticamente el reflector no añadía nada; la luz de la linterna no avanzó un milímetro.

—¿Qué tal conoces tú esta línea? —le preguntó Buelna al motorista.

—Nunca he venido por aquí, mi general.

Y entonces fui yo el interrogado:

—¿Se acordará usted —me dijo— del lugar donde están los *shoe-flies* más peligrosos?

—Imposible —le respondí—. Una sola vez he hecho este viaje.

—Bueno —concluyó él entonces—; pues lo que se ande se andará, que al fin y al cabo no hemos de morir de parto. Nomás es cosa de ir con precaución. Tú, hijito, si sientes que la vía se te baja, mete luego el freno.

Y, efectivamente: lo que había de andarse se anduvo.

Serían las dos cuando salimos de Maytorena. Así que nos apartamos de la estación, nos dimos cuenta de que no se veía gota: la linterna, antes que alumbrarnos, nos encandilaba. Supimos, por el ruido, cuándo dejamos atrás el último de los furgones alineados en las vías laterales. El movimiento nos anunció el paso del último cambio; el ruido, otra vez, la fuga de la última casa. Y entonces, cercados por las tinieblas, nuestro oído se entregó a un aprendizaje rápido.

El motor, frío al principio, se calentó pronto y se dio a acelerar: el rosario de sus explosiones se hizo perfecto. Nuestra máquina empezó a deslizarse prodigiosamente sobre los rieles ocultos. Hendía la sombra, y

la transformaba en viento que nos golpeaba la cara. Era el suyo un correr terso y veloz, capaz hasta de arrullar. Los dos oficiales se trenzaron entre sí, se doblaron, se arrebujaron y se echaron a dormir sobre el asiento, a un centímetro de la vía y de la muerte. El asistente apoyó los brazos sobre el respaldo, la cabeza sobre los brazos, y se durmió también. Buelna y yo seguimos la plática. El motorista, un poco después, comenzó a cabecear.

¡Extraña carrera loca, en manos de una de esas encrucijadas de las circunstancias que da como resultado algo peor que la temeridad: la inconsciencia; algo peor que la inconsciencia: la vanidad y el fatalismo! Ninguno de los seis hombres que allí íbamos tenía necesidad ni ganas de matarse. Pero, insensibles a todo, allí estábamos los seis jugando a cuál más con la muerte: unos por obedecer, otros por no confesar que el juego, siendo peligroso, merecía no jugarse. En el fondo, a todos no tranquilizaba un pensamiento, o el instinto de un pensamiento: los hombres, hasta cuando son más prudentes, no burlan su destino. Pensamiento de primitivos y de heroicos.

Llegó un momento en que Buelna y yo no pudimos ya hablar. El motor, dueño íntegro de su ritmo de máquina perfecta, se enardeció con su propio impulso, se entregó a la realización de aquella hora suya. La «máquina voladora» volaba de veras. Y había algo de indiscutiblemente grandioso en aquel huir desenfrenado, sin propósito ni objeto, sobre carriles hechos de tinieblas. Valía la pena entregarse a aquel vértigo de velocidad falta de puntos de relación y bajo la mirada de las estrellas inmóviles: vértigo de velocidad pura, perceptible para el oído y los músculos. Fijas, como si no nos moviéramos, brillaban por delante las dos agujas que la luz de la linterna sacaba de los rieles.

De pronto el fugaz resplandor de otra aguja venía a sumarse y coincidía con el doble choque de las ruedas al salvar algún cambio. Entonces nuestro ruido se quebraba violentamente —¿algún furgón? ¿alguna casa?— o se encajonaba por breves segundos. Nuevos resplandores fugaces, nuevos choques, y nuestro ruido se espaciaba otra vez. De cuando en cuando el motor se inclinaba desplazando hacia un lado nuestro equilibrio. Lo adivinábamos describiendo en la oscuridad curvas majestuosas o torciendo su ruta con esfuerzo. Cada rato, una caída brusca, una sonoridad hueca nos revelaban el paso de algún desagüe, de alguna al-

cantarilla. El salto inesperado de los *shoe-flies* duraba instantes de una angustia al mismo tiempo terrible y deliciosa. Sentíamos que el motor, en busca de los rieles que de súbito le faltaban, se hundía en el abismo, más veloz que nunca, hasta el fondo de las hondonadas y los cauces de los ríos. Y aquello semejaba un caer de pesadilla —caer que dura poco y parece eterno—, entre informes bultos de vegetación fantástica y siluetas de peñas contra las cuales el vehículo parecía querer estrellarse. Pero siempre, cuando la congoja de la caída iba haciéndose insoportable, se trocaba sin transición en el ahogo de subir, de subir por pendientes increíbles, subir como de barca sobre grandes olas, que aquí se presentían duras, negras, caóticas. Era aquella una *montaña rusa* en la soledad del campo y de la noche; pero tan absurda, tan imprevisible e inexplicable en sus curvas y altibajos que tenía momentos de viaje infinito, sin origen ni término. ¿Qué hacía yo allí, en aquella desorbitada danza de fugas de loco, en compañía de cinco desconocidos tan inconscientes como yo?

En fuerza de querer penetrar las sombras, acabé por ver. Vi como si el sol alumbrara: un camino perfecto, arboledas laterales, postes de telégrafo, durmientes cuidadosamente balastados; pueblos en el fondo, montañas en el horizonte, nubes orladas de plata en el cielo... La vía, con todos sus altibajos, con sus curvas, sus desviaciones, sus cambios, sus cruzamientos, no ofrecía el menor peligro. Era una vía limpia y despejada donde no se concebiría el obstáculo más leve. Se podía confiar, se podía dormir... dormir...

El motor dio un brinco. Cayó otra vez sobre los rieles. Vaciló como si las ruedas se le hubieran acolchado. Pareció dar traspiés. Se encabritó. Brincó de nuevo. Volvió a caer. Se arrastró. Paró...

Buelna y yo estábamos de pie, cogidos a los asientos. El mecánico se había enroscado a la caja de las palancas. El asistente, con medio cuerpo fuera, estaba prendido por las piernas al asiento anterior. Los dos oficiales habían desaparecido.

Debajo de la plataforma se sentía algo. Supusimos, sin decírnoslo, que fuesen los oficiales. Bajamos. Callados desatamos la linterna y tratamos de aclarar lo que había sucedido. Entre las cuatro ruedas, cogida por éstas, se apelotonaba una masa enorme y confusa. Era algo velludo, húmedo, caliente. No eran los cuerpos de los oficiales: parecía ser un animal. Entonces nos apartamos del motor y, medio a tientas, guiándo-

nos con nuestra luz, buscamos a ambos lados de la vía. Tampoco allí estaban los oficiales. Luego caminamos sobre los durmientes en sentido opuesto al del viaje. A los diez o quince metros descubrimos un puente pequeño. Lo pasamos; seguimos buscando. Los cuerpos de los oficiales no se veían por parte alguna —ni ningún objeto, ni sangre.

—Estarán abajo —le dije a Buelna, hablando por primera vez—: en el arroyo.

—Seguro —contestó.

Y en efecto, tras breve registro en el fondo del arroyo, los encontramos desmayados y desangrándose a mares. Con grandes esfuerzos los sacamos de allí y conseguimos llevarlos cerca del motor. Uno recobró el sentido poco después. El otro parecía moribundo.

Al cabo de mucho forcejear conseguimos desprender del motor lo que se le amontonaba debajo. Era una mula, que había muerto ya a consecuencia del choque. Sin duda estaría echada, durmiendo sobre la vía a la entrada del puente, cuando el motor chocó con ella y se la llevó entre los ejes.

Con todo, nuestra máquina no había perdido ni una tuerca. La subimos a los rieles; acomodamos a los heridos lo mejor que se pudo, y echamos a andar. De allí a poco entramos en una estación grande. ¿Hermosillo acaso? En la sombra se destacaban anchas masas como de edificios; se vislumbraban bocacalles a lo lejos. Cosa extraña: apenas si se veía una que otra luz.

Por dudas, paramos. Buelna y su asistente se apearon y caminaron hacia los cobertizos de la estación. El mecánico y yo nos quedamos con los heridos.

Minutos después oí que una voz me gritaba:

—¡Guzmán! ¡Guzmán! No estamos en Hermosillo; esto es Torres.

Regresaron Buelna y su asistente y en el acto reasumimos la marcha, pero ahora con lentitud. Así anduvimos varias horas. Amaneció. Pronto se hizo de día: día tan claro que veíamos correr las liebres a uno y otro lado del camino. Buelna no pudo resistir el impulso de hacer blanco y se entretuvo en cazarlas con el máuser.

A dos kilómetros de Hermosillo descarrilamos nuevamente. El motorista no vio que estaba cerrada la aguja de un cambio, y el armón, al pasar sobre ella, saltó y fue a dar a dos metros de los rieles. Pero no pa-

raron en eso nuestros descalabros de aquel viaje singularísimo, pues aún no nos rehacíamos del segundo accidente, cuando, en el propio patio de la estación de Hermosillo, se abalanzó sobre nosotros el tren de pasajeros que salía para Maytorena. Unos segundos más y no nos queda tiempo ni para hacer a un lado el motor, donde nuestros heridos se quejaban horriblemente.



Como a las ocho de la mañana entré en el Hotel Arcadia. Iba todo sucio y manchado de sangre. Mientras el empleado hojeaba su libro y escogía la llave de la habitación que acababa yo de pedirle, me senté en una silla próxima al mostrador y me dormí.

4

LOS REBELDES EN YANQUILANDIA

Asomarse a Nogales, Arizona, viniendo de nuestras ciudades empobrecidas y nuestros campos asolados por la guerra, era como presenciar un grato panorama nunca visto. Mirándolo ahora de nuevo, comprendí mejor que antes por qué los revolucionarios que se acercaban al pueblo fronterizo se sentían allí dominados por una especie de sortilegio: era el magnetismo de lo comercial, de lo vital.

A Nogales, Arizona, íbamos a confortarnos un poco con el calor de la industria de los hombres y a comprar con nuestros *bilimbiques* (válidos en casi todas las tiendas) hasta los cordones de los zapatos. Los aparadores pueblerinos de la única calle activa —aparadores rudimentarios, pero ubérrimos— nos hacían detenernos llenos de sorpresa y prontos a la admiración: admirábamos las baterías de cocina puestas en serie, las sartenes relucientes, las estufas de carbón o leña, las escopetas, la ropa, las pieles, el calzado, las tenazas, los martillos, las bicicletas, los automóviles, y todo lo admirábamos parejamente, todo como si la civilización —así fuese la semibárbara de los *cow-boys*— acabara de inventarse para nuestro alivio.

Porque los comerciantes de Arizona comprendieron pronto que la revolución mexicana los enriquecería y se aprestaron desde el primer momento a satisfacer muchas de nuestras necesidades. Los de Nogales nos equipaban para la vida y para la muerte: igual nos daban el vino que se consumía en las fiestas oficiales de la Jefatura que los tiros con bala de acero o bala expansiva para nuestras pistolas, lo uno y lo otro a cambio de los papelitos impresos que nosotros les entregábamos a guisa de moneda, y que luego les servía a ellos para llevarse los restos de la riqueza que la Revolución malbarataba por razones imperativas, y porque era «riqueza de los científicos». De este modo, los revolucionarios regresábamos del Nogales yanqui al Nogales mexicano con cuanto habíamos

menester para seguir matándonos —y también para solazarnos un poco entre combate y combate—. Pero al propio tiempo, el ganado de las dehesas sonorenses cruzaba la raya divisoria en un rebaño solo, en un rebaño que no acababa nunca, para ir a enriquecer a precio vil —era un chorro de oro incontenible— a los *live-stock brokers* del Far West. La prohibición yanqui de exportar armas y municiones a México —lo que en la jerga de los pochos se llamaba el *embargo de armas*— no disminuía esta fuga del patrimonio mexicano, antes la intensificaba, pues los riesgos del contrabando, al elevar el precio de nuestro principal artículo, se reflejaban, por simpatías del mercado, en los precios de lo demás. Todo lo pagábamos caro, y muy particularmente cuanto halagaba la coquetería indumentaria de los jóvenes constitucionalistas: los hermosos sombreros grises de ala ancha, los trajes de casimir de color caqui y corte guerrero, las polainas amarillas de cuero de cerdo, las camisas de lana verde aceituna.

La encrucijada internacional de la calle divisoria (mexicana en una acera, norteamericana en la acera opuesta) y la calle trazada perpendicularmente (ésta mexicana en una de sus posiciones y norteamericana en la otra) solía vernos pasar hacia allá vestidos de un modo y repasar luego hacia acá vestidos de modo diferente. Allí nos encontrábamos los que íbamos a comprar y los que veníamos de la compra; allí era la feria de los paquetes bajo el brazo y de las bromas entre curiosas y amables.

—Ya viene usted a dejar vacías las tiendas del otro lado —le decía Rafael Zubaran a Juan Sánchez Azcona, que la víspera había llegado a Hermosillo y se disponía ahora a pasar la línea en compañía de su hijo, subteniente del ejército constitucionalista.

—¿Vacías? No lo crea usted —contestaba Sánchez Azcona; y en apoyo de su dicho sacaba la cartera y mostraba en ella perfectamente doblados, ordenados y nuevos y olorosos a tinta, varios billetes de la emisión de Monclova, cuyo valor no ascendía a doscientos pesos—. Apenas para camisas y calcetines.

A menudo aquellas rápidas conversaciones frente al mojón fronterizo derivaban hacia la paradoja que creíamos ver en la contigüidad absoluta de los dos países. Nos dábamos la mano por sobre la teórica línea divisoria; poníamos un pie en cada una de las dos jurisdicciones. El general Ángeles —que, como todos los hombres íntegramente buenos y

sinceros, tenía mucho de niño— jugaba allí a ir a los Estados Unidos y volver de ellos en un solo paso.

—Me voy a los Estados Unidos —decía adelantando un pie.

Y luego, a la inversa:

—Regreso a México.

Un día fue y vino así hasta veinte veces —«para batir todos los *récords*»—; lo cual hizo sin abandonar un segundo su sonrisa melancólica, y muy satisfecho de encontrar en mí un espíritu comprensivo del suyo aun en tales menudencias.



Después de breve estancia en Nogales, Sonora, seguí mi viaje hacia las grandes ciudades del Este.

En Nueva York me encontré con Alberto J. Pani, Luis Cabrera, Roberto V. Pesqueira, Juan y Francisco Urquidi y varios otros revolucionarios. Todos se hallaban investidos de funciones más o menos diplomáticas o consulares y, cuando no, tenían a su cargo comisiones comerciales o comisiones sencillamente ininteligibles y absurdas.

Pani había aprovechado la llegada de Cabrera a los Estados Unidos para huir de Washington, donde las pasaba negras gracias a los cincuenta centavos que Pesqueira, agente confidencial de «la causa», le suministraba para su sostenimiento cotidiano. Una vez en Nueva York, Pani quiso afirmar con gesto categórico, su derecho a vivir, ya que no con el lujo de los representantes oficiales del constitucionalismo, sí al menos con alguna decencia: saltó de la *furnished room* que le costaba en Washington un dólar por semana a una excelente habitación del Hotel MacAlpin —habitación con cuarto de baño y demás comodidades de la hotelería moderna—. Resolvió, en suma, libertarse, en la esquina de Broadway y la calle 34, de todas sus recientes estrecheces.

En el Hotel MacAlpin se alojaba también Cabrera —Pesqueira no; él en el Vanderbilt—, y en el MacAlpin me alojé yo.



Roberto Pesqueira no estaba suficientemente preparado —o quizás era demasiado joven— para el puesto que las circunstancias y la avidez

del grupo sonorense le hacían desempeñar. Su bagaje se reducía a la lengua inglesa y alguna práctica en el trato con los norteamericanos de la región de Douglas, Arizona, allí donde los supremos centros de la acción y la cultura eran las Green Cooper Companies y otras *companies* por el estilo. Pero como no le faltaba talento natural ni comprensión rápida, su capacidad instintiva para oír el buen consejo y seguirlo sin regateos de amor propio le permitía ir cumpliendo su cometido, si no con lustre, con alguna eficacia. En Washington, es cierto, Pesqueira acababa de tener cerca a Pani durante más de un mes sin darse cuenta de la utilidad que la colaboración de éste hubiera podido reportarle. ¿Se debía a que Pani cayó entre los revolucionarios de Sonora como una personalidad casi desconocida? ¿a que Pesqueira, semejante en todo esto a todo el grupo sonorense, adivinaba cuáles eran los resquicios por donde el fruto político de la Revolución podía escaparse a otras manos? Meses antes, en Sonora, Felipe Ángeles había tardado más en llegar al campo constitucionalista que Obregón en declararle guerra a muerte. Ángeles, por su capacidad militar y, más aún que por eso, por su virtud, resultaba tan peligroso para los futuros caudillos como la verdad lo es para quienes viven de simulaciones. Análogamente —aunque en diverso orden de cosas—, Roberto Pesqueira presentía acaso que Pani estaba llamado a representar en la desteñida actividad diplomática y financiera de México un papel más importante que el suyo. Lo cual no era, en el fondo, más que el primer episodio de la lucha que los civiles de Sonora habrían de trabar con Pani por varios años, y de la cual Pani no saldría victorioso sino con el apoyo de Obregón. Porque para Obregón, Pani, lejos de construir un peligro —la rivalidad era imposible—, sería un instrumento fecundo. No así para los otros: para De la Huerta, por ejemplo, ni para Calles, durante el tiempo que Calles y De la Huerta serían aliados.

Respecto de Cabrera la situación de Pesqueira se presentaba de otra suerte. Cabrera llegaba al constitucionalismo a ocupar desde luego y por derecho propio, sitio entre los más encumbrados. Los colegas de primera magnitud eran, pues, quienes le disputarían los honores y el poder; y, mientras tanto, Pesqueira, cuya magnitud se situaba por debajo de las primeras, podía subordinarse a Cabrera sin temor de ninguna especie, y seguir sus indicaciones.

Cabrera, en verdad, y no Pesqueira, era quien daba en aquellos días la impresión de ser el jefe de la misión diplomática revolucionaria en los Estados Unidos. El Hotel MacAlpin estaba lleno de su nombre y de su persona. Tan pronto como asomaba por el *lobby*, se alzaba de sillas y rincones un tropel de gente deseosa de hablarle; siempre había dos o tres personas principales esperándolo en los sofás del *mezzanine floor*; los botones andaban de continuo gritando su nombre para entregarle recados; las máquinas autográficas —ésas que transcriben los mensajes de un piso a otro— movían sin descanso su pluma angular para mantenerlo informado; el teléfono de su cuarto no paraba un instante, y noche a noche, en fin, era preciso colgar de la perilla de su puerta el cartelito con la advertencia: *Don't disturb*, y dejar aviso de que no se le despertara antes de determinada hora. Por supuesto que mucha de aquella actividad no respondía a nada tangible: eran las salpicaduras del millón de corredores que en Nueva York agitan mar y tierra para vender el rifle que no tienen o para ofrecer el servicio que no está a su alcance. Mas por debajo del barullo hueco apuntaban trozos de labor seria, y a esta atendía Cabrera con su manera nerviosa, rápida y precisa.



En el Hotel MacAlpin pasé entonces unos cuantos días de vida sibarítica —sibarítica a lo burgués, o mejor aún: a lo miembro del *Elk Club*—, a la cual me arrastraba el sensualismo tranquilo de Alberto J. Pani. Para iniciarla con buen pie, Pani y yo empezábamos por desayunarnos en el *great dining-room* del segundo piso, comedor suntuoso y enorme, detonante de dorados, columnas y espejos, donde los comensales hablaban bajo, los mozos pisaban quedo y el empleado de la puerta —convencido de que tal era el exponente más alto del vivir distinguidísimo— anotaba sobre un plano el nombre y colocación de cada huésped, para ir, silencioso, a buscarlo en caso de llamada urgente.

Aquel grandioso comedor, de lujo desproporcionado con mi único trajecito y mi única corbata de revolucionario trashumante, no lograba cohibirme, pero me obligaba a mirarlo, más que en su relación positiva conmigo, en una relación de contraste. Para Pani la cosa era diferente, o así se me figuraba: él —por lo mismo que su frialdad sólo hacía excep-

ción de las cosas que tocan a los sentidos— gozaba del gran comedor con toda amplitud e integridad. Le interesaba como resolución de problemas arquitectónicos —se trataba del comedor principal de un hotel de dos mil cuartos— y, antes que nada, como teatro de un admirable servicio de mesa hecho para regalo de los que quisieran sentirse, a ratos y a tanto la hora, grandes señores de hotel. Así nosotros. Nosotros éramos revolucionarios sinceros —no cabía dudarlo—; pero ello no obstaba para que paladeásemos con delectación el vasito de jugo de naranja que el criado nos traía en una riquísima bandeja de plata sobre la que se irisaban las facetas del cristal cortado y la masa de hielo fundente. Y el resto del desayuno, no desmerecía de ese aderezo. El *buttered toast* para los huevos nos llegaba colocado con arte en delicadísimas rejillas de metal blanco; el pan suave para el café nos lo presentaban envuelto en servilletas tan finas que, aparte de conservar el calor, parecían añadir perfume nuevo al ya tan grato de la harina recién cocida en el horno.

Nuestro desayuno de aristócratas de hotel nos normaba el estado de ánimo para el todo el día. Nos inclinaba, de manera inconsciente, a buscar en las horas que venían después las equivalencias de nuestro primer acto mañanero. Igual espíritu presidiría nuestra *lunch*; igual a nuestras entrevistas políticas; igual a nuestra comida de la tarde. Y si decidíamos ir al teatro y abríamos el *New York Times* por la sección de anuncios de espectáculos, no nos conformábamos con menos que el *Hamlet* de Forbes Robertson o *Los maestros cantores* en el Metropolitan.

Solía también el MacAlpin regalarnos con la última satisfacción de la jornada. En esos casos bajábamos a cenar a medianoche en la *grill-room*. Nos acompañaban Cabrera, Pesqueira, Urquidi, etc.; todos a cuál más propenso a dejarse arrebatar por el ritmo del *one-step*, del *hesitation waltz* y de los *blues* africanos. Las paredes de mayólica de la *grill-room*, verdadero *cabaret* subterráneo, provocaban en Pani frases admirativas y observaciones técnicas que nosotros escuchábamos y comentábamos entre bocado y bocado de *welsh rarebit* o de *bluepoints* en salsa de *cock-tail*.

Fue allí donde asistí por primera vez al trabajoso baile de los restaurantes —baile a destajo al margen de los placeres de la mesa, baile de fatigas y estrecheces increíbles—. Allí también confirmé que la alegría, para ser genuina, ha de teñirse de cierto desorden de excesos dionisíacos.

Roberto Pesqueira, con su *smoking* impecable, se levantaba de cuando en cuando a bailar. Nosotros lo veíamos. Cabrera, mexicano hasta la raíz, sacaba del bolsillo del chaleco una bujeta misteriosa y nos ofrecía para que de ella tomásemos al parecer sobre la mesa el manjar a propósito: en la bujeta había chile en pasta.

—Siempre que viajo —decía Cabrera— traigo esto conmigo. Sin picante de México no podría vivir... me lo preparan especialmente: tiene chile pasilla, chile ancho y chile mulato...

Ni tampoco podría vivir Cabrera sin acordarse de que era gramático y filólogo. Si alguno, al terminar la cena, pedía un *plus-café*, corregía él con sonrisa que le goteaba de los anteojos al bigote y del bigote al plato:

—*Pousse-café, pousse-café*, no *plus-café*.

5

EN LA RAYA FRONTERIZA

Hubiera yo querido, a mi regreso de Nueva York, ir otra vez a Sinaloa —¡Sinaloa de dulce recuerdo!—; lo hubiera querido, por lo menos, para enterar a Iturbe, en persona, del resultado de mis gestiones en los Estados Unidos. Pero, contra mis propósitos, hubo circunstancias que me retuvieron en Nogales y me hicieron al fin variar de rumbo.

En Nogales me encontré con que el Primer Jefe —ya de regreso de su viaje al sur, y próximo a trasladarse a Chihuahua— había dispuesto adscribirme a alguna de las dependencias de la Primera Jefatura, «para labores cuyo carácter se me comunicaría oportunamente», y me encontré también con que los *capitanes del ensueño* tenían instrucciones de invitarme, de parte del general Obregón, a que aceptara yo un cargo en el cuartel general del Cuerpo de Ejército del Noroeste.

La perspectiva de sumarme al séquito del Primer Jefe no me agradaba de ningún modo. Cerca de don Venustiano florecían viciosamente la intriga y la adulación más bajas; privaban los díscolos, los chismosos, los serviles y los alcahuetes. Y si bien es verdad que ese ambiente nauseabundo se purificaba a ratos con la presencia de hombres estimables —hombres de otro tipo muy diverso, como Zubaran, Escudero, Silva, De la Huerta y algunos más—, la mala atmósfera prevalecía al fin o quedaba siempre en grado bastante para que sintiera uno asco y ganas de alejarse. Los hombres sinceros, los afectos a llamar a las cosas por su nombre, no tenían nada que hacer en el ámbito estrechamente carrancista, salvo que les incumbieran obligaciones de esas que, por muy altas, no deben abandonarse en ningún caso. Era inútil hacerse ilusiones. Ya había yo aprendido mucho y sabía que Carranza —viejo y terco— no cambiaría jamás: seguiría respondiendo mejor a los halagos que a las obras, al servilismo que a la capacidad; sufriría hasta la muerte la influencia de lo ruin, de lo pequeño, porque él mismo —grande en nada—

no estaba libre de pequeñeces esenciales. Su frialdad calculadora —a eso llamaban los turiferarios dotes de gran estadista— le servía para calcular lo chico, no lo magno, con lo que echaba a perder hasta sus mejores momentos. ¿Quién vio nunca en él rasgos de verdadero entusiasmo, oficial o privado, ante los hechos grandes de la Revolución? No era magnánimo ni para premiar. Si Villa, por ejemplo, ganaba tres o cuatro batallas seguidas —batallas de trascendencia, batallas de aquellas que ensanchaban en cien leguas, como por arte mágica, el horizonte revolucionario—, Carranza se ponía a contar con los dedos, y en caso de resolverse a premiar con un ascenso aquella serie de hazañas, lo hacía regateando: cuidaba de ascender cinco o seis días antes a cualquiera de los generales suyos —así fuese el de las derrotas—, para roerle a Villa algo por lo menos de su sitio en el escalafón. En cambio, era notorio que al otro día de los ditirambos del adulador o de los servicios del proxeneta, las recompensas se otorgaban estruendosas —estruendosas e indecorosas.

De muy diferente manera me impresionaba el proyecto de irme con el general Obregón. Éste, en realidad, no me simpatizaba. En nuestro primer contacto lo había visto demasiado insincero, demasiado farsante. Luego (acaso tampoco yo le cayera muy bien a él) no había podido establecerse de uno a otro esa tácita corriente espiritual —esa comprensión informulada— engendradora de las aproximaciones humanas que valen y duran. Con todo, no cerraba yo los ojos a cuanto era en él capacidad y buenas cualidades: a su dinamismo, a su vigor de acción constante e inmediata, a su manera clara, ya que no generosa ni heroica, de entender la política y la guerra, y, en fin, a cierta forma limpia y directa de tratar a sus colaboradores inmediatos, a cierta hombría plena para entenderse con sus subordinados sin exigirles genuflexiones ni vilezas. Cerca de Obregón los aduladores se volvían discretos, y las intrigas, de haberlas, se liquidaban pronto, o se perdían en una sola y grande: la que él llevaba cerca del Primer Jefe para asegurar el futuro predominio suyo y de su grupo. De ahí que en su estado mayor, y en las demás dependencias oficiales anejas a su persona, reinara una atmósfera sana, un concierto de voluntades atentas a la obra, no al medro. Serrano, Sáenz, Muñoz, Róbinson —y como ellos, que eran militares, los civiles— se conducían con probidad revolucionaria irreprochable, o, en todo caso,

parecían conducirse, porque con Obregón, ganador de batallas, se trabajaba lo bastante para no perder el tiempo en bajezas.

Muy segura consideraban los *capitanes del ensueño* mi incorporación —como civil— al Cuartel General del Cuerpo de Ejército del Noroeste, tan segura que en Nogales compraron para mí todo un equipo semiguerrero: desde la pistola y el caballo hasta el catre de campaña. Y es un hecho que, en cuanto dependió de mí mismo, tenían razón de sobra. Entre Obregón y Carranza yo no vacilaba un punto: estaba resuelto a unirme a ellos. Pero a la postre (¿por desgracia? ¿por fortuna?: es necio detenerse a valorar las bifurcaciones del destino) no hubo de ser así. Una tarde fui a ver a don Venustiano; le expliqué, tan delicadamente como pude, que mi deseo era no marchar con él, sino con Obregón, y le pedí que me autorizara a proceder de esa suerte. Él me habló de Iturbe y terminó diciéndome: «Lo solicitan a usted de demasiadas partes. Voy a pensarlo. Le resolveré.» Y a los tres días me avisó De la Huerta que el Primer Jefe ordenaba mi traslado a Ciudad Juárez, «donde Zubaran me confiaría una comisión importante», y no mi marcha con las fuerzas de Obregón, según eran mis deseos.

¿No era aquello un acto tiránico, sin objeto ni excusa? Sin duda; pero lo soporté sin chistar. Más aún, no conté a nadie, aparte De la Huerta, el verdadero carácter de mi entrevista con Carranza. Me repugnaba —por pudor de hombre libre— dar a saber que el Primer Jefe me compelía a quedarme justamente en el sitio que yo rechazaba sin rodeos.



Todos, pues, nos íbamos a Chihuahua, aunque no todos juntos. Don Venustiano atravesaría la sierra a caballo, yendo por el cañón del Púlpito hasta Casas Grandes. Lo acompañarían unos cuantos íntimos —íntimos y équites indiscutibles—, y todo un batallón le daría escolta. Mientras tanto, los demás (a éstos los bautizó De la Huerta con el nombre de «palomilla») pasaríamos la frontera por Nogales e iríamos en ferrocarril por tierra yanqui, hasta restituirnos a nuestro suelo frente a El Paso, Texas.

En fin de cuentas yo no figuré ni entre los de a caballo ni entre la «palomilla». Pertenecí a un tercer género: al grupo que hizo en automóvil el

viaje de Naco a Agua Prieta; que fue luego, en auto también, de este último lugar a otro cuyo nombre no recuerdo, y que, por último, siguió en tren por territorio norteamericano hasta reunirse con los otros dos grupos en Ciudad Juárez.

Rafael Zubaran compartió conmigo las incomodidades y pequeñas sorpresas de aquel viaje, en que parecíamos jugar al escondite con las jurisdicciones nacionales. A cada revuelta del camino cambiábamos de país; en cada alto topábamos con el otro concepto de vida, el cual, si estábamos del lado de allá, solía acogernos con gesto activo, ya de una manera, ya de otra. Sitio hubo donde nos recibieron como si fuéramos *tramps*; en otros nos trataron como a magnates. Las escenas de la Revolución, allí demasiado próximas, impresionaban a unos yanquis como meros actos de barbarie, a otros como un suceso comercialmente prometedor. En Naco no sé qué extraña desconfianza estuvo a punto de cerrarnos la puerta del único hotel del lugar —por único no menos malo—, pese al rigor de la noche de febrero. Largo rato estuvimos a la intemperie, transidos de frío, mirando cómo se escarchaba en la helada la luz de las estrellas.

En Douglas un gran señor rústico y espléndido —también se llamaba Douglas— quiso agasajarnos con tal magnificencia que nosotros rehusamos azorados. Mr. Douglas tenía hotel —cuyo nombre, asimismo, era Douglas— y ostentaba modales de minero en época de bonanza. En cuanto oyó que Zubaran y yo nos acercábamos al despacho de su hotel a pedir cuarto, vino hacia nosotros, hizo su presentación con pocas palabras, breves y sencillas, y nos dijo sin más ni más que aquel gran hotel era suyo —suyo como todo el pueblo— y que allí se nos alojaría mejor que a un «presidente de ferrocarril» sin que nos costase nada, pues él lo pagaría todo. Zubaran rechazó la oferta con suave franqueza, pero no pudo impedir que Mr. Douglas soslayara el desaire ordenando a sus empleados que nos regalasen.

—Este señor que se empeña tanto en obsequiarnos —me dijo luego Zubaran— es no sólo minero, como sospecha usted: es superminero, gran personaje de toda la minería de esta región yanqui-mexicana. Por de pronto representa los intereses de las minas más grandes de Sonora. No lo ofendamos, por supuesto; pero no aceptemos de él, de balde, ni un vaso de leche.



Una especie de beaterio laico masculino fue el lugar que Adolfo de la Huerta escogió para que la «palomilla» se instalara en Ciudad Juárez. ¿Se extremó nunca tanto, como entonces, la noción de que los revolucionarios hacíamos voto de pobreza? Nadie negará jamás que De la Huerta vivió siempre una vida austera; pero aquel sitio, más que austero, era infame. Se reducía a un patio cuadrangular, de ochenta a cien metros por lado, en cuyo perímetro se alzaban cuatro alas de cuartos corridos, independientes entre sí, y sin otra comunicación con el mundo que sendas puertas sobre el patio, ruines y desvencijadas. Los muros, del adobe más vil, habían tenido alguna vez aplanado de argamasa: los años lo habían descascarillado en grandes porciones. Los pisos de los cuartos estaban medio hundidos; a los techos les faltaba poco para desplomarse. En otro tiempo el suelo del patio debió de estar cubierto de pedrezuelas del río Bravo: ahora las pocas guijas que le restaban se hundían en el lodo.

En medio del patio, un tubo de agua —tubo flaco, herrumbroso— salía del suelo verticalmente y, después de elevarse metro y medio, se encorvaba otra vez hacia abajo para formar chorro sobre una pila de mampostería, fecunda en grietas. La llave apenas si funcionaba: un hilo líquido escurría de ella a todas horas; el cual, al desbordar la pila, conservaba al patio su peculiar aspecto de pantano diminuto. De noche, el frío de febrero congelaba el hilillo líquido y formaba un hermoso carámbano en el pico de la llave; la pila se convertía en témpano de hielo, el patio espejeaba como si con el lodo hubieran mezclado agujas de vidrio. Y todo esto, que en la oscuridad nocturna se adivinaba apenas, en la mañana era una gloria —la gloria de la naturaleza, que asoma aun en los rincones más miserables.

¿Qué vida hacíamos entonces? Vida infernal, que casi no recuerdo. Recuerdo nuestro despertar cotidiano. Habíamos pasado la noche sobre la mugre de camas indescriptibles; nos comían las chinches; el frío nos congelaba la sangre, y tras de todo esto, al levantarnos por la mañana, teníamos que ir medio desnudos hasta el centro del patio para lavarnos allí. Crujían en el lodo, bajo nuestros pies, las laminillas de hielo; el hermoso carámbano de la llave nos oponía resistencia de trozo de tecali: tecali fantásticamente labrado y maravillosamente pulido. Y algunos de

nosotros —los sensoriales— gozábamos en tales momentos, poniendo en juego los sentidos del tacto y de los músculos, de un placer orgánicamente raro y cruel, el único que podíamos esperar de aquella existencia nuestra, existencia de falansterio de mendigos.

Porque ante la belleza caprichosa, anárquica, de las formas de agua esculpidas por la noche, el propio dolor del frío como que dejaba de serlo, explicándolas.

Libro séptimo

Iniciación villista

1

LA FUGA DE PANCHO VILLA

Mis primeras semanas de Ciudad Juárez fueron a manera de baño de inmersión en el mundo que rodeaba al general Villa. Aparte el trato con él, conocí entonces a su hermano Hipólito, a Carlitos Jáuregui (el más joven de sus partidarios, aquel en quien Villa ponía sus mayores confianzas), a Juan N. Medina (jefe, hasta poco antes, de su estado mayor), a Lázaro de la Garza (su agente financiero) y a otros muchos, de sus subordinados y servidores más próximos; todos los cuales —cada quien a su modo— fueron acercándome al jefe de la División Norte y envolviéndome en la atmósfera que su sola presencia creaba.



Carlitos Jáuregui me contó, una noche que esperábamos en Juárez la llegada de Villa, el origen de sus relaciones con el guerrillero. Nos habíamos subido, para estar más cómodos, sobre un montón de cajas y fardos próximos a los andenes de las bodegas de la estación. Noche de mayo, hacía una temperatura tibia y deliciosa. Jáuregui se había ido recostando sobre las cajas hasta quedar tendido del todo, cara al cielo y blandamente inmóvil. Mientras tenía los ojos fijos en las estrellas. Yo, apoyadas las espaldas contra el costado de un bulto, lo oía sin interrumpirlo y me divertía a la vez en seguir con la vista las órbitas de unas lucecitas rojas que vagaban en la sombra bajo el cobertizo de enfrente. Las lucecitas se movían, ya con violencia, ya con lentitud; viajaban de un lado para

otro con trayectorias sinuosas; caían de pronto; describían largas parábolas, como proyectiles lanzados horizontalmente; se quedaban fijas en el aire por unos momentos o quietas en el suelo; se iban apagando, se reanimaban, se extinguían. Eran los cigarros de los soldados y oficiales que esperaban el tren militar.

«Cuando Villa estaba preso en Santiago Tlaltelolco —me iba relatando Jáuregui— yo trabajaba como escribiente en uno de los juzgados militares. Aquellos días los recordé siempre como los de mi mayor miseria. Tenía de sueldo alrededor de cuarenta o cincuenta pesos, a causa de lo cual vivía triste, tan triste que, según me parece, la tristeza se me echaba de ver en raro contraste con mis pocos años. Para ganar un poco más, solía ir por las tardes al juzgado, pasadas las horas de oficina, y allí escribía solo hasta acabar las copias que me encargaban abogados y reos. Mi escritorio estaba cerca de la reja detrás de cuyos hierros comparecían los acusados; de manera que desde mi asiento podía yo ver una parte del pasillo de la prisión, solitario casi siempre a esas horas.

«Una tarde, al alzar la vista de sobre el escritorio y mirar distraído hacia el pasillo, vi a Villa, de pie tras de la reja. Había venido tan calladamente, que no sentí sus pasos. Llevaba, como de costumbre, puesto el sombrero y echado sobre los hombros el sarape.

«—Buenas tardes, amiguito —me dijo amable y afectuoso.

«Su aspecto no era exactamente igual al que le había conocido las mañanas en que el juez le tomaba declaración o lo llamaba para cualquier diligencia. Me pareció menos lleno de desconfianza, menos reservado, más franco. Lo que sí conservaba idéntico era el toque de ternura que asomaba a sus ojos cuando me veía. Esa mirada, que entonces se grabó en mí de modo inolvidable, la descubrí desde la primera ocasión en que el juez me encomendó asentar en el expediente las declaraciones que Villa iba haciendo.

«—Vengo a ver —añadió— si quiere usted hacerme el servicio de ponerme en limpio una cartita.

«Luego conversamos un buen rato, me dio el papel que le debía copiar y quedó en que volvería él mismo a recogerlo a la tarde siguiente, a la misma hora.

«Al otro día, después que hubo recogido su carta, clavó en mí los

ojos por mucho tiempo y, al fin, me preguntó, haciendo más notable el matiz afectuoso de su sonrisa y su mirada:

«—Oiga, amiguito: ¿pues qué le pasa que le veo tan triste?

«—No me pasa nada, general.

«No sé por qué llamé yo a Villa general desde la primera vez que hablamos. Y añadí luego:

«—Así estoy siempre.

«—Pues si así está siempre, eso quiere decir que siempre le pasa algo. ¡Vaya, vaya, dígamelo! A lo mejor resulta que yo puedo sacarlo de sus penas.

«Aquel tono, un poco cariñoso, un poco rudo, un poco paternal, me conquistó. Y entonces, dejándome arrastrar por la simpatía que Villa me manifestaba, le pinté en todos sus detalles las privaciones y miserias de mi vida. Él me escuchó profundamente interesado, y tan pronto como terminé de hablar metió mano en el bolsillo del pantalón:

«—Usted, amiguito —me dijo—, no debe seguir padeciendo de ese modo. Yo voy a encargarme de que su vida cambie. Por principio de cuentas, tome esto para que se ayude.

«Y me tendió, por entre los barrotes de la reja, un billete de banco doblado tantas veces que parecía un cuaderno diminuto.

«Al principio yo rechacé con energía aquel dinero que no había pedido; pero Villa me convenció pronto con estas palabras:

«—Acepte, amiguito; acepte y no sea tonto. Yo le hago hoy un servicio porque puedo hacérselo. ¡Usted qué sabe si mañana ha de resultar al revés! Y tenga por seguro que si usted puede hacer algo por mí cualquier día, no esperaré a que me lo ofrezca: se lo pediré yo mismo.

«Esa noche, ya en la calle, estuve a punto de desmayarme al pie del primer foco de luz que encontré en mi camino. Al desdoblar el billete vi algo que apenas podía creer: ¡el billete era de cien pesos! ¡Nunca había tocado con mis manos otro billete igual! Tenía dibujada, sobre fondo rojo, una hermosísima águila mexicana con alas abiertas y muy largas.

«Aunque nada tenía que escribir, acudí a la oficina la tarde siguiente, después de las horas de trabajo. Me impelía una secreta necesidad de hablar con Villa; de expresarle mi agradecimiento; de mostrarle mi regocijo. Pero él, por razones que más tarde he comprendido al conocerlo mejor, no se apareció por la reja. Aquello me produjo una profunda contrariedad, pues

de ese modo me era imposible comunicar a nadie mis impresiones; porque Villa me había recomendado que no dijese una sola palabra, ni en mi casa, del dinero que me había dado, y yo estaba resuelto a guardar silencio.

«Por fin volvimos a vernos dos días después:

«—¿Qué tal le va ahora, amiguito? —me dijo tan pronto como llegó—. Se me figura que lo veo con mejor cara que antes. Expréseme, pues, sus palabras.

«—Estoy muy bien, general, y sobre todo muy agradecido por el servicio que se empeñó usted en hacerme.

«Y así seguimos conversando.

«Nuestra plática fue esta vez más larga y comunicativa. Yo, ciertamente, sentía una gratitud profunda por aquel hombre rudo que se mostraba tan bueno conmigo, y trataba de hacerle comprender mis sentimientos. Al despedirnos alargó el brazo por entre las barras de la reja y me ofreció la mano. Yo se la estreché sin titubear; pero como noté, al juntarse nuestros dedos, que Villa ponía algo entre los míos, trate de retirarlos. Él, apretándomelos con más fuerza, me dijo:

«—Esto que le doy aquí es también para usted. Cuando uno ha estado pobre mucho tiempo, el poco dinero que halla de repente no le alcanza para maldita la cosa. Apuesto, amiguito, a que ya no le queda ni un centavo de lo del otro día.

«—Sí, general, sí me queda. Me queda casi todo.

«—Pues si le queda —replicó— es que usted no ha hecho lo que debe. Usted está necesitando desde hace tiempo un buen rato de alegría, de diversión; y créame: la diversión y la alegría cuestan hasta cuando no se compran. Además, mire lo que son las cosas: yo ya ando en cavilaciones sobre un favor que he de pedirle; un favor más importante, mucho más, que estos pequeños que yo le hago, y estoy seguro de que usted no va a negármelo.

«—¿Qué favor, general? —le pregunté, resuelto ya a dar hasta la vida por aquel hombre, el primer hombre bueno para mí con quien tropezaba en el mundo.

«—Hoy no, amiguito; hoy no se lo solicitaré. Hoy diviértase y esté contento. Mañana a mí me tocará.

«Yo no me divertí aquella noche; al contrario, sufrí más que en ninguna otra hasta entonces. Haciéndome preguntas y cálculos no logré

dormir un solo minuto. ¿Podría yo hacer lo que Villa pensaba pedirme? La eventualidad de que me exigiera algo malo no se me ocurría. Pero sí me inquietaba mucho la sola idea de que pretendiese cosas fuera de mi alcance, superiores a mis fuerzas y a mi inteligencia; temía no ser capaz de corresponder, temía quedar mal.

«Nuestra entrevista siguiente fue muy breve. Villa empezó diciéndome, con tono persuasivo, que si yo era valiente de veras, podía prestarle un gran favor, pero que si era cobarde, más convendría no hablar del asunto.

«—Yo no tengo miedo de nada, general —le aseguré desde luego.

«—¿Ni de hacer cosas malas, amiguito?

«—De eso... —y vacilé en terminar la frase.

«—Claro que de eso sí, porque usted es un buen muchacho. Yo nomás se lo preguntaba para ver qué respondía, pues a buen seguro que no he de pedirle nada que esté mal.

«—Yo sé que usted es un buen hombre, general.

«—¡Eso, eso! De eso quería hablarle, amiguito. Usted que ha escrito todos los papeles de mi causa: ¿le parece justo que me tenga preso el gobierno?

«—No, general.

«—¿No es verdad que todo se vuelve una pura intriga?

«—Sí, general.

«—Entonces, ¿no cree usted bueno que salga de aquí por mi cuenta, puesto que los jueces no han de dejar que me vaya?

«—Sí, general.

«—¿Y no es bueno también que alguien me ayude en este trance difícil?

«—Sí, general.

«—Bueno, amiguito. Pues usted es quien va a ayudarme... Pero ya le digo: eso, siempre que usted sea valiente; si es miedoso, no.

«—Miedo no tengo, general. Haré todo lo que usted me diga.

«La duda de Villa acerca de mi valor personal me produjo un efecto extraño, tan extraño que ya no pensaba sino en escuchar lo que quería de mí, para acometerlo fuese lo que fuese.

«—Así me gusta que se hable —continuó—. Estamos arreglados. En primer lugar tome este paquete y guárdelo en su escritorio, bajo llave y donde nadie lo descubra.

«Al decir estas palabras sacó de entre los pliegues de su sarape un bulto pequeño que me pasó por entre los barrotes. Yo me acerqué, lo tomé y lo metí en uno de los cajones de mi escritorio, debajo de varios papeles. Villa siguió diciendo:

«—En ese paquete van unas seguetas, un portasierra y una bola de cera negra. Cuando venga usted mañana por la tarde, arme la sierra —al pronunciar estas palabras bajó la voz y le imprimió un tono más confidencial y más enérgico—, cierre bien las puertas y póngase, amiguito, a la obra de aserrar mis barras. El aceite de la botellita, que está también en el paquete, es para untar la sierra; así no se calienta ni rechina. Corte primero aquí, luego aquí —y señalaba en los travesaños de la reja—. Después de cortar bien, llene de cera las cortaduras, para taparlas; pero llénelas bien, que no se conozca. Pasado mañana corte estos otros dos barrotes, en estos lugares. Fíjese bien, amiguito: aquí y aquí. Cuando acabe, tape las cortaduras, como las otras. Luego, en dos tardes más, corte en estos cuatro puntos; pero no completamente, sino dejando sin aserrar un poquito, para que los barrotes no se caigan. La última tarde vendré a verlo, y si ya ha acabado de aserrar lo que le dije, le diré qué más hay que hacer. Con que adiós. Me voy, porque ya llevo aquí parado algún tiempo. Y a ver si es verdad que no conoce el miedo... ¡Ah! Cuide de recoger bien la limadura que se le caiga; la que no pueda pepenar con los dedos, recójala apretando la cera contra el piso.

«A medida que Villa me fue dando aquellas instrucciones, yo sentí que el cuerpo se me ponía más y más frío, y que me quedaba como lelo, aunque no acertaría a decir si de miedo o de emoción. Y todas las palabras suyas, que yo oí tan atentamente que no las he olvidado jamás, me daban vueltas en la cabeza mezcladas de modo extraño con la figura del águila, de alas hermosas y largas, que había visto por primera vez en el billete de cien pesos bajo los focos eléctricos de la calle.

«De acuerdo con su propósito, Villa no volvió a visitarme hasta pasados cuatro días. Durante éstos llevé a buen término, al pie de la letra, cuanto él me indicara. Mi único contratiempo fue que las seguetas se me rompían mucho al principio.

«Cuando Villa se acercó a la reja, al oscurecer del cuarto día, me dijo con su manera tranquila de siempre:

«—¿Qué tal, amiguito? ¿Cómo van esos negocios? ¿Cómo se siente del ánimo?

«—Todo perfectamente, general; todo según usted me dijo —le respondí, temblando de emoción y bajando la voz, al grado de que casi no se me oía.

«—Bueno, amigo, bueno —dijo, y pasó las manos con disimulo por los lugares donde los barrotes estaban cortados. Luego añadió:

«—Mañana venga a la hora de costumbre. Con mucho cuidado acabe de aserrar los puntos por donde los barrotes han quedado sujetos. Pero no los corte todos: nomás tres. El otro déjelo como está ahora, para que el pedazo de la reja se quede en su sitio. Así que usted acabe, estaré aquí de vuelta.

«La tarde siguiente vino Villa a poco de que terminara yo de aserrar tres de las espigas que aún mantenían fijos los barrotes. Me preguntó si había concluido. Le dije que sí. Entonces, con una de las manos, empujó hacia dentro el cuadro de la reja que estaba cortado, el cual se dobló con gran facilidad y quedó vuelto hacia arriba y prendido apenas por uno de sus ángulos. Enseguida, a través del hueco, me dio Villa un bulto de ropa que traía en la otra mano, oculto bajo el sarape. Miró después a ambos lados del pasillo; se metió de súbito por el agujero; forzó otra vez el pedazo de reja, para colocarlo en su posición original, y en un rincón de la oficina se mudó el vestido rápidamente. Se lo caló. En el lugar del sarape se echó una capa sobre los hombros. Se embozó en ella. Y cuando hubo terminado, me dijo:

«—Ahora, amiguito, vámonos pronto. Usted camine por delante y yo le sigo. No se asuste de nada nomás, ni se pare, pase lo que pase.

«Tan grande fue mi miedo, que no sé cómo eché a andar. Por fortuna, los pasillos y escaleras estaban medio a oscuras. Al ir a desembocar en el corredor que conducía a la puerta, vi, a unos cuantos pasos, al oficial de guardia, que caminaba hacia nosotros en sentido contrario. La sangre se me fue al corazón, y no sabiendo qué hacer, me detuve. Villa, sin embargo, siguió andando; pasó a mi lado al mismo tiempo que el oficial y saludó a éste con admirable aplomo:

«—Buenas tardes, jefe —dijo con voz ronca y firme.

«Al ver yo que el oficial pasaba de largo, me repuse y seguí a Villa a corta distancia. En la calle, me le reuní, y juntos seguimos adelante.

«—¡Ah, qué amigo éste! —me dijo Villa así que pudimos hablar—. ¿Pues no le aconsejé que no se parara ni tuviera miedo para nada del mundo?

«Rodeando calles fuimos hacia el Zócalo, y mientras caminábamos hacia allá, Villa se puso a convencerme de que debía huir con él.

«—¿Usted quiere que no le pase nada? —me preguntó.

«—Por supuesto, general.

«—Bueno, entonces véngase conmigo. Si no mañana mismo lo meten preso. Conmigo esté seguro de que no lo agarran. Por su mamá y sus hermanitos no se apure; ya les avisaremos a tiempo y les mandaremos lo necesario.

«En el Zócalo tomamos un automóvil. Villa le dijo al chofer que nos llevara a Tacubaya. Allí nos apeamos un rato y nos acercamos a una casa, como para entrar en ella. Luego regresamos al coche.

«—Oiga, amigo —le dijo Villa al chofer—: la persona que veníamos buscando salió esta mañana para Toluca. Nos urge verla. ¿Quiere llevarnos allá? Le pagaremos bien, siempre que no pida demasiado.

«El chofer convino en hacer el viaje después de muchos regateos por parte de Villa. Y ya en Toluca, conforme lo liquidaba, Villa le dijo:

«—Aquí tiene lo que concertamos. Pero, aparte de eso, le voy a dar estos diez pesos más, para que pasado mañana regrese por nosotros. Lo esperaremos en estos mismos portales. Si no viene, usted se lo pierde, amigo. Si viene, le pagaremos mejor que hoy.

«—¿Pero vamos a volver a México, general? —le pregunté a Villa cuando estuvimos solos.

«—No, amiguito. Nosotros nos vamos ahora a Manzanillo por ferrocarril. Allí nos embarcaremos para Mazatlán. Y de Mazatlán seguiremos por tren hasta los Estados Unidos. Le di el dinero al chofer, diciéndole que volviera, para que de ese modo la policía, si lo coge y le pregunta, no sospeche que éramos nosotros los que veníamos en el auto. Por eso también estuve regateando el precio.»



Meses después, al iniciarse la revolución constitucionalista, le había dicho Villa a Carlitos Jáuregui: «Cuando tome yo Ciudad Juárez, ami-

guito, le voy a regalar los *quinos* en premio de lo que hizo por mí.» Y, en efecto, Jáuregui usufructuaba ahora los famosos quinos. Se los había regalado Villa al otro día de la brillante maniobra que permitió a la División del Norte apoderarse de la ciudad fronteriza y conservarla como cosa propia. Los tales quinos eran, por decirlo de algún modo, el lado más inocente del sistema de juegos de azar con que contaba Ciudad Juárez. El lado menos inocente era el póker, la ruleta, los albures. Este último lo había confiado Villa a su hermano Hipólito.

2

LA FIESTA DE LAS BALAS

Atento a cuanto se decía de Villa y el villismo y a cuanto veía a mi alrededor, a menudo me preguntaba yo en Ciudad Juárez qué hazañas serían las que pintaban más a fondo la División del Norte: si las que se suponía estrictamente históricas, o las que se clasificaban de legendarias; si las que se contaban como algo visto dentro de la más escueta realidad, o las que traían ya tangibles, con el toque de la exaltación poética, las revelaciones esenciales. Y siempre eran las proezas de este segundo orden las que se me antojaban más verídicas, las que, a mi juicio, eran más dignas de hacer Historia.

Porque ¿dónde hallar, pongo por caso, mejor pintura de Rodolfo Fierro —y Fierro y el villismo eran espejos contrapuestos, modos de ser que se reflejaban infinitamente entre sí— que en el relato que ponía aquél ante mis ojos, después de una de las últimas batallas, entregado a consumar, con fantasía tan cruel como creadora de escenas de muerte, las terribles órdenes de Villa? Verlo así era como sentir en el alma el roce de una tremenda realidad cuya huella se conservaba para siempre.



Aquella batalla, fecunda en todo, había terminado dejando en manos de Villa no menos de quinientos prisioneros. Villa mandó separarlos en dos grupos: de una parte los voluntarios orozquistas a quienes llamaban *colorados*; de la otra, los federales. Y como se sentía ya bastante fuerte para actos de grandeza, resolvió hacer un escarmiento con los prisioneros del primer grupo, mientras se mostraba benigno con los otros. A los colorados se les pasaría por las armas antes de que oscureciese; a los federales se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o

bien irse a sus casas mediante la promesa de no volver a hacer armas contra la causa constitucionalista.

Fierro, como era de esperar, fue el encargado de la ejecución, a la cual dedicó desde luego la eficaz diligencia que tan buen camino le auguraba ya en el ánimo de Villa, o, según decía él: de «su jefe».

Declinaba la tarde. La gente revolucionaria, tras levantar el campo, iba reconcentrándose lentamente en torno del humilde pueblecito que había sido objeto de la acción. Frío y tenaz, el viento de la llanura chihuahuense empezaba a despegar del suelo y apretaba los grupos de jinetes y de infantes: unos y otros se acogían al socaire de las casas. Pero Fierro —a quien nunca detuvo nada ni nadie— no iba a rehuir un airecillo fresco que a lo sumo barruntaba la helada noche. Cabalgó en su caballo de anca corta, contra cuyo pelo oscuro, sucio por el polvo de la batalla, rozaba el borde del sarape gris. Iba al paso. El viento le daba de lleno en la cara, mas él no trataba de evitarlo clavando la barbilla en el pecho ni levantando los pliegues del embozo. Llevaba enhiesta la cabeza, arrogante el busto, bien puestos los pies en los estribos y elegantemente dobladas las piernas entre los arreos de campaña sujetos a los tientos de la montura. Nadie lo veía, salvo la desolación del llano y uno que otro soldado que pasaba a distancia. Pero él, acaso inconscientemente arrendaba de modo que el animal hiciera piernas como para lucirse en un paseo. Fierro se sentía feliz: lo embargaba el placer de la victoria —de la victoria, en que nunca creía hasta consumarse la completa derrota del enemigo—, y su alegría interior le afloraba en sensaciones físicas que tornaban grato el hostigo del viento y el andar del caballo después de quince horas de no apearse. Sentía como caricia la luz del sol —sol un tanto desvaído, sol prematuramente envuelto en fulgores tormentosos y encendidos.

Llegó al corral donde tenían encerrados, como rebaño de reses, a los trescientos prisioneros colorados condenados a morir, y se detuvo un instante a mirar por sobre las tablas de la cerca. Por su aspecto, aquellos trescientos huertistas hubieran podido pasar por otros tantos revolucionarios. Eran de la fina raza de Chihuahua: altos cuerpos, sobrias las carnes, robustos los cuellos, bien conformados los hombros sobre espaldas vigorosas y flexibles. Fierro consideró de una ojeada el pequeño ejército preso, lo apreció en su valor militar —y en su valer— y sintió una pulsa-

ción rara, un estremecimiento que le bajaba desde el corazón, o desde la frente, hasta el índice de la mano derecha. Sin quererlo, la palma de esa mano fue a posarse en las cachas de la pistola.

—Batalla, ésta —pensó.

Indiferentes a todo, los soldados de caballería que vigilaban a los prisioneros no se fijaban en él. A ellos no les preocupaba más que la molestia de estar montando una guardia fatigosa —guardia incomprensible después de la excitación del combate— que les exigía tener lista la carabina, cuya culata apoyaban en el muslo. De cuando en cuando, si algún prisionero parecía apartarse, los soldados apuntaban con aire resuelto y, de ser preciso, hacían fuego. Una onda rizaba entonces el perímetro informe de la masa de prisioneros, los cuales se replegaban para evitar el tiro. La bala pasaba de largo o derribaba a alguno.

Fierro avanzó hasta la puerta del corral; gritó a un soldado que vino a descorrer las trancas y entró. Sin quitarse el sarape de sobre los hombros echó pie a tierra. El salto le deshizo el embozo. Tenía las piernas entumecidas de cansancio y de frío; las estiró. Se acomodó las dos pistolas. Se puso luego a observar despacio la disposición de los corrales y sus diversas divisiones. Dio varios pasos hasta una de las cercas, sin soltar la brida. Pasó ésta, para dejar sujeto el caballo, por entre la juntura de dos tablas. Sacó de las cantinas de la silla algo que se metió en los bolsillos de la chaqueta, y atravesó el corral a poca distancia de los prisioneros.

Los corrales eran tres, comunicados entre sí por puertas interiores y callejones angostos. Del que ocupaban los colorados, Fierro pasó, deslizando el cuerpo entre las trancas de la puerta, al de en medio; en seguida al otro. Allí se detuvo. Su figura, grande y hermosa, irradiaba un aura extraña, algo superior, algo prestigioso y a la vez adecuado al triste abandono del corral. El sarape había venido resbalándose del cuerpo hasta quedar pendiente apenas de los hombros: los cordoncillos de las puntas arrastraban por el suelo. Su sombrero, gris y ancho de ala, se teñía de rosa al recibir de soslayo la luz poniente del sol. Vuelto de espaldas, los prisioneros lo veían desde lejos, a través de las cercas. Sus piernas formaban compás hercúleo y destellaban; el cuero de sus mitasas brillaba en la luz del atardecer.

A unos cien metros, por la parte exterior a los corrales, estaba el jefe de la tropa encargada de los prisioneros. Fierro lo vio y le indicó por se-

ñas que se acercara. El oficial cabalgó hasta el sitio de la cerca más próximo a Fierro. Éste caminó hacia él. Hablaron. Por momentos, conforme hablaban, Fierro fue señalando diversos puntos del corral donde se encontraba y del corral contiguo. Después describió, moviendo la mano, una serie de evoluciones que repitió el oficial como con ánimo de entender mejor. Fierro insistió dos o tres veces en una maniobra al parecer muy importante, y el oficial, seguro de las órdenes, partió al galope hacia donde estaban los prisioneros.

Entonces tornó Fierro al centro del corral, atento otra vez al estudio de la disposición de las cercas y demás detalles. Aquel corral era el más amplio de los tres y, según parecía, el primero en orden —el primero con relación al pueblo—. Tenía en dos de sus lados sendas puertas hacia el campo: puertas de trancas más estropeadas —por mayor uso— que las de los corrales posteriores, pero de maderos más fuertes. En otro lado se abría la puerta que daba al corral inmediato, y el lado último no era una simple cerca de tablas, sino tapia de adobes, de no menos de tres metros de altura. La tapia mediría como sesenta metros de largo, de los cuales, veinte servían de fondo a un cobertizo o pesebre, cuyo tejado bajaba de la barda y se asentaba, de una parte, en los postes, prolongados, del extremo de una de las cercas que lindaban con el campo, y de la otra, en una pared, también de adobe, que salía perpendicularmente de la tapia y avanzaba cosa de quince metros hacia los medios del corral. De esta suerte, entre el cobertizo y la cerca del corral próximo venía a quedar un espacio cerrado en dos de sus lados por paredes macizas. En aquel rincón el viento de la tarde amontonaba la basura y hacía sonar con ritmo anárquico, golpeándolo contra el brocal de un pozo, un cubo de hierro. Del brocal del pozo se elevaban dos palos secos, toscos, terminados en horqueta, sobre los cuales se atravesaba otro más, y desde éste pendía una garrucha con cadena, que sonaba también movida por el viento. En lo más alto de una de las horquetas, un pájaro grande —inmóvil, blanquecino— se confundía con las puntas torcidas del palo seco.

Fierro se hallaba a cincuenta pasos del pozo. Detuvo un segundo la vista sobre la quieta figura del pájaro y, como si la presencia de éste encajara a pelo en sus reflexiones, sin cambiar de expresión, ni de postura, ni de gesto, sacó la pistola lentamente. El cañón del arma, largo y pulido, se transformó en dedo de rosa a la luz poniente del sol. Poco a poco

el gran dedo fue enderezándose hasta señalar en dirección del pájaro. Sonó el disparo —seco y diminuto en la inmensidad de la tarde— y el animal cayó al suelo. Fierro volvió la pistola a la funda.

En aquel momento un soldado, trepando a la cerca, saltó dentro del corral. Era el asistente de Fierro. Había dado el brinco desde tan alto que necesitó varios segundos para erguirse otra vez. Al fin lo hizo y caminó hacia donde estaba su amo. Fierro le preguntó, sin volver la cara:

—¿Qué hubo con ésos? Si no vienen pronto, se hará tarde.

—Parece que ya vienen ay —contestó el asistente.

—Entonces, tú ponte allí. A ver ¿qué pistola traes?

—La que usted me dio, mi jefe. La *mitigüeson*.

—Sácala pues, y toma estas cajas de parque. ¿Cuántos tiros dices que tienes?

—Unas quince docenas, con los que he arrejuntado hoy, mi jefe. Otros hallaron hartos, yo no.

—¿Quince docenas?... Te dije el otro día que si seguías vendiendo el parque para emborracharte iba a meterte una bala en la barriga.

—No, mi jefe.

—No mi jefe, qué.

—Que me embriago, mi jefe, pero no vendo el parque.

—Pues cuidadito, porque me conoces. Y ahora ponte vivo, para que me salga bien esta ancheta. Yo disparo y tú cargas las pistolas. Y oye bien esto que te voy a decir: si por tu culpa se me escapa uno siquiera de los colorados, te acuesto con ellos.

—¡Ah, qué mi jefe!

—Como lo oyes.

El asistente extendió su frazada sobre el suelo y vació en ella las cajas de cartuchos que Fierro acababa de darle. Luego se puso a extraer uno a uno los tiros que traía en las cananas de la cintura. Quería hacerlo tan de prisa, que se tardaba más de la cuenta. Estaba nervioso, los dedos se le embrollaban.

—¡Ah, qué mi jefe! —seguía pensando para sí.

Mientras tanto, del otro lado de la cerca que limitaba el segundo corral fueron apareciendo algunos soldados de la escolta. Montados a caballo, medio busto les sobresalía del borde de las tablas. Muchos otros se distribuyeron a lo largo de las dos cercas restantes.

Fierro y su asistente eran los únicos que estaban dentro del corral. Fierro, con una pistola en la mano y el sarape caído a los pies; el asistente, en cuclillas, ordenando sobre su frazada las filas de cartuchos.

*

El jefe de la escolta entró a caballo por la puerta que comunicaba con el corral contiguo y dijo:

—Ya tengo listos los primeros diez. ¿Te los suelto?

Fierro respondió:

—Sí, pero antes entéralos bien del asunto: en cuanto asomen por la puerta yo empezaré a dispararles, los que lleguen a la barda y la salten quedan libres. Si alguno no quiere entrar, tú métele bala.

Volvióse el oficial por donde había venido y Fierro, pistola en mano, se mantuvo alerta, fijos los ojos en el estrecho espacio por donde los prisioneros iban a irrumpir. Se había situado lo bastante próximo a la valla divisoria para que, al hacer fuego, las balas no alcanzaran a los colorados que todavía estuviesen del lado de allá: quería cumplir lealmente lo prometido. Pero su proximidad a las tablas no era tanta que los prisioneros, así que empezase la ejecución, no descubriesen, en el acto mismo de trasponer la puerta, la pistola que les apuntaría a veinte pasos. A espaldas de Fierro el sol poniente convertía el cielo en luminaria roja. El viento seguía soplando.

En el corral donde estaban los prisioneros creció el rumor de voces —voces que los silbos del viento destrozaban, voces como de vaqueros que arrearan ganado—. Era difícil la maniobra de hacer pasar del corral último al corral de en medio a los trescientos hombres condenados a morir en masa; el suplicio que los amenazaba hacía encresparse su muchedumbre con sacudidas de organismo histérico. Se oía gritar a la gente de la escolta, y, de minuto en minuto, los disparos de carabina recogían las voces, que sonaban en la oquedad de la tarde como chasquido en la punta de un latigazo.

De los primeros prisioneros que llegaron al corral intermedio un grupo de soldados segregó diez. Los soldados no bajaban de veinticinco. Echaban los caballos sobre los presos para obligarlos a andar; les apoyaban contra la carne las bocas de las carabinas.

—¡Traidores! ¡Jijos de la rejija! Ora vamos a ver qué tal corren y brincan! ¡Eche usté p'allá, traidor!

Y así los hicieron avanzar hasta la puerta de cuyo otro lado estaban Fierro y su asistente. Allí la resistencia de los colorados se acentuó; pero el golpe de los caballos y el cañón de las carabinas los persuadieron a optar por el otro peligro, por el peligro de Fierro, que no estaba a un dedo de distancia, sino a veinte pasos.

Tan pronto como aparecieron dentro de su visual, Fierro los saludó con extraña frase —frase a un tiempo cariñosa y cruel, de ironía y de esperanza:

—¡Ándenles, hijos: que nomás yo tiro y soy mal tirador!

Ellos brincaban como cabras. El primero intentó abalanzarse sobre Fierro, pero no había dado tres saltos cuando cayó acribillado a tiros por los soldados dispuestos a lo largo de la cerca. Los otros corrieron a escape hacia la tapia: loca carrera que a ellos les parecería como de sueño. Al ver el brocal del pozo, uno quiso refugiarse allí: la bala de Fierro lo alcanzó el primero. Los demás siguieron alejándose; pero uno a uno fueron cayendo —en menos de seis segundos Fierro disparó ocho veces—, y el último cayó al tocar con los dedos los adobes que, por un extraño capricho separaban en ese momento la región de la vida de la región de la muerte. Algunos cuerpos dieron aún señales de vida; los soldados, desde su sitio, tiraron para rematarlos.

Y vino otro grupo de diez, y luego otro, y otro, y otro. Las tres pistolas de Fierro —dos suyas, la otra de su asistente— se turnaban en la mano homicida con ritmo perfecto. Cada una disparaba seis veces —seis veces sin apuntar, seis veces al descubrir— y caía después encima de la frazada. El asistente hacía saltar los casquillos quemados y ponía otros nuevos. Luego, sin cambiar de postura, tendía hacia Fierro la pistola, el cual la tomaba casi al soltar la otra. Los dedos del asistente tocaban las balas que segundos después tenderían sin vida a los prisioneros; pero él no levantaba los ojos para ver a los que caían: toda su conciencia parecía concentrarse en la pistola que tenía entre las manos y en los tiros, de reflejos de oro y plata, esparcidos en el suelo. Dos sensaciones le ocupaban el hondo de su ser: el peso frío de los cartuchos que iba metiendo en los orificios del cilindro y el contacto de la epidermis, lisa y cálida, del arma. Arriba, por sobre su ca-

beza, se sucedían los disparos con que su jefe se entregaba al deleite de hacer blanco.

El angustioso huir de los prisioneros en busca de la tapia salvadora —fuga de la muerte en una sinfonía espantosa donde la pasión de matar y el ansia inagotable de vivir luchaban como temas reales— duró cerca de dos horas, irreal, engañoso, implacable. Ni un instante perdió Fierro el pulso o la serenidad. Tiraba sobre blancos movibles y humanos, sobre blancos que daban brincos y traspiés entre charcos de sangre y cadáveres en posturas inverosímiles, pero tiraba sin más emoción que la de errar o acertar. Calculaba hasta la desviación de la trayectoria por efecto del viento, y de un disparo a otra la corregía.

Algunos prisioneros, poseídos de terror, caían de rodillas al trasponer la puerta: la bala los doblaba. Otros bailaban danza grotesca al abrigo del brocal del pozo hasta que la bala los curaba de su frenesí o los hacía caer heridos por la boca del hoyo. Casi todos se precipitaban hacia la pared de adobes y trataban de escalarla trepando por los montones de cuerpos entrelazados, calientes, húmedos, humeantes: la bala los paralizaba también. Algunos lograban clavar las uñas en la barda, hecha de paja y tierra, pero sus manos, agitadas por intensa ansiedad de vida, se tornaban de pronto en manos moribundas.

Hubo un momento en que la ejecución en masa se envolvió en un clamor tumultuoso donde descollaban los chasquidos secos de los disparos, opacados por la inmensa voz del viento. De un lado de la cerca gritaban los que huían de morir y morían al cabo; de otro, los que se defendían del empuje de los jinetes y hacían por romper el cerco que los estrechaba hasta la puerta terrible. Y al griterío de unos y otros se sumaban las voces de los soldados distribuidos en el contorno de las cercas. Ellos habían ido enardeciéndose con el alboroto de los disparos, con la destreza de Fierro y con los lamentos y el accionar frenético de los que morían. Saludaban con exclamaciones de regocijo la voltereta de los cuerpos al caer; vociferaban, gesticulaban; reían a carcajadas al hacer fuego sobre los montones de carne humana donde advertían el menor indicio de vida.

El postrer pelotón de los ajusticiados no fue de diez víctimas sino de doce. Los doce salieron al corral de la muerte atropellándose entre sí, procurando cada uno cubrirse con el grupo de los demás, a quien trata-

ban de adelantarse en la horrible carrera. Para avanzar hacían corcovos sobre los cadáveres hacinados; pero la bala no erraba por eso: con precisión siniestra iba tocándolos uno tras otro y los dejaba a medio camino de la tapia —abiertos brazos y piernas— abrazados al montón de sus hermanos inmóviles. Uno de ellos, el último que quedaba con vida, logró llegar hasta la barda misma y salvarla... El fuego cesó de repente y el tropel de soldados se agolpó en el ángulo del corral inmediato, para ver al fugitivo.

Parpadeaba la tarde. La mirada de los soldados tardó en acostumbrarse al parpadeo interferente de las dos luces. De pronto no vieron nada. Luego, allá lejos, en la inmensidad de la llanura medio en sombra, fue cobrando precisión un punto móvil, un cuerpo que corría. Tanto se doblaba el cuerpo al correr, que por momentos se le hubiera confundido con algo rastreante a flor de suelo.

Un soldado apuntó:

—Se ve mal —dijo, y disparó.

La detonación se perdió en el viento del crepúsculo. El punto siguió su carrera.



Fierro no se había movido de su sitio. Rendido el brazo, lo tuvo largo tiempo suelto hacia el suelo. Luego notó que le dolía el índice y levantó la mano hasta los ojos: en la semioscuridad comprobó que el dedo se le había hinchado ligeramente; lo oprimió con blandura entre los dedos y la palma de la otra mano. Y así estuvo, durante buen espacio de tiempo, entregado todo él a la dulzura de un masaje moroso. Por fin, se inclinó para recoger del suelo el sarape, del cual se había desembarazado desde los preliminares de la ejecución. Se lo echó sobre los hombros y caminó para acogerse al socaire del cobertizo. A los pocos pasos se detuvo y dijo al asistente:

—Así que acabes, tráete los caballos.

Y siguió andando.

El asistente juntaba los cartuchos quemados. En el corral contiguo los soldados de la escolta desmontaban, hablaban, canturreaban. El asistente los escuchaba en silencio y sin levantar la cabeza. Después se ir-

guió con lentitud. Cogió la frazada por las cuatro puntas y se la echó a la espalda: los casquillos vacíos sonaron dentro con sordo cascabeleo.

Había anochecido. Brillaban algunas estrellas. Brillaban las lucecitas de los cigarros al otro lado de las tablas de la cerca. El asistente rompió a andar con paso débil, y así fue, medio a tientas, hasta el último de los corrales, y de allá regresó a poco trayendo de la brida los dos caballos —el de su amo y el suyo—, y, sobre uno de los hombros, la mochila de campaña.

Se acercó al pesebre. Sentado sobre una piedra, Fierro fumaba en la oscuridad. En las juntas de las tablas silbaba el viento.

—Desensilla y tiéndeme la cama —ordenó Fierro—; no aguanto el cansancio.

—¿Aquí en este corral, mi jefe?... ¿Aquí?

—Sí, aquí.

Hizo el asistente como le ordenaban. Desensilló y tendió las mantas sobre la paja, arreglando con el maletín y la montura una especie de cabezal. Minutos después de tenderse allí, Fierro se quedó dormido.

El asistente encendió su linterna, dio grano a los animales y dispuso lo necesario para que pasaran bien la noche. Luego apagó la luz, se envolvió en su frazada y se acostó a los pies de su amo. Pero un momento después se incorporó de nuevo, se hincó de rodillas y se persignó. En seguida volvió a tenderse en la paja.



Pasaron seis, siete horas. Había caído el viento. El silencio de la noche se empapaba en luz de luna. De tarde en tarde sonaba próximo el estornudo de algún caballo. Brillaba el claro lunar en la abollada superficie del cubo del pozo y hacía sombras precisas al tropezar con todos los objetos: con todos menos con los montones de cadáveres. Éstos se hacinaban, enormes en medio de tanta quietud, como cerros fantásticos, cerros de formas confusas, incomprensibles.

El azul plata de la noche se derramaba sobre los muertos como la más pura luz. Pero insensiblemente aquella luz de noche fue convirtiéndose en voz, voz también irreal y nocturna. La voz se hizo distinta: era una voz apenas perceptible, apagada, doliente, moribunda, pero clara en su tenue contorno como las sombras que la luna dibujaba sobre las

cosas. Desde el fondo de uno de los montones de cadáveres la voz parecía susurrar:

—Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

—Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los rayos lunares se hundían en ellos como en una masa eterna. Pero la voz tornó:

—Ay... Ay... Ay...

Y este último «ay» llegó hasta el sitio donde Fierro dormía e hizo que la conciencia del asistente pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El asistente recordó entonces la ejecución de los trescientos prisioneros, y el solo recuerdo lo dejó quieto sobre la paja, entreabiertos los ojos y todo él pendiente del lamento de la voz, pendiente con las potencias íntegras de su alma.

—Ay... Por favor...

Fierro se agitó en su cama...

—Por favor... agua...

Fierro despertó y prestó oído...

—Por favor... agua...

Entonces Fierro alargó un pie hasta su asistente.

—¡Eh, tu! ¿No oyes? Uno de los muertos está pidiendo agua.

—¿Mi jefe?

—¡Que te levantes y vayas a darle un tiro a ese jijo de la tiznada que se está quejando! ¡A ver si me deja dormir!

—¿Un tiro a quién, mi jefe?

—A ese que pide agua, ¡imbécil! ¿No entiendes?

—Agua, por favor —repetía la voz.

El asistente tomó la pistola de debajo de la montura y, empuñándola, se levantó y salió del pesebre en busca de los cadáveres. Temblaba de miedo y de frío. Uno como mareo del alma lo embargaba.

A la luz de la luna buscó. Cuantos cuerpos tocaba estaban yertos. Se detuvo sin saber qué hacer. Luego disparó sobre el punto de donde parecía venir la voz: la voz se oyó de nuevo. El asistente tornó a disparar: se apagó la voz.

La luna navegaba en el mar sin límites de su luz azul. Bajo el techo del pesebre, Fierro dormía.

[illegible] sus sombras:

—Ay...

Luego calló, y el azul de plata de la noche volvió a ser sólo luz. Mas la voz se oyó de nuevo:

—Ay... Ay...

Fríos e inertes desde hacía horas, los cuerpos apilados en el corral seguían inmóviles. Los ecos se [illegible] en ellos como en una masa eterna. Pero la voz [illegible].

—Ay... Ay... Ay...

Y este último [illegible] hasta el sitio donde Pierro dormía e hizo que la conciencia del [illegible] pasara del olvido del sueño a la sensación de oír. El [illegible] [illegible] la operación de los [illegible] prisioneros, y el [illegible] lo dejó [illegible] sobre la paja, entreabiertos los ojos a todo el [illegible] de la voz, [illegible] con las potencias íntegras de su alma.

—Ay... Por favor...

[illegible] se apoyó en su [illegible].

—Por favor... agua...

Pierro despertó y [illegible].

—Por favor... agua...

[illegible] Pierro [illegible] por [illegible] su [illegible].

—¡Eh, tú! [illegible] está pidiendo agua.

—¿Mi jefe?

—¡Que te [illegible] y vayas a darle un tiro a ese [illegible] que se está quejando! ¡A ver si nos deja dormir!

—¿[illegible]?

—A ese que pide agua, [illegible]. ¿No entiendes?

—[illegible] —repuso la voz.

El [illegible] [illegible] de la [illegible] y, [illegible], [illegible] sus [illegible] en [illegible] de los [illegible]. Temblaba de [illegible] de [illegible] [illegible] del alma [illegible].

[illegible] de la luna [illegible]. [illegible] cuerpos [illegible] estaban [illegible]. Se [illegible] [illegible] sobre el punto de donde parecía venir la voz. La voz se oyó de nuevo. El [illegible] tornó a disparar [illegible] la voz.

Segunda parte

En la hora del triunfo

Libro primero

Camino de México

1

VILLISMO Y CARRANCISMO

Largos meses de estancia en Chihuahua se tradujeron para mí en un gradual alejamiento —gradual y voluntario— de la facción que iba formándose en torno a Carranza y sus incondicionales. La facción opuesta —rebelde dentro de la rebeldía: descontentadiza, libérrima— representaba un sentido de la Revolución con el cual me sentía más espontáneamente en contacto. En este segundo núcleo se agrupaban ya, por mera selección simpática, Maytorena, Cabral, Ángeles, Escudero, Díaz Lombardo, Silva, Vasconcelos, Puente, Malváez y todos aquellos que aspiraban a conservar a la Revolución su carácter democrático e impersonal —anticaudillesco—, para que a la vuelta de dos o tres años no viniera a convertirse en simple instrumento de otra oligarquía, ésta quizás más ignorante e infecunda que la porfirista. Ciertamente, yo no veía cómo daríamos cima a tamaña empresa; aquello me parecía más bien dificilísimo, improbable: tan improbable para obra de un pequeño grupo, así estuviese resuelto a luchar hasta lo último contra los personalismos ambiciosos y corruptores, cuanto fácil hubiera sido como empeño instintivo de una unanimidad revolucionaria bien ordenada. Pero también era verdad que ya había yo percibido en Sonora, con evidencia perfecta, que la Revolución iba, bajo la jefatura de Carranza, al caudillaje más sin rienda ni freno. Y esto me bastaba para buscar la salvación por cualquier otra parte.

El simple hecho de que todo el grupo enemigo de Carranza se acogiese al arrimo militar de Villa podía interpretarse ya, si no como el

anuncio de nuestra derrota futura, sí como la expresión del conflicto interno que amenazaba al impulso revolucionario en sus más nobles aspiraciones. Porque Villa era inconcebible como bandera de un movimiento purificador o regenerador, y aun como fuerza bruta se acumulaban en él tales defectos, que su contacto suponía mayores dificultades y riesgos que el del más inflamable de los explosivos. Mas siendo eso cierto, también lo era que sólo los elementos militares dominados por él quedaban disponibles para venir en auxilio de nuestras ideas. El otro gran ganador de batallas, Obregón (Ángeles, sin tropas propiamente suyas, sumaba su destino al de Villa), se desviaba por la senda del nuevo caudillismo. De modo que, para nosotros, el futuro movimiento constitucionalista se compendiaba en esta interrogación enorme: ¿sería domeñable Villa, Villa que parecía inconsciente hasta para ambicionar? ¿subordinaría su fuerza arrolladora a la salvación de principios para él acaso inexistentes o incomprensibles?

Porque tal era el dilema: o Villa se somete, aun no comprendiéndola, a la idea de la Revolución, y entonces él y la verdadera revolución vencen, o Villa no sigue sino sus instintos ciegos, y entonces él y la Revolución fracasan. Y en torno de ese dilema iba a girar el torbellino revolucionario en la hora del triunfo.

2
NOCHE DE COATZACOALCOS

Próxima la caída de Victoriano Huerta, Villa nos comisionó al coronel Carlos Domínguez y a mí para que estuviésemos en la ciudad de México durante la entrada de las tropas constitucionalistas y para que después lo representáramos cerca del Primer Jefe. La ruptura de relaciones entre éste y Villa daba tintes demasiado azarosos a aquella comisión, eso no obstante, Domínguez y yo la aceptamos —como antes habíamos aceptado cosas más difíciles o peligrosas— y salimos de El Paso, Texas, hacia la capital de la República, por la ruta de Cayo Hueso y La Habana.



Diez días después de nuestra llegada a Cuba nos embarcamos en el *María Cristina* para Veracruz. Tenía aquel viaje varios puntos oscuros, y uno era el peligro de que nos aprehendiesen al hacer escala el buque en Puerto México, lugar ocupado aún por las tropas huertistas. Pero como esperar más tampoco nos pareció prudente, resolvimos proseguir la marcha, temerosos de no llegar a la capital a tiempo para cumplir las instrucciones de Villa.

¡Con cuánto dolor no nos arrancamos de en medio de nuestra existencia habanera, tan inesperada, tan grata, tan muelle después de las agitaciones políticas de los meses anteriores! Menocal, el hermano del presidente de Cuba, y Arturo Grande, el arquitecto amigo de Domínguez, habían conseguido hacer de nuestro paso por su bello país una ilimitada perspectiva de horas amables. Ya estaba yo en el barco, y todavía sentía sobre mí la caricia de la generosa hospitalidad; ya navegábamos en mar abierta, y aún palpaba en mi entorno la atmósfera de los días perfectos: casas azules, casas aperladas, casas claras del Vedado; zaguanes umbríos, con piso de mosaico y zócalo de azulejos, en cuyo otro extremo se ini-

ciaban, luminosos, patios medio andaluces, de mecedoras blancas y tiestos cargados de flores; mañanas magníficas del Yacht Club, entre hermosas bañistas —las más bonitas mujeres que nacen en América— y bajo un sol de vida y de lumbre; paseos vespertinos en el Malecón, con los ojos fijos en el añil del mar, mar intenso cual ninguno; y así todo lo otro, todo en el mismo grado de calidad suprema y sápida, hasta lo vulgar, como los langostinos de la acera del Hotel Telégrafo y los helados de frutas en el Prado, y hasta lo humilde, como las aguas de coco o de guanábana tomadas a la sombra de puestos callejeros.



Contra nuestros temores, en Puerto México no nos ocurrió ningún percance grave. Y esto, a pesar de que la vista de la tierra mexicana nos agitó de tal modo el alma que no supimos resistir la tentación de bajar al suelo patrio la noche que el buque estuvo allí atracado al muelle.

Para consumar aquella pequeña hazaña de furor patriótico —o de nostalgia súbita y retrospectiva— Domínguez discurrió que nos disfrazáramos convenientemente. ¿Cómo? De marinos españoles. La cosa no fue difícil gracias a la ayuda gentil de dos oficiales con quienes habíamos intimado a bordo y que nos prestaron, con audacia, parte de su ropa. ¿De qué jerarquía naval me investí al meterme dentro de un hermoso uniforme de anclas y dorados? No lo recuerdo. Pero el hecho es que en esa ocasión entré a territorio mexicano metamorfoseado de una guisa que a mí me parecía fantástica.

Ya era tarde cuando caminamos con andares marinos toda la longitud del muelle y fuimos adentrándonos por el pueblo. Las calles estaban negras, solas, tristes. La moribunda animación inmediata al puerto se extinguía a los pocos pasos tras de parpadear, como llama que se apaga, en corros, más y más raros, de gentes que conversaban sentadas en familia a la puerta de sus hogares.

Por fin, en una plazoleta, vimos unos tinglados que lograban retener, bajo el resplandor de sus luces melancólicas, algunos pequeños grupos de hombres y mujeres. Allá nos acercamos. Se trataba, al parecer, de una feria. Había un puesto de lotería, admirablemente decorado, de una manera espontánea, con filas de jarros, de vasos, de platos, de juguetes de

loza y vidrio. Había dos o tres ruletas rudimentarias; tres mesas de naipes y dados; un puesto donde se tiraban argollas sobre unas tablas sembradas de monedas y un mal figón ambulante.

Domínguez y yo nos detuvimos frente al puesto de las argollas con auténtica curiosidad de forasteros. Diez o quince individuos de aspecto estrafalario despilfarraban allí su dinero, jaleados por el dueño del puesto y su mujer. Ésta sobre todo, parecía tener un enorme poder persuasivo para convertir en actores a los espectadores simples, pues era la que más monedas de cobre extraía de todos los bolsillos.

Descollaba entre los que jugaban un hombre joven, de camisa amarilla, sin chaqueta, sin cuello, sin corbata, de pantalón blanco, polainas negras, pistola en la cadera y cinto repleto de cartuchos. Estaba jugando con verdadero encarnizamiento, con furia, pero tan torpemente, que todas las argollas, apenas salidas de su mano, brincaban sobre la roja tela de las monedas con mayor brío que si fueran de goma.

El juego aquel, aunque difícil en extremo, parecía facilísimo a primera vista. A los tres minutos de mirar, Domínguez y yo ya teníamos argollas en la mano y nos ensayábamos a nuestra costa. Domínguez, resuelto a ganarse algo, tiraba con gran cuidado; trataba de descubrir una técnica, esbozaba métodos, los cambiaba. Yo, que tenía por algo menos que imposible el prodigio de circunscribir cualquiera de las monedas en una argolla, tiraba por tirar. Y así fue como uno de mis tiros se quedó, casualmente, sobre un décimo de plata. Sorprendidos por habilidad tamaña los feriantes, el juego se interrumpió unos segundos. La mujer del puesto se acercó a mí y me entregó, sonriendo, el dinero que había yo ganado, y entre tanto, el hombre de la camisa amarilla y la pistola estuvo mirándome, miró a Domínguez y se volvió después a decir algo, en voz baja, al compañero que tenía cerca.

Minutos después, jugando con la misma indiferencia, volví a acertar. Pero ahora la casualidad llevó la argolla de la suerte hacia una moneda de veinticinco centavos, ya no de diez. Hubo gran sensación. La mujer se acercó de nuevo a pagarme, aunque ya no sonriente, sino de visible mala gana. Y el de la pistola, tras de fijar en mí la vista una vez más, ahora con alguna impertinencia, dijo a su amigo, en voz bastante alta para que lo oyéramos:

—¡Habían de ser gachupines!

No nos costó trabajo interpretar tales palabras. Era evidente que, en parte por nuestros uniformes de marinos españoles, y en parte por haber ganado mientras los demás perdían, no contábamos ya con la simpatía general del concurso. Optamos, pues, con prudencia, por cambiarnos del puesto de las argollas a una de las próximas mesas de dados y baraja.

Cerca de esta mesa no había nadie, salvo la vieja que la cuidaba, medio dormida a la luz de su farol.

—Para eso tengo yo mucha suerte —me aseguró Domínguez echando mano al cubilete y los dados.

Al vernos, la vieja despabiló, y se alegró casi al oír que Domínguez le preguntaba:

—¿De cuánto es la puesta, señora?

—De lo que guste, señor —contestó—. Nomás sin pasarse de dos reales.

Domínguez se puso entonces a perder con ahínco, y lo hizo tan a conciencia, que la vieja se dio a animarlo a voces, con la evidente intención de aprovecharse de nosotros y atraer mayor clientela a su puesto:

—¡Ora viene la suya, ora viene la suya! ¡Con un siete que echen se lo llevan todo!

A los gritos, en efecto, acudieron tres o cuatro de los feriantes del puesto de las argollas, entre ellos el de la pistola y la camisa amarilla.

Domínguez siguió jugando y perdiendo. El de la pistola estuvo alerta a los dados unas cuantas jugadas; se convenció luego de la mala suerte de Domínguez, y creyendo, sin duda, muy fácil ganar con sólo hacer el juego contrario, metió mano en el bolsillo. Pero es el caso —caprichos de la fortuna— que más tardó él en arriesgar sus décimos y sus pesetas que la suerte de Domínguez en cambiar. Ahora parecía que mi amigo sacaba del cubilete los números que le venían de cara.

Los tres primeros golpes adversos los soportó nuestro contrincante sin pestañear, oculta su psicología detrás de una sonrisita irónica que comunicaba más brillo a su tez oscura y sudorosa. En seguida, picado porque Domínguez no erraba jugada, se fue ensombreciendo. Por último, se entregó a un juego irremediablemente absurdo —tan absurdo que la vieja del puesto, a cada tirada de Domínguez, ya no hacía sino dar a éste parte del dinero que apostaba el otro y embolsarse ella lo demás.

Así las cosas, llegó un momento en que el de la pistola no pudo ya aguantar tamaña situación, y hablando entonces de un extremo a otro de la mesa le dijo a uno de sus compañeros:

—¡Qué bueno que en ganando la Revolución vamos a acabar con todos los gachupines!

Al oír aquellas palabras, Domínguez, muy reposadamente, dejó el cubilete sobre la mesa, recogió su dinero, y, mirando por primera vez al rostro del hombre de la pistola, le dijo, tomándolo por un brazo e iniciando un movimiento como para invitarlo a caminar hacia el otro lado de la plaza:

—Perdóneme una palabra.

—¡Donde guste y como guste! —contestó el otro echando a andar.

Todos entonces —el de la pistola y sus amigos, y Domínguez y yo— nos dirigimos hacia el sitio más oscuro entre los inmediatos a la feria. Ya ahí, Domínguez, encarándose con nuestro enemigo, le habló en términos tan propios del caso como estos:

—Oiga usted —le dijo—: en primer lugar no somos gachupines, aun cuando así lo parezca por esta ropa con que nos hemos disfrazado; somos mexicanos y pertenecemos, sépalo, a las fuerzas de mi general Francisco Villa, de quien llevamos una comisión secreta a la ciudad de México. En segundo lugar, todavía no nace el hijo de la tostada que nos insulte a nosotros sin más ni más. Con que ahora mismo se traga usted sus impertinencias o nos fajamos aquí a bofetadas o a tiros, como mejor le guste.

Cuando el feriante de la pistola oyó el nombre del jefe de la División del Norte se quedó seco de sorpresa. No era, sin embargo, ni cobarde del todo ni tonto, pues a la arremetida de Domínguez, vigorosa en extremo, respondió con tono firme, si bien conciliador:

—Si no son ustedes gachupines, me quiebro y no he dicho nada; pero si lo son, lo dicho se dijo y venga lo que venga.

—Pues ya ha oído usted que no lo somos —replicó Domínguez, menos airado que antes.

—¿Y eso cómo lo sé yo? —insistió el de la pistola, que buscaba una retirada honrosa—. Porque si es cierto que sirven ustedes con mi general Villa, pelear ahora sería traicionar la causa; pero si no es cierto, yo no puedo quedar deshonrado.

Aquí intervine yo.

—¿Quiere usted ver documentos? —le dije—. Venga conmigo al barco y se los enseñaré. Se convencerá de que...

—¿Papeles? ¿Para qué valernos de papeles? De a leguas conozco ahora que lo que me dicen es la mera verdad. Perdonen la ofensa pasada y ténganme por amigo y correligionario. Yo también ando en la Revolución; yo también porto armas. Soy el general Pérez. Vine de incógnito a este puerto al desempeño de una comisión de mí mismo... Este otro compañero es el coronel Caloca, jefe de mi estado mayor, y este otro es el capitán Moreno, asistente mío y hombre de todas mis confianzas.

Hechas las paces, el general Pérez, encantado de haberse encontrado con dos representantes de Villa, nos invitó a cenar en el figón de la feria. Allí, en torno de una mala mesa, nos sentamos los cinco —el general, el jefe de su estado mayor, su asistente, Domínguez y yo—. Y como si fuéramos amigos viejos, felices de hallarse reunidos otra vez, comimos y bebimos cuanto la figonera quiso darnos. Después de la tercera botella de cerveza el general Pérez nos contó la historia de sus campañas y algo de su biografía. De cuando en cuando parecían inquietarlo otra vez nuestros uniformes de oficiales de la marina mercante española: nuestras gorras azules con una culebrilla dorada y el distintivo de la Compañía Trasatlántica, nuestros trajes blancos con botonaduras de brillante azófar y espiguillas, como la de la gorra, en la costura de los puños. Pero, en fin de cuentas —allá por la sexta o séptima botella—, el general se tranquilizó de manera definitiva gracias a uno de esos milagros peculiares del lenguaje. Se acostumbró a decirnos, cada vez que se dirigía a uno de nosotros, «Mi jefe», y subordinándose así de palabra, su subconsciente se reconcilió con una situación que a la conciencia le resultaba insoportable en un plano de igual a igual. El instinto sumiso del general Pérez, paladín de las libertades, era más fuerte que su instinto de odio.

3
UNA VISIÓN DE VERACRUZ

El *María Cristina* pasó, a las nueve de la mañana, entre dos acorazados yanquis que dormitaban, estiradas las cadenas de su anclaje, frente a la bahía de Veracruz. Los pasajeros nos dividimos en dos grupos, y unos a babor, otros a estribor, todos nos pusimos a contemplar en silencio los dos castillos de acero flotante: poderosos, extraños, fantásticos. Hacía un sol de agosto. El mar, azul pálido, era de ondas anchas, lisas, tranquilas. Hubo un momento en que los barcos de guerra estuvieron tan cerca de nosotros que el aire nos trajo voces exóticas y pudimos ver —con claridad nítida, hasta percibir la gracia de las gorritas blancas sobre las cabezas rubias— a los marineros que limpiaban alegremente la superficie gris azulosa de los grandes cañones.

Pero el espectáculo pasó pronto, y una hora después el *María Cristina* nos depositaba sobre uno de los muelles del puerto, indecisas aún nuestras almas, por lo que acabábamos de ver, entre la admiración, la rabia y la angustia.



Para mí fue aquél un Veracruz extraordinario. El viejo puerto de mi infancia, sólo lleno, hasta hacía poco, de magníficas evocaciones pretéritas, vivía ahora, en presente, una de estas etapas, tan suyas, de donde le viene la personalidad, alta y dramática, que le corresponde en la historia. Era un Veracruz de impotencia, de humillación, de tragedia. Las tropas norteamericanas ponían una vez más el pie en él y daban a su atmósfera un viso imponderable de conflicto. El hálito heroico había flotado de nuevo sobre las negras techumbres de sus casas, reabriendo la cruel interrogación de todos los heroísmos en derrota: ¿por qué una virtud puede ser ineficaz hasta cuando es grande?

Cerca de la Escuela Naval los chicos dejaban gustosos sus juegos para venir a mostrar al forastero el sitio donde cayó el teniente Azueta. «Aquí», decían tocando la tierra con manecitas acariciadoras. Y el forastero —más si, como yo, había nacido al sentimiento de la patria bajo aquella luz, ante aquel manto azul marino, al soplo de aquel aire— repetía mentalmente la palabra pronunciada por los niños: «Aquí», y luego, al levantar del suelo los ojos, se detenía a contemplar el horizonte. En la lejana perspectiva de la calle yacían quietas y deslumbradoras, con sus barcos tal vez inclinados sobre una banda, las aguas espejeantes de la bahía. Eran las mismas aguas un tiempo predestinadas al arribo de Cortés, a la epopeya triunfadora.

Pero no sólo del conflicto internacional estaba entonces lleno Veracruz: también había en él salpicaduras del conflicto interno. En Villa del Mar vimos esa tarde a don Francisco Bulnes, a Luna Parra y a otros personajes del régimen huertista. Bulnes, excesivamente avejentado, me pareció más pequeño de cuerpo que otras veces —como si hubiese perdido en estatura y volumen—. Largo tiempo estuve observándolo sin que él se percatara. Hacía —tal me pareció— esfuerzos por reconcentrarse, por meditar al ritmo de las olas, que venían a romper contra la base de la terraza en que estábamos sentados; pero desenfrenadamente movible, ágil, inquieto, su espíritu se distraía, a su pesar, con todos los incidentes externos que lo rodeaban. Le lucían como siempre, sobre la nariz de trazo judaico, dos ojos inteligentísimos, a cuya actividad no escapaba nada. Varias veces los fijó en Domínguez y en mí, y en una de ellas me di cuenta, a despecho de los reflejos de cielo y mar que despedían sus lentes, que nos analizaba por partes.

—No nos conoce —le dije a Domínguez—; pero ten por cierto que nos ha adivinado.



Al día siguiente de nuestro arribo topamos con Alfredo Breceda en el portal de la Parroquia. El encuentro nos colmó de asombro, y con Breceda debe de haber acontecido otro tanto. A él, desde luego, le constaba de primera mano que así sobre Domínguez como sobre mí pesaba una especie de destierro de todos los territorios carrancistas. ¿Y con qué in-

tenciones —se preguntaría él— podíamos haber desembarcado en Veracruz, sino para dirigirnos al centro de la República, dominado por Carranza?

Como no había para qué andar con misterios, de plano le contamos nuestra misión política y nuestro programa: llevábamos a México la representación de Villa, y nos proponíamos continuar el viaje dos o tres días después. Él, misterioso por sistema y por naturaleza, no nos dijo bien a bien lo que andaba haciendo. Se refirió con vaguedad a «una importantísima comisión» del Primer Jefe; habló de unos dineros —dos o tres millones de pesos en papel moneda— que llevaba consigo para desempeñar su cometido eficazmente, y nos aseguró que desde hacía varios días esperaba en Veracruz el momento oportuno para trasladarse a México. Antes de salir hacia allá —añadió— había creído juicioso aguardar en el puerto a que el presidente Carbajal entregara el gobierno de la República a las autoridades revolucionarias.



Como siempre que iba a Veracruz, mi primera visita la dediqué a don Delfino Valenzuela (¿A don Delfino Valenzuela? —Sí, lector, a don Delfino Valenzuela: un veracruzano ilustre que no es general ni espera salvar a la patria desde la presidencia, pero que, así y todo, ha hecho por México más que muchos generales y presidentes juntos, porque es un gran pedagogo, un verdadero educador.) Mi buen maestro de otra época no dirigía ya la Escuela Cantonal; ahora tenía un instituto privado en el cual se aplicaba a modelar el alma de nuevas generaciones, gracias a sus excelentes métodos de discípulo distinguido de Rébsamen y a su espíritu noble y vuelto sin desmayos hacia los valores de la cultura. En la casa de su nueva escuela di con él la misma noche que me lancé a buscarlo.

Hubiera yo querido recordar con él los años de mi niñez: el ambiente, tan grato en la memoria, de la escuela del parque Ciriaco Vázquez; las clases alegres, con sus grandes ventanas siempre abiertas, donde entraban la brisa marina y el olor tropical del jardín; las tardes inolvidables —tardes de privilegio— en que don Delfino, concluidas las tareas, reunía en su despacho a sus discípulos predilectos para leerles, de un her-

moso libro que sacaba de un hermoso estante, episodios de las luchas de Reforma y de las tres heroicas defensas veracruzanas. De aquellas escenas, de aquellas lecturas, de aquellos días, se agitaba en mi cabeza una multitud de recuerdos vivos. Pero los toques militares extranjeros, que el viento nos traía de cuando en cuando, y la forma de los grandes acorazados exóticos, que ni don Delfino ni yo veíamos en ese momento, pero que adivinábamos al otro lado de la Escuela Naval, iluminados y vigilantes en la boca de la bahía, eran una evidencia inmediata demasiado enérgica para que nos substrajéramos a su influjo.

Cuando nos hubimos sentado en el balcón, ancho y salidizo (balcón veracruzano, de dimensiones desproporcionadas, de barandal tosco, de uso gratísimo en aquel clima), don Delfino me habló melancólicamente de la ocupación norteamericana. Sus palabras, al brotar, parecían engarzarse en los rayos de la luna y duplicar así la tristeza de su tono susurrante, tristeza que extrañamente se mezclaba en mí con sensaciones del barandal de madera, de gruesos barrotes, medio verdes, medio en la sombra, ásperos al tacto, y con la mancha movible de nuestras siluetas, confusamente dibujadas por la luz lunar en el muro negro, viejo.

Muchas cosas me dijo esa noche don Delfino. Pero, de ellas, dos escucho todavía con claridad perfecta, con la perfecta claridad que es peculiar a ciertos recuerdos.

—¿Las escuelas? Los yanquis primero las convirtieron en cuarteles. Luego se acordaron de la instrucción pública y pretendieron que los maestros nos pusiéramos a sus órdenes. Yo, según decían, era el indicado para dirigir el servicio educativo que pensaban imponernos. Los maestros y las maestras, por supuesto, nos negamos de plano y en masa... No, en masa no, hubo un traidor..., un traidor...

Y el terrible término —¡traidor!— salía de los labios de don Delfino sin el menor rastro de odio, ni de saña, ni de enojo. El dejo único de emoción con que pronunciaba el vocablo se discernía apenas en el temblor de la voz melancólica, que al emitir las dos sílabas parecía apagar su timbre, helar su tono, «¡Traidor!» La firmeza íntima de aquel hombre cabal se dolía del desfallecimiento de los débiles, y al despreciar a éstos, como que los explicaba con una generalización para ellos piadosa. Completo el trazo de su pensamiento, la idea era así: «Tenemos todo el patriotismo necesario para salvarnos algún día, o acaso para desapare-

cer con honor; pero mezcladas a eso, ¡cuánta debilidad, cuánta miseria mientras tanto!»

Porque para él la experiencia de la ocupación norteamericana de Veracruz proyectaba, hacia lo futuro, sombras profundas e inquietantes.

—Esta ocupación militar —decía— tiene toda la fuerza de un anuncio de lo que pudiera ser en mayor escala. Materialmente, los norteamericanos nos han hecho aquí, de paso, o simulan hacernos, ciertos pequeños bienes, algunas mejoras externas de orden menor. Por ejemplo: han envuelto en tela metálica el Mercado y la Carnicería, para acabar con las moscas. No es mucho... Pero, espiritualmente... Para comprender lo que esto significa espiritualmente —aparte la humillación fundamental—, basta con fijarse en lo que pasa a la puerta de nuestras tiendas y cantinas cuando alguno de los oficiales o soldados invasores desmonta para entrar en ellas: no faltan, entre los desocupados que andan por allí, quienes se disputen —¡y son veracruzanos!— el honor y las ventajas de tener por la riendas al animal. A poco rato el oficial o soldado sale de la tienda, coge su cabalgadura y arroja una peseta a los lacayos.



Tres días después de nuestro encuentro con Breceda supimos a ciencia cierta que Eduardo Iturbide había entablado tratos con Carranza para entregar la ciudad de México. Ante tal noticia Domínguez y yo acordamos partir desde luego, a fin de estar en la capital antes que don Venustiano, pues quizás así lográramos impedir que se nos deportase, de lo que corríamos peligro más que posible. Semejante esperanza se fundaba en la suposición de que nuestro amigo Lucio Blanco llegaría a México con la vanguardia de las tropas revolucionarias, formada, principalmente, por los formidables cuerpos de caballería que dependían de él de manera directa. Lucio, en todo evento, sabría ampararnos.

Quisimos ser leales con Breceda hasta en aquello; de suerte que lo invitamos a que, adelantando su viaje, viniera con nosotros. Él opuso al principio algunas dificultades, porque no veía la cosa del todo clara; pero cuando lo enteró Domínguez de que contábamos con amigos que podrían ayudarnos en el viaje en caso de que se nos descubriese, los cuales, agregamos, eran bastante fuertes para librarnos de un contratiempo se-

rio, en el supuesto de entorpecerse los arreglos entre Iturbide y Carranza, Breceda aceptó de buen grado y se unió a nosotros para hacer los preparativos de marcha. Yo opiné que lo mejor sería viajar confundidos con los pasajeros de primera o segunda clase; Breceda creyó que era más seguro recluirnos en el gabinete pulman, y eso fue al fin lo que se hizo.

A las siete de la mañana salió el tren. Íbamos con las cortinas bajadas; mas por entre los resquicios que quedaban entre las orillas de la tela y el marco de los cristales se colaban en el gabinete unos cuantos rayos de luz que venían a inundarnos en dulce penumbra. Por allí también vislumbramos los primeros paisajes del camino y una que otra escena de la estación inmediata.

Más allá de Los Cocos salimos de la jurisdicción militar de las tropas extranjeras y entramos en las avanzadas de los federales.

—Ya estamos en terreno enemigo —dijo Breceda.

—Sí —contestó Domínguez—; enemigo, pero libre de invasores.

El tren se detuvo. Afuera se oían voces y mucho movimiento de gente. Descorrimos algo una de las cortinas y nos pusimos a espiar. Frente a nuestro vagón estaba un piquete de soldados. Veíamos la doble fila de rostros oscuros, humildes, tristes, bajo la forma ridícula de los kepis de paño. Lucían al sol los marrazos. Un sargento, tras pasearse varias veces ante su pequeña tropa, vino a situarse a medio metro de nuestras ventanillas. ¡Extraña emoción —a un tiempo mezcla de inquietud y regocijo—, la de ver otra vez de cerca aquellos uniformes azules con vivos e insignias rojas!

4
LA VUELTA DE UN REBELDE

Conforme el tren se acercaba a la capital de la República, el recuerdo de la tarde de la traición de Huerta, y de las horas que inmediatamente la siguieron, volvía a mí con más ahínco, me traía la evocación, más y más próxima, de la experiencia espiritual que me produjeran aquellos sucesos. Un grupo de esbirros —lo veía ahora con la misma emoción de entonces— había ido a poner fuego a la casa del presidente Madero; otro cavaba en un jardín público el hoyo donde se echaría el cadáver, aún caliente, del pobre Gustavo; y mientras tanto, por las calles más céntricas de la ciudad, varios grupos de alumnos de la Escuela Militar de Aspirantes andaban celebrando en automóvil, con gritos de orgía, el triunfo de los traidores. En la avenida del Puente de Alvarado los jóvenes cadetes pasaron frente a mí, y yo, indignado por la felonía que se acababa de consumar, no pude contener mi cólera: como un insensato, me solté injuriándolos a voz en cuello. Por fortuna, caminaba a mi lado Pedro Henríquez Ureña —fraternal amigo, maestro en entereza de carácter, consejero discreto—, y él me volvió la cordura con palabras admonitorias y enérgicas.

¿Qué sentido tenía ahora el evocar las imágenes de aquella escena, que en realidad no había olvidado yo en uno solo de mis días revolucionarios? ¿Se disponían quizás los recuerdos a perder su carácter de resortes vengadores? ¿Consentían en borrarse al fin, purgados por el derrumbamiento de los autores de la muerte de Madero? Lo evidente era que a los dieciocho meses de cometido el crimen el campo estaba expedito para llamar a eso crimen, para llamárselo en el propio lugar de los sucesos, y en tal circunstancia fundaba yo, sobre un plano casi simbólico, la esperanza de que mi regreso me valdría una profunda satisfacción moral: sentía ir alcanzando el polo opuesto al de mi furor de antes.

Pero hay estados de ánimo imprevisibles: entre ellos, el del político

que abandona la ciudad de México para lanzarse a revolucionar en territorios remotos, y que luego —tras varios años o meses de lucha— vuelve a su maravilloso valle en la cresta de una onda guerrera y triunfadora. Porque lo que entonces se experimenta no es, sobre todo, el sentimiento del triunfo o de la victoria: al fin triunfo sobre hermanos, victoria efímera, egoísmo, vanidad. Ni es tampoco el sentimiento del deber cumplido: cosa dura siempre o melancólica; próxima al llanto cuando afecta alegría. Ni menos aún es el bajo halago de sentirse en el sendero del éxito: felicidad engañosa, deformadora del alma y la verdad. Es algo fundamentalmente desinteresado y jocundo: la sorpresa, acaso no traducida en ideas ni en palabras, de haber reconquistado con ansia, con sacrificio, con dolor, el Valle de México, una cumbre de belleza natural cuyo sabor pleno torna así a gozarse, ahora con la frescura de las primeras impresiones y la sabiduría de las de antes.



A mí el aire sutil de mi gran ciudad —transparencia donde reside la mitad de su hermosura; atmósfera que aclara, que purifica, que enjuta— me descubrió de nuevo (como si esta vez lo hiciera sólo para mis sentidos) todo un mundo de alegría serena cuyo valor esencial estaba en la realización perenne del equilibrio: equilibrio del trazo y el punto, de la línea y el color, de la superficie y la arista, del cuerpo y el contorno, de lo diáfano y lo sólido. El contraste de las sombras húmedas y las luminosidades de oro me envolvía en la caricia suprema que es el juego de la luz. La sensación orgánica de encontrarme ligero, de reconocer en cada movimiento de mis miembros o cada palpitación de mi carne una fuerza alada y etérea, trascendía a mi espíritu en forma de secreta seguridad de poder volar. Sí: mis pies pisaban la tierra, mas la pisaban por encaprichamiento de la voluntad, por gusto, porque ésa era la tierra en que había estado yo soñando, porque era mi tierra. Un leve impulso del mismo pie donde me apoyaba me habría bastado para subir a bañarme en el abismo de la luz de las más altas regiones y para quedarme allá, sujeto al movimiento, libre y majestuoso, de lo que no pesa ni cae.

Ebrio de claridad —pero de claridad sin crudeza, pues un poder impalpable conseguía pulir hasta los reflejos últimos—, en los primeros

momentos de mi regreso no tuve sino ojos para ver. ¿Había nada comparable, en el cielo o en la tierra, a la beatitud de contemplar otra vez el ritmo doble y blanco del Popocatépetl y el Ixtaccíhuatl, con cuya belleza magnífica estuve familiarizado desde mi infancia? ¡Montañas de blancura mate en las primeras horas de la mañana; formas gigantescas de azogue refulgente cuando el sol, fijo en lo más alto, deja abajo libres los colores y matices; montes irreales, montes de ensueño, montes de cuento de hadas cuando la tarde los cubre con los más tenues y distantes de sus mantos: el rosa, el azul, el lila, el violeta!

Ante esta presencia me parecía evidente la necesidad de que el cinturón montañoso del valle se elevara en otros sitios —para que no se rompiese la armonía— a proporciones también grandiosas. Por eso la fuente de la belleza natural no se cansaba de producir allí las supremas de sus obras: las de lo grande inmensurable en lo inmensurable armónico. De los dos volcanes nevados mi vista pasaba a posarse sobre el Ajusco: ola de roca, mole arrolladora en quien la quietud —incomprensible sin el auxilio de toda una mitología— es dinámica pura, fuerza en cúmulo. En el Ajusco sentía yo latir todo el vigor del valle.

Aquella enorme divinidad sonreía a veces, y entonces, deteniéndose en los tonos menos profundos de su azul, mostraba complaciente los detalles ciclópeos de su musculatura: anchos espacios de luz llenaban los ámbitos de sus anfractuosidades; la menor de sus comisuras se veía poblada de inmensos bosques; por sus desfiladeros y precipicios bajaban las sombras a torrentes. Pero el monte no siempre sonreía. Adusto por temperamento, bajo la misma mirada que un momento antes lo viera sonreír, recobraba de pronto su gesto propio: el tempestuoso. Entonces lo envolvían las tintas más suyas: las oscuras, las sombrías, las que le borraban todo accidente superficial y lo hacían crecer, crecer en la unidad abrumadora de su masa. Sobre su cima señera se aborrascaban entonces las nubes más negras; bajaban de ella los truenos más ingentes.

La mera visión de las montañas del valle restituyó mi espíritu al eje de su origen: como si hubiera un modo más fácil de ser, insensiblemente perdido en la ausencia, que ahora recuperara yo súbito; como si la nitidez de un clima interior —espiritual y orgánico— renaciera al contacto de la nitidez del clima externo. Y ese entrar en mí mismo se robustecía en el ambiente de la ciudad, al influjo de la perfecta rectitud de sus ca-

lles, en lo espacioso de su gran plaza, bajo la sombra florida de sus jardines, dentro del misterio de su bosque.

Todo tenía el mismo valor que antes y, sin embargo, todo resurgía con nueva trascendencia y brillo: con la efusión que hay en el fondo de todo reconocimiento. Series infinitas de sensaciones redescubiertas se apoderaban de mí, venían a acumularse, de lo humilde a lo grande, de lo suave a lo intenso, en arpegios que afloraban a un tiempo en toda la superficie de mi sensibilidad. Mi cuerpo había vuelto a su perfecta ecuación de lo muscular y lo táctil: sus límites periféricos coincidían con el sentido de su masa y su peso; su volumen ocupaba el espacio preciso. Era la misma ropa que me cubría, y, sorpresa grata, se me amoldaba más suave y exactamente, cual si un invisible forro, de fluido seco y fresco, corrigiera a cada paso el ajuste. El simple hormigueo de la sangre en el tránsito de las primeras horas de la mañana a aquellas en que el sol calienta, me parecía de una novedad secreta, honda. E, igualmente, el mero paso desde la acera umbrosa a la acera soleada me revelaba toda una gama —gama única y un poco brusca— de temperaturas peculiares. Había infinitas gradaciones en el frescor de los zaguanes, puestos en el conflicto de dos regiones de sol: el sol del patio, el sol de la calle.

En el Paseo de la Reforma el coche corría en dirección del Bosque. Al final de la avenida, cerrando la doble fila de troncos y follaje, la arbolada cortina del cerro caía a plomo; su terciopelo verde se tendía de nube a nube. Y más arriba, el abrigo de los años, descollaba sin alardes la estructura del castillo: castillo sobrio de línea y de prestancia, castillo extraño en su fijeza sobre el mar movible de los ramajes gigantescos. Seguía el coche corriendo: venía el entrar, como de aire, en las oquedades hechas de verdura. Luego, más allá, el perfume de las frondas añosas —¿no son ésos los árboles más antiguos del valle?— añadía otra dimensión a la quietud. Los enormes troncos rojos, las soberanas copas de filigrana de cobre en mechones gigantescos y desmelenados se nutrían allí de quietud, bebían quietud al ritmo de la savia que elaboraban en el suelo las raíces milenarias. El coche seguía corriendo. Tibia al principio la atmósfera, se enfriaba de pronto, a medio decurso de la Gran Avenida, al acercarse a las sombras perpetuas. Iba el coche por la región donde las ramas, a gran altura del suelo, se juntaron para siempre. La avenida del Rey lo acogía en su intimidad remota...

Pero si el misterio del Bosque me comunicaba uno de los estremecimientos más auténticos del alma de mi ciudad, otro lo hallaba divagando por las calles más tradicionalmente o más modernamente mexicanas: desde Don Juan Manuel, desde San Ildefonso, hasta San Cosme o Versalles. Me lo daba, de preferencia, la contemplación del Zócalo. ¡El Zócalo! Mucho había sufrido en el recuerdo la hermosura de la gran plaza al compararla con las plazas de otros países. Mas he aquí que, mirándola otra vez, reconquistaba de un golpe la supremacía, lograba que a su lado desapareciera la emoción conservada de todas las demás. ¿Qué era lo que volvía a haber en la sencillez —horizontal y austera— del viejo palacio colonial? ¿Qué en el perfil barroco, atormentado (y en las grandes superficies lisas y grandiosas) del conjunto de la Catedral y el Sagrario? Los soportales tornaban a aparecérseme como los evocadores de toda una historia, como los testigos de las hazañas de toda una raza. Y ése era el latido ciudadano que entraba más profundamente en el corazón del rebelde vuelto a su casa, a su ciudad. Aquella plaza nacional, como la mente de quien la concibió al otro día de derribar una civilización entera, concordaba con la grandeza del ámbito del valle; era amplia como el gesto del pueblo que allí debió haber crecido, como sus ambiciones, como su obra. ¿Algún día sería ese pueblo? ¿Sería el mismo que nosotros —por deber o por pasión— ensangrentábamos ahora en interminable lucha de móviles casi ciegos?

—¿Pero si el ambiente del Bosque [illegible] de los [illegible] mientos más auténticos del alma de mi ciudad, como la hallaba [illegible] do por las calles [illegible] desde Don Juan Manuel, desde San Ildefonso, hasta San Cosme [illegible] salles: [illegible], de [illegible], la contemplación del Zócalo [illegible] callé. Mucho había [illegible] recuerdo la hermosura de la gran plaza al compararla con las plazas de otros países. Mas he aquí que [illegible] la otra vez [illegible] de un golpe la [illegible] logrado que [illegible] lado de [illegible] emoción [illegible] de todas las demás. ¿Qué era lo que solía [illegible] haber en la sencillez —lo intemporal y amplia— del [illegible] palacio [illegible]? ¿Qué en el perfil [illegible] y en las grandes superficies lisas y grandiosas del conjunto de la Catedral y el Sagrario? Los espectadores [illegible] como los [illegible] de una historia, [illegible] testigos de [illegible] de todo [illegible] en el [illegible] profundamente en el [illegible] del rebelde [illegible] a su [illegible]. Aquella plaza [illegible] la [illegible] de quien [illegible] día de [illegible] tero; [illegible] con la grandeza del [illegible] el gesto del pueblo que allí debió haber [illegible] demostrado [illegible] ¿Algún día [illegible] ese pueblo? [illegible] —¿por deber o por pasión— [illegible] lucha de móviles casi ciegos?

Libro segundo

Justicia revolucionaria

1

UN INSPECTOR DE POLICÍA

Dos días después de mi llegada a la ciudad de México me encontré con el general Cosío Robelo en el Café Colón. Venía él de Teoloyucan, donde aún estaba Carranza, y acababa de ser nombrado Inspector General de Policía. Nos felicitamos mutuamente, aunque sin decirnos ni saber exactamente por qué, y creímos deber coronar allí con grandes arrebatos musculares las expresiones de nuestro regocijo de revolucionarios triunfadores: crujieron mis pobres huesos entre sus brazos ursinos, se aplastó mi pecho contra el suyo, formidable como de gorila.

¡Gran amigo Cosío Robelo, y gran catador! En aquella época su conversación era todavía abundante. Su temperamento no asomaba aún a esa otra etapa —tan sabia y tan suya— que luego le fue haciendo abandonar más y más el uso de las palabras como apto vehículo del pensamiento, para quedarse al fin con la sola elocuencia de la sonrisa. Ésta, sin duda, le servía ya para exteriorizar en bloque estados de ánimo de beatitud indiferenciada, de beatitud en que lo orgánico y lo mental no intentaban marcar sus linderos respectivos. Pero, a diferencia de cómo sería después, tras de cada una de aquellas sonrisas totalizadoras prorrumpía en frases dóciles a las ideas. Junto al texto, casi indescifrable, de la mera expresión del rostro ponía la exégesis verbal más o menos aclaratoria. Y mientras hablaba, sus ojos, que en el fijo mirar de la sonrisa, mística y orgánica, se habían ido reduciendo, reduciendo, hasta volverse perfectamente chiquitos, recobraban de pronto la proporción y animación normales, como si la voz los retrotrajera desde infinitas distancias.

Esta vez pisó más firme que de costumbre el terreno de la locuacidad y terminó llevándome aparte para proponerme que lo ayudase a organizar la policía metropolitana.

—Tengo razones especiales —dijo— para pedírselo a usted; algún día las conocerá.

¡Yo gendarme, yo detective, yo comisario! La proposición me pareció tan extraña, que de no estar metido en el torbellino de la Revolución, la hubiera considerado sencillamente absurda. Pero Cosío Rebelo insistió tanto, que no sólo hube de aceptar por de pronto —con la esperanza de que luego le pasaría al nuevo inspector la chifladura—, sino que consentí también, pues no hubo remedio, en que fuéramos en ese preciso instante a las oficinas de la Inspección General para que se inaugurasen sin pérdida de tiempo mis labores reorganizadoras de la policía de la capital de la República. Y, en efecto, las inauguré. Frente a frente de su mesa, mandó Cosío Rebelo instalar otra, y acto seguido me hizo entrega de ella con palabras y aire de ceremonia oficial. Luego, dándome otro abrazo, agregó:

—Este será su sitio de trabajo. Así estaremos juntos y procederemos de acuerdo en todo.

La verdad es que aquello rebasaba los límites de lo meramente explicable por la circunstancia de que Cosío Rebelo y yo nos hubiéramos encontrado en el Café Colón. Era público y notorio que yo no sabía ni jota de servicios policiales, ni tenía por qué saberla. Allí, pues, había algo oculto, algo que yo no acertaba a explicarme. Y esa duda, que se apoderó de mí inmediatamente, vivió luego en mi espíritu varios días, y viviría aún si semanas después el mismo Cosío Rebelo —amigo leal— no me hubiera aclarado las cosas.

Receloso y todo, di principio a mis funciones reorganizadoras del cuerpo policíaco, o, mejor dicho: a lo que se me figuraba que eran tales funciones. Meses antes, en Sinaloa, el azar revolucionario, me había convertido en reformador de hospitales de sangre; ahora, la misma fuerza, ciega e invisible, me lanzaba casi hasta el polo opuesto. Antes fue la piedad, ahora la vindicta; antes el consuelo, ahora la represión. No quise, sin embargo, cometer disparates a conciencia, y para evitarlos en el radio de lo posible, me eché en busca de los autores clásicos sobre tal asunto. Entonces descubrí que existía una bibliografía copiosísima so-

bre cuestiones policíacas y leí los dos o tres primeros libros que me vinieron a las manos: *Justice and Police*, de Maitland, y *Mysteries of Police and Crime*, de Griffiths.



El estado de ánimo que me deparaban mis nuevas funciones se reflejaba en uno de los muchos sucesos de aquellos días.

Al entrar las tropas constitucionalistas en la ciudad de México, Obregón hizo publicar un bando terrible para los trastornadores del orden público: se castigaría con la pena de muerte, y sin otros trámites que la identificación, a cuantos cometieran robos, atropellos y otros actos delictuosos. El bando prevenía también el mismo castigo para las autoridades militares que permitieran aquellos delitos o los dejaran impunes. Cosío Robelo, además, recibió órdenes terminantes de aplicar las disposiciones marciales sin miramiento de ninguna especie. Se trataba, en suma, del rigor de estilo en tales casos, rigor perfectamente explicable, si no por las exigencias prácticas del momento, sí por su psicología. Ya se sabe que en toda hora solemne de la vida de un pueblo hay la tendencia a exagerar los valores humanos por el sencillísimo procedimiento de sacarlos de quicio, de volverlos de revés. En semejantes ocasiones se busca traducir lo extraordinario interno en extraordinario visible, y se recurre, como al más sonoro de los instrumentos solemnes, al régimen de excepción, que es más excepcional mientras más arbitrario, y más arbitrario mientras más excesivo e irreparable en sus efectos. Y como nada hay más definitivamente irreparable, ni más subversivo de lo esencial humano, que matar, en cuanto los hombres se ponen solemnes, en cuanto hablan de salvar a la patria, de salvar a la sociedad, o simplemente de salvar a otros hombres, lo primero que se les ocurre es dedicarse, concienzudamente, a matar a sus semejantes. Recuérdense los dos versos de nuestro himno que dicen: «¡Guerra, guerra! Los patrios pendones — en las olas de sangre empapad...» Que es algo de lo más horrible que ha cantado nunca pueblo alguno.

Pues bien: una tarde la policía sorprendió a dos desgraciados en el acto de robar no recuerdo si una accesoria o un tendejón mixto. Como el delito era flagrante, esa misma noche fueron traídos los presos a la Sex-

ta Comisaría y sometidos allí a eso que se llama juicio sumario, o sea, a un sencillo expediente que legaliza y justifica vulgares asesinatos. El procedimiento era de una simplicidad maravillosa; cualquier sargento, cualquier escribiente de comisaría bastaba para aplicarlo sin el menor tropiezo. Todo se reducía a que los gendarmes o gendarme precisaran la naturaleza del delito cometido por el reo, y a que éste explicara los hechos a su vez; total: dos o tres declaraciones y un incipiente careo ante el comisario de guardia. Eso terminado, se llevaban las conclusiones al Inspector General, y éste, so pena de atraer sobre sí el castigo previsto para los otros, tenía el deber de ordenar desde luego el fusilamiento.

Aquella noche así se hizo. En menos de dos horas se levantaron las actas respectivas, y en otros diez minutos los papeles pasaron desde Revillagigedo hasta Húmboldt. Cosío Robelo los recibió y examinó, pero por de pronto no quiso resolver nada. Recuerdo con exactitud estas palabras suyas, dichas —justamente cuando sonaba el reloj— mientras ponía sobre la mesa el endeble legajo:

—Las diez. Es tarde hasta para mandar fusilar... Pasará la noche y resolveremos.

Pero a la mañana siguiente no hubo pretexto para posponer el caso. En cuanto llegamos a la oficina, los papeles, visibles en el centro de la mesa, estaban exigiendo ya que se les estudiase y resolviese.

Cosío Robelo los volvió a leer. Luego me dijo:

—No hay duda en cuanto a los hechos...

Yo lo contemplaba mudo. En seguida Cosío Robelo me miró con un principio de fijeza. Noté que su complexión sanguínea se agitaba hasta inyectarle de rojo las venillas de sus conjuntivas. Era en él visible la lucha entre su entender y su sentir.

—Tampoco hay duda —agregó— en cuanto a lo dispuesto por la Jefatura de la Plaza...

Yo seguí callado.

Así pasaron varios minutos. Luego Cosío Robelo, que se había puesto a andar, se detuvo en medio de la pieza, suspendió unos instantes de jadeo nasal de su respiración —como si el esfuerzo que le costaba bajar hasta el fondo de su conciencia no le dejara ninguna energía libre— y por fin me preguntó, con aire de quien pide auxilio:

—Usted ¿qué me aconseja?

—¿Yo? Nada.

—¡Hombre!

—Recuerde usted que yo soy civil.

—Para el caso es lo mismo.

—No; no es lo mismo —le contesté—. El deber de usted es proceder bien dentro de la norma militar, que es la que ha aceptado para su conducta; el mío, proceder bien dentro de mi condición de civil.

—Como civil, ¿qué haría usted?

—No asumir ni compartir la responsabilidad de ningún fusilamiento.

—¿Y como militar?

—Por eso no soy militar...

—Es decir, ¿que sí fusilaría usted?

—Obedecería las órdenes con apego a la Ordenanza, o me insubordinaría... La carrera de las armas divide la escala de los actos humanos en dos porciones que no siempre coinciden, y hay veces en que la elección se impone aun en el supuesto de la estricta legalidad militar; entonces, o se es buen hombre, o se es buen soldado. Ahora, elegir entre eso es punto de conciencia, casi diría que punto de religión.

Como era de esperarse, aquellas palabras no tranquilizaron ni fortalecieron a Cosío Robelo; antes bien, lo pusieron más agitado y perplejo. Eran palabras nacidas, más que de la voluntad, de la dialéctica, y, por lo tanto, inútiles para la gestación del acto. Pero después de luchar dos horas consigo mismo —batalla entre el deber pequeño, pero urgente, y el deber grande, pero remoto—, hizo lo que otro cualquiera en su sitio: firmó la orden para que se aplicara la ley militar, la ley que no sabe de garantías ni de sentimentalismos, la que no conoce más deber que el del triunfo.

Pero tampoco su resolución lo aquietó. A poco de tomarla se puso más nervioso, más en zozobra, más disconforme con el sentido de sus responsabilidades. En aquel momento era un hombre bueno que entre la espada y la pared de los deberes había escogido la pared, pero para quien la pared se aguzaba y afilaba como la propia espada.

Minutos después de dar la orden llamó al subinspector. Bruscamente le mandó que fuera en persona a cuidar de que el fusilamiento se hiciera sin menoscabo del menor requisito. Y a poco rato de irse el subinspector, me dijo a mí:

—Se lo estimaré como un gran servicio: vaya usted a ver cómo va *eso*, y si descubre la menor irregularidad, venga a decírmelo en el acto.

Yo salí.

2
EN LA SEXTA COMISARÍA

Por el camino iba yo pensando en las últimas palabras de Cosío Robelo y preguntándome qué debería entenderse por *irregularidades* en un fusilamiento ordenado sin juicio en forma ni garantías ningunas para los reos. Y la verdad es que mientras más cavilaba, más crecían mis dudas. Porque junto a la suprema irregularidad —la irregularidad monstruosa de mandar, sin más ni más, que varios hombres mataran a otro a quien se ponía, atado de manos, de espaldas contra la pared—, todo el resto se me figuraba conforme con la armonía y el ritmo más cabales. Posiblemente, las reglas del bien fusilar rezaban que la descarga homicida partiera de tiradores expertos: así la muerte parecería menos cruel; tal vez disponían que no se llevara al reo a rastras hasta el cadalso: así los verdugos harían menor alarde de su oficio; quizá fijaban que, de haber resistencia por parte del sentenciado a muerte, no se le acribillara a tiros, ni se le acuchillara con las bayonetas, ni se le machacara el cráneo a culatazos. Pero, en último término, ¿qué importaban todos esos detalles, hipócritas, meramente adjetivos, al lado del hecho sustantivo de fusilar sin apego a procedimientos legales o morales?

Como la distancia era corta, mis ideas no progresaron mucho. De súbito apareció en su urdidumbre la imagen —cuña de piedra— de la esquina de la comisaría; con lo que pasé de pensar a sentir. ¡Casas siempre siniestras las que alojaban a los puestos de policía de la ciudad de México! Pero entre todas, una: la de la Sexta Demarcación. Aquí la buena arquitectura dispone el ánimo a penetrar el fondo de las cosas y a sentirlo. Cuando me acerqué a ella el sol de las once doraba de soslayo sus piedras morenas —pero las doraba en sombra, no en luz—; el tráfago de tranvías, de carros, de automóviles, la envolvía en ruido —pero no en ruido de estrépitos vitales, sino de repercusiones opacas—. En sus puertas, mezclada con los gendarmes de guardia, se agolpaba una muche-

dumbre de curiosos, y unos y otros, gendarmes y plebe —tan enemigos siempre a la hora del respeto a la ley— se hermanaban entonces en un mismo interés insano: el de ver y oír lo que pasaba dentro del edificio.

Entré. La rutina mugrienta de aquella antesala del presidio se hallaba en suspenso. Había expectación, aunque fría e insensible. Una ráfaga de lo insólito animaba el cotidiano ambiente carcelario y lo resolvía en nuevas tintas, nuevas formas, nuevos agrupamientos, acaso peores que los de costumbre.

Conforme atravesé el patio, se volvieron hacia mí las miradas de los empleados y detenidos que se asomaban a las puertas de las diversas secciones. Luego tornaron a fijarse en el pasillo que comunica con el patio adyacente. Allí estaban seis u ocho gendarmes formados en línea desplegada y armados de máuseres. Sus fornituras, de cuero amarillo, hacían vivo contraste con el paño azul de los uniformes. Tenían vueltas las espaldas hacia el primer patio y daban frente hacia el segundo. Los rifles —nuevos al parecer, o de muy poco uso— dejaban visible, cada dos pantorrillas, el ángulo posterior de las culatas. Cerca de los gendarmes y del oficial que los mandaba hacían grupo el subinspector general, el comisario, los escribientes y practicante de guardia y dos hombres del pueblo. Se comprendía desde luego que estos últimos —pantalón azul, camisa de cambaya, rostro bronceado, sombrero de palma estrecho de ala y tejido a colores— eran los protagonistas del fusilamiento. El más alto de los dos estaba descalzo.

Yo me uní al grupo. Permanecí observándolo, a seis o siete pasos de distancia, a través del cancel que separaba del pasillo la oficina próxima. Cuando me acerqué, estaba hablando el preso alto y descalzo. El otro reforzaba las palabras de su compañero con leves movimientos de cabeza.

Decía el preso:

—Pero ¡¿cómo me he de conformar, mi jefe?! ¿De dónde, pues, lo saca su justicia?

Se dirigía, en particular, al subinspector, cuyo rostro yo no veía, sino adivinaba bajo la forma de su sombrero tejano, de copa chata y ala rígida. El subinspector parecía mostrarse impasible, a juzgar por el énfasis creciente con que el sentenciado pronunciaba cada frase nueva; pero en sus manos, que tenía enlazadas sobre la parte posterior del cuerpo, se advertía su nerviosidad. Se estrujaba los dedos, se los retorcía, se los pellizcaba.

Mientras tanto, el reo seguía diciendo:

—Yo no niego que sean buenas las órdenes, mi jefe, ni tampoco lo que me dice de cuando los ejércitos entran en las ciudades grandes. Pero, en verdad de Dios, no es justicia que nos afusilen por tan poquita cosa. Considérelo nomás: ¡afusilarnos!... Aquí el señor, que lo sabe —y señalaba a uno de los escribientes (sucio, intenso, cubierto hasta las cejas con una gorra mantecosa, de lúgubres reflejos patibularios)— podrá certificarle a su mercé que ansina no se hacen estas cosas...

El escribiente interrumpió:

—Yo no tengo que decir nada; no hables de lo que no sabes.

—¡¿De lo que no sé, mi jefe, y van a matarnos?! Pos entonces que venga un licenciado y lo dirá, porque en sus libros está escrito.

Aquí el subinspector:

—Ya te dije que éste no es momento de licenciados.

—¿Cuándo entonces, mi jefe?

—Durante el juicio.

—¡Pero si no ha habido juicio, bien lo sabe su justicia!

—Sí, hombre, sí lo ha habido. El juicio fue lo de anoche.

—Yo le aseguro que no, y si lo alegan, hay engaño. Los juicios, con la ayuda de Dios, son de otra manera: con jueces, con testigos, con licenciados, con público, y duran mucho. Los papeles hablan de ellos hasta con retratos, cuantimás si son para sentenciar a muerte. No lo mandan a uno así nomás a la sepultura.

Oyendo a su compañero, el otro sentenciado a muerte había empezado a llorar. Era de apariencia totalmente pasiva y de espíritu y condición inferiores a su cómplice, no obstante sus zapatos y la mejor clase de algunas de las prendas de su ropa. Algo había en su actitud que denotaba a las claras su asombro ante el tesón con que el otro defendía la vida de ambos, pero al propio tiempo parecía resignado ya a lo irremediable, lo que modulaba el ritmo lento de sus lágrimas. Cada vez que el subinspector o el comisario daban a entender que no quedaba otro camino que someterse, él miraba a su compañero con ojos interrogativos y parecía dispuesto a caminar hasta la pared para esperar allí las balas. Pero luego, confrontado con la firmeza del otro, se inmovilizaba en la tregua, a lo cual contribuía también la blandura del subinspector. Éste, resuelto a no violentar las formas del fusilamiento, apenas si hacía uso de su auto-

ridad: hablaba en tono persuasivo, casi dulce. Su elocuencia, además, era prácticamente nula —igual que la del comisario—, en contraste con la del preso, cuyas razones no obtenían sino ligerísima réplica. Y es que, en el fondo, nadie estaba allí convencido de la necesidad, ni menos aún la justificación, de fusilar a aquellos infelices. Sólo el oficial de barandilla repetía de rato en rato, con sonrisa odiosa:

—¡Tiene que ser!... ¡Tiene que ser!...

Le brotaban de los ojos fulgores mortecinos que encendían, por su misma opacidad, la agudeza expresiva del sonreír hemipléjico de su quijada enorme. Luego, entreabriendo un poco más sus párpados de sapo, bañaba a los reos en miradas de cariñosa crueldad, miradas que eran como anticipación de lo que se prometía a sí mismo al susurrar su doble frase:

—¡Tiene que ser!... ¡Tiene que ser!...

Por momentos, los sentenciados a muerte se volvían hacia él: uno, el del llanto, para contemplarlo en silencio; el otro, para decirle como entre paréntesis:

—No, señor. ¿Por qué ha de ser? Y usté es quien mejor lo sabe; usté escribió las declaraciones.

En seguida, el preso reasumía su defensa ante el subinspector y el comisario:

—Si es cierto que el general Obregón ha dado orden de que nos afusilen —y no es que yo dude de su palabra, mi jefe; es que no lo puedo creer—, al menos que me oiga el general. Y yo le prometo que si me oye no han de afusilarnos, aunque le cuente la mera verdad, mi jefe, como ya le he dicho. Porque, ¿a qué negarlo? Es cierto que entramos a la casa para ver qué cogíamos; pero no llevábamos malas intenciones, digo intenciones de herir ni matar a naiden, ni con qué hacerlo. La pura pobreza, que lo echa a uno al maldito robo; pero a eso nomás... Ni cuchillo ni otra arma ninguna... Ya lo declararon los gendarmes, y así consta en los papeles. ¿Cómo cree usté, mi jefe, que si el señor general Obregón sabe esto ha de mandarle que nos mate? Sólo eso le pedimos por su mucho favor (que ultimadamente harto tiempo hay para que nos quiten la vida): sólo eso, que nos lleve a donde el general está, y que consiga que nos oiga.

Dio señales el subinspector de empezar a conmoverse y también de ir perdiendo la paciencia; lo segundo, por lo mismo que se sentía incapaz

de destruir con razones la obstinación, elocuente y desesperada, con que el reo del juicio sumario exponía su caso. De pronto dijo, poniendo ya ligeros toques de rudeza en sus palabras:

—Bueno, hijo: me parece que ya es demasiado alegar. ¿Obedeces? ¿Sí o no?

—Pero, mi jefe (¡Dios no quiera que alguna vez se mire usté en ese trance!): ¿cómo he de obedecer para que me afusilen? Póngase en mi caso, sea cristiano. Y aluego, tengo una hijita, mi jefe, una hijita de cuatro años. ¿Qué va a ser de ella si me matan? Mi culpa no es de ella, o no es para daño tan grande. Yo sólo quería robar —robar, sí, eso lo digo—; pero ¿está en la justicia de usté castigarme como asesino, y de los peores? Si usté viera a mi hijita se convencería de que no lo merezco. Ella es mejor que yo; le estoy enseñando y educando bien. Ya va a la escuela. Para ella eran los trapitos que iba yo a coger. Todavía ayer a estas horas estaba yo con ella, muy quitado de la pena, muy seguro de verla crecer hasta hacerse mujercita, y ahora quieren matarme tan sólo porque tuve una mala idea y un rato de mal consejo con el diablo. No, mi jefe, yo le suplico por su mamacita linda que no me afusile. La Santísima Virgen ha de premiárselo, digo, si no es que yo mismo encuentro algún día modo de reconocerle a su mercé un servicio tan grande como es el de salvarnos la vida a los dos...

—¡Basta —gritó el subinspector—. Yo tengo que cumplir las órdenes. Si no van por la buena a colocarse cerca de la pared, los llevaremos a la fuerza. ¡A ver, oficial!

—¡Mande usted, mi coronel!

El preso:

—No, mi jefe, no se enoje. A la fuerza, no. No hace falta. Yo me defiendo con razones porque lo creo de justicia. Pero ni tengo miedo ni quiero que me lo achaquen. En llegando la hora, yo también sé morirme. Pero un favor le suplico: que me traigan a mi hijita, para despedirnos, y de no parecerle muy molesto a su mercé, que me traigan también un padrecito. Si han de afusilarme, siquiera moriré tranquila la conciencia.

El subinspector miró su reloj. Luego, en voz baja, consultó algo con el comisario. Mientras tanto los dos sentenciados a muerte hablaron entre sí, o mejor dicho: el alto le dijo algunas palabras al otro, y éste contestó con varios movimientos de cabeza.

—¡A ver! —ordenó en seguida el subinspector al oficial de gendarmes—. Que este hombre le explique a usted dónde vive su hija, y que inmediatamente vayan por ella. Lo del sacerdote no puedo concederlo... Y tú —continuó, dirigiéndose al otro preso—, ¿tú qué quieres? ¿A ti qué se te ofrece?

—A mí, nada, mi jefe. Si han de afusilarme porque sí, ¿qué más da morir consolado que sin consolar? Me hago cargo que nos toca ser los del escarmiento. Algún día se lo reclamará su conciencia.

Aprovechando aquel respiro, salí en busca de Cosío Robelo. Iba a enterarlo de que el fusilamiento progresaba dentro de las más perfectas normas posibles; pero que, así y todo, me parecía un acto abominable y perverso. El orden reinante en la ciudad no justificaba tamaña sanción contra dos infelices no más delicuentes que la mitad del Ejército Constitucionalista. Pero al llegar a la Inspección me encontré con que Cosío Robelo había salido, y luego, por más esfuerzos que hice, no pude comunicarme con él sino dos horas después de consumada la sentencia.



Aquella misma tarde volví a pasar frente a la comisaría de la Sexta Demarcación. Ante uno de los huecos destinados a las máquinas de los bomberos se detenía la gente. Me acerqué. Allí estaban expuestos al público los dos cadáveres. El rostro del fusilado de más estatura conservaba aún en su expresión huellas del empeño persuasivo con que había querido salvarse. Los pies descalzos —jóvenes, robustos— estaban surcados por hilillos de sangre ya seca. El otro cadáver yacía, más que en la lámina asquerosa de la camilla, en el seno de su resignación inalterable.

3

LA PISTOLA DE PANCHO VILLA

La justicia revolucionaria de tramitación policíaca chocó de tal modo con mi manera de ser, que al punto resolví apartarme del organismo encargado de administrarla. Sólo una cosa temía: que mi actitud lastimara a Cosío Robelo, a quien —puesto que no existían los códigos y las garantías individuales se hallaban en suspenso— no podía hacerse, ni hacía yo, personalmente responsable de los fusilamientos sumarios. Mas pronto vi que mi temor era gratuito. El Inspector General me concedió la razón a las primeras palabras, y aun me dio a entender que con gusto imitaría mi conducta de no impedírselo sus deberes militares.

Fue entonces también cuando Cosío Robelo, aprovechando la oportunidad, me reveló el verdadero motivo de su insistencia para tenerme adscrito a las oficinas de la Inspección. Asombrado lo oía yo mientras me decía:

—¿Sabe usted por qué me empeñé tanto? Pues porque sólo así me evitaría el disgusto de aprehenderlo cumpliendo órdenes que me dio Carranza en Teoloyucan a la vez que mi nombramiento de inspector. Ahora, por fortuna, la cosa es distinta. Gracias a los esfuerzos de Eduardo Hay, que, según parece, lo estima a usted mucho, el Primer Jefe ha revocado la orden.



Otros sucesos ligados más con las responsabilidades futuras de la Revolución que con sus tropiezos presentes, vinieron de allí a poco a distraerme. Me interesaba, sobre todo, la lenta evolución que iba empujando a varios jefes de las fuerzas de Sonora y Sinaloa a unirse al núcleo anticarrancista.

En ese aspecto las cosas andaban ya tan maduras, que a mi se me había metido entre ceja y ceja que Villa y Lucio Blanco llegaran, aunque sin conocerse, a un acuerdo sentimental. La tendencia de ambos contra el autocratismo de Carranza —manifiesta en Villa; en Blanco todavía tácita, pero resuelta— los aproximaba, sin duda, para la acción que iba a desarrollarse inmediatamente. Mas el solo propósito común por motivos análogos en la superficie, o en el fondo, no me bastaba. Hacía falta, además —tal al menos me parecía—, el lazo sentimental directo, así durara apenas el tiempo preciso para ser útil.

En realidad la cosa no era fácil, no obstante la circunstancia favorable de que Villa y Blanco no se hubiesen tratado nunca. ¿Cómo encontrar, en el orden de los sentimientos, un sincero punto de contacto entre Lucio, todo gallardía, generosidad, nobleza, y Villa, formidable impulso ciego, capaz de los extremos peores, aunque justiciero, y sólo iluminado por el tenue rayo de luz que se le colaba en el alma a través de un resquicio moral casi imperceptible? Blanco era tan noble que despreciaba hasta la gloria —ésa fue su debilidad—; tan humano, que el horror a matar paralizó en gran parte su acción después del primer arrebato contra Huerta. Villa, al revés, no descubría en el horizonte de las tinieblas que lo guiaban más que un punto de referencia preciso: acumular poder a cualquier precio; suprimir, sin sentimentalismo ninguno, los estorbos a su acción vengadora e igualadora. No había, pues, para realizar mis deseos, otro camino que el de una sorpresa artificiosa, y eso, siempre que el movimiento partiera de Villa; de Blanco no, porque era demasiado altivo, y Villa un ex prófugo lleno de desconfianzas.

De regreso en Chihuahua se me presentó la ocasión. Domínguez y yo habíamos venido a comunicar a Villa el resultado de nuestro viaje a México durante la toma de la plaza por las tropas constitucionalistas. Éramos, por otra parte, portadores de una carta donde Lucio le decía al Jefe de la División del Norte que había hablado con nosotros y que nos había transmitido a fondo sus ideas respecto de Carranza y sus incondicionales.

En la puerta de la habitación donde esperábamos ser recibidos, Villa apareció de pronto para preguntar alguna cosa a su secretario (Luis Aguirre Benavides), el cual conversaba con nosotros a fin de hacernos la espera menos larga. Empezaba septiembre y se sentía calor. Villa salió

en camisa. Tenía puesto el sombrero, cosa frecuente en él cuando estaba en su oficina o en su casa. Mientras hablaba con Aguirre Benavides, su forma robusta, envuelta en caqui, se destacó con fuerza sobre la pintura blanca de la puerta. Le salían por debajo del sombrero, orlándole la frente, unos cuantos rizos medio azafranados que hacían juego con el mechón de su bigote, descuidado, torpe. Pero nada resaltaba tanto en toda su figura como el enorme pistolón que le bajaba desde la cadera hasta lo hondo de una funda holgadísima. Brillaban las cachas con el lustre de las cosas muy usadas, no con el resplandor afeminado de lo que sólo es para lucir. La culata le dibujaba en el costado una curva ancha, prolongada, semejante por sus dimensiones a la cola de los cometas fantásticos que suelen verse en los libros de los niños. A uno y otro lado le corría por la cintura la fila maciza de los cartuchos, grandes hasta recordar los torpedos. Simulaba una verdadera columna de fustes de cobre sin capitel, cortados en dos por la tira oscura que los sujetaba a la canana. Debajo, las balas de acero, enormes y primorosamente pulidas, devolvían en destellos fríos la luz de las ventanas. Ante semejante espectáculo era imperativo que el sentido muscular se pusiera en juego por su cuenta y se entregara a calcular —por sí solo— la densidad, la forma, la inercia mortífera de aquellas balas de cutis fino al tacto como una caricia.

«Este hombre no existiría si no existiese la pistola —pensé—. La pistola no es sólo su útil de acción: es un instrumento fundamental, el centro de su obra y su juego, la expresión constante de su personalidad íntima, su alma hecha forma. Entre la concavidad carnosa de que es capaz su índice y la concavidad rígida del gatillo hay una relación que establece el contacto de ser a ser. Al disparar, no será la pistola quien haga fuego, sino él mismo: de sus propias entrañas ha de venir la bala cuando abandona el cañón siniestro. Él y su pistola son una sola cosa. Quien cuente con lo uno contará con lo otro, y viceversa. De su pistola han nacido, y nacerán, sus amigos y sus enemigos.»

Y fue entonces cuando la idea que andaba yo buscando se me presentó:

—Para acercar a Villa y Blanco —le dije al coronel Domínguez— necesitamos que Blanco reciba, como un obsequio, la pistola de Villa. Si Villa la da, su movimiento será inequívoco, y Blanco, al aceptarla, entenderá lo que eso significa. De mi cuenta corre.

La gran preocupación de Villa era en aquellos días el nombramiento del Presidente Provisional. A primera vista parecía dispuesto a sostener a cualquiera, siempre que no fuese Carranza. Luego, mirando más de cerca las cosas, delataba interesarse por algún hombre verdaderamente suyo. Su candidato era entonces el general Ángeles, sobre quien, como podía suponerse, versó poco después nuestra plática. ¡Conjunción rara, aquella del guerrillero analfabeto y el supremo de nuestros técnicos de la guerra! Villa, irresponsable, halló en Ángeles, que vivía atormentado por la hiperestesia de su conciencia revolucionaria, un complemento al cual entendió. En esto —como en otras muchas cosas— fue superior a los líderes semileídos de Sonora —salvo Maytorena— y de Coahuila, los cuales odiaron y calumniaron a Ángeles desde el primer momento por el simple hecho de no llegarle ni a la suela del zapato en técnica y cultura. De Sonora habría de venir la escuela de ganar batallas haciendo a fuerza de oro traidores entre el enemigo, y Ángeles se hubiera dejado desollar antes que ir a supuestas victorias mediante cohechos. Ángeles había sido cadete distinguido de Chapultepec y había asimilado allí una tradición pundonorosa que vale más que muchas revoluciones juntas. Su psicología, por consiguiente, era contraria a la del carrancismo corruptor y a la de aquella parte del sonorismo que entonces hinchaba a don Venustiano en espera del momento oportuno para traicionarlo y darle muerte. Pero ese antagonismo perfecto entre la persona de Ángeles y el grupo carrancista no lo veía Villa o fingía no verlo.

—Ángeles —le dije— vale mucho y merece mucho, pero como candidato de conciliación no es viable.

Él entonces se acaloró. Interrumpió la forma misteriosa, de conciliábulo, en que había venido desarrollándose nuestra conversación —sentado él muy cerca de nosotros, con los codos sobre las rodillas y la cara entre las manos—, y se puso en pie. Hablando aún, caminó hacia la puerta, mientras nosotros lo seguíamos; de modo que los tres salimos a la antesala sin que terminara de hecho la entrevista. En la antesala estaban varios de sus subordinados y amigos más próximos, los cuales se acercaron a hablarle tan pronto como lo vieron. ¿Se había enojado? Yo tenía la impresión de que nuestros planes acababan de perecer, en el último instante, por un exceso de sinceridad. No quise, con todo eso, darme por vencido y resolví poner la situación a prueba.

—Lo de Lucio Blanco —le dije a Villa a quemarropa, sin preparación alguna— quedaría arreglado por completo con un mero ademán afectuoso que usted le hiciera. Por ejemplo, que le mandara usted, como regalo, su pistola.

Villa me miró, miró a Domínguez, y contestó con voz un poco vacilante, mientras se desabrochaba el cinturón:

—Oiga, pues eso creo que me parece bueno.

Luego, en medio de un silencio general, me entregó la pistola, con canana y todo. Al sentir en mis manos aquel peso, tibio aún, me estremecí, y se lo pasé inmediatamente a Domínguez. No parecía sino que el contacto de la pistola me quemaba. Villa, entretanto, agregó:

—Nomás dígale al general Blanco que la cuide, porque es pistola muy chiripera.

Pero antes de terminar la frase se le demudó el rostro. Se llevó las dos manos a las caderas con un movimiento brusco. Se revolvió mirándonos a todos, e impulsado como por el instinto, se puso de espaldas contra la pared.

—¡A ver! —dijo con precipitación—. ¡Déme alguien una pistola, que estoy desarmado!

Y era tal su zozobra al pronunciar aquellas palabras, que me figuré que iba a arrojarse sobre Domínguez para quitarle la pistola que nos diera un minuto antes. Sin saberlo, acababa yo de lograr algo que nadie intentó jamás con Pancho Villa: desarmarlo. «¡Desarmarlo!»

Él se había dado cuenta de su imprudencia y había reaccionado en el acto con toda la brusquedad de su larguísima historia de fiera perseguida, acosada durante años por los rurales. ¿Cuánto tiempo haría que Villa no se encontraba así, inerme en medio de un grupo de hombres con armas, varios de ellos extraños a su sensibilidad y a sus intereses? Él, que nunca echó mano de la pistola sino para volverla a la funda tras de liquidar el conflicto, había caído, por sorpresa, en la puerilidad de entregar las armas a un hombre casi desconocido, al mismo que dos minutos antes había suscitado su enojo rebatiendo sus ideas.

Al oír la petición de Villa, varios de los presentes sacaron su pistola y se la ofrecieron. Luis Aguirre Benavides le dijo, alargándole la suya:

—Yo le daría ésta, general; pero es muy chica, y escuadra por añadidura, que usted conoce poco.

—¡Bah! ¿Pues y cuál no conozco yo bien? —observó él, tomándola.

Era, en efecto, una pistolita escuadra de calibre 32. Villa la empuñó sonriente —parecía que la contrariedad de verse sin armas se le había ya desvanecido— y tiró del cierre haciendo saltar uno a uno todos los cartuchos. Conforme caían al suelo, Aguirre Benavides iba recogiéndolos, y luego, juntos todos, se los entregó a Villa. Éste los volvió ágilmente al cargador; metió el cargador en la culata; cortó un cartucho, y, apuntándome a la frente, me dirigió esta frase:

—Ahora dígame cualquier cosa.

La boca del cañón estaba a medio metro de mi cara. Veía yo brillar por sobre la mira los resplandores felinos del ojo de Villa. Su iris era como de venturina: con infinitos puntos de fuego microscópicos. Las estrías doradas partían de la pupila, se transformaban hacia el borde de lo blanco en finísimas rayas sanguinolentas e iban desapareciendo bajo los párpados. La evocación de la muerte salía más de aquel ojo que del circulito oscuro en que terminaba el cañón. Y el uno y el otro no se movían ni un ápice: estaban fijos, eran de una pieza. ¿Apuntaba el cañón para que disparara el ojo? ¿Apuntaba el ojo para que el cañón disparase? Sin apartar de la pistola la vista, me percaté de que Aguirre Benavides sonreía tranquilo y seguro, de que los militares presentes observaban fríos y curiosos y de que Domínguez, a mi lado, respiraba apenas.

No sé qué fue entonces mayor en mí, si el temor o la indignación. Sin embargo, dominé mis dos sentimientos —creo que con buen éxito absoluto— y en el acto le contesté a Villa muy reposadamente:

—¿Y qué quiere usted que le diga? ¿Algo bueno o algo malo?

—Lo que le nazca del corazón.

—Pues que no vaya también a ser ésta una pistola muy chiripera —le dije.

Pero Villa ya no me oía. Miró a Domínguez y fue dejando caer lentamente el brazo, mientras preguntaba:

—Bueno: ¿y cuál es el más valiente de los dos?

Como acababa yo de padecer un miedo horrible, respondí sin titubeos:

—Domínguez.

Y Domínguez, que con justicia tenía muy alta idea de su inmenso valor, dijo:

—Ninguno.

—Pues ¡qué se me hace —replicó el guerrillero— que es más valiente el civil que el militar!

Aquella observación, inexplicable e injusta, nunca se la perdonó Domínguez a Villa, ni creo que jamás me la haya perdonado a mí.

4

UN PRÉSTAMO FORZOSO

Camino de México conocimos Domínguez y yo al coronel Ornelas, jefe de estado mayor de uno de los generales que operaban en el centro de la República. Era joven, inteligente, franco y conversador. Todo el tiempo que pasamos juntos no dejó de relatarnos episodios de su vida de campaña, y para distraer uno de los prolongadísimos altos causados por las malas condiciones de la locomotora, nos entretuvo haciendo de cuerpo entero el retrato de su general.

Nos habíamos sentado al borde de la vía férrea, él, nosotros y algunos revolucionarios más —coroneles y oficiales de rifle y pistola— que traíamos en nuestro tren. Se apagaba, admirable, la tarde de otoño. Los montes próximos se arropaban poco a poco en vapores color de violeta que parecían subir del fondo del valle, ya medio en sombra.

«Esta vez —contaba Ornelas— se nos vino encima el problema de socorrer a la tropa tan pronto como tomamos el pueblo. El general me mandó llamar y me dijo:

«—¿Tú sabes que no hay ni un centavo en las cajas de caudales de la brigada?

«—Me han dicho eso.

«—Pues no hay que apurarse por tan poco. La posesión de este pueblecito nos sacará de pobres por algunos días. Aquí vamos a poner en obra un plan infalible para los préstamos forzosos de gran envergadura, un plan que rinde las más altas voluntades.

«Y luego, tras nueva rociada de retórica y pedantería —que no mermaban en nada su manera ingeniosa, fría, eficaz, ni su modo de ir derecho al objeto y alcanzarlo a todo trance— me tendió un papel con varios nombres escritos de su puño y letra, y añadió:

«—Estos son los nombres de los cinco vecinos más ricos del lugar: unos tienen tierras y otros tierras y tienda, pero todos son *científicos*,

huertistas reaccionarios. ¡Que se presenten inmediatamente en este cuartel, so pena de ser fusilados por su comercio con el enemigo!

«Estábamos mi general y yo en una pieza de la casa donde iba a instalarse la comandancia de la columna. Por la ventana, abierta y ancha, veíamos en el fondo del cielo el mar de tonos rojos en que se hundía el sol. A todo lo largo de la calle aparecían los grupos de soldados quitando a las mulas los aparejos. Mientras hablábamos, entraban y salían ordenanzas encargados del equipaje y otra impedimenta.

«—Y esta orden —pregunté, tras leer los cinco nombres de que se componía la lista— ¿debo mandarla ejecutar o ejecutarla yo mismo?

«Mi general reflexionó apenas un segundo y respondió vivamente:

«—Sí, eso es; cúmplela tú mismo.



«Cogí diez soldados de los de la escolta y me eché a la calle; si bien pronto, al hallarme en la puerta, vacilé en cuanto al camino que debía seguir. ¿Ganaría para la izquierda? ¿Ganaría para la derecha? El pueblo, para mí desconocido del todo, me resultaba un verdadero enigma como teatro de aprehensiones. ¿Quiénes eran, dónde vivirían aquel don Carlos Valdés y aquel don Ciriaco Díaz González que encabezaban la nómina de los sentenciados al préstamo? Una consideración obvia puso fin a mis dudas empujándome a caminar hacia la placita de los portales, del jardincillo y del quiosco —la misma adonde iría en el atardecer de los días siguientes a entretenerme mirando el revolotear de las urracas entre las frondas de los árboles añosos.

«En la plaza logré pronto informes precisos; mas como hube de acercarme a diversas puertas y andar por varias calles, seguido siempre de la escolta, la alarma empezó a cundir. El aire siniestro de mis hombres y los rostros inquietos de quienes nos acompañaban reavivaron el sobresalto producido por la escaramuza de la mañana.

«Por fortuna, para cuatro de los vecinos designados por mi general la busca no resultó larga. Todos los habitantes del pueblo los conocían: a ellos, a sus familiares, sus casas, sus comercios. Pero para el otro —el primero de la lista: don Carlos Valdés— la cosa ya fue bien diferente. Al principio nadie sabía de quién se trataba.

«—¿Carlos Valdés? ¿Cuál Carlos Valdés?

«Por fin se puso en claro que sí había en el pueblo un Carlos Valdés; pero se insistió en que no podía ser ése el Valdés de mi lista, sino otro: don Vicente Valdés, cuyas señas no se ignoraban.

«—¿Y por qué —inquiría yo— no ha de ser don Carlos el Valdés que yo busco?

«—Porque Carlos Valdés —me enteraban— no pertenece, como las otras personas que anda usted cazando, a las familias pudientes del pueblo, mientras que don Vicente sí. Éste, si no de los más acaudalados, tampoco es de los más pobres.

«Mi orden, sin embargo, se refería a don Carlos Valdés y no a don Vicente Valdés, por lo que yo, ateniéndome a la consigna, pedí que se me guiara a la casa del primero y no a la del segundo; y cuando hube dado con aquél, me lo traje entre filas junto con los cuatro ricos auténticos o, por lo menos, indiscutibles.



«Mi general recibió a sus candidatos al préstamo forzoso con toda la parafernalia ceremoniosa de semejantes casos. Estaba en pie, detrás de su mesita de campaña: abotonado hasta el cuello el chaquetín; afeitado con esmero; vueltas hacia arriba, a lo Káiser, las agudas guías de sus bigotes, y abombado el pecho, a falta de genuino aire marcial, bajo la gola de sombra que proyectaban los rayos de la lámpara al interponérseles el curvo perfil de una papada prematura. A uno y otro extremos de la mesilla, sobre sendos taburetes, tenía abiertas y exhaustas las cajas de caudales de sus tropas.

«Dejó transcurrir varios minutos en silencio, a fin de impresionar más hondamente a sus víctimas, y luego dijo:

«—Los saludo a ustedes, señores, por más que no me allane a estrecharles la mano; ustedes son unos traidores, unos cobardes, unos ciudadanos perversos, enemigos del pueblo y de sus instituciones libres, en tanto que yo... yo soy un digno representante del valeroso Ejército Revolucionario...

«—¡Señor general! —intentó aquí proferir uno de los cinco hombres a quienes se apostrofaba tan duramente.

«Pero mi general, desde luego, lo ató corto:

«—No, señor —dijo—; de ninguna manera. De ninguna manera se me interrumpa.

«Y para reforzar su dicho, se volvió a mí, que aún conservaba bajo mi mando los diez soldados de la escolta, y repitió con énfasis:

«—¡Que de ninguna manera se me interrumpa!

«Yo entonces mandé terciar armas y distribuí los soldados en la retaguardia y flancos de los prisioneros.

«Mi general, mientras tanto, había extraído del bolsillo de su chaquetín una copia de la lista que me diera poco antes y la leía para sí. En seguida, sin levantar la vista del papel, pero con ademán de dirigirse a los presos continuó:

«—Don Carlos Valdés. ¿Quién es don Carlos Valdés?

«—Yo soy, señor —respondió el nombrado.

«—Don Ciriaco Díaz González. ¿Quién es el señor Díaz González?

«—Yo —contestó una voz perentoria y seca.

«—¡Ajá! Con que usted. Mucho gusto...

«Y a renglón seguido:

«—Don Pedro Salas Duarte. ¿Quién es don Pedro Salas Duarte?

«—Un servidor, general.

«—¿Un servidor? Pronto lo veremos. ¿Y don Marciano de la Garza?

«—También para servirle, señor general.

«—Usted, supongo —afirmó mi general dirigiéndose al único preso cuyo nombre no había pronunciado aún—, será don Ignacio Muriedas.

«—El mismo —ratificó el otro con aire y acento denunciadores de que era español.

«—Pues bien, señores —prosiguió mi general en tono de discurso—: la Revolución consume fondos que nosotros, sus servidores honrados, sus servidores puros y sin mancha, no podemos improvisar. Y como nada hay más justo que ustedes —las clases y los individuos responsables del presente estado de cosas— paguen los gastos de la guerra de que son causa única, a ustedes toca venir a colmar el vacío de que ahora se resienten las arcas de la pagaduría de mis tropas, y a tal se debe esta entrevista, a la que tan amablemente se han servido concurrir. Las fuerzas de mi mando, que hoy por la mañana supieron librar a este pueblo de la ignominia de seguir bajo el yugo de las tropas reaccionarias, esperan de

ustedes, sin demora ni excusa de ningún género, la módica suma de treinta y cinco mil pesos en efectivo. Con todo, no quiero adelantar conclusiones: los treinta y cinco mil pesos los entregarán ustedes no a título de castigo por su apoyo a los enemigos de la libertad y el orden de la República —nadie crea que me erijo en juez—, sino como simple préstamo forzoso, por el que se les otorgará recibo y se les indemnizará cuando la causa triunfe... Dos puntos son aquí esenciales e invariables, y explican por sí solos el rigor de las órdenes respectivas. Uno es el monto de las sumas que cada uno de ustedes deberá entregar: no se las reducirá en un solo centavo; otro, el plazo que a cada uno se le otorga: no se alargará ni un solo instante.

«Los cinco sentenciados al préstamo habían venido sintiendo, a medida de que mi general avanzaba en sus retóricas, un ritmo de venas más acelerado. Se les veía tragar saliva, tenían hinchada la frente; conservaban piernas y pies en quietud perfecta, y no paraban de agitar las manos dentro de los bolsillos. Sólo uno, don Carlos Valdés, parecía aceptar la embestida con suficiente flema para no airarse. Miraba a mi general, dibujándosele en los labios, casi imperceptible, una sonrisa entre burlona y melancólica.

«Después de una pequeña pausa y volviendo a su lista, mi general continuó:

«—Señor don Carlos Valdés: las fuerzas de mi mando le conceden a usted un plazo de doce horas a partir de este instante (son —dijo mirando su reloj de pulsera— las siete y cuarenta y siete de la noche) para que entregue en la caja de mi brigada cinco mil pesos. De no llenar este requisito, será usted ahorcado, sin nuevo trámite de ninguna especie, mañana a las siete y cuarenta y siete de la mañana.

«La fila de los cinco ricos, al oír tales palabras, perdió el resuello. De rojos que estaban se pusieron blancos. Valdés quiso hablar y abrió la boca; pero antes que emitiera el menor sonido, ya mi general estaba diciendo:

«—Señor don Ciriaco Díaz González: se le concede a usted un plazo de quince horas a partir de este instante (son las siete y cuarenta y nueve de la noche), para que entregue en la caja de mis fuerzas la suma de seis mil pesos. De no cumplir con este requisito, será usted ahorcado sin trámites ni apelación mañana a las diez y cuarenta y nueve de la mañana...

Señor don Pedro Salas Duarte: se le conceden a usted dieciocho horas, a partir de este momento, para que entregue en la caja de mis fuerzas la suma de siete mil pesos. Son la siete y cincuenta y un minutos de la noche; de no cumplir la orden recibida, será usted ahorcado, sin que medie nueva formalidad de ninguna naturaleza, mañana a la una y cincuenta y un minutos de la tarde... Señor don Marciano de la Garza: se le concede a usted un plazo de veintiuna horas (son las siete y cincuenta y tres de la noche) para entregar en la caja de mis fuerzas la cantidad de ocho mil pesos. Si no cumple usted este mandato, será ahorcado, sin otro trámite que el de la verificación del reloj, mañana a las cuatro y cincuenta y tres de la tarde... Señor don Ignacio Muriedas: se le conceden a usted veinticuatro horas a partir de este instante (son las siete y cincuenta y cinco de la noche), para que entregue en la caja de mi brigada la suma de nueve mil pesos. Si se resiste usted a cumplir esta orden, será ahorcado mañana sin trámites de ninguna especie, exactamente a esta misma hora y en este mismo minuto... Una palabra más: mientras las órdenes que acaban ustedes de escuchar reciben cumplimiento, bien en un sentido —cosa que deseo— o bien en el otro —cosa que lamentaría—, quedan ustedes presos en esta jefatura y a mi disposición. Sólo se les permitirá, para facilitarles sus gestiones, que se comuniquen libremente con sus familiares y amigos.

«Así dijo mi general, se atusó el bigote, acercó hacia sí una silla y me llamó para darme instrucciones sobre el alojamiento de los presos.

«Éstos no volvían aún de su desmayo ni de su asombro. El propio don Carlos Valdés, aquel de quien en el pueblo se decía que no era rico ni cosa que se le pareciese, y que poco antes se mostrara tan animoso, hacía en vano grandes esfuerzos para recobrar la calma. Todos, al fin, intentaron romper a hablar; pero mi general, que no les perdía ojo, los atajó de plano con frases perentorias:

«—¡Inútil, señores! ¡Cuánto me digan será inútil! Están dictadas las disposiciones; los plazos corren. O entregan el dinero o van a la horca. ¿Hay una disyuntiva más clara ni más franca? En todo caso, no admite paliativos.

«Hubo entonces un silencio prolongado y angustioso. Valdés se puso a respirar con fuerza, y súbitamente, enardecido por la inminencia del peligro, se soltó en palabras, saltando por sobre el gesto imponente con que mi general quiso hacer que callase:

«—Callaré muy pronto, señor general, pero no sin decirle antes algo que acaso usted ignore y que mi obligación y mi salud me mandan comunicarle. Como pueden certificar las honorables personas presas aquí conmigo, y cuya suerte me duele igual que la mía, yo soy muy pobre: pobre individualmente, pobre por mis parientes, pobre por mis amigos. No crea usted que miento; le digo la verdad: yo no tengo casas, ni terrenos, ni dinero, ni comercio, ni valores, ni cuentas en los bancos. ¡Doce horas para entregar cinco mil pesos! De oírlo se me hace que estoy soñando. Un año de plazo sería poco, se lo aseguro; tan poco como las doce horas. Así pues, por lo que a mí toca, no aburra con la espera a sus verdugos: mándeme ahorcar ahora mismo en vez de aguardar a mañana a las siete y cuarenta y siete.

«—La Revolución, señor Carlos Valdés, no tiene verdugos ni los necesita.

«Así dijo mi general, añadiendo al punto:

«—Sus palabras le costarán caras.

«Y todos guardamos silencio.»

5
EL NUDO DE AHORCAR

Encendimos una fogata —porque, ya anochecido, la sierra nos mandaba la frialdad de su hálito— y nos agrupamos en corro. Las llamas nos enrojecían la cara y precipitaban cascadas de oro viejo por los pliegues de los sarapes. Atrás, hacia donde apuntaban fulgurantes con sus reflejos los cañones de los rifles, iba tupiéndose la sombra, el cerco hosco, impenetrable, que nos circundaba por la espalda mientras por delante, en la diminuta rotonda de claridad, formaban perímetro los pares de ojos encandilados y se apretujaban los cuerpos, calientes por un lado hasta tostarse y frígidos por el otro.

A la luz de la hoguera el relato ensanchó la perspectiva de su interés. El coronel Ornelas se detuvo breves instantes; quiso en vano reavivar el fuego de su cigarrillo de hoja, y prosiguió al fin con el mismo tono de voz que hasta entonces —tono seco, frío en apariencia, pero teñido en realidad de un dejo de emoción temerosa de manifestarse:

«Yo conté a mi general lo que en el pueblo se decía: don Carlos Valdés, a juzgar por la fama y las opiniones más válidas, era incapaz de reunir, no ya cinco mil pesos, pero ni quinientos, ni ciento.

«—Tú —observó mi general— llegas nuevo a estas andanzas y luego caes en engaño. Ten por seguro que de los cinco sujetos que tenemos presos, el de más valor para nosotros es don Carlos Valdés. Ya lo verás.



«En el pueblo, mientras tanto, había corrido la noticia como un reguero de pólvora. Sólo se hablaba del préstamo forzoso impuesto por nuestras tropas y del peligro en que estaban los cinco ricos designados para entregar el dinero y amagados de morir en la horca. Multitud de parientes y amigos de los presos estuvo a ver a éstos en la Jefatura de

Operaciones, trayéndoles consejo, simpatía o ayuda. Varias comisiones de las clases humildes lograron acercarse a mi general e intentaron demostrarle cómo don Carlos Valdés no era entonces, ni había sido nunca, hombre de posibles. Pero mi general se encolerizó, dijo que ni la Revolución ni él se equivocaban y amenazó con castigos ejemplares a los que se empeñaran en velar los hechos o en facilitar apoyo a las ocultaciones "delictuosas". Tampoco se mostró menos enérgico con los que vinieron a pedirle que alargara los plazos.

«—Considere usted, señor general —le decían—, que el pueblo es chico, que está arruinado por la guerra. Ayer mismo, antes de entrar ustedes, los federales barrieron con cuanto había. Hágase cargo: treinta y cinco mil pesos es una cantidad superior a nuestras fuerzas; no la tenemos, no la reuniremos en unas cuantas horas. Siquiera dénos usted tiempo para acudir a nuestros amigos de la comarca: cuatro días, tres, dos. Acepte nuestra palabra de honor de que le pagaremos. Somos hombres honrados y hechos a cumplir, así pasemos por huertistas y enemigos del movimiento libertario.

«Pero mi general, preciso y enérgico, atusándose las guías del bigote en dirección de los ojos, y sonriendo apenas —como si su gran coquetería se cifrara en enseñar las comisuras de la boca a la sombra de los pelos tensos—, respondió con estas pocas palabras:

«—Las órdenes están dadas y los plazos corren. Ustedes, que son unos traidores y unos cobardes, van a aprender que con la Revolución no se juega, ni se juega conmigo, que la represento con cuanta dignidad conviene a su idealismo glorioso y a sus impulsos heroicos, justicieros. Si antes de la hora que ya fijé, don Carlos Valdés no entrega los cinco mil pesos que le corresponden, mañana a las siete y cuarenta y siete a. m. lo verán ustedes balancearse en la horca. Y así los demás a su turno. ¡Señores, no pierdan el tiempo!



«A las diez de la noche se metió en la cama mi general, tras de decir, muy preciso, que no lo despertasen hasta las siete de la mañana. La Jefatura de Operaciones entró en reposo. Unicamente en las piezas ocupadas por los cinco presos siguió, sorda, la agitación. Entraban y salían

amigos, se mandaban recados, se escribían cartas. Los presos, nerviosísimos, veían el reloj cada cinco minutos, salvo don Carlos Valdés, que parecía ajeno al trajín ansioso. Tranquilo, o resignado, decía con voz dulce al grupo de mujeres que estaban en rueda alrededor de su silla:

«—Yo no tengo cinco mil pesos ni los tendré nunca. Si los pidiera a crédito, no me los prestarían, pues salta a la vista que no sabría pagarlos. No dudo de que el pueblo, si pudiese, haría algo para salvarme. Pero ¿cómo esperar que me salve a mí, si no encuentra lo necesario para librar de la horca a mis cuatro compañeros, que son ricos de veras y muy dueños de devolver algún día, con creces, lo que en este trance se haga por ellos? Esperemos que este general, que habla tanto de valor, de justicia y de heroísmo, vuelva en razón y se convenza de que yo soy un pobre diablo. Entonces no cumplirá sus amenazas, y si las cumple, allá él con su crimen.

*

«No cesaron en toda la noche las gestiones que se hacían en el pueblo —y fuera del pueblo, pues salieron varios propios con distintos rumbos— por sacar de su terrible apuro a los cinco ricos escogidos por mi general. Mas, a pesar de todo aquel ir y venir, sonaron las siete de la mañana sin que nadie entregase un solo centavo. Mi general, en cuanto despertó, me hizo llamar para preguntarme:

«—¿Ya está aquí el dinero de don Carlos Valdés?

«—No, mi general. Ni el de don Carlos Valdés ni el de nadie. Y en lo que se refiere a Valdés...

«—Perfectamente —me interrumpió—. Apresurémonos a tomar medidas.

«Luego reflexionó unos segundos y continuó así:

«—Mira. En el patio de la casa hay un fresno canijo. A falta de cosa mejor, eso puede servirnos de horca. Haz que amarren a la rama más alta y menos débil una cuerda fuerte, con gaza en la punta, y toma las demás providencias necesarias. El nudo, sobra decirlo, no ha de ser de los comunes y corrientes. Que sea de los de ahorcar... Habrá que prepararlo toda aprisa, porque son las siete y siete minutos: apenas nos queda algo más de media hora... ¡Ah! Ahora que salgas, de paso, dile a Juan que me traiga el desayuno, hazme el favor.

«En el acto salí a cumplir las ordenes recibidas, aunque a cumplirlas no con la facilidad con que se hubiese esperado. La única rama fuerte del fresno canijo era bajísima. Fue necesario medir la estatura de don Carlos Valdés para convencernos de que, subido él sobre una silla —la cual se retiraría en el momento supremo—, podía quedar, entre su pescuezo y la rama, espacio suficiente para la cuerda y el nudo. De ese modo sí era probable que, quitada la silla súbitamente, el cuerpo del ajusticiado colgara con bastante holgura y movimiento para que su propio peso lo ahorcase.



«Mi general acabó de vestirse a las siete y media y vino al patio para ver lo que yo había hecho. Se subió a la silla que estaba debajo del árbol. Se colgó de la cuerda con ambas manos, para probar la resistencia de la rama. Consideró la altura a que todo aquello quedaba del suelo. Por último examinó el nudo, de cerca y con mucha atención.

«—Este nudo —declaró al fin, bajándose de la silla— no sirve para nada. Ordené que fuera de los de ahorcar, de los que se han inventado con ese objeto y nunca fallan. ¿Por qué no se me obedece?

«Yo le respondí:

«—Mi general, éste es el mejor nudo de cuantos se me han ocurrido. No conozco los apropiados para la horca, ni los conoce tampoco ninguno de los oficiales o soldados ahora presentes. He mandado llamar a dos individuos que estuvieron en presidio y no han sabido darme noticias del nudo de que se trata.

«—Pues conocen ustedes muy poco —respondió— y no merecen la confianza que les dispenso. ¡A ver esa cuerda! Haré yo el nudo para que lo aprendan.

«Uno de los soldados se encaramó en el árbol, desató la reata y me la echó a las manos. Pero mi general, interponiéndose ágilmente, la cogió en el aire. La fusta de montar, que traía en la mano derecha, se la metió debajo del brazo. El cigarro, que traía en los labios, se lo acomodó en uno de los ángulos de la boca, en forma que no le estorbara: el hilillo de humo le subía por el rostro, paralelamente al bigote, e iba a hacerle entornar, al sesgo, el ojo duro. Y allí, parado en mitad del patio, bajo el mirar curioso de oficiales y soldados, se entregó a elaborar con destreza,

con maestría, el nudo de la muerte, complicado y siniestro. Mientras movía los dedos, con habilidad extrema, el cordoncito de humo de su cigarro lo hostigaba y daba a su cara, arrugándosela en ángulos violentos, algo de satánico, de mefistofélico, una expresión denunciadora de regocijo anticipado ante la perspectiva de romper los cauces más protegidos en su curso. Moviendo rápidamente las manos, volvió un extremo de la cuerda sobre la cuerda misma y la torció de tal manera que vino a formar, como remate, la gaza estranguladora. Era un macizo cilíndrico y largo, por cuyo interior se deslizaba sin tropiezo la cuerda y cuya rigidez, semejante a la del hierro mismo, rompería la nuca del ajusticiado al colgar de las vértebras inmediatas a la cabeza todo el peso del cuerpo.

«—Ahí tienes —me dijo, y me tendió la reata.

«Yo la tomé, la vi y se la eché al soldado del árbol. El soldado la amarró de nuevo a la rama.



«A las siete y cuarenta mandó preguntar mi general a don Carlos Valdés si estaba listo para entregar la parte que le correspondía en la derrama del préstamo forzoso. Valdés contestó que listo estaba, pero que no tenía el dinero ni esperaba tenerlo. Entonces mi general ordenó que los cinco presos fueran traídos al patio con una escolta de veinte hombres. A mí me dijo:

«—Haz que se presenten aquí inmediatamente todos los oficiales que se encuentren en el edificio.

«Salí.

«Cuando hube regresado, en el patio reinaba un silencio profundo. A quince pasos del fresno, los ricos sentenciados al préstamo, o a la horca, formaban fila paralela a la rama de que pendía la cuerda, engrandecida por el nudo monstruoso. A la derecha, en ala perpendicular, se alineaban los veinte soldados, de dos en dos. A la izquierda los oficiales hacían semicírculo jerárquico en torno a mi general. Éste daba en voz baja instrucciones al sargento de la escolta y a un cabo.

«En seguida el sargento fue a incorporarse con su escolta y el cabo se colocó junto a una silla que se había puesto cerca de la que se hallaba exactamente debajo del nudo de ahorcar.

«Eran las siete y cuarenta y cinco. Los presos, muy pálidos, se esforzaban por no ver nada, pero lo veían todo. Valdés era quien se conservaba más sereno. ¿Sereno por completo? No. Había un punto por donde la ansiedad de su inconsciente se desahogaba: su mano izquierda le raía con ahínco las asperezas resecas del labio inferior.

«Mi general sacó del bolsillo la lista de los cinco presos y leyó con voz de resonancias solemnes:

«—¡Don Carlos Valdés!

«Valdés respondió:

«—¡Presente!

«—¿Está usted dispuesto a cumplir las órdenes que por mi conducto le ha dictado la Revolución?

«—Ya he dicho, señor general, y no concibo que sobre esto le quepa a usted la menor duda, que dispuesto estoy a cumplir, pero que no tengo dinero ni manera alguna de procurármelo.

«—Muy bien, señor Valdés. Lo que pase será obra exclusiva de su resistencia a un mandato cuya justificación no puede discutirse. Le quedan a usted dos minutos para resolver. Pero como la Revolución no infringe sus propios mandatos, iremos adelantando ciertos preparativos... ¡Sargento, cumpla usted las órdenes!

«El sargento, con dos soldados, se acercó a Valdés; le ató las manos a la espalda. Luego, empujándolo por los brazos, lo condujo hasta las sillas, a una de las cuales lo hizo subir. Después dejó a los dos soldados la custodia del sentenciado a muerte y fue a colocarse otra vez en su puesto, junto a la escolta.

«A continuación el cabo subió a la otra silla y, alzando los brazos, metió la cabeza de don Carlos Valdés dentro de la lazada del nudo.

«El sargento mandó:

«—¡Presenten... armas!

«Los compañeros de Valdés, demudado el rostro, flojas las corvas, contraído el vientre, miraron hacia la horca con ojos de extravío. Él, muy pálido, pero muy firme, no apartaba la vista de mi general, que a su vez mantenía los ojos fijos en el minutero de su reloj de pulsera.

«Unos segundos pasaron. De pronto mi general alzó la cara para ver a Valdés y dijo:

«—Don Carlos Valdés: son las siete y cuarenta y siete de la mañana.

El plazo se ha cumplido. ¿Entrega usted los cinco mil pesos, sí o no?

«Valdés siguió mirando a mi general sin responder nada. Mi general se dirigió entonces al cabo:

«—¡Cumple la orden! —le dijo.

«El cabo tiró de la silla en que Valdés estaba en pie y lo dejó colgando de la cuerda.

«Se cerró la gaza instantaneamente. El nudo operó firme. Don Carlos Valdés pataleó en el aire con gesticulaciones grotescas y horrible agitación de sus manos amarradas, que le golpearon la región de los riñones como con escobajo frenético.

«Los otros cuatro presos lanzaron un grito —un grito pavoroso— y abrazados se volvieron de cara a la pared.

«Los oficiales nos estremecimos.

«Mi general no parpadeó.



«Don Ciriaco Díaz González entregó sus seis mil pesos a las nueve de la mañana; don Pedro Salas Duarte entregó siete mil antes de las once, y los otros dos notables del pueblo pagaron sus cuotas antes del mediodía.

«Poco después, mirando mi general todo aquel dinero, perfectamente contado y formado en montoncitos sobre su mesa de campaña, me decía:

«—Como ves, el procedimiento es infalible. Todos pagaron.

«—Todos, sí, menos Valdés —repliqué.

«—¿Valdés? Por supuesto. Pero de ése ya sabía yo que no habría de pagar. No tenía ni en qué caerse muerto.

«—¡Pero... entonces!... ¿por qué lo ahorcamos?

«—¿Por qué? ¡Qué bisoño eres! Ahorcándolo a él, era seguro que pagarían los demás...»

Libro tercero

Prisión de políticos

1

BARRUNTOS DE APREHENSIÓN

De vuelta en México, me dediqué, más aún que antes, a mi labor anticarrancista.

Luis Cabrera venía, casi a diario, a la casa que ocupaba Lucio Blanco en la calle de los Héroes —la hermosísima mansión de don Joaquín D. Casasús—. A menudo comía allí, o cenaba, y cuando no, solía engolfarse con Lucio en largas pláticas que nosotros, los amigos de éste, procurábamos no interrumpir con nuestra presencia próxima.

Una mañana, a poco de presentarse Cabrera, Lucio me llevó aparte y me dijo:

—Creo que ya es tiempo de hablar a Cabrera con absoluta claridad. Conviene, sin embargo, para no aventurarnos en exceso, que no sea yo quien le proponga el punto, sino usted en mi nombre. Confíele la cosa en términos tan precisos como se pueda, aunque sin salir de las generalidades; sobre todo, sin mencionar nombre alguno fuera del mío, e invítelo de mi parte a que defina su actitud.

Yo entonces me acerqué a Cabrera, lo tomé por un brazo y lo hice venir conmigo, desde el salón en que nos hallábamos, hasta una de las habitaciones interiores, donde de seguro nadie nos estorbaría ni escucharía. Había en aquella pieza un pequeño sofá esquinado contra uno de los rincones. En él nos sentamos Cabrera y yo, y empezamos a hablar. La conversación —así nos convenía a ambos— fue rodando rápidamente de tema en tema. Cuando hubo llegado a la coyuntura favorable, yo entré en materia sin ambages:

—Carranza —dije— es un ambicioso vulgar, aunque aptísimo para sacar partido de sus marrullerías de viejo politiquero a la mexicana. Es un hombre sin generosidad constructiva ni ideales de ninguna especie. Cerca de él no pueden estar más que los aduladores y los serviles, o los que fingen serlo para que Carranza les sirva en sus propósitos personales. Es un corruptor por sistema: alienta las malas pasiones, las mezquindades y aun los latrocinios de los que le rodean; lo cual hace a fin de manejar y dominar a éstos mejor. Todos los revolucionarios con personalidad o los revolucionarios sencillamente puros, que no han querido convertirse en instrumentos dóciles, han debido romper con él o resignarse a un papel de sacrificio, humillante o secundario. Y los que no han roto aún, se sienten ya sobre ascuas y no aciertan a qué postura acogerse. Usted sabe, tan bien como yo, que uno u otro de esos casos es el de muchos de nuestros amigos. Tal ocurre, o ha ocurrido, con Maytorena, con Ángeles, con Villarreal, con Blanco, con Vasconcelos, con Bonilla y hasta con usted mismo. Recuerde usted los desaires y la guerra sorda que Carranza le hacía durante nuestra estancia en Nogales. Y es que Carranza sueña con la posibilidad fantástica de resultar un nuevo Porfirio Díaz, de ser un Porfirio Díaz más grande y mejor que el otro, cuya memoria, en el fondo, admira y reverencia. ¿No son ya evidentes las pruebas de que Carranza trata de subordinarlo y sacrificarlo todo a ese fin exclusivamente personal y muy suyo, sin dársele un comino de lo que en realidad pueden traer de fecundo para México la Revolución y sus hombres? A usted le consta que, por principio de cuentas, Carranza ha procurado, metódicamente, desde el primer día, mantener dividida a la Revolución. Llegó a Sonora derrotado, inerme y en la miseria. Consciente de la poca capacidad militar de don Pablo González, había querido retirarse al último extremo de la República para mandar desde allí tranquilo. Maytorena, a la inversa de lo que hubiese hecho cualquier otro, se portó noblemente con él; lo acogió y reconoció como jefe, atento tan sólo al primero de sus deberes: que la unidad revolucionaria se conservase. Pero él, que sabía que Maytorena era el único que podía, en rigor y con derecho, disputarle la jefatura del gobierno revolucionario en la hora del triunfo, se dedicó, no bien se sintió fuerte de nuevo, a ahondar las diferencias que ya existían entre los grupos sonorenses, el maytorenista y el pesqueirista, y a serle desleal a quien le había salvado del fracaso y del ridículo. Luego, al convencerse de

que Felipe Ángeles era un hombre bueno, apto y con ideales, hecho para la nobleza y el desinterés, para los actos grandes, no para las ruindades de los farsantes ambiciosos, no para las socaliñas de quienes sólo tratan encumbrarse o ir a su medro a cambio de bajezas, lo postergó, lo hostigó, y acabó sacándolo de quicio. Por último, al percatarse de que Villa iba siendo el verdadero autor del triunfo militar revolucionario, se empeñó en crearle obstáculos. Las grandes victorias de la División del Norte, desde Ciudad Juárez hasta Zacatecas, Carranza y los suyos no se las perdonan a Villa, porque todos saben que ésas son las victorias que nos han dado el triunfo. Con Carranza, la Revolución no tendrá nunca ni la voluntad, ni la capacidad, ni la videncia de la obra ulterior que ha de justificarla. Carranza sólo se preocupa y sólo sabe de acabar con quienes no acatan sumisos su dictadura, y cuando realice eso, esté usted seguro de que dejará que hagan y deshagan cuantos lo reconozcan como jefe y lo sostengan como tal. Con Carranza, el país y la Revolución van a un despeñadero, van a la lucha personalista tras el disfraz de los postulados revolucionarios, van a la anarquía de los depravados que sólo piensan en figurar y enriquecerse y que, para lograr sus planes, no sentirán escrúpulo ninguno, cuando sean de ello conscientes, antes sumirán a México en condiciones peores que bajo Victoriano Huerta. Por eso nosotros creemos que hay que derrocar a Carranza o renunciar a que la Revolución sea un bien... El general Blanco, que sabe que usted no pertenece al grupo de los carrancistas serviles, me ha pedido que le exponga a usted estas ideas en su nombre y que le comunique nuestros planes: estamos resueltos a oponer una barrera al carrancismo personalista y cor-ruptor. ¿Quiere usted ser de los nuestros?

Cabrera me había interrumpido varias veces mientras le hacía yo mi discurso, bien para aclarar mis palabras o bien para confirmarlas y aun asentir a ellas. Cuando hube terminado me dijo que en principio estaba de acuerdo en lo que se le proponía; pero que, de todos modos, deseaba reflexionar despacio antes de decir de plano sí o no. Quedamos, por último, en volver, de allí a dos o tres días, sobre la cuestión.

La respuesta de Cabrera no le agradó a Lucio Blanco.

—Me sorprende no poco —me dijo—, pues de lo que yo había hablado con él esperaba que su aceptación fuese inmediata y categórica. Ahora siento que, por no saber esperar, hayamos soltado prenda.

Yo no opiné del mismo modo. Cabrera podría, o no, pensar como nosotros; pero, en cualquier caso, como no se trataba de un juego, nada más explicable que no quisiera irse de bruces. En esto, por lo demás, los hechos posteriores parecen darle a Cabrera la razón en el orden del éxito personal. Si él entonces, al declarar que pensaba como yo, hubiese declarado también que se unía a nosotros, quizá después no hubiera podido cambiar de palabra, como cambió de pensamiento, y su porvenir próximo habría sido el de todos los anticarrancistas de aquellos días: el fracaso del convencionismo y, de allí, la expatriación o la muerte. Del otro modo Cabrera realizó acaso aspiraciones suyas: recobró ascendiente, tuvo influencia, fue ministro, fue poderoso. Cierto que podría decirse asimismo que si entonces todos los revolucionarios de la importancia y el valer de Cabrera se hubieran opuesto a Carranza, el carrancismo no habría podido ser, y México se habría librado de aquel azote y todas sus consecuencias desmoralizadoras. Pero dicho esto, la interrogación se abre de nuevo: de no haber habido carrancismo, ¿es seguro que hubiese habido algo mejor? Y esto ya es materia de simple hipótesis. Unos diremos que sí, otros pensarán que no, pero ninguno con mejor derecho. Ahora, que a quienes decimos que sí, nos queda la satisfacción de no haber intervenido en aquella obra.

En cuanto a la observación de Lucio sobre que hubiéramos, hablándole a Cabrera, soltado prenda, tampoco me parecía fundada. Yo sentía por Cabrera —y aún la conservo— muy alta estimación. Nuestras relaciones, además —de un género bastante diverso de lo meramente político—, me autorizaban a confiar en su lealtad o por lo menos, en su silencio caballeroso. Todavía creo que no me equivoqué.



Los sucesos, sin embargo, resbalaban por la única pendiente que tenían delante. Dos o tres días después de mi conversación con Cabrera, el coronel Domínguez y yo nos encontramos con Alfredo Breceda en la casa de Blanco.

—¡Hombre! —nos dijo—. Me alegro de encontrarlos. Sobre todo, me alegro de encontrarlos juntos. A los dos los buscaba. El Primer Jefe quiere celebrar con Villa una conferencia por telégrafo y les pide a uste-

des que estén presentes y lo ayuden a entenderse con el jefe de la División del Norte, supuesto que ustedes representan a Villa aquí. O qué: ¿no les parece que debemos hacer todos un esfuerzo para acabar de una vez con las rencillas que están separándonos?

Domínguez, espontáneo y atrabancando siempre, consintió sin más ni más en lo que Breceda nos pedía, y de tal modo lo hizo que cuando yo me lancé a intervenir ya era inútil. Ya Breceda, muy cariñosamente, nos estaba enlazando a cada uno por un brazo y ya nos estaba conduciendo hacia la puerta, pródigo en toda suerte de zalamerías y halagos.

Subimos al automóvil en que Breceda había llegado y nos dirigimos a Palacio. En el trayecto iba pensando yo en la necedad que acabábamos de cometer. Aquella mañana Breceda destilaba falsedad por cada uno de sus poros. No había sino verle la cara para comprenderlo: más que nunca tenía el color cetrino; más que nunca la línea de sus labios era lívida, imperceptible, desdibujada; más que nunca se le caían los párpados —entre lisos y surcados por pliegues como de ala de murciélago— para esconder la mirada de sus ojos sin brillo. ¿Quién, además, que conociera un poco a Carranza había de creer los embustes de Breceda sobre la conferencia telegráfica con Villa y las otras paparruchadas que nos venía diciendo? Carranza lo permitía y lo perdonaba todo, menos que no se le acatara plenamente, menos que no se le adulara y sirviera como si en él se concentrase la propia inspiración divina. Era, pues, absurdo esperar que a Domínguez y a mí, que no ocultábamos el poco respeto que él nos merecía, nos fuera a aceptar de pronto como delegados de Villa y a mostrar deseos de que le ayudásemos a aplacar el enojo del guerrillero.

Una vez en Palacio, Breceda nos condujo hasta una de las salas de la Secretaría Particular. En la sala aquella no había nadie.

—Háganme favor —nos dijo— de esperar aquí un momento. Voy a avisar al Primer Jefe y regreso a buscarlos.

Y se fue.

—Tú te estás cayendo del nido —le dije a Domínguez así que estuvimos a solas—. Breceda, en efecto, no tardará mucho en volver; pero no vendrá solo. Prepárate a ver entrar por aquella puerta el piquete de soldados que nos va a aprehender... Yo no digo que nos hubiésemos negado en redondo a venir, pero podíamos haber venido en otras condiciones.

Nada me contestó Domínguez de pronto. En el camino desde la casa de Lucio a Palacio había tenido tiempo de notar mi actitud y de interpretarla. Luego dijo:

—Eres demasiado malicioso.

Y se puso a pasear a lo largo de la pieza.

Yo abrí uno de los balcones que daban hacia la calle y me acodé sobre el barandal. La calle de la Acequia, llena a esa hora de movimiento, era todo un espectáculo. La vida más típicamente mexicana se arremolinaba impetuosa a uno y otro lado de la puerta del Volador y se entretejía después con los hilos invisibles que la hacían una con las otras pulsaciones de la ciudad entera...

Y así pasaron diez, quince, veinticinco minutos.



«Una de dos —pensaba yo mientras seguía esperando acodado en el barandal—: o Alfredo Breceda no ha podido entrar a tomar órdenes de Carranza, y por eso tarda, o halla obstáculos para arreglar los detalles de la detención de manera que ésta se consume sin escándalo.»

Y me distrajo de nuevo el espectáculo de la calle. Los cuadros de costumbres callejeras no cesaban de renovarse, vivos, imprevistos, deliciosos; irradiaban, inagotables, desde la puerta del Volador.

Poco a poco, sin embargo, aquel mismo escenario donde se atropellaban los rumores y la luz —la luz deslumbradora del mediodía— evocó en mí, bella como nunca, como nunca inmediata, la imagen de la libertad. Percibí de súbito, al margen del más humilde de aquellos incidentes de la acera y del arroyo, la horrible negrura con que se tiñe todo cuando la libertad falta. Era como si las reverberaciones del asfalto y los gritos de los vendedores de fruta me fuesen arrancando de sobre el alma la apatía en que media hora antes me había sumergido la estúpida noción de lo inevitable.

«¿Por qué dejarse aprehender?» —pensé entonces.

La idea, confusa al principio —mezclada acaso con la visión de los montones de naranjas rubias que estaba viendo allá abajo, con la visión de las mesas de los pasteleros ambulantes, coronadas de soberbias pilas de hojaldres, lustrosos como azucarados charoles—, se precisó pronto

en mi espíritu. Y, una vez precisa, se cambió en voluntad. Rápidamente abandone el balcón para venir a reunirme con Domínguez en el interior de la pieza.

Él, al verme, suspendió sus paseos de fiera cautiva —ya se sentía preso— y se me paró delante, como si me interrogara.

—Vámonos —le dije bajando la voz, que resonaba dentro de la sala desierta—. Es una tontería seguir aquí. Si Carranza quisiera realmente hablar con nosotros, ningún plantón me parecería largo. Pero la verdad es que, para dejar que nos cojan, ya hemos esperado más de la cuenta. En todo caso, si tú no quieres irte, yo sí me voy.

Domínguez consintió en lo que yo le decía y se puso a considerar el medio más propio para nuestra fuga. Necesitábamos, en primer término, no ser vistos por los empleados de la Secretaría Particular, ni tener que pasar después por la antesala. A fin de lograr ambas cosas, acordamos, tras somero examen, abrir una de las puertas que daban al corredor suspendido sobre el patio y escurrirnos por allí. Así lo hicimos. Luego caminamos con mucho reposo hacia la escalera. Luego bajamos y seguimos de frente hasta el otro patio. Luego salimos por la puerta central. Y luego, en fin, libres en el Zócalo, nos confundimos con la multitud que lo cruzaba en todas direcciones.

¡Cómo brilla la luz cuando se tiene la certeza de haber estado a punto de perderla!



De regreso en la casa de los Héroes, le contamos a Lucio Blanco lo que nos había ocurrido. Blanco opinó desde luego, como yo antes, que Breceda sólo había querido tendernos un lazo.

—Les aconsejo —añadió— que no salgan de mi casa mientras yo no aclare paradas. Voy a ver si semblanteo al jefe. Así, a lo menos, sabremos si el golpe viene de él o si sólo se trata de uno de tantos enredos del pinacate de Breceda. De cualquier modo, conviene ir atando cabos. Esto, después de la conversación de Guzmán con Cabrera, me da muy mala espina.

2

LAS CASAS INCAUTADAS

Domínguez y yo comimos ese día en la casa de Lucio Blanco. Nos sirvieron, como otras veces, los criados de la familia Casasús, que Lucio no había despedido. Los muebles del comedor, por supuesto, eran los de los Casasús; la vajilla, la de los Casasús; los cubiertos, los de los Casasús. Y aun se me figura que todavía alcanzamos a ver en esa ocasión, sobre el rico mantel ajeno, una que otra botella procedente de la cueva de don Joaquín Casasús, harto bien provista cuando Blanco vino a alojarse en aquella casa magnífica.

La bodega de los señores Casasús, así como todo lo que contenía su morada, fue para Lucio Blanco no un motivo de satisfacción sibarítica, sino fuente constante de molestias y disgustos. En un principio, para que nadie tocara los vinos, mandó echar llave triple al depósito donde se guardaban. Lo hizo con el mismo ánimo con que buscó picadores hábiles que cuidaran de los hermosos caballos que había en la cuadra; por un sentido, clarísimo en él, del respeto a los bienes del otro, hasta donde el respeto era posible en tales circunstancias. Igual razón le movió a pagar un sueldo crecido al ama de llaves a cuyo cargo quiso poner, con la obligación de que fuera personalmente responsable, la casa y todo lo que en ella se contenía. Pero luego, como llegara a sus oídos que, a despecho de todas las órdenes y todas las cerraduras, los preciosos caldos iban desapareciendo de la bodega sin saberse cómo, optó por usar de ellos para el servicio de su mesa.

—Me resignaré —decía— a escoger entre el menor de dos males. Si han de robarse los vinos, mejor es que me los tome y que obsequie con ellos a quienes me visitan. Así quedaré francamente obligado a pagarlos y no se dirá que los sustraje con sigilo para mandárselos a mis parientes. Sometámonos a los hechos. No todo es pureza revolucionaria en la Revolución; también traemos nuestra canalla, y ésta, por desgra-

cia, es la que va haciendo el ambiente moral en que nos movemos. Para la canalla, revolucionar equivale a robar y destruir cuanto se halla al paso.

Respecto de lo demás, la lucha era análoga. ¡Qué esfuerzos no tuvo que hacer Blanco para evitar que la biblioteca del traductor de *Evangelina* fuera saqueada hasta el último volumen! Los coahuilenses semileídos que acompañaban a don Venustiano anduvieron tan diligentes a la entrada de las tropas revolucionarias en México, que dos o tres días después ya traían en su poder una orden en que la Primera Jefatura los autorizaba a trasladar a Saltillo cuantos volúmenes quisieran de la biblioteca de don Joaquín. Si semejante orden, predatoria como pocas, no se cumplió por completo —o no se cumplió mientras Blanco estuvo viviendo en la casa de la calle de los Héroes—, ello ha de atribuirse a la energía del general revolucionario para oponerse al robo en los días en que el robo desenfrenado era la única ley.



Porque la esencia del fenómeno carrancista ha de buscarse, más que en cualquier otra cosa, en una voluntaria confusión entre lo propio y lo ajeno: confusión para tomar, no para dar. Sin este rasgo, peculiarmente suyo, el carrancismo resultaría un hecho político casi inexplicable. Sin eso no se entenderían, como sucesos de carácter histórico —diversos de lo meramente individual—, los actos privados de muchos personajes adictos a la persona de don Venustiano Carranza, ni los momentos más culminantes de la política de aquellos días, y los que pronto siguieron: el saqueo oficial de los bancos, el escándalo del papel moneda de Veracruz, la creación del *infalsificable*.

En cuanto a este punto, es muy significativo que el instinto popular, tan propenso —a la inversa de lo que se cree— a equivocarse, tan dispuesto siempre a inventar heroísmos y grandezas en hombres de barro y a suponer infamias y crímenes que no existen, haya acertado de plano desde el origen. De Carranza, la voz del pueblo hizo *carrancear*, y a *carrancear* y *robar* los convirtió en sinónimos. En el carrancismo, a no dudarlo, obraba el imperativo profundo del robo, pero del robo universal y trascendente, del robo que era, por una parte, medio rápido e impune

de apropiarse las cosas, y por la otra, deporte favorito, travesura risueña, juego, y, además, arma para herir en lo más hondo a los enemigos, o a quienes se suponía enemigos, y a sus parientes y amigos próximos. El carrancismo fue un intento de exterminio de los contrarios impulsado por resortes cleptomaníacos. En eso degeneraba, en parte y por de pronto, dirigido por jefes inmorales, el arranque popular que en un principio sólo quiso restablecer el equilibrio político y moral, roto con la traición a Madero y su asesinato.

El robo como fuerza íntima aclara en el carrancismo mucho de lo que ocurría en las grandes casas incautadas en la ciudad de México. Aclara hasta las incongruencias superficiales. Así, por ejemplo, era notorio que los ocupantes titulares de las casas, por lo general, no tomaban nada para sí, o tomaban muy poco, salvo excepciones. Pero a la vez había que ver la irresponsabilidad diabólica, o el franco cinismo, con que muchos de ellos consentían en el saqueo manso de los bienes ajenos, en la substracción lenta de muebles, de objetos de adorno y hasta de ropa. De tal proceder abundaron los casos característicos, como en aquella gran mansión que ocupaba en Tacubaya un joven militar. Las suripantas que lo visitaban casi nunca salían de la visita con las manos vacías. El diálogo precursor del robo era siempre por este estilo:

—¡Ay, Fulano, pero qué lámpara tan linda!

—¿Te gusta, *Gallinita*?

—¿Que si me gusta? Ni que no tuviera ojos. Las tres monas son chulísimas. —Se trataba de una hermosa lámpara de alabastro cuyo pie figuraba las tres Gracias—. ¡Qué piernas las de las tres! Y ¡qué brazos! Pero, ¿y la pantalla?... No sé de veras qué me gusta más, si la pantalla o la base.

—Sí, es cierto —respondía el joven militar, descubriendo entonces la belleza encomiada por la amiga—; es una lámpara muy bonita.

—Oye, Fulano —decía aquí ella—: ¿me la regalas? Sí, anda, regálamela.

—*Gallinita*, tú estás loca. ¿Cómo he de regalarte la lámpara si no es mía?

—Bueno, pues deja al menos que me la lleve.

—Eso es otra cosa. Llévate la lámpara si quieres, pero no respondo de que no te la vayan después a recoger.

Y la *Gallinita*, o la *Polla*, o la que fuese, salía al rato para su casa llevándose consigo en el automóvil el objeto que más le había gustado.



No pasaban así las cosas en el palacio de la calle de los Héroes. Allí Lucio Blanco quiso constituirse, por honorabilidad y espíritu de justicia, en guardián celoso del opulento ajuar y demás riquezas que el acaso había puesto en sus manos. Mas es lo cierto que Lucio no logró su propósito sino a medias. La rapacidad, disuelta en la atmósfera, se apoderaba hasta de los mismos encargados de combatirla. ¿No forzó los armarios, para fingir un robo de ciertas prendas, la propia señora —honorabilísima y honradísima hasta entonces, según dijeron sus fiadores— que tenía como misión única el evitar que nada se perdiera? Esa vez olvidó Lucio su galantería, y a la dama que había entrado en la casa unas semanas antes ostentando un halo de probidad, la echó a la calle materialmente a puntapiés.

Así y todo, la pobre casa no se salvaba. Los esfuerzos de Blanco se estrellaban contra la naturaleza de las cosas. Para que el resultado fuese otro habría sido preciso no ocupar el palacio. Una vez allí, con soldadesca a la espalda, las consecuencias tenían que ser las que fueron. Al salir, la tropa dejaría tras de sí lo que deja en todas partes: mugre y destrucción. Del fin inevitable era ya un anuncio lo que se veía en el gran vestíbulo —no obstante la hospitalaria sentencia latina de la puerta— a los pocos días de ser convertido en cuerpo de guardia: todo estaba sucio y sin lustre, todo estropeado, todo próximo a convertirse en astillas.

Los mismos salones, adonde apenas llegábamos los escogidos, iban acumulando, por depositación, pequeños estragos. El visitante que no dejaba caer la lumbre o la cerilla sobre las costosas alfombras, quemaba las finas maderas del piso, o plantaba los dedos sucios sobre los tapices y las colgaduras, o dejaba la grasa o el barro de los zapatos en el raso de las sillas. Lucio había puesto allí un ordenanza con la consigna de no perder de vista las colillas de los cigarros: tan pronto como cayeran al suelo debía levantarlas; tan pronto como se olvidaran en los muebles, recogerlas. ¡Precauciones ineficaces! La capacidad de echar a perder que hay en los hombres, cuando no los sujeta una inhibición interior, es in-

coercible. Los que desfilaron entonces por la casa de don Joaquín Casasús, aparte muy pocos, marcaban siempre la huella de su paso. Y los había de todos matices: desde los que se encaramaban sobre las mesas de frágil estructura, hasta los que se entretenían, horas y horas, sentándose una y otra vez en los mullidos sillones, para ver cómo se amohadillaban de nuevo al quedar libres de todo peso. De tanto sufrirlo, llegó un momento en que los cojines se aplanaron para siempre.

Todo lo cual era a manera de símbolo de futuras etapas dolorosas. Por un lado degeneraban los ideales, y por el otro, los objetos, los instrumentos, los útiles, sobados y macerados por la acción ignorante, por la acción plebeya o por la acción conscientemente perversa, se disponían a perder su virtud, cual si empezaran a cansarse de servir a los hombres.

3
UNA CELADA EN PALACIO

De su entrevista con don Venustiano, a cuya mesa comió esa tarde, Lucio nos trajo una vaga impresión tranquilizadora. Carranza había evitado hablar de Villa, de Breceda y de nosotros; pero, en cambio, no dio ninguna señal que confirmara nuestras sospechas respecto de lo que Breceda, según imaginábamos, andaba urdiendo.

—Total —resumió Blanco—: que o Carranza desconfía ya de mí, y da verdadera importancia a los planes de Breceda, según nosotros los entendemos, o no existe ningún plan. Lo grave lo veo yo en que esta duda puede prolongarse mayor tiempo del que ustedes se resignen a pasarse sin salir... ¿Por qué no cortan por lo sano yéndose con Villa?



Domínguez y yo, en efecto, no nos resignamos a la reclusión. Esa misma tarde nos echamos a la calle con la esperanza de que todo acabaría bien. Una reflexión última nos había tranquilizado: Breceda no retrocedía ante la ejecución de ningún acto, por reprobable que fuese; era capaz de cometerlos todos. Pero fingiéndonos, como nos fingía, amistad, ¿cómo explicarse que se prestara a un papel ruin, cuando podía facilísimamente valerse de un tercero?

Salimos, pues, de la casa de Blanco, seguros de que todo era color de rosa en el horizonte.

En Plateros, a eso de las cinco de la tarde, nos encontramos con los generales Saucedo y Santos Coy. Saucedo nos pidió que lo acompañáramos a *La Esmeralda*.

—Traigo pendiente desde hace días —nos dijo— un pequeño asunto. Primero, comprarle a Lucio un regalo. Se lo debo. Y después, dar a cada uno de ustedes un recuerdo que quiero que conserven. Esta es buena ho-

ra, vengan conmigo. Les daré el recuerdo y me ayudarán a escoger para el general Blanco algo que valga la pena.

En *La Esmeralda* las operaciones no marcharon muy aprisa. Saucedo, que quería que el regalo para Lucio fuera regio verdaderamente, no se mostraba satisfecho con nada de lo que le enseñaban. Aun los «recuerdos» destinados a Domínguez y a mí los examinó con gran cuidado y gusto exquisito. De modo que pasamos muy buen rato escogiendo y desechando.

Así las cosas, surgió de pronto en la joyería la figura de Breceda. ¿Cómo había dado con nosotros? Era para asombrarse.

En el acto se encaró con Domínguez y conmigo y nos dijo en tono entre amistoso y de reproche:

—¡Bonita la han hecho esta mañana! He quedado con don Venustiano a la altura del betún. Se citó al general Villa para que viniera a la conferencia telegráfica: acudió; el Primer Jefe pasó a la oficina del telégrafo, y cuando yo mandé en busca de ustedes, los dos habían desaparecido... Don Venustiano, aunque furioso conmigo, ha pospuesto la conferencia para esta tarde y los aguarda. Hace tres horas que ando pisándoles los pasos. Háganme, pues, el favor de venir, que sin ustedes no me presento ante el Primer Jefe.

¿Sería aquello verdad? Tamaña perfidia pudo más que toda nuestra desconfianza.

—Esta mañana —respondió Domínguez— esperamos tres cuartos de hora. Después, como tú no volvías, supusimos que no había nada de lo dicho y nos fuimos.

—Bueno, bueno; lo importante es que vengan ahora inmediatamente. Se lo suplico.

—Iremos cuando usted quiera —dije entonces yo. Y luego, dirigiéndome a Saucedo, y para que Breceda lo oyese, añadí al despedirme:

—General, ve usted que nos manda llamar don Venustiano. Perdone que lo dejemos. Y en cuanto al «recuerdo», muchas gracias, y excúseme si desde luego no le correspondo.

Domínguez y Breceda, a su vez, se despidieron de los dos generales, y, juntos los tres, salimos de la joyería.

Así que hubimos cruzado la puerta, Breceda dijo:

—Si les parece, muchachos, yo voy a adelantarme en el coche. De esa manera, mientras ustedes caminan a pie, habrá tiempo de disponer las

cosas para no hacerlos esperar tanto como en la mañana. Estaré en la Secretaría Particular. Vayan allá directamente.

Y subió al coche y se fue.

Domínguez y yo seguimos por la avenida hacia la plaza. En el camino casi no cruzamos palabra. Sólo al atravesar el Zócalo me dijo él:

—Y ahora, ¿qué opinas?

—Ahora no opino nada —le respondí—. Haya lo que haya, vale más coger al toro por los cuernos.

Entramos en Palacio por la puerta de honor. Al pasar frente a la bandera del cuerpo de guardia nos descubrimos respetuosamente. Luego, traspuesto el cubo del zaguán, torcimos a la derecha. Frente a la entrada de la escalera que conduce a la Secretaría Particular estaba un automóvil; pero estaba —cosa rara— tan arrimado a la puerta, que apenas dejaba paso para una o dos personas. Aquello, si lo vi entonces, no lo noté: lo recordé más tarde. El chofer tenía aire militar. Creí ver asimismo que por detrás de la pilastra próxima a la puerta y al auto asomaba el ala de un sombrero muy semejante al de Breceda.

Domínguez y yo avanzamos hasta deslizarnos entre el automóvil y la pared, yo delante, él detrás; y así que hubimos empujado las hojas de la puerta, ocho o diez soldados, que surgieron desde adentro, se nos echaron encima apuntándonos con los fusiles y caladas las bayonetas.

—¡Manos arriba!

Nuestro primer movimiento fue retroceder y requerir el revólver, pero, al intentarlo, descubrimos que dos sargentos, salidos del otro lado del coche, nos apoyaban en la cintura los cañones de sus pistolas. Domínguez, sonriente, levantó entonces los brazos, y yo, que sentí que uno de los soldados hacía algo más que amenazarme con la bayoneta —clavármela en el ombligo—, cogí el arma por la punta, con las dos manos, aunque sin dar muestras de resistir, y prorrumpí en improperios contra aquel salvaje. Si me descuido un segundo más, o me ataca él con mayor decisión, me perfora el vientre.

—¡Entreguen las armas!

—O «manos arriba» o «entreguen las armas» —corrigió Domínguez—. No podemos hacer a un tiempo las dos cosas.

Los sargentos que teníamos a la espalda resolvieron el conflicto: uno a Domínguez y otro a mí, nos quitaron del cinto las pistolas. Después se

cercioraron que no portábamos ninguna otra arma, y nos hicieron retroceder hasta la portezuela del automóvil.

Los pobres soldados y los dos sargentos revelaban en el rostro una especie de pavor. Se conocía que les habían pintado nuestra aprehensión como algo tan difícil y lleno de peligros, que Domínguez y yo éramos para ellos, en aquel momento, un par de fieras salvajes. Así se explicaba el plan, muy cuidadosamente trazado, y todo lo demás, como el vigor del pobre bárbaro que estuvo a punto de atravesarme con su bayoneta.

Los sargentos nos invitaron con las pistolas a subir al auto. Uno de ellos se instaló con nosotros en el interior del coche, sentándose frente a los dos, para cubrirnos bien con la pistola. El otro, también con el arma lista siempre, ocupó sitio junto al chófer. Y echamos a andar bajo las miradas de las pocas personas que habían presenciado la maniobra. En mi último recuerdo del patio, tal cual lo vi aquella tarde desde el interior del automóvil, vuelve a aparecer, tras de una de las pilastras, el ala del sombrero de Breceda.



El coche pasó frente a la bandera del cuerpo de guardia, rodó a lo largo de Palacio y dio vuelta por la calle del Correo Mayor, hacia Lecumberri.

—A la Penitenciaría... —le dije entonces a Domínguez.

—Así parece —contestó.

Y luego, como el sargento siguiera amagándonos con la pistola mientras nos veía de hito en hito, Domínguez le habló de este modo:

—Baje, amigo, su pistola y guárdela. No tenemos intención de escaparnos, entre otras cosas porque no nos conviene. Si la tuviéramos, esté seguro de que la pistola no sería un estorbo.

El sargento se sintió como subyugado por la inconfundible voz de mando de Domínguez y obedeció. Tras de bajar lentamente la pistola, la metió en la funda.

4

EN LA PENITENCIARÍA

Al general Carlos Plank, director de la Penitenciaría, no le faltaba nunca la sonrisa en los labios ni la pipa en la sonrisa. Era una especie de niño grande: perfectamente sonrosado, perfectamente rubio y perfectamente azul —azul por el iris de los ojos y por algunas cualidades de su alma.

Aquella tarde, al ver que el coronel Domínguez y yo entrábamos en la prisión custodiados por dos sargentos y una respetable escolta, no logró reprimir su asombro. Esfumó su sonrisa un instante; un instante pasó la pipa a la mano.

—¿Presos? ¡Cómo presos!

Y mientras se efectuaban los trámites relativos a la entrega de nuestras personas, nos miró y nos volvió a mirar, imprimiendo cada vez mayor acento de modulaciones incrédulas a su fisonomía infantil y riente. Al cabo de un rato, ya a solas los tres, nos dijo:

—La verdad, muchachos, no me entra en la cabeza que estén ustedes aquí en calidad de prisioneros, y como nadie me convencerá de lo contrario, voy a tratarlos no como a presos, sino como a huéspedes.



Plank nos instaló en su propia casa, quiero decir, en la casa que ocupaba en la Penitenciaría por ser él el director. Nos dio varias habitaciones, espaciosas, bien aireadas, bien soleadas. La principal de ellas, comprendida en el saliente de la fachada del edificio, tenía balcones que caían, unos hacia la plaza, y otros, hacia una de las rinconadas. ¡Qué tentación de preso aquellos balcones a seis metros del suelo! Una sábana atada al barandal, y abajo un caballo, lo habrían hecho todo. Pero debo decir que ni a Domínguez ni a mí se nos ocurrió jamás pagar de semejante modo las gentilezas de Plank.

Nuestras primeras horas de encierro fueron las de gente que se muda: ordenamiento de la nueva morada; preocupación aguda por la comodidad. Un mozo, que Plánk puso a nuestras órdenes desde luego, nos ayudó a disponer a nuestro antojo las camas, las mesas, las sillas y demás muebles. Resolvimos destinar a sala de recibo la pieza de los balcones; la inmediata, a dormitorio, y la siguiente, a comedor. Pero con tanto ánimo acudimos a todos estos menesteres, que cualquiera que nos hubiera visto habría dicho —¡eterno prestigio de las cosas nuevas!— que nos alegrábamos de estar presos.

Es un hecho que la reclusión a que se nos sometía, lejos de augurarnos ningún desenlace terrible, se nos figuraba un juego, o, a lo más, un incidente o accidente minúsculo en la trama de nuestras inquietudes políticas. Don Venustiano conservaba aún entre sus escasísimas virtudes, una enorme: la de no matar. Se podía, pues, estar dentro de su puño sin sentirse ahogado o triturado. Esto aparte, las pequeñas compensaciones de la vida de cautiverio empezaron pronto a consolarnos. A las dos horas de entrar en la Penitenciaría recibimos la primera visita, la de Miguel Alessio Robles, cuya presencia fue para nosotros la iniciación en la doble vida de que disfruta el preso. Nos bastó verlo entrar —afable, espontáneo, ruidoso, con sus tiesos bigotes a lo Káiser y su andar sin compás— para hacernos cargo de que ahora nuestros pensamientos y sentimientos corrían por dos cauces: uno vulgar e inmediato, el de lo que se hallaba al alcance de nuestra mano y nuestro querer —por eso pobre de lustre y de atractivo—, y otro remoto y extraordinario, el de lo que nos estaba vedado y parecía inasequible —brillante por eso como promesa o esperanza.

Miguel Alessio, siempre valiente en sus opiniones, venía a protestarnos sus simpatías y a ofrecernos su ayuda.

—Este viejecito testarudo —dijo, aplicando a Carranza un extraño y doble calificativo que apenas le convenía a medias— va a ser la ruina de la Revolución por su endiosamiento y sus malas artes.

Y de don Venustiano pasó a los carrancistas íntimos, contra los que se explayó como sólo él sabía hacerlo, pues ya en esa época era el formidable propagandista que con el tiempo habría de actuar desde plataformas más amplias que la hermosa sala de presos en que hablábamos entonces.

Conversó con nosotros acaloradamente, siempre sobre el tema único de librar de los intrigantes personalistas a la Revolución, y una hora después salió de allí rebosando propósitos vigorosos. Iba resuelto a echar por tierra el carrancismo y cualquier otro *ismo* diverso del puro y simple constitucionalismo, restaurador de la ley y vengador del asesinato de Madero. A Plank, en la última fase de nuestra plática, le dijo en uno de sus arrebatos:

—A ver, Chale. ¿A mi por qué no me aprehenden, eh? ¿Por qué no me aprehenden? Yo también soy anticarrancista..., anticarrancista...

Y eso mismo se fue repitiendo escaleras abajo, para que lo oyesen cuantos quisieran, incluso los celadores, los gendarmes, los yaquis del cuerpo de guardia y todo ser con orejas que topara en su camino. ¡Miguel bueno y generoso! Yo lo vi, desde los balcones, alejarse bajo la luz parda del crepúsculo. Uno como rumor se escuchaba al unísono de sus movimientos descompasados: la estela acaso de las vociferaciones que se le escapaban en defensa de sus amigos presos. Y no satisfecho con clamar así, todavía haría algo más, según supimos de allí a poco. Porque, de su parte, el Café Colón nos mandó esa misma noche una cena magnífica, una opípara cena —completa desde los entremeses hasta los cigarros—, y después, durante todo el tiempo de nuestro cautiverio, habría de ocurrir algo análogo a mañana, tarde y noche, sin faltar un solo día.



Los esfuerzos de don Venustiano para acabar con los primeros brotes de anticarrancismo no pararon en nosotros. Al día siguiente de nuestra aprehensión fueron detenidos también, y recluidos en la Penitenciaría, otros políticos más o menos ligados —o por tal se les estimaba— con los grupos disidentes de Sonora, Chihuahua y Sinaloa: se aprehendió a Luis G. Malváez, a don Manuel Bonilla, a Abel Serratos, a Enrique C. Llorente, a su hermano Leopoldo, y, dos o tres días después, al licenciado José Ortiz Rodríguez y al periodista (entonces director de *A B C*) Luis Zamora Plowes. Carranza, por lo visto, se aventuraba ya, sin titubeos, por la ancha puerta del sueño autocrático, tan irresistible para los salvadores y libertadores de México. Pero todavía entonces el Primer Jefe no lograba más que enardecer al anticarrancismo de la calle con el prestigio

que él mismo le daba al de la cárcel. Verdad es también que nosotros, presos y todo, no perdíamos el tiempo. Por un lado Carranza apresaba políticos anticarrancistas y los ponía a la sombra; por otro lado, Domínguez y yo formábamos, con esos mismos políticos, toda una colonia penitenciaria digna, en punto a laboriosidad, de equiparse con una colmena. Plank nos concedió desde luego que Luis G. Malváez viniera a vivir con nosotros; y en cuanto a don Manuel Bonilla y sus compañeros, no nos fue difícil conseguir que se les alojara en departamentos próximos al nuestro. Total: que vinimos a quedar reunidos, unos y otros, en el piso primero del cuerpo principal del edificio, en torno a un corredor que daba al patio y nos comunicaba, y que se convirtió pronto en cauce de ardientes tramas anticarrancistas.

En nuestras agencias políticas nos ayudaba, por una parte, la buena disposición de Plank —y de Martínez Urristra, subdirector de la Penitenciaría—, y, por la otra, el contacto con el exterior, contacto continuo gracias a las frecuentes visitas de que éramos objeto. Porque todos los revolucionarios de entonces, desde los más independientes hasta los más viciados de personalismo, nos visitaron: nos visitaban Lucio Blanco, Alberto J. Pani, Luis Cabrera, Obregón, Acosta, Saucedo, Villarreal, Vasconcelos, Santos Coy y hasta el propio Alfredo Braceda, que fingía descaradamente no saber el porqué de nuestra situación y se brindaba a abogar por nosotros cerca del Primer Jefe. Si el recuerdo no me engaña, apenas Isidro Fabela, entre los amigos, se olvidó entonces de nosotros y, sobre todo, de Enrique C. Llorente, que lo quería como hermano y casi lloraba al considerar su despego.

Pero las visitas de los altos personajes no eran las únicas que nos interesaban. Otras, en especial las de los agentes de la policía reservada, solían resultar, si menos amables, mucho más jugosas. Domínguez y yo —yo más que él— habíamos tenido alguna injerencia en la organización de los primeros servicios policíacos de la ciudad bajo el gobierno revolucionario, y como desde entonces cuidamos de que a diario se nos comunicara lo que nos importaba saber, en varios agentes acabó por convertirse en hábito el rendirnos sus partes. Presos ya nosotros, no se interrumpió la costumbre: siguieron los agentes viniendo a vernos todas las mañanas para contarnos lo que sabían. Así fue como nos enteramos de muchos proyectos y planes, algunos de ellos tenebrosos, como la tra-

ma que se urdió para que el Gaucho Mújica asesinara a Villa, y así también logramos hacer sentir a veces nuestra mano. Lo del gaucho fue típico. Mújica debería acercarse a Villa, ganar su confianza y, conseguido esto, asestarle el golpe en el momento oportuno. (Añadiendo cierto aparato militar, no diferiría gran cosa de ese plan el que más tarde había de aplicarse para asesinar a Zapata.) Nosotros, sin embargo, tuvimos tiempo de intervenir y desbaratar lo que se preparaba contra Villa, según cuento más adelante.

Fuera de la política, nuestra vida de reclusos no languidecía por falta de distracciones. Lucio Blanco nos mandaba todas las tardes una banda militar. Los músicos hacían rueda al pie de nuestros balcones y tocaban horas enteras las piezas que les pedíamos. Nos gustaba también hacerlos pasar al interior de la prisión, para que tocaran en la confluencia de las crujías, a lo cual Plank, o Martínez Urristra, se prestaban de buen grado, por compasión hacia los prisioneros. La armazón metálica y las rejas retumbaban entonces ebrias de latones y platillos, o se afinaban, al contacto de las notas de las flautas o de los clarinetes, hasta diluirse el sonido. Era un acontecimiento extraño aquel de las jaulas humanas estallando al golpe de una música y desvaneciéndose hasta desaparecer bajo la acción virtuosa de otra. Y había que ver —entonces creí en el mito de Orfeo— el milagro que obraban en el alma de los peores criminales la *Adelita* y la *Valentina*.

Algunas mañanas nos dedicábamos a recorrer las crujías y los patios interiores, donde a menudo sabíamos descubrir escenas y detalles interesantes o intensos, ya que no amables. Nos entregábamos largo rato a descifrar las inscripciones que dejaran en los muros los diputados *renovadores*; tratábamos, sobre los valores humanos, diálogos con los presidiarios más terribles y temibles, que en ocasiones acababan revelándonos el secreto de su vida; y también, de cuando en cuando, observábamos de lejos y con extraña curiosidad —como si de verdad se tratase de seres diferentes de todos los demás— a los huertistas y reaccionarios allí presos. Entre ellos figuraban personas de gran empaque: Nacho de la Torre, siempre doliente, ojeroso y tendido sobre un catre de riquísimos edredones y mantas; el general Enrique Mondragón, pálido y envejecido, y un sinnúmero de militares y civiles de todos orígenes, aspectos y matices.

En vano lo ocultábamos: nosotros sentíamos en el fondo cierta simpatía por todos aquellos porfiristas y huertistas, presos cual nosotros, y aun alentábamos por dos de ellos gratitud —una gratitud muy particular— porque eran, sin saberlo, la causa indirecta de los mejores momentos de nuestra vida penitenciaria. A ellos debimos lo que yo llamaba «la hora poética» y «la hora dionisíaca» —ambas tan ricas de sentido, aunque cada una a su modo, que a diario las comentábamos como el suceso capital del día que acababa de pasar, y las esperábamos como el acontecimiento supremo del día próximo.

La hora patética era la cotidiana aparición de doña Amada Díaz de De la Torre, que venía a ver a su esposo. En un principio sus visitas frecuentes tropezaron con cierta obstrucción. Se invocaban los reglamentos. Pero después, en obsequio a las gestiones oficiosas que hicimos Domínguez y yo —por ella totalmente ignoradas—, los excelentes Plank y Martínez Urristra lo allanaron todo, con no poco beneficio para nosotros, que quedábamos más que bien pagados de nuestros esfuerzos con sólo ver a la bella señora.

Llegaba siempre en coche de bandera colorada, irradiando de toda su persona —lo sentíamos desde el momento en que ponía pie en tierra— una atmósfera de melancolía serena y honda que nos cautivaba, nos asía, nos hipnotizaba. Oscura y esbelta la silueta —cuya perfección de línea hermanaba la dignidad y la gracia—, descendía en la acera a que daba nuestro balcón, y luego, ya dentro del edificio, la veíamos atravesar por el patio rodeada de un ambiente que ella misma iba creando. Hay supremas majestades, en la Naturaleza y entre los hombres, que imponen con sólo aparecer: lleva el cisne por delante el heraldo de su onda. Y de igual modo, de doña Amada Díaz se habría dicho que velaba, para quedar exclusivamente ella sola, cuanto encontraba a su paso. Diez años antes la vi llegar, vestida de terciopelo granate, cubierta de rubíes, a un fastuoso baile de la Escuela de Minería; ahora pasaba, sola y vestida de negro, por los patios y pasillos siniestros de una prisión. Pero es seguro que hoy no era menos ni valía menos que antes. Su bello rostro de india, oculto en parte por el sombrero sencillo, elegante, no acusaba huellas de dolor ni de tristeza: sólo una tranquila dignidad, consciente, melancólica y tan afirmativa, que algo de ella se quedaba en el aire y en todas las cosas. Yo creía leer en aquellos momentos, escrito sobre las baldosas del

recinto carcelario, el famoso verso de Díaz Mirón, y lo repetía después a la vista de la sórdida carretela de bandera colorada que esperaba en la calle y parecía elevada, como por magia, a una categoría de privilegio.

La hora dionisíaca era la aparición, diaria y matutina, de la hija de uno de los generales huertistas que estaban presos. Llegaba como la primavera: encendiendo la vida y sus ansias más recónditas. Nosotros espiábamos su aparecer prendidos al balcón en grupo apretado que ponía en conflicto los intereses individuales y los colectivos. La contemplábamos mientras avanzaba desde el otro confín de la plazoleta, y después, cuando desaparecía bajo el zaguán, nos precipitábamos hacia el corredor, con mayor ahínco que si de eso dependiera el término de nuestro encierro. Entonces asistíamos a la conflagración de su breve discurso por el patio. Yo llegué a sospechar que un sentido oculto nos había nacido allí a todos, pues, sin que nadie la anunciara, cuando iba a llegar ya todos estábamos atentos a la realización del suceso: presos y guardias, reos y hombres de bien. Arriba, en el corredor, doblábamos nosotros la cintura sobre el barandal y formábamos con nuestras miradas múltiples un cono invertido cuyo vértice se desplazaba con ella de un extremo a otro del patio.

Caminaba con una cadencia extraordinaria de ritmos suaves, sinuosos, flexibles en torno a puntos de fijeza vital. Cruzaba el paso con tal arte, que sus pies, con riquísimo juego de tobillos, iban colocándose alternativamente a lo largo de una línea única. Aquella audacia del andar repercutía primero en la cintura y luego arrancaba de allí en finísimas ondulaciones que invadían el talle, el cuello, la cabeza —bellísima cabeza, bellísimo cuello, bellísimo talle—, hasta refluír en el balanceo que subía también de sus brazos. El cuerpo cimbrante derramaba la savia de su hermosa juventud y parecía transfundirla al suelo y hacerla subir después por los muros con el único y evidente fin de galvanizar el organismo de piedra junto con los pequeños organismos que lo habitaban, éstos, de débil carne, sujetos entonces por las ataduras de dobles prisiones.

5
CUERDA DE PRESOS

La Convención Militar, reunida en Aguascalientes, ordenó a Carranza que nos pusiera libres. Él, sin embargo, no hizo lo que le mandaban, sino que resolvió, tergiversando las órdenes, meternos en un tren y consignarnos al general Nafarrate, jefe militar de Matamoros, para que bajo su vigilancia se nos depositara en territorio de los Estados Unidos. Pretendía don Venustiano lograr así dos cosas: una, no desobedecer abiertamente a la Convención; otra, no dejarnos ir sin castigo, o mejor todavía sin su castigo predilecto. Porque Carranza, que mataba poco, tenía en cambio la perversa afición a desterrar: a desterrar, de preferencia, a sus enemigos personales. ¿Quién, sino él, es el verdadero restaurador del ostracismo (ajeno totalmente a la letra y al espíritu de las leyes mexicanas) a que tan afectos se muestran, desde los tiempos de la Primera Jefatura, nuestros gobiernos revolucionarios?

A nosotros, por supuesto, nos tenía sin cuidado que nos llevaran hasta la parte de allá de la raya fronteriza. Una vez en Brownsville, nada nos impediría trasladarnos a El Paso, para entrar de nuevo en México por Ciudad Juárez. Y decir Ciudad Juárez era decir Francisco Villa, y decir Villa, la Convención. Pero lo que ya no nos parecía tan bien era que el general Nafarrate tuviese el encargo de recibirnos en la frontera. Su fama de general descollaba entonces demasiado alta —más como asesino que como general— para no inquietarnos. Además, una pregunta inevitable aumentaba nuestras dudas: ¿Qué razón había para expulsarnos por Matamoros, cuando Laredo estaba más cerca?

Preocupadísimos con aquel enigma, nuestra hermosa sala de la Penitenciaría se animó entonces más que de costumbre y se reconcentró luego en la meditación. Caviló don Manuel Bonilla; caviló Llorente; cavilaron Malváez y Ortiz Rodríguez; en suma, cavilamos todos, y fallamos unánimes que don Venustiano, ni más ni menos, intentaba deshacerse de

nosotros por cualquiera de los recursos de que disfrutan en nuestro país los Nafarrates grandes y chicos. (Sospechas, por lo demás, no arbitrarias: Nafarrate, justamente, habría de ser, de allí a pocos meses, el encargado de fusilar a Aguirre Benavides, a Bolaños y a los demás convencionistas que se le fueron a entregar creyendo bueno el salvoconducto que les diera Pablo González.)

Vistos tales temores, algunos amigos nuestros —en particular Pani y Lucio Blanco— hicieron gestiones encaminadas a que se cambiara la ruta. Pero sus esfuerzos, debía esperarse así, resultaron infructuosos. A más de terco, Carranza era autócrata, lo que cerraba en él toda puerta a la razón tan pronto como resolvía el menor punto. Pocas cosas le deleitaban tanto como verse rodeado de suplicantes y no atenderlos. Era, en realidad, de todos los revolucionarios hasta entonces producidos por México —después los ha habido peores—, el más sinceramente, el más orgánicamente enemigo de los derechos del hombre. Me refiero, claro está, a los revolucionarios dotados de cierta consciencia de sus responsabilidades y su conducta.



Pero en fin, llegó el momento de abandonar aquella cárcel, donde gracias a las bondades del general Plank y de Martínez Urristra lo habíamos pasado sin grandes trabajos. En el fondo —y en parte acaso por las zozobras que nos asaltaban— no dejamos de sufrir en esa hora un ligero ataque sentimental. Nuestra prisión de políticos revolucionarios no había carecido de ciertas satisfacciones, de cierta novedad, de cierto aprendizaje. Habíamos, desde allí, conspirado con éxito; habíamos conocido de primera mano el mundo misterioso, a veces horrible, de las crujías; habíamos aprendido a pesar mejor, a través del trato con los huertistas presos, las relativas responsabilidades del político de segunda fila que no incurre en crímenes del orden común; es decir, habíamos aprendido a ser más tolerantes, más comprensivos, más humanos. Y todo eso nos llenaba de la melancolía de lo que no ha de volver a vivirse, sea lo que fuere.

Media hora antes de la salida, vino Plank al departamento que ocupábamos Domínguez, Malváez y yo, y nos dijo:

—Nafarrate es un bandolero: mucho cuidado con él. Por las dudas, aquí les traigo sus pistolas. Ocúltenlas lo mejor que puedan y guárdenme el secreto. Si lo sabe don Venus, me destituye.

Y rió con su reír azul, de niño rubio y sonrosado.

Portar pistola en aquellas circunstancias no dejaba de ser arma de dos filos. Igual podían servirnos nuestros revólveres para la defensa, que de pretexto para que nos aplicaran la ley fuga u otra ley de tipo análogo. Con todo, el consejo de Plank nos pareció bueno y lo seguimos. Plank, que había sido siempre excelente amigo, entonces era algo más que eso: nos avisaba como hombre experimentado, como revolucionario conocedor. Fue él también quien nos sugirió no salir de México solos, sino acompañados de nuestras familias.

—Mientras más mujeres y niños, mejor —decía—. Así quedará perfectamente establecida su actitud sumisa: no diga luego Nafarrate que se amotinaron y hubo necesidad de liquidarlos.



Salimos de la Penitenciaría al atardecer, con no poco ruido y sorpresa para el barrio. El gentío plazuelero se agolpaba más mientras menos a su gusto se explicaba todo aquel movimiento de soldados y civiles en intimidad promiscua y rara. Como que la cosa, en cuanto espectáculo, no estaba desprovista de interés, de cierto profundo interés característicamente mexicano. Había dispuesto Carranza que nos llevaran a pie hasta la estación de Colonia, y para mayor lujo y seguridad —lujo no sé si nuestro o suyo— vino a buscarnos una escolta buena como para veinte reos. Asomados por vez última a nuestro gran balcón central, la habíamos visto acercarse, seguida de la plebe. Cuando bajamos, ya estaban formados los soldados a la derecha de la puerta, en la calle. Allí efectuó Plank la entrega material de nuestras personas al capitán comisionado para conducirnos. Este, por hacer algo, nos miró primero y luego nos contó, como reses, señalándonos con el dedo mientras decía:

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Pero en cuanto se quedó oficialmente con nosotros, ya no supo qué hacer. Parecía azorarlo el tener que conducir entre filas a nueve presos que no daban la impresión de tales; parecía no alcanzarle el ánimo para

imponerse de buenas a primeras a gente a la que de antemano se sentía sumiso. Todo se le iba en decir, dirigiéndose a nosotros:

—Bueno: ahorita nos formamos y echamos a andar.

Total: que no daba ninguna orden.

Era un hombre ya viejo, de aire humilde, casi servil. Su uniforme —como de la época— ostentaba más mugre y remiendos que atributos marciales. Lo cual le sentaba muy bien, porque salvo la pistola y las tres barras en el sombrero de alas anchas, nada marcial había en su persona: ni en sus palabras, ni en su ademán.

Por tercera o cuarta vez repitió:

—Bueno, horitita mero nos formamos y ganamos pa la estación.

Pero lo que hizo fue meter mano en el bolsillo, sacar un cigarro y encenderlo.

Evidentemente, no se atrevía con nosotros: nos le presentábamos como un caso nuevo cuyo ensayo retardaba. En su modesto papel de custodio de presos políticos le pasaba lo que a nuestros Napoleones antes de que las batallas se definan por sí solas: se hacía bolas con su pequeña tropa. Soldados y presos nos le enredábamos entre los dedos como los soldados a los generales de la estrategia rudimentaria: los de «Fulano por la derecha, Mengano por la izquierda, yo por el centro, y mal haya el que se raje».

Al fin nos impacientamos. Domínguez cruzó con nosotros unas cuantas palabras y, sin más ni más, se dirigió al capitán, en estos términos ricos en fantasía:

—¿Sabe usted que soy coronel?

—Sí, mi coronel.

—¿Está usted al tanto de lo que manda la Ordenanza para casos como éste? Hablo de mis prerrogativas, de mi grado, de mis derechos...

—Sí, mi coronel.

—Entonces, *mi* capitán, no se extrañará usted de que tome, sin perjuicio de mi condición de detenido, el mando de la escolta.

—A sus órdenes, mi coronel.

Y dicho y hecho. Domínguez tomó el mando, y lo tomó para no soltarlo ni un minuto. Decidido a ejercerlo más en firme empezó disponiendo que trajeran ocho o diez automóviles de alquiler. Luego nos acomodó a los presos en unos coches, a los soldados en otros —él y yo con

el capitán—, y de este modo emprendimos la marcha hasta la estación de Colonia.

*

Todavía entonces, México no era la ciudad hondamente triste que conocieron años posteriores. Su paseo nocturno de San Francisco conservaba bastante de la placidez mansa —pero sólida a pesar de todo— de 1905 y 1906. Al rodar lentamente por la avenida, nuestros autos se inundaron —como en ola de marea que alcanza pronto— en la orla de una existencia brillante y bulliciosa. Después del largo encierro fue como sentir caldeado el rostro por el aire del mar o de la montaña.

Pasamos frente a los escaparates de *La Esmeralda*, cuajados de pedrería, y ello nos obligó a dedicarle a Alfredo Breceda un piadoso recuerdo. La verja de la Profesa —y, detrás, el templo colonial— desfiló a nuestro lado con quietud elocuente. De coches y autos salieron hacia nosotros, de cuando en cuando, miradas y sonrisas conocidas. Pasó *El Globo*, con su interior luminoso de pastelería parisiense, de donde brotaron fugaces reflejos de grandes frascos llenos de almendras y breve visión de parroquianos y empleadas acarameladas. Iturbide... San Francisco... *La Imperial*... Guardiola... Luego el raudo correr del coche a lo largo de la Alameda, fresca en el anochecer de sus sombras, manchada a trechos, de verde claridad...

*

Lucio Blanco y otros amigos nos esperaban en la estación y, con ellos, nuestras familias, prestas ya a acompañarnos. En junto, íbamos a formar toda una caravana.

El tren —tren ordinario— estaba ya repleto de viajeros. Domínguez indicó al capitán que subiera a los coches a dar orden de que se nos hiciera sitio. Y el capitán, enérgico ahora que obedecía a otro, mandó desalojar un vagón de primera clase, «para necesidades del servicio». Protestaron los pasajeros, hubo ruido y escándalo, pero en cinco minutos se desocupó el coche y nosotros —escolta, presos y familias— subimos a instalarnos. Nuestros treinta soldados, en el acto, saturaron la atmósfe-

ra con su olor de costumbre. Para las señoras aquel ambiente resultó insoportable. Domínguez lo advirtió y se propuso remediar el mal desde luego. Sin mucho trabajo consiguió del capitán tamaña modificación en los planes del viaje, que nos dispusimos a inaugurar una manera insospechada, y peculiarísima, de ser conducidos en cuerda de presos. «Por necesidades del servicio» la escolta iría distribuida en los vagones de segunda, salvo su jefe, que seguiría al lado nuestro.

Salió el tren. Íbamos asomados a las ventanillas para despedirnos de Lucio Blanco, que enarbolaba por sobre la multitud del andén, su fusta de puño de oro... Al rebasar mi coche la parte cubierta percibí el son de una música. Escuché atento: al otro lado de la pared tocaban *La Golondrina*... ¿Lucio? Sí, de fijo eran cosas de Lucio: había mandado que se pusiera allí una de sus bandas para decirnos adiós al estilo revolucionario, al estilo de los buenos revolucionarios.

6
AL AMPARO DE LA CONVENCIÓN

¿Quién hubiera creído que el vagón en que íbamos era verdadera cárcel ambulante de políticos en desgracia? Seguramente nadie. Lo que equivale a decir que los consejos del general Plank no pasaron por orejas estériles ni fueron a caer en voluntades tardas. Nos acompañaban nuestras madres, nuestras esposas, nuestros hijos, nuestras hermanas, y su presencia nos rodeaba de tal atmósfera familiar, que nosotros mismos, absortos a ratos, no hubiésemos recordado de pronto el origen del viaje ni la finalidad que lo guiaba. Éste, además, por cuanto a nuestro estado de ánimo, no se nos presentaba al espíritu como tránsito hacia el destierro, sino primordialmente como contraste entre el vivir recluso de los días anteriores y el libre correr ahora en ferrocarril: correr continuo y fugaz, correr dueño a un tiempo de la llanura, la montaña y el valle. Rodaba el tren horas y días, y nosotros, recién escapados al estrecho horizonte carcelario, nos entregábamos al deleite de beber todos los paisajes, sorbíamos por los ojos, emborrachándonos, el inmenso espacio de las perspectivas y su nitidez luminosa; a lo cual contribuía no poco la ausencia de otros incentivos más importantes o inmediatos.

Porque fuera de algunas incomodidades extraordinarias, este viaje de ahora, en sí mismo, no difería gran cosa de los de costumbre: o si difería, era más bien por tener, comparado con los otros, menos elementos de cosa nueva. Ni decir tiene que, para los presos, la prolongación de nuestro trato, después de la vida larga y casi en común de los días de cautiverio, no nos brindaba sorpresas. Sólo uno que otro —los dotados de personalidad excesiva en ciertos sentidos— sacaba aún de sí, de cuando en cuando, algo digno de advertirse. Así, por ejemplo, Enrique C. Llorente, cuya tendencia a lo impecable llevó entonces mi admiración hasta el apogeo. Llorente, en verdad, nos demostró esa vez cuán grandes y misteriosos eran sus poderes en los dominios de la perfecta pulcritud de

la persona, su inagotable compostura de maneras, su rara capacidad para mantener sin mácula ni arruga el exterior siempre flamante de su ropa. Conforme el viaje avanzaba, todos nosotros, cuál más, cuál menos, íbamos tornándonos irremediablemente sucios y haciéndonos más y más blandos en la interpretación de la etiqueta; pero a él, como por milagro, le ocurría lo opuesto: el traje parecía planchársele, se le blanqueaba el cuello, se le erguía más el busto, se le alisaba el pelo, y las guías del bigote, negras y tiesas, se le elevaban con mayor brío. Y así en lo demás: mientras nosotros, ya en busca del descanso, ya para dormir, nos reclinábamos o tendíamos sobre los asientos, a él no se le vio desviarse nunca, en todo el viaje, ni diez grados hacia atrás, hacia delante, a la derecha o a la izquierda de la postura sedente más ceremoniosa; y esto hasta cuando el sueño le entrecerraba los párpados y daba a los músculos de su cara la dignidad anatómica de la estatua, sustitutiva en él de la soltura del músculo que duerme.



Un punto no había tenido en cuenta don Venustiano al ordenar nuestro destierro: la preponderancia, efímera pero grande, de la Convención de Aguascalientes. Menos aún había previsto el hecho de que ésta estuviera presidida por un hombre moralmente íntegro: Antonio I. Villarreal. Carranza se creía tan fuerte e indiscutible, que esperaba respeto para sus órdenes más arbitrarias hasta en los territorios dominados por generales sinceramente convencionistas. Pero que ello fue mera pretensión ridícula se puso de manifiesto en nuestro caso, gracias a la intervención de Villarreal, que no toleró que Carranza se burlara de él ni de las órdenes que la Convención daba. Procedía entonces Villarreal con estricto apego a su primitivo espíritu revolucionario: todavía no lo picaba la tarántula de las ambiciones presidenciales; conservaba claro —sin empañársele como en 1922; sin oscurecérsele como en 1923— el sano criterio humano y político y el recto espíritu de justicia que hacen de él uno de los hombres más limpios, ya que no más brillantes, de la revolución constitucionalista.

Mandó, pues, Villarreal que la orden de ponernos libres se cumpliera al pie de la letra, lo que se hizo al llegar a Monterrey el tren que nos

conducía. Tan lejos estábamos nosotros de esperarlo, que, en un principio, nos sorprendió e inquietó el ver cómo un numeroso destacamento de soldados, de antemano dispuesto en los dos andenes de la estación, rodeaba nuestro coche con modos de ir a tomarlo por asalto. Pero nos tranquilizamos luego, visto el aire sonriente con que el coronel Alfonso Vázquez (Pancho Vázquez le decían todos) saltaba al estribo y abría después la portezuela y entraba.

—No hay que alarmarse, señores —dijo saludándonos—: mis soldados vienen a protegerlos, no a otra cosa, aunque no lo parezca. Necesitábamos maniobrar así para evitar que la escolta que los vigila a ustedes intentara resistirnos.

Era un revolucionario joven, simpático y lleno de bríos. La alegría le cascabeleaba en la voz al hablar.

—¡A ver! —continuó ahora con tono más militar que al principio—. ¿Quién manda aquí la escolta?

—Mi coronel Domínguez —respondió el capitán que nos custodiaba.

Vázquez se extrañó un tanto:

—¿Usted? —preguntó dirigiéndose a Domínguez.

—Sí —contestó éste—. La mando por razones de orden y comodidad, aunque muy accidentalmente. Sin embargo, no haga usted caso: el jefe nato es el capitán, yo de ninguna manera.

Hacia el capitán se volvió entonces el coronel Vázquez para preguntar:

—¿Qué órdenes trae usted?

—Ningunas, mi coronel. Quiero decir, ningunas especiales: escoltar a los señores hasta la frontera, poniéndolos antes, si así se me requiere, a disposición de mi general Nafarrate en Ciudad Victoria o Matamoros.

—Muy bien, muy bien —interrumpió Vázquez, riendo de buena gana y como si, en efecto, hubiese mucho de gracioso en las órdenes del capitán—: sólo que ahora las cosas cambian. El general Villarreal, presidente de la Convención de Aguascalientes, dispone que se le releve a usted para que en seguida vuelva a México con sus hombres. Él, como usted sabe, es la primera autoridad de la República. Desde este momento los presos que escolta usted quedan a disposición mía.

—Lo que usted disponga, mi coronel —dijo el capitán—: nomás le suplico que me dé un papelito.

—Por supuesto. Vaya usted ahorita a la Jefatura de la Plaza y allí le entregarán un oficio en toda regla.

Nosotros no nos dábamos bien cuenta de la finalidad que pudiera perseguir aquel cambio de guardias; de suerte que menudearon las preguntas. Pero el coronel Vázquez, sin cesar en sus expresiones de regocijo, nos explicó el caso en pocas palabras:

—Nada, que se le echa a perder la treta a don Venus. Me ordena mi general Villarreal que les dé a ustedes una escolta y que con ella los mande a Aguascalientes, mas ya no en calidad de presos, sino libres. Sólo les suplico, porque así lo indica él, que en llegando allá se presenten a la Convención Militar. Si quieren, pueden descansar aquí esta noche y salir mañana; si no, aprovechen el tren que pasa dentro de un rato.

Llevábamos cuarenta y ocho horas de encierro en la incomodidad y la mugre de nuestro vagón, duro sobre todo para las mujeres y los niños que nos acompañaban. Con todo eso, resolvimos —tal era nuestra alegría— no hacer ningún descanso en Monterrey, sino salir en el acto rumbo a Aguascalientes, y así se lo manifestamos al coronel Vázquez, el cual dio las órdenes necesarias.

Poco después desengancharon del tren del sur nuestro vagón; lo agregaron al tren del norte, y de allí a poco empezamos a desandar hasta San Luis Potosí, ahora de noche, el camino recorrido durante el día. Pero la diferencia principal no era ésa, sino esta otra: la escolta de relevo era de las fuerzas de la Convención; la de antes, de las fuerzas de Carranza.



San Luis Potosí nos pareció durante el día que allí pasamos en espera del cambio de trenes, poco menos que una ciudad de hechizo, pequeña urbe protegida por las hadas. ¿Era porque la Revolución, apenas en sus comienzos, aún no la ponía maltrecha con su obra transitoriamente destructiva, como después a casi todas las ciudades mexicanas, antes bellas y florecientes? ¿Era más bien por el lustre inigualable que adquieren las cosas en el momento en que se recobra la libertad? El caso es que San Luis Potosí me pareció a mí como una especie de paraíso urbano: prodigiosamente limpias y bien pavimentadas sus calles; recogidas, acogedoras sus plazas; armoniosa la disposición de sus manzanas; grata la ar-

quitectura de sus edificios. De noche daba la impresión de una ciudad cubierta por un gran techo transparente a través de cuyos cristales brillaran las estrellas; y este mismo encanto, de algo al abrigo de la intemperie, al abrigo de las inclemencias del tiempo, pero no de sus bellezas, no se disipaba ni a la luz del sol. Había un no sé qué de urbanizado y doméstico en la naturaleza circundante, cierta intensa civilidad que parecía irradiar de la ciudad al campo, de la ciudad al cielo, y que civilizaba lo uno y lo otro de suerte única. Aun las hortalizas de los huertos cercanos parecían lograr allí un nivel de perfección desconocido en otros sitios.

En Aguascalientes nuestras impresiones fueron de otro orden al apearnos del tren —al apearnos, al fin, después de cuatro días de viaje—; mas no por distintas parecían menos amables. En el pardear de la tarde —pausada aparición de estrellas en lo alto; lento encenderse de ventanas y faroles casi a ras de suelo—, la caminata por la calzada que conduce a la ciudad desde la estación, calzada larga y bordeada de árboles, acabó sumergiéndonos el espíritu en un baño de suave melancolía. Y en esa sensación de tibieza melancólica, de euforia crepuscular —ni oscura ni brillante, ni dolorosa ni jocunda: limbo de lejanía— estaba todo México.



Provisionalmente dejamos a nuestras familias donde nos fue posible, y luego, en apretado grupo, nos fuimos derecho al teatro que daba asilo a las sesiones de la Convención. En el instante de subir la escalinata, un reloj público sonaba las ocho campanadas.

Breve espacio esperamos en el vestíbulo a que se nos anunciara; a poco se escuchó en el interior de la sala una salva de aplausos, y poco después salió a darnos la bienvenida y a invitarnos a pasar una comisión de tres señores delegados. Al entrar en el salón —por la puerta correspondiente al pasillo de en medio— todos los asistentes a la sesión se pusieron en pie, vueltas las caras hacia nosotros. Rebosaban de luz y de gente el patio, los palcos, las galerías. Cruzada la puerta, nos detuvimos indecisos: nuestra situación era algo embarazosa, pues, bien a bien, no sabíamos de qué se trataba. Pero vimos que en el fondo del escenario los miembros de la mesa directiva se levantaban también de sus asientos y que uno de ellos, adelantándose hacia las candilejas, nos hacía señas de

seguir avanzando. Entonces continuamos por el pasillo hasta la altura de las primeras filas de butacas. Habían entrado con nosotros los delegados de la comisión y el oficial de nuestra escolta.

Villarreal, que presidía, tocó la campanilla en demanda de silencio; se dispuso a hablar. Saltaba a la vista que a él, poco más o menos, estaba ocurriéndole lo que a nosotros: tampoco entendía bien cuál era el objeto de toda aquella ceremonia. Momentáneamente no encontró qué decir. Su hermosa cabeza de moro europeizado se inclinó breves segundos hacia delante: la negrura absoluta de su cabellera abundosa, de su bigote tupido, de sus ojos de brillos oscuros en el fondo de cuencas sombreadas por fuertes cejas y ojeras de intensidad increíble, parecía polarizar toda la luz de la sala. Luego, con perfecta sencillez de gesto y de palabra, dijo:

—Señores: la Convención ha ordenado que se les ponga en libertad. Eso es todo: están ustedes libres.

La Convención rompió en aplausos de sentido incierto: unos parecían aplaudir su decisión soberana; otros, no sé por qué, parecían aplaudirnos a nosotros, a los primeros soldados del anticarrancismo. Concluidos los aplausos, se guardó de nuevo silencio, y entonces don Manuel Bonilla, *senior* del grupo, habló en nuestro nombre para dar las gracias por la justicia que se nos hacía. Acto seguido, entre más aplausos, subimos al foro a estrechar la mano del general Villarreal y de los delegados a él próximos, y luego fuimos a ocupar uno de los palcos situados a la derecha del proscenio.

seguir avanzando. Entonces continuamos por el pasillo hasta la altura de las primeras filas de butacas. Habían entrado con nosotros los delegados de la comisión y el oficial de nuestra escolta.

Villarreal, que presidía, agotó la campanilla en demanda de silencio, y se dispuso a hablar. Saltaba a la vista que a él, poco más o menos, estaba ocurriéndole lo que a nosotros: tampoco entendía bien cuál era el objeto de toda aquella ceremonia. Momentáneamente no encontró qué decir. Su hermosa cabeza de mozo ensimismado se inclinó breves segundos hacia delante; la negrura absoluta de su cabellera abundosa, de su bigote tupido, de sus ojos de brillos oscuros en el fondo de cuencas sombreadas por fuertes cejas y ojeras de intensidad increíble, parecía paliar toda la luz de la sala. Luego, con perfecta sencillez de gesto y de palabra, dijo:

—Señores: la Convención ha ordenado que se les ponga en libertad. Eso es todo: están ustedes libres.

La Convención rompió en aplausos de sentido incierto: unos parecían aplaudir su decisión soberana; otros, no sé por qué, parecían aplaudirnos a nosotros, a los primeros soldados del anticarrancismo. Concluidos los aplausos, se guardó de nuevo silencio, y entonces don Manuel Bonilla, señor del grupo, habló en nuestro nombre para dar las gracias por la justicia que se nos hacía. Acto seguido, entre más aplausos, subimos al foro a estrechar la mano del general Villarreal y de los delegados a él próximos, y luego fuimos a ocupar uno de los palcos situados a la derecha del proscenio.

Libro cuarto

La cuna del convencionismo

1

ILUSIONES DELIBERANTES

Azorada vivía entonces Aguascalientes por los desmanes —a menudo fabulosos— de las tropas revolucionarias. Allí eran sinónimos *revolución* y *la Revolución*, y por eso quizás ciertos nombres de la epopeya constitucionalista sembraban pánico con el mero sonido de sus sílabas. Se decía *Bañuelos*, se decía *Domínguez*, y la gente corría a refugiarse en los sitios más recónditos, sobre todo cuando en la familia había vírgenes hermosas y otros tesoros vivos de igual precio. ¡Qué no hubieran dado entonces los habitantes ricos, y aun los de holgura económica apenas envidiable, por poder esconder sus haciendas, sus comercios, sus moradas! Pero ya que no lo principal, ocultaban, para aliviar su terror de verse desposeídos, cuanto podían, o bien lo disimulaban, o lo usaban valientemente para acercarse al nuevo grupo poderoso y ponerse así en camino de salvarlo todo creándose otros amigos.

Gracias a esto último, Aguascalientes, que en épocas normales no habría podido recibir, sin desbordarse, a doscientos o trescientos forasteros, halló esa vez hueco bastante para alojar en sus hoteles, bien diminutos, y en sus casas, no muy sobradas, a los millares de personas que la Convención llevaba consigo. Los cuartos de alquiler se agotaron de un solo golpe; pero no bien sucedió eso, empezaron a surgir de dondequiera ofertas de habitaciones confortables, de casas enteras, de pequeños palacios, y todo a título gratuito y meramente entusiasta de la Revolución, no a tanto el mes, ni el día, ni la semana.

En un principio yo no comprendí bien aquel fenómeno, tan contrario a mis nociones sobre Economía Política. Eran una depreciación de la propiedad raíz y un despego de la renta demasiado súbitos y espontáneos para que se compaginaran con las enseñanzas de mis maestros Enrique Martínez Sobral y Luciano Wiechers: fallaba la ley de la oferta y la demanda con estrépito clamoroso. Y, como de costumbre, buscando luces que me aclarasen el misterio, fui a caer en las alas de la fantasía. Por lo visto —así me expliqué las cosas en los primeros minutos— nosotros llegábamos ahora a todas partes precedidos por la fama de nuestro anticarrancismo, lo que nos daba gran popularidad e impulsaba a muchos correligionarios a acogernos calurosamente. O en otros términos: sin esperarlo ni merecerlo, empezábamos a pasar por grandes hombres —suceso de suyo muy revolucionario— y a disfrutar de las ventajas de que tal se nos creyera, aun cuando no lo fuésemos ni sintiésemos serlo.

El caso es que no menos de seis vecinos ricos estuvieron a visitarnos a cada uno la mañana siguiente a la noche de nuestra llegada, y que todos, a cuál más, nos brindaron sus casas con hospitalidad urgente, con hospitalidad de esa que no puede ni debe rechazarse. Aquéllos fueron para nosotros minutos de profunda satisfacción política. Nos sentíamos en la espuma de una popularidad llovida como del cielo, aunque perfectamente justa (¿cómo no había de ser justa, si era la nuestra?), y por allí veíamos dilatarse al infinito el ámbito de la Revolución tal como nosotros la entendíamos, y sus esperanzas: floreció en nuestros corazones la primavera fugaz de los ideales tanto tiempo alimentados y nos pareció evidente que éstos se abrieran paso —ajenos como eran a todo egoísmo— entre personas que ni siquiera nos conocían.

Pero no duró mucho el encanto, pues de allí a poco abrimos otra vez los ojos a la realidad mexicana, y la Economía Política volvió por sus fueros. La verdad se reducía —triste verdad— a que los acaudalados vecinos de Aguascalientes, economistas de lo mejor, se apresuraban a semblantear a los revolucionarios recién venidos, en busca de las caras menos sospechosas o más tranquilizadoras, y que tan pronto como daban con el hombre de su simpatía, lo colmaban de bondades, con ánimo de utilizarlo después. Tal, por lo menos, parecía ser la regla —regla sujeta a excepciones, se entiende, y, en todo caso, útil a ambas partes—. Gracias a ella, todos nosotros encontramos alojamiento en

menos tiempo que el necesario para pedirlo: mis ocho compañeros y sus familias, no recuerdo dónde; yo —amplia sala, pisos alfombrados, jardín y patio anchurosos—, en una de las principales calles y a corta distancia del Teatro Morelos, que era donde los convencionalistas se reunían.



No siendo generales ni delegados de generales, nosotros no teníamos derecho a sentarnos en los escaños de la Convención. Pero no en balde nuestro papel de víctimas tempranas del carrancismo nos rodeaba en esos días de aureola a propósito para ser tratados con grandes miramientos. Desde la noche en que se nos declaró libres, las autoridades de la asamblea, según digo antes, nos señalaron sitio para que asistiéramos a las sesiones. Era una platea desde la cual dominábamos la sala perfectamente. La tribuna colocada en el extremo izquierdo del escenario, nos quedaba al alcance de la mano. Un poco más allá, y al centro, teníamos, a unos cuantos metros, a los miembros de la mesa directiva.

A mí me bastó contemplar por primera vez aquel conjunto militar deliberante para convencerme de que el resultado de sus deliberaciones sería nulo. Quizás el nivel moral y cultural de la Convención no fuera tan bajo como el de algunas cámaras de diputados que luego hemos tenido en México —cámaras donde los diputados suelen venderse al mejor postor, donde se traiciona al compañero y al amigo, donde intrigan, y a veces mandan, legisladores que no escriben bien su nombre—. Pero con todo, la Convención Militar denotaba a leguas carecer del alto espíritu cívico y del patriotismo consciente indispensables en aquella hora. Se trataba de salvar a la Revolución quitando de en medio dos peligros: un peligro mayor —Carranza— y otro menor —Villa—. El primero representaba el falseamiento de la verdad revolucionaria y la vuelta, sin otra guía que las ambiciones personales, a la disputa del poder. El segundo representaba el desenfreno de la acción, domeñable sólo con la inteligencia. Mas los generales, que en su gran mayoría habían hecho la Revolución movidos por un impulso colectivo vago, aunque noble (secundado por ansias personales ya no tan nobles ni tan vagas), no estaban lo bastante capacitados para convertir en idea desinteresada lo que

sólo había actuado en ellos como solicitación confusa. A la piedra de toque del patriotismo, los más respondieron con sus ambicioncitas personales, tan pequeñas, tan mezquinas, que, abarcándolos a todos en una sola mirada, no se comprendía que fueran los autores de la Revolución ni, menos, que merecieran haberla hecho.

Eduardo Hay, que era allí de lo mejor —por lo menos en punto a propósitos—, pronunció en una de las primeras sesiones cierta frase reveladora del espíritu dominante en la asamblea. «Aquí —dijo entre grandes aplausos— estamos *a base* de honor.» Porque la misma fama que en el acto conquistaron tales palabras demostró hasta dónde el sentimiento expresado era falso —falso no por quien lo manifestaba (hablaba en Hay el hombre estimable, el que no descendía a socaliñas ni complicidades con los que se manchan en el poder), sino por la fisonomía de los militares políticos que lo prohijaban con tales extremos—. Estaba a la vista que lo más extraño a la Convención era justamente la esencia de lo honorable, y eso, ni más ni menos, se pondría de manifiesto cuando, poco tiempo después, casi todos los generales, unos de una manera y otros de otra, habrían de faltar a su compromiso con pretextos fútiles. La «base de honor» se reduciría a que los generales, o sus representantes, estamparan su nombre bajo el águila de la bandera, para negar ésta a los pocos días, con firma y todo. En vano serían los esfuerzos sinceros de algunos de los hombres de mayor prestigio como convencionistas —ejemplo, Villarreal—, o como militares —ejemplos, Ángeles y Obregón—. A este último hay que reconocerle que en la Convención se mostró desprendido como pocos y dispuesto como nadie a la conciliación de los grupos enemigos —acaso demasiado dispuesto, o dispuesto en un tono que, por exceso de humildad, quitaba eficacia al ascendiente adquirido en las batallas.



La pobreza moral y cultural del ambiente convencionista creció de punto con la llegada de los delegados de Zapata y sus lugartenientes. Los zapatistas se presentaron una mañana, acompañados de Ángeles y demás militares que habían ido a buscarlos hasta las «montañas del Sur». Su aparición no sólo provocó entusiasmo, sino delirio. Se les recibía co-

mo si en efecto trajesen la verdad y el Evangelio; como si unidos Chihuahua y Morelos, el resto se resolviera por sí mismo. Sin embargo, no faltó quienes presintiesen, con sólo verlos entrar, que su concurso a la obra de la concordia serviría más para envenenar los ánimos que para calmarlos.

Encabezaban el grupo Paulino Martínez, Díaz Soto y Serratos: el primero, que en política era una serpiente; el segundo, que afectaba un plebeyismo revolucionario de que no había ejemplo ni entre los hombres más humildes de la Revolución; y el tercero, que era extraña mezcla de hombre bueno y de político sin brújula intelectual y a vueltas con sus mejores impulsos. Para un auditorio de nivel bajo, los tres eran buenos oradores; en junto, mejores que los de cualquiera otra de las banderías allí presentes: mejores que los de Carranza, que los de Villa, que los de la tendencia personificada en Villarreal, Eulalio Gutiérrez y Lucio Blanco. Pero la oratoria de los tres —eso apareció desde el primer momento en los discursos que pronunciaron para contestar a la aclamación que se les tributaba— era de simple pasión negativa, más aún, de odio a cuanto no significase invertir los valores de modo que lo más bárbaro, lo más primitivo, o, si se quiere, lo más descivilizado, viniera a ser lo supremo en la historia de los hombres.

Díaz Soto vestía entonces pantalón de charro, guayabera de dril y sombrero ancho. Su aspecto —para quienes no lo conocían— era el de un capataz de carros de pulque. Pero exhibiéndose de esa suerte —adrede, sin necesidad—, nos daba a quienes conocíamos su origen, su carrera, su cultura, la impresión de querer convertirse en símbolo, de querer ser una alegoría del zapatismo animada con el calor de su sangre y el vigor de sus músculos. ¿Era aquél, en efecto, el símbolo fiel del verdadero zapatismo? Zapata sigue siendo un enigma, pero un enigma cuya solución se traducirá, cuando haya quien lo interprete, en una de estas dos respuestas: o el zapatismo es el calzón blanco y el huarache —algo profundamente respetable por la verdad de su dolor—, o es el pantalón de charro y el sombrero ancho —representativos (fuera del teatro y las labores de la hacienda) de la degradación de la cultura; de la miseria espiritual del huarache y el calzón, sin el humilde dolor que redime a éstos; de la insolente pasión materialista de los pantalones y los zapatos, sin las aspiraciones superiores que a estos otros justifican—. Pues bien, en Díaz

Soto el zapatismo que hablaba era el del pantalón de charro, no el del calzón blanco; y otro tanto ocurría con Paulino Martínez, sólo que en él la voz acusaba también al leguleyo de pueblo; y otro tanto con Serratos, bien que en éste la expresión se disfrazase tras la estructura de una franqueza simpática.

2
HORAS DE LA CONVENCIÓN

Pero si como cuerpo político la Convención estaba condenada al fracaso, como espectáculo lograba a cada momento los éxitos más halagadores. Yo llegaba a mi platea exactamente con la misma curiosidad que si se tratase de un representación de Reinhardt o de cualquier acontecimiento teatral donde pronto hubiésemos de sentirnos, actores y espectadores, arrebatados por el ritmo envolvente de la acción —allí más aguda, más invasora de las facultades del alma, a causa de las próximas evidencias de que aquello no era verdad fingida, sino verdad realmente verdadera—. Unas veces el espectáculo se resolvía en risa; otras dejaba el ánimo perplejo, desorientado, y otras, en fin, volviéndose tortura moral, limpiaba fugazmente los espíritus al toque de cierta grandeza estética. Porque, trágico en el fondo, cuando no en la forma, aquel espectáculo tenía su *catharsis*, como tenía también su choque fatal de fuerzas inconciliables. Luchaban allí, a muerte, dos maneras profundas de una sola nacionalidad: de una parte, la aspiración difusa, pero desesperadamente activa y noble, a mejores modos de vida social; y frente a esto, la incapacidad inmediata, colectivamente irremediable, de sosegar las turbulencias de la aspiración transformándolas en algo vividero, coordinado y orgánico. El móvil dramático visible era la pasión política, allí suelta, sin cortapisas, autónoma; y la presencia suprema en las encrucijadas de la acción era la pistola —la pistola elevada al rango del destino en la tragedia clásica o al del carácter en el drama moderno: la pistola pronta, imperante, definitiva.



Héroe del espectáculo convencionista solía serlo Roque González Garza. Villa lo había hecho su representante personal, y, al parecer, con

muy buen acuerdo, pues una vestidura así —excelente por las intenciones, ingenua de maneras— resultaba la más a propósito para ofrecer a la junta de militares un trasunto desbravado de la figura, salvaje en exceso, del jefe de la División del Norte. En Roque, además, lucían otras virtudes: era fiel hasta la muerte, derrochaba valor civil y, para el caso, abundaba en esa clase de recursos parlamentarios cuya eficacia no se embota al provocar la risa de la gente seria y docta.

Cierta mañana llegó Roque a la Convención persuadido a fondo de que traía en las manos la solución al dilema Carranza-Villa. Brillaba de satisfacción y de misterio, y, más que nunca deseoso de comunicarse con sus amigos de confianza, se mostraba reservado a medias. En el rincón de un pasillo nos reunió a unos cuantos anticarrancistas probados y nos insinuó la importancia de su plan, aunque no la naturaleza precisa de él.

—Será —nos dijo— el golpe definitivo: o se va Carranza o se muere como líder.

—¿Y Villa? —le preguntamos.

—Villa es lo de menos. Lo importante está en que si Carranza insiste en quedarse, se acaba.

¿Y cómo, o por qué, había de acabarse Carranza si no se iba? Eso no nos lo dijo. Con lo cual, al verlo caminar minutos después hacia el salón de sesiones, nosotros nos quedamos sonrientes e incrédulos.

Porque Roque, en fuerza de ser bueno y querer encontrarle camino a todo, sembraba a menudo, aun entre sus mejores amigos, dudas acerca de su capacidad mental. Me las inspiraba a mí igual que a cualquier otro, o más quizás que a otros, puesto que en la estimación que yo hacía de él rendían no pequeño tributo los recuerdos de su gracioso paso por otra convención política: la del Partido Liberal Progresista en 1911. Allí había hecho Roque —por sobra de buena fe, por su cándido optimismo respecto de lo sencillo y lo sincero— cosas fantásticas y de un sabor anecdótico imborrable. ¿Cómo olvidar, por ejemplo, la tierna conducta de Roque —opuesta, por tierna, al ambiente nauseabundo de las asambleas políticas— el día que hizo crisis en el Liberal Progresista la pugna entre los partidarios de Vázquez Gómez y los de Pino Suárez? Roque oyó la bella y falsa requisitoria de Urueta contra el primero de los dos candidatos, aquella que el gran orador empezó con la mordacidad de esta frase exclamativa: «¡El cerebro de la Revolución!...» Escuchó luego la

formidable defensa de Luis Cabrera, defensa llena de avisos prudentes y anticipaciones del futuro. Y agitada el alma por el entusiasmo del momento, poseído de su deber, seguro de su hora, anunció que el argumento último para dirimir el conflicto estaba en ciertos documentos oficiales que él poseía y cuya lectura no podía ni debía dejarse de tomar en cuenta. Sin embargo, como no llevaba consigo aquellos papeles pidió tiempo para buscarlos, y una hora después regresó, vestido de levita —chaleco cruzado, sombrero alto—, y subió a la tribuna en medio de la expectación de todos. Estaba trémulo de emoción cuando rompió a hablar, y a tal punto, que parecía querer apaciguarse, apoyando la mano derecha sobre el pecho, del lado del corazón.

—Preparaos, señores delegados —exclamó, llenando con la voz el ámbito de un silencio profundo—; preparaos a vivir este instante solemne. Aquí —y se tocaba de nuevo el pecho—, aquí traigo las memorias de mi hermano Federico... Vais a escucharlas...

Y no se le oyó más, porque la grita que se desencadenó fue tan espantosa que lo hizo desaparecer de súbito, como si una fuerza sobrehumana lo hubiese precipitado en el Tártaro de la rechifla, de donde surgió a poco, arrugados los faldones de su traje de ceremonia, incompletos los puños de la camisa, deshecho el nudo de la corbata.

Escena de tal calibre, por supuesto, no habría de repetirse en Aguascalientes. Tres años de intensa actividad política habían transcurrido desde los albores del modernismo, tres años que para Roque —harto más despierto y sutil de lo que pudiera pensarse al principio— suponían un aprendizaje enorme. Mas, a pesar de eso, la proposición extraordinaria con que quería resolver ahora el conflicto entre Villa y Carranza —así lo vimos sus amigos en cuanto la hizo pública— guardaba estrecha afinidad con la que quiso usar tres años antes para resolver la pugna de Vázquez Gómez y Pino Suárez. Sólo que esta vez, ayudado de su experiencia, y puestas las cosas en otro plano y entre otros hombres, se acercó a la caricia de la ovación casi tanto como la vez anterior a la estrujadura de la mofa y los silbidos.

Con gran destreza exaltó Roque el profundo desinterés político del general Villa, su disposición al sacrificio máximo en aras de la patria, y acabó por entregar un pliego en el cual el jefe de la División del Norte se comprometía —resuelto a no entorpecer la magna obra revoluciona-

ria— a quitarse la vida con su propia mano, siempre y cuando el Primer Jefe se suicidara juntamente con él.

Aquella fue la jornada máxima del villismo heroico.



Pero en materia de grandes momentos del espectáculo convencionista nada igualaba las grandes borrascas que sabía desencadenar Antonio Díaz Soto y Gama. Se lo permitía su oratoria, de fluir continuo, y casi se lo reclamaban las doctrinas disolventes a cuya difusión se entregaba por entero, o poco menos. Díaz Soto no creía en Dios ni en el diablo, en el bien ni en el mal, en la patria ni en la familia, en lo mío ni en lo tuyo. Creía apenas en el origen misterioso, mágico, del evangelio zapatista y en la persona sobrehumana de Emiliano Zapata, a quien pintaba entre las cumbres de las montañas del Sur en el acto trascendente de revelar a unos cuantos adeptos del Plan de Ayala. Su visión del zapatismo se ataviaba con evocaciones bíblicas —el Sinaí, Moisés; el rayo y el trueno—, y si las cuatrocientas cabezas de la asamblea militar no se humillaban al roce de la extraña palabra, a un tiempo santa y laica, Díaz Soto flagelaba el espíritu de sus oyentes echándoles en cara su ignorancia, su inconsistencia y su servil sumisión a los prejuicios más groseros y más indignos del alma revolucionaria. Era, en una palabra, tremendo.

Un día se acordó de que había socialismo, de que Karl Marx había escrito el *Manifiesto comunista* y *Das Kapital*, y de que las patrias y otros embelecos eran mera invención de la clase explotadora para no aflojar las cadenas del proletariado. Y como los pobres generales convencionistas no sabían mucho de aquello, resolvió explicarles el asunto con la vehemencia de gesto y la calidez de palabra en él características.

El candor patriótico de no sé quién (de Ángeles o de algún otro revolucionario no iniciado en los sacros misterios de la Internacional) había puesto en la tribuna una bandera mexicana sujeta a su asta y dispuesta de modo que su cercanía mantuviese vivo el patriotismo oratorio. Los tres colores de Iguala y el águila precortesiana presidían tutelarmente a cuanto en esa tribuna se pensaba y se expresaba. Por momentos, la voz del orador, o la brisa que hacían sus ademanes, agitaba los pliegues de la enseña patria, como para incorporarla al timbre, como para sumarla a

su gesto. Había también algunos que, absortos en la lucubración interna de su pensamiento, acercaban la mano a la tela, con inconsciente deseo de acariciarla o para dar calma a los nervios librándolos de la ociosidad del tacto. Y había también quienes hacían entrar la bandera en sus discurso con el propósito manifiesto del atraerse al auditorio, de entusiasmarlo, de enardecerlo.

Hasta esta mañana Díaz Soto no dio nunca señales de percatarse, en el curso de sus peroraciones, que tal bandera estuviese allí. Pero esta vez, mientras ordenaba sus ideas para empezar a hablar, tomó la tela por una de sus puntas, la levantó ligeramente, y al fin la dejó caer, a tiempo que iniciaba la primera frase. El tema central de aquel discurso no lo recuerdo, por más que los períodos principales versaran, como de costumbre, sobre el ideal zapatista y la necesidad de hacerlo bajar desde las montañas meridionales hasta las llanuras del centro y el norte de la República —dicho todo ello con la elocuencia pirotécnica y reiterativa en que Díaz Soto era maestro—. El caso es que hubo un bello trozo, de grandes rasgos históricos, donde se hacía ver cómo era uno el género de los hombres, uno su origen, uno su destino. Hubo otro por donde desfilaron, ante los ojos encandilados de los convencionistas, los grandes guiadores de la humanidad, la procesión magnífica de los maestros que no incurrieron en las distinciones de nacionalidad, ni de color, ni de raza: Buda, Jesucristo, San Francisco, Karl Marx y Zapata. Y luego, en el paroxismo de la elocuencia militante y arrebatadora, vinieron otros períodos —éstos los más brillantes— destinados a denunciar la perversa división de los hombres en pueblos y naciones, a vituperar los imperios, a negar y escarnecer la patria y las patrias y a abominar de todos los emblemas pueriles que los hombres inventan para odiarse entre sí y combatirse.

En esta última parte de su discurso quiso Díaz Soto unir el acto a la teoría, para lo cual, cogiendo la bandera mexicana que tenía al lado, la hizo objeto de múltiples apóstrofes y exclamaciones y preguntas retóricas.

—¿Qué valor —decía, estrujando la bandera y recorriendo con la vista palcos y butacas—, qué valor tiene este trapo teñido de colores y pintarrajeado con la imagen de un ave de rapiña?

Nadie, naturalmente, le contestó. Él tornó a sacudir el lienzo tricolor y a preguntar, o exclamar:

—¡Cómo es posible, señores revolucionarios, que durante cien años los mexicanos hayamos sentido veneración por semejante superchería, por semejante mentira!...

Aquí los militares convencionistas, cual si fueran librándose poco a poco de la magia verbal del orador predilecto de Zapata, empezaron a creer que veían visiones, y, segundos después, vueltos del todo en sí, se miraron unos a otros, se agitaron, iniciaron un rumor y en masa se pusieron en pie cuando Díaz Soto, a punto ya de arrancar la bandera del asta —tamaño era su ahínco—, estaba dando cima a su pensamiento con estas palabras:

—Lo que esta hilacha simboliza vale lo que ella, es una farsa contra la cual todos debemos ir...

Trescientas pistolas salieron entonces de sus fundas; trescientas pistolas brillaron por sobre las cabezas y señalaron, como dedos de luz, el pecho de Díaz Soto, que se erguía más y más por encima del vocerío ensordecedor y confuso. Flotaban principios, finales, jirones de frases; sonaban insultos soeces, interjecciones inmundas...

—Deje esa bandera, tal por cual...

—... Zapata, jijo de la...

—Abajo..., bandera..., don...

En aquellos instantes Díaz Soto estuvo admirable. Ante la innúmera puntería de los revólveres, bajo la lluvia airada de los peores improperios, se cruzó de brazos y permaneció en la tribuna, pálido e inmóvil, en espera de que la tempestad se aplacase sola. Apenas se le oyó decir:

—Cuando ustedes terminen, continuaré.

3
LA MUERTE DEL GAUCHO MÚJICA

Durante nuestra estancia en la Penitenciaría, Berrueco —o *el Berrueco*, según lo llamaba el coronel Domínguez— nos había traído una tarde la historia completa de la liberación del Gaucho Mújica, a quien habían dejado salir de la cárcel de Belén dos o tres días antes.

Este Berrueco era uno de los varios agentes que yo había colocado en la Inspección General. Insignificante en todos sentidos, al principio apenas lo diferenciaba yo de los otros; pero luego empezó a distinguirse por su fidelidad y actividad, y, por último, vino a merecernos entera confianza, entre otras cosas por ser, de todo el grupo al que pertenecía, el más asiduo en visitarnos a Domínguez y a mí en los días de nuestro encierro. El general Plank estaba perfectamente al tanto del empleo que Berrueco desempeñaba, y aun sabía, por habérselo dicho nosotros, que era él, ni más ni menos, el conducto por donde nos llegaban muchas de nuestras informaciones políticas. Con todo, Plank no le puso nunca obstáculos para que entrara a hablarnos hasta el departamento que nos servía de celda, ni mucho menos informó a Carranza de la frecuencia e índole de aquellas visitas. Entre los deberes políticos y los de la amistad, Plank supo siempre, si entraban en conflicto, optar por los segundos.

—Ya sé que no van ustedes a creerme —nos dijo esa vez el Berrueco—, pero les aseguro que es cosa cierta, absolutamente cierta. Un general de los más inmediatos a Carranza ha conchabado al Gaucho Mújica para que vaya a asesinar a mi general Villa. El Gaucho anda ya suelto (¡como si no hubiera estado preso por homicidio!), y el general que digo le tiene ofrecida una gruesa suma de dinero, y la libertad absoluta, si cumple su palabra. A estas horas debe de ir camino a Chihuahua, resuelto a acercarse a mi general Villa, a ganar su voluntad y a matarlo en la primera ocasión favorable.

Esto no lo decía Berrueco con la calma que yo lo escribo, sino excitadísimo, más torpe de lengua que de costumbre y tan pálido y convulso que bastaba mirarlo para apreciar de un golpe la importancia terrible que atribuía a su descubrimiento policíaco. Su nerviosidad, en todo caso, se justificaba, por lo menos en parte. Porque el plan —dadas las brillantes aptitudes de matador de hombres que florecían en el Gaucho— era un serio peligro para la vida de Villa, y eso, en nuestro agente, tocaba fibras muy sensibles. Berrueco no había visto nunca al jefe de la División del Norte ni tenía por qué guardarle adhesión personal, mas recordaba de sobra —y en ello tenía cifrado su porvenir— que yo lo había puesto en el servicio secreto del carrancisno no para servir a Carranza, sino al revés, para ser útil a los intereses nuestros, los del grupo anticarrancista, cuyo resorte mayúsculo consistía entonces en la fuerza acumulada en la persona de Villa. Y con el hábito de sernos leal en este punto, Berrueco acabó pronto por sentir —casi con igual gravedad que nosotros— cuanto se refería al formidable guerrillero.

Arrojado y valiente como pocos, Domínguez se echó a reír de lo que Berrueco estaba diciéndonos. Y es que la historia, oída así, de pronto, sonaba tan absurda que no merecía tomarse en serio. Se necesitaba calibrar bien la circunstancia de que el protagonista del asesinato en proyecto fuera el Gaucho Mújica —pensar en su temple extraordinario, en sus audacias criminales— para convencerse de que allí podía haber algo, cuando no posible, sí creíble.

—Usted, amigo Berrueco —dijo Domínguez—, anda mirando moros con tranchete. Se ve que no conoce usted a Villa...

—Tampoco el Gaucho lo conoce —respondió Berrueco, que no era tonto para su oficio.

A lo que Domínguez replicó:

—Como si lo conociera; porque el gaucho, o no es lo que dicen, o debe imaginarse que todavía no nace el valiente capaz de arrimarse a Villa para asesinarlo. Con Villa no se juega.

—Pues usted piense lo que guste, mi coronel; pero yo les juro que es un hecho lo que digo, y si no, allá se verá.

Y al decir estas palabras, Berrueco dejó de tartamudear, como si se lo prohibiera la solemnidad del juramento.

A mí me pareció que lo primero era poner en limpio el origen de la

noticia, cualquiera que fuese la verosimilitud de ella. Inicié, pues, todo un interrogatorio.

—Comience usted —le dije a Berrueco— por aclararnos quién es ese general.

Él no lo pensó mucho, sino que contestó al punto:

—Don Pablo.

Entonces fui yo el de las dudas.

—¿Don Pablo? ¡Imposible! Don Pablo no es capaz de semejantes cosas.

—Don Pablo.

—Pero, ¿cómo lo sabe usted? —dije, volviendo a las preguntas.

—Por dos conductos diferentes; por los dos conductos mejores.

—¿Cuáles?

—Lo sabemos (pues no sólo lo sé yo: lo saben también otros agentes), primero, por alguna persona que está cerca de don Pablo, y luego, por otra persona que está en comunicación con Mújica.

—¿Qué personas?

—Unas personas.

—Pero ¿cuáles? ¿Cómo se llaman?

—De la primera no puedo decir nada. La otra es una mujer.

—¿Qué mujer?

—Una mujer, señor; una mujer que está en relaciones con el Gaucho. No me obligue usted a decirle el nombre: también nosotros tenemos nuestro secreto profesional.

El Berrueco se fue, y nosotros nos quedamos pensativos y llenos de dudas. Domínguez no persistió mucho en su impresión primera: ya no encontraba del todo imposible que hubiese alguien con suficientes tamaños para ir a asestar a Villa un golpe en su propio terreno. Al contrario, ahora lo encontraba lógico. «Solo de ese modo se concibe —se decía a sí mismo— la muerte de Villa: asesinado villanamente, a mansalva y por un cobarde, no por un hombre con el corazón en el pecho.» Pero yo seguía tan escéptico como antes, aunque más que por el Gaucho Mújica, por la supuesta intervención de don Pablo. Que uno de los primeros generales de la Revolución —primero en rango, ya que no en triunfos— descendiera hasta urdir un golpe de mano, una trama ruin y cobarde, justamente contra el hombre a quien la Revolución debía sus mayores

victorias militares, no me entraba en la cabeza. Aceptarlo era renunciar de plano a las ilusiones revolucionarias más puras e idealistas, renunciar a todo aquello que el carrancismo repudiaría después, y aun aniquilaría en voz alta, al proyectar y proclamar el tenebroso asesinato de Zapata.

Vinimos al fin a parar en que nuestro deber nos mandaba no tener por imposible lo que Berrueco nos decía, y, por sí o por no, acordamos dar a Villa aviso de las supuestas intenciones del Gaucho y sus cómplices. El caso no se prestaba a telegramas ni cartas; de suerte que escogimos de entre nuestros amigos uno, llamado Cabiedes —más amigo de Domínguez que mío: joven, leal, valiente—, para que llevara el mensaje de palabra. Lo que nuestro enviado tenía que hacer se concretaba a repetir a Villa, punto por punto, nuestra conversación con Berrueco.



Libre en Aguascalientes, pensé desde luego ir en busca de Villa, entre otras cosas para conocer el desenlace que hubiera cabido al Gaucho y a su empresa. Tres semanas habíamos pasado en la Penitenciaría después de la fecha en que partiera Cabiedes, y ni él regresó nunca a darnos cuenta de su misión, ni Villa nos respondió palabra por ningún conducto.

Salimos, pues, Domínguez y yo hacia Zacatecas, y al anochecer dimos con el jefe de la División del Norte, que tenía instalado su cuartel general más allá de Guadalupe. Nuestra presencia, al parecer, le sorprendió grandemente:

—¡Pero ¿de dónde caen ustedes, amigos?! Yo estaba en que los había mandado fusilar el viejo.

—No, general; todavía no.

—Pues ¿y Nafarrate?

—No lo hemos visto...

—Se salvan de milagro, créanmelo. Porque, la verdad, para mí era seguro que algo había de pasarles, sobre todo a este amigo.

Y al decir lo último señalaba a Domínguez. Éste preguntó:

—¿A mí, general?

—A usté, amiguito, a usté. Porque usté es muy hablador.

Domínguez se puso rojo de rabia y dirigió a Villa una mirada miope y rencorosa. Pero Villa, que no decía aquello con mala intención, sino

más bien en tono de reproche amistoso, siguió hablando, por fortuna para nosotros, sin notar el enojo de Domínguez. Estaba contento, casi alegre, lo que se le echaba de ver en la mirada, menos rojiza que de costumbre, menos inquieta, menos en zozobra, y en la suavidad, más humana, de los movimientos de su enorme mandíbula.

Tocando a Domínguez un hombro con la mano izquierda, prosiguió:

—Y gracias por el aviso. ¡Diablo de Gaucho! ¡Pues no me andaba ya cazando!

—Pero ¿llegó a venir? —le pregunté.

—Dos veces, amiguito. La primera me engañó bien. Dijo que me admiraba sin conocerme: sólo por la fama y que quería juntarse con mis fuerzas. Me estuvo contando sus muertes (seguro para criarme confianza), y por último me sacó dinero para un viaje al Norte, de donde me prometió volver de allí a poco. Luego vino el amigo de ustedes... ¿Cómo se llama?

—Cabiedes.

—Eso: Cabiedes. Vino, digo, y me enteró de la cosa. Ya se figurarán cómo me puse. Al tal Cabiedes por poco le meto un tiro, para que aprendiera a llegar más de priesa. Pero luego me apacigüé, pensando que el Gaucho volvería, lo que sucedió pronto.

—Y ¿entonces?

—¿Entonces? Entonces se arregló todo... Ya lo tengo enterrado...

—¡¿Enterrado, general?!... ¿Dónde?

—¿Cómo dónde? ¡Ah, qué amigo éste! Pos bajo el suelo. ¿Dónde había de ser? Y miren que el muy jijo de tal anduvo en escapárseme. Porque aquí los licenciados me dijeron que siendo extranjero no lo podíamos despachar así nomás. Pero yo dije: bueno, y ¿que por ser extranjero no ha de pagar las que debe este Gaucho traidor? Y le hice juicio que nombran internacional. Lo confesó todo, todito, pues le advertí que ya sabía yo la mera verdad, y que si me mentía le echaba bala, y si no, que allá veríamos. Míster Carothers, el cónsul de los Estados Unidos, oyó la confesión y firmó las actas. Luego las volvimos a leer; mandé que les pusieran más sellos y más firmas, y vi que era de justicia sentenciar al Gaucho a la pena que él quería aplicarme. Míster Carothers dijo que en mi caso haría lo mismo. Cuando el Gaucho supo que lo iba yo a quebrar se alebrestó no poco y se puso a ofrecerme cosas. Me juró y rejuró que iría

a matar a Carranza con tal de que yo lo perdonara. Pero yo le dije que de cuándo acá me hacían a mí falta de traidores para matar a mis enemigos. «Yo no soy de ésos, don tal —le dije—: yo tengo armas y sé usarlas a lo hombre.» Pronto adivinó que la tenía perdida y se resignó con su suerte... Ay mismo lo fusilamos.

Nosotros habíamos escuchado a Villa en silencio. Luego, al concluir él su relato, seguimos sin decir palabra y mirándonos uno a otro.

Después de una pausa larga, añadió Villa:

—Y ese Cabiedes, ¿dónde está? Me remuerde el mal pensamiento que tuve cuando se me figuró que no había venido bastante apriesa a darme razón del mensaje. Mándenmelo para hacerle un regalito. ¡Quién sabe si en este momento esté debiéndole la vida! Es buen muchacho: serio, prudente, servicial...

4

EL ARTE DE LA PISTOLA

A la mañana siguiente, Villa, gran enamorado de las armas de fuego, llevó a ellas la conversación; por donde yo —como siempre que eso pasaba— me encontré de pronto, a la inversa de Domínguez, sin mucho que decir. Esta vez, sin embargo, no quise callarme por completo y referí al guerrillero, en tono que quitaba al asunto toda importancia, lo que tanto me sorprendiera a mí meses antes en Sinaloa: las raras aptitudes que hacían del general Felipe Riveros el portapistola más notable de los campos revolucionarios.

—El general Riveros —dije— es un gran tirador. A veinte pasos mete la bala dentro de un casquillo del mismo calibre.

Villa, que acababa de levantar las manos para arriscarse el ala del sombrero, se quedó inmóvil, con los brazos en alto, y, manteniéndolos así, repitió con acento de duda:

—¿La bala dentro de un casquillo del mismo calibre?

—Sí, general.

Luego apoyó los codos sobre la mesa, miró a lo lejos, a través de la ventanilla que le quedaba enfrente, y declaró al fin, recobrada su firmeza de costumbre:

—Oiga, eso no puede ser.

A mí, en realidad, la proeza de Riveros no me constaba: la sabía por terceras personas. Pero quienes me la contaron le habían dado tales visos de hecho comprobable, que en el acto la tuve por cierta, sin ocurrírseme nunca pedir a Riveros que la ejecutara ante mis propios ojos. Convencido, pues, insistí en lo dicho:

—Sí, general, sí puede ser.

—Pos si puede ser —replicó Villa—, ahorita mismo vamos a verlo, porque entonces yo lo hago. ¡Vaya si lo hago!

Y sin esperar más, se puso en pie.

Bajamos del coche él, Domínguez, yo y, poco después, algunos de los oficiales —entre ellos, acaso, Luis Aguirre Benavides.

Un rato permaneció Villa al borde del terraplén, mientras descubría en torno sitio apropiado adonde dirigirse. La mañana era soberbia. Húmeda y prodigiosamente transparente, la luz lo bañaba todo en claridad: en claridad perfecta, en claridad que parecía embeber las cosas sin tocarlas. Se distinguían con igual precisión los menores accidentes del campo próximos a nosotros, que las enormes rugosidades de las montañas, remotas y azules. Salvo en la perspectiva, para los ojos no había cerca ni lejos: íntegros se duplicaban en el secreto espejo de la contemplación los más diminutos trazos del paisaje.

A cien metros de la vía férrea se veían los restos de una tapia de adobes. Villa caminó hacia ella, seguido de nosotros, y allí se detuvo. Luego, sin proferir palabra, se puso a considerar la situación del sol respecto de la superficie de los adobes. De un lado de la tapia los rayos se quebraban en sombra y luz; del otro la sombra era suave, pareja. En este último palpó Villa, con la punta de los dedos, las junturas abiertas entre adobe y adobe, hasta dar con una que le agradó. De la canana extrajo luego un cartucho; se lo llevó a la boca; lo cogió entre los dientes por la parte de la bala, y, haciendo girar lo que le quedó entre los dedos, separó el casquillo. Los brillos de níquel del proyectil se encendieron en sus labios durante varios segundos y allí estuvieron mientras mantuvo los ojos fijos en el montoncito de pólvora que iba vaciando del casquillo en la palma de la otra mano. Finalmente, a la vez que derramaba la pólvora hacia el suelo, lanzó la bala a lo lejos, cual colilla que se escupe. Al caer, el proyectil fue breve aerolito de luz.

Villa, evidentemente, no quería ser menos que el general Riveros, pues en todo cuanto hizo a continuación puso diligencia y esmero minuciosos. A la altura exacta de su pecho enclavó el casquillo entre dos adobes, cuidando de darle ligerísimo declive hacia atrás, como si en efecto conociera el curso matemático de la trayectoria de sus balas. Fue en seguida a colocarse a veinte pasos del casquillo, desde donde apuntó con la pistola, y volvió a corregir, imperceptiblemente, la posición del blanco. Luego repitió la maniobra una vez más, y luego otra, y otra.

Para mí era aquel un Pancho Villa desconocido: un Villa casi infantil, cuyo entretenimiento, pese a las sanguinarias evocaciones de la pis-

tola, concordaba de extraña manera con la sonrisa de la luz y la profunda paz del campo. Yo lo veía ir y venir —inclinarse, erguirse, alargar y recoger brazos y piernas—, fascinado en parte por el brío de atleta con que iniciaba y acababa cada movimiento, en parte poseído de vaga inquietud. Porque, en medio de todo, me turbaba el temor de lo que pudiese resultar de allí. ¿Sería factible, como decían, la hazaña atribuida al general Riveros? Y de no serlo, ¿cómo reaccionaría Villa? A mi derecha, Domínguez observaba los preparativos del guerrillero con curiosidad de tirador de oficio. A mi izquierda, y un poco atrás, estaban los oficiales.

Por fin se dispuso Villa a disparar. Mas antes de reducir el ojo a la sola visual del casquillo, se dirigió a mí:

—Ya lo oyó, amigo: si puede hacerse, yo lo hago. Ahorita lo veremos.

Levantó la pistola con lentitud; apuntó. Pero cuando creí que iba a hacer fuego, dejó caer de nuevo el brazo. Luego tornó a levantarlo con presteza, y, sin tiempo ninguno para apuntar, hizo el disparo. La detonación sonó, pequeña, distinta, seca, clara como los perfiles de aquella mañana de luz.

Todos corrieron entonces hacia los restos de la tapia, menos Villa, que se encaminó a ella paso a paso, y yo, que eché a andar, ligeramente detrás de él, fijos los ojos en las bruñidas cachas del arma, ya vuelta a la cintura. La culata se le recortaba sobre la lana de un *sweater* café y hacía allí juegos luminosos.

—¡Le dio usted, mi general! —gritaba uno de los oficiales.

—¿En el mero casquillo? —preguntó Villa.

—Sí, mi general; allí merito.

Villa se acercó al grupo.

—A ver —dijo.

Yo también adelanté la cabeza. La bala, cierto, había tocado el casquillo, pero sin pasar por la abertura al interior; sólo se había llevado uno de los bordes.

Villa, así que lo hubo visto, dijo:

—Lo que este amigo cuenta del general Riveros no lo hace nadie.

Yo guardé silencio. Domínguez observó:

—¿Por qué no prueba de nuevo, mi general?

—¿De nuevo? ¿Pa qué otra vez? Sería gastar los tiros de *oquis*.

Y volvió a mirar, ahora más de cerca, el efecto de la bala. A los pocos segundos dijo:

—Pero miren lo que son las cosas. Considerándolo bien, empiezo a figurarme que la treta no es ultimadamente muy difícil ni tan imposible. Se me hace que le vuelvo el crédito aquí al licenciado. Sí, amigo —y se puso de espaldas a la tapia para mirarme—. Cuando andaba de huida por la sierra hubiera yo hecho eso que dice usted que hace el general Felipe Riveros. Porque allá me vivía ocho y diez meses sin tocar mujer: el cuerpo se me conservaba siempre lozano. Aquí no es igual. Aquí, aunque no lo quiera uno, siempre se mueve el pulso. Créamelo, licenciado, la mujer es el peor enemigo del tirador, como lo es, a lo que dicen, de los toreros.

Aquella explicación salvadora me pareció a mí harto plausible, y la hubiera reforzado con argumentos y teorías a no ser porque Villa varió el curso de su pensamiento preguntándome de pronto:

—Y usté, amigo, ¿qué clase de tirador es?

Yo me sentí entre la espada y la pared; pero, por las dudas, preferí la espada:

—Yo, muy malo, general.

Dijo Villa:

—¡Ande, ande! No será tan malo cuando vive en estas bolas. Tire pues un poco para que lo vea.

Por sola respuesta fui a ponerme en el sitio desde donde Villa había disparado. Saqué la pistola. Apunté muy despacio. Tiré.

La bala erró el casquillo en cinco o seis centímetros.

—Malo de veras, amigo —me gritó Villa—. Tire ahora al descubrir.

Yo alcé rápidamente el brazo y disparé. La bala pegó a medio metro del casquillo.

—¡Pos sí que es malo! —exclamó Villa.

Y luego, conforme me le acercaba, me dijo:

—Me asombra, amiguito, que esté todavía con vida. ¿Cómo se las arregla, pues, para defenderse de los carrancistas?

Él, por supuesto, se imaginaba que yo andaba riñendo a tiros a mañana, tarde y noche. Pero como sacarlo de su error me hubiera disminuido a sus ojos, sólo contesté:

—Allá me defiendo como puedo, general.

La respuesta no le satisfizo. Replicó en seguida, moviendo admonitoriamente la cabeza:

—No, amiguito, no. Lo veo en muy malos pasos. Uno de estos días me lo matan.

Y clavó en mí sus ojos, ajenos siempre al sosiego. Sentí que me miraba de arriba abajo como el indio yaqui mira cuanto cae dentro de su vista: como posibilidad de blanco para disparar. Después, echándome un brazo sobre el hombro, me atrajo hacia sí y me llevó, caminando pasito a paso, hasta la tapia de adobes. Allí, ambos vueltos de espaldas hacia el grupo donde quedaban los oficiales, Aguirre Benavides y Domínguez, continuó en voz baja, para mí solo:

—Usté me cae bien, amiguito, por lo cual lo juzgo digno de mejor suerte. Voy, pues, a darle un consejo: buen consejo, se lo aseguro yo. Sígalo y guárdeselo. A ver: déque su pistola. Usted aprieta el gatillo con este dedo, ¿no es verdad?

—Sí, general, con ése.

—Bueno, pues cuando tire al descubrir no use ese dedo, sino éste.

Y me enseñó el dedo de en medio.

—El índice, en vez de usarlo para el gatillo, póngalo así. ¿Comprende?

—Comprendo.

—Pero fíjese bien, amiguito: exactamente así, porque de eso depende todo lo que de otra manera no ha de resultarle... Eso es, así.

Y seguro de haberse dado a entender, añadió mientras me empujaba por un brazo:

—Ándele, pues. Haga la prueba.

Él volvió a reunirse con el grupo de los oficiales y Domínguez, y yo fui a colocarme otra vez a distancia conveniente del blanco. Había cogido la pistola de acuerdo con sus enseñanzas.

En cuanto me vio a punto de disparar, me animó a voces:

—Tire sin miedo, que le saldrá bien.

Casi sin apuntar, disparé. La bala se perdió en el espacio.

—Así lo hago peor, general —dije.

—Eso se le afigura. Tire otra vez, que yo soy su maistro.

Volví a tirar. La bala tocó a medio metro del casquillo. Dijo Villa:

—Ya va mejor, amigo. Tire de nuevo, también sin apuntar.

Obedecí. La bala se acercó hasta diez centímetros. Él exclamó con vanidad de profesor:

—¡Qué tal! ¿Se convence ahora? Ensáyese así un poco todos los días y verá.

Domínguez me miraba lleno de curiosidad y de asombro. Pero yo, aunque me mostraba satisfecho, para halagar la amable disposición del guerrillero, fingí que aquello me parecía muy natural, no obstante que en el fondo no cabía en mí de sorpresa al sentirme dotado de tanta puntería.

*

Esa tarde, de regreso para Aguascalientes, Domínguez se empeñó en que le descubriera el secreto. Me resistí al pronto, mas al fin la amistad venció.

—Bien —le dijo—, te lo diré; pero a condición de no comunicárselo a nadie mientras Villa esté vivo.

Y, en efecto, hecha de su parte promesa formal, le transmití el consejo mágico —o que tal se me figuraba.

5

LA PELÍCULA DE LA REVOLUCIÓN

La Historia no determina aún lo que había en el fondo de la afición de don Venustiano a retratarse: si un sentimiento primario o un recurso político de naturaleza oculta y trascendente. ¿Se complacía Carranza en su propia imagen, conocedor tal vez del poder atractivo que halló en sus rasgos la oratoria de la «barba florida»? ¡Tierno narcisismo de sesenta años! ¿O sería más bien que el Primer Jefe, molesto de topar a cada paso con los retratos de Madero, aspiraba a substituirlos por otros? Posiblemente el biógrafo del porvenir se detenga en la tesis intermedia y declare que a don Venustiano le repugnaban los retratos del Presidente Mártir tanto cuanto le deleitaban los suyos. De ser así, se invocará como testimonio, de una parte, la frecuencia con que el Primer Jefe iba a colocarse frente al aparato de fotógrafos, y de la otra, el sufrimiento que le causaban los entusiasmos maderistas a cuyo son era siempre recibido. De esto último sabemos algo cuantos entramos con él, durante los primeros meses de la lucha, en ciudades grandes o aldeas ínfimas. Se veía lucir dondequiera, adornado de guirnaldas y coronas, el retrato de la víctima de Victoriano Huerta; brotaba de todos los sitios el grito maderista de la multitud —multitud cándida, multitud confiada en sus nuevos guiadores—, y el Primer Jefe, a pie o a caballo, se envolvía en el manto frío y sonriente de su despecho al confirmar que Carranza no descollaba ni en los vivas ni en los retratos.

Ello es que la figura de don Venustiano y la fotografía de la Revolución se compenetran. Carranza llegó a Sonora no sólo huido, sino sucio, andrajoso; y cuando todos esperaban oírle pedir un baño —agua y jabón que le quitaran mugre y piojos—, se escuchó con sorpresa que el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista sólo quería retratarse. Para la fotografía revolucionaria fue aquél un suceso fecundo: de entonces data la conciencia de su destino como actividad llamada a grandes cosas; de en-

tonces el empuje, pronto crecido, luego en auge, de su desarrollo económico. Porque don Venustiano cultivó a partir de allí tan tenaz y arrolladora inclinación a prodigarse en efigie, que su sonrisa bonachona y el brillo de sus espejuelos vinieron a ser en poco tiempo, para el agosto de los fotógrafos, verdadera alondra de luz: de luz áurea y tintineante. Miles de pesos importaban en Hermosillo las cuentas de retratos de la Primera Jefatura; más aún las de los retratos hechos en los talleres norteamericanos de California, adonde se encargaban, por insuficiencia de los establecimientos de Sonora, los trabajos en grande escala: los tirajes de cien mil o doscientos mil ejemplares, las impresiones en papel de lujo o de fantasía. Y esto mismo, importante ya, no habría de ser sino el comienzo de la era fotográfica, pues luego, no contentos con la imagen estática del Primer Jefe, los supremos directores de la Revolución recurrirían a la cinemática.



Mediaban las labores de la Convención cuando se presentó en Aguascalientes uno de los fotógrafos oficiales del constitucionalismo. ¿Fue Abitia en persona? ¿Fue alguno de sus ayudantes o de sus émulos? Quienquiera que fuese, el fotógrafo venía —y esto es lo importante— a mostrar a los señores miembros de la asamblea la película de las gestas revolucionarias tomada sobre el propio campo. Su misión, pues, más que de artista, era de político y de político sagaz, de político constructivo. Porque nada en verdad tan oportuno en aquella hora del llamamiento a la concordia, como hacer que los jefes de los grupos contrapuestos se vieran de nuevo, así fuese sólo en la pantalla, batallando juntos por la empresa guerrera y política de que ya eran constancia documental las escenas grabadas en la cinta de celuloide. Allí se veía a Carranza rodeado de los mismos que intentaban desconocerlo ahora. Allí aparecía Villa al frente de las formidables tropas con que meses antes, en nombre del plan constitucionalista de Guadalupe, arrebatara Ciudad Juárez, Chihuahua, Torreón, Zacatecas. Allí desfilaban, codo con codo, Obregón y Lucio Blanco después de las victorias de Orendáin y Castillo. Allí se hermanaban don Pablo y Eulalio Gutiérrez, Villarreal y Zapata, Dávila Sánchez y el *Roba-Vacas*, Robles y Benjamín Hill, Iturbe y Raúl

Madero. Y todos —atentos a un mismo propósito, unidos en un solo esfuerzo— consumaban el triunfo de las armas revolucionarias, precursor de la obra cívica que ahora debía emprenderse. ¡Qué mejor discurso que aquél para que los generales deliberantes se perdonaran mutuamente sus flaquezas y se pusieran de acuerdo! Al lado de eso no valía nada la oratoria voluntariosa de Eduardo Hay, ni las prédicas a media voz de Villarreal, de Obregón, de Ángeles, ni el generoso empeño del grupo más noble y desinteresado entre todos: el de los oficiales, jóvenes y austeros, del tipo de David Berlanga, para quienes la Revolución, más que fuente de entusiasmo, era objeto de devoción religiosa.

Pero las pasiones andaban ya demasiado sueltas para que nada ni nadie las restituyera al freno. El móvil idealista, presente aún en unos cuantos, se había desvirtuado en casi todos; prácticamente había desaparecido. Ya no se luchaba por la Revolución, sino por su botín. Y hasta los mismos que sinceramente se esforzaban por salvar la obra revolucionaria —la misión histórica del movimiento popular que allí fracasaría o tomaría aliento— lo hacían sin perder de vista los frutos personales de la victoria. Cada quién quería la unión más ventajosa para sus intereses, no la más útil para los intereses de la causa que se invocaba.

Por eso el sentimiento dominante en la Convención era el anticarrancista. Carranza, autocrático y corruptor —sensible a los aduladores y los abyectos y enemigo de los hombres libres (hágase memoria de sus consentidos)—, era, sin duda, una mera falsificación del espíritu revolucionario. Se veía desde entonces cómo iba derecho, sin prestancia guerrera ni austeridad pública, a un mal porfirismo de segunda mano. Pero no era eso lo que más repugnaba a la mayoría de los convencionistas, incapaces de la menor concepción histórica acerca del destino de México. Lo que ya no toleraban era que don Venustiano siguiera disponiendo del botín de la Revolución, ni menos aún que lo usara para premiar a su antojo a sus incondicionales, y siempre en merma de los otros. Inversamente, aunque en menor grado, Villa, salvaje ganador de las supremas batallas de la Revolución, y Zapata, apóstol de la barbarie hecha idea, comenzaban a perfilarse como amenaza de vandalismos inmediatos y terribles. Mas tampoco era eso lo que movía contra ellos a los pocos carrancistas de buena fe, sino el temor de que, dejando crecer más a Villa

y Zapata, éstos vinieran pronto a quitar situaciones de privilegio a cuantos consideraran enemigos.



La noche que se exhibió la película revolucionaria se vio hasta dónde era intenso y susceptible de los peores extremos el anticarrancismo convencionista, de cuyo espíritu se teñían a veces las sesiones de la asamblea.

Lucio Blanco y varios amigos suyos paseábamos por la ciudad cuando supimos, a última hora, que el espectáculo iba a empezar. No encontramos, pues, al presentarnos en el teatro, asientos ni sitio desde donde pudiésemos ver en pie. En masa había acudido la Convención, y con ella la muchedumbre de amigos y conocidos de los delegados. Los pasillos estaban rebosantes, llenos los palcos hasta el remate de las columnas, pletórico el lugar de la orquesta.

Breves esfuerzos por colocarnos nos convencieron de que la cosa era imposible, e íbamos a desistir, cuando a Blanco se le ocurrió un expediente:

—De seguro —dijo— que nadie ha pensado que por detrás de la pantalla, que es de tela, debe verse tan bien como desde aquí. Vamos al escenario, que allí se nos darán hasta sillones de brazos, si de ellos pedimos.

Según lo dijo, así fue: tras la cortina de algodón que iba a hacer las veces de pantalla no estaban más que los tramoyistas. Los encontramos cómodamente instalados sobre un montón de cuerdas y dueños absolutos de una tranquila holgura que contrastaba con los apretujones de la sala. En cuanto nos vieron entrar, adivinaron las intenciones que nos llevaban, y eso, al parecer, no les contrarió, antes fue motivo de que nos ofrecieran de muy buena gana la mejor parte del asiento que se habían improvisado. Blanco, demasiado señor, no aceptó el ofrecimiento, sino que hizo que nos trajeran, invocando la conveniencia de todos y metiendo la mano en el bolsillo, las mejores sillas que había en la utilería. Puestas con el respaldo contra la pared del fondo, resultaron idealmente confortables. Nuestra localidad única tenía hasta la virtud de no obligarnos a levantar la cabeza para mirar bien: el cuadro luminoso, por alguna

causa que no recuerdo, venía a quedar, ni más ni menos, a la altura de nuestros ojos.

Como buen público revolucionario y de circunstancias especiales, aquél se comportaba harto extraordinariamente. Hubo primero, mientras la luz permaneció encendida, diálogos entre convencionistas que se hablaban a voz en cuello de un extremo a otro del teatro. Llegaban las palabras hasta nuestro escondite, subrayadas a veces por la risa de unos grupos o por la rechifla de otros. Parecían, por el espíritu, ya que no por el timbre de la voz, parloteo de muchachos escapados de pronto al rigor de la escuela.

—Están de broma —decía Blanco—. Y es que la Convención empieza a cansarlos.

Luego, al apagarse las lámparas, el barullo creció: sonaban cuchufletas en voz fingida; respondían frases entre regocijadas y soeces; estallaban las risotadas; herían la oscuridad los gritos agudos, las carcajadas salvajes, los alaridos guturales del valle y la montaña. Las vistas fijas que se sucedieron en la pantalla a manera de prólogo no consiguieron interesar a nadie: persistía el escándalo en el solaz de su curva ascendente. Pero de súbito todo cambió. Risas y gritos, pateo y silbidos se convirtieron en ovación estruendosa al dibujarse en letras de luz el título de la epopeya revolucionaria reducida a programa de cine. Y entonces supe yo lo que es, a telón caído, el aplauso entusiasta de todo un teatro: saboreé, en la imaginación, la gloria de los grandes comediantes.

Una voz fuerte y ronca gritó estentórea:

—¡Viva la Revolución!

—¡¡Viva!!

Y se hizo el silencio.

La máquina de proyección, no muy nueva ni muy buena, envolvió la sala en sus trepidaciones. En la pantalla vibraban algo las figuras humanas hechas de sombra y luz. Pero el ruido del aparato no importaba: ahora la atención, libre del oído, vivía presa del ojo.

Pasó, marchando dentro del marco luminoso, la fila interminable de los soldados yaquis, inconmovible, serpeante como las veredas de sus peñas abruptas. Lucían al sol, cual si fueran de bronce, los pómulos bruñidos; los sombreros, adornados de cintas y plumajes, se movían al rit-

mo felino de los pasos. Cuando asomó, esbelto, largo, enjuto, el yaqui que golpeaba en un tamborcito como de juguete, el vozarrón de antes gritó:

—¡Vivan los vencedores de Occidente!

—¡¡Vivan!!

Y estalló la ovación.

Luego, junto a mucho material de artillería quitado al enemigo, surgió Obregón con sus oficiales. Otra vez atronaron los aplausos, y el grito fue:

—¡Viva el Cuerpo de Ejército del Noroeste!

—¡¡Viva!!

Apareció Carranza, corpulento, solemne, hierático, en el acto de entrar en triunfo en Saltillo. Otra voz dijo:

—¡Viva el Primer Jefe!

Pero en vez del grito entusiasta y multitudinario, respondió el desorden. Se escucharon vivas y mueras: aplausos, golpes, protestas, siseos.

Y a renglón seguido, como si el operador lo hiciera adrede, caracoleó bañada en luz, sobre su caballo magnífico, la magnífica figura de Pancho Villa, legendaria, dominadora. El clamor unánime ahogó las voces y sólo como coletilla de la salva de aplausos logró imponerse este grito:

—¡Viva la División del Norte!

—¡¡Viva!!

Y de nuevo rompió el aplauso.

Así todos los otros. Durante cerca de una hora, o acaso más, se prolongó el desfile de los adalides revolucionarios y sus huestes, nimbados por la luminosidad del cinematógrafo y por la gloria de sus hazañas.

Nosotros, sin embargo, no vimos el final de la película, porque, intempestivamente, sucedió algo que nos hizo salir a escape del lugar que ocupábamos detrás del telón. Don Venustiano, por supuesto, era el personaje que más a menudo volvía a la pantalla. Sus apariciones, más y más frecuentes, habían venido haciéndose, como debía esperarse, más y más ingratas para el público convencionista. De los siseos mezclados con aplausos en las primeras veces en que se le vio, se fue pasando a los siseos francos; luego, a los siseos parientes de los silbidos; luego, a la rechifla abierta; luego, al escándalo. Y de ese modo, de etapa en etapa, se

alcanzó al fin, al proyectarse la escena en que se veía a Carranza entrando a caballo en la ciudad de México, una especie de batahola de infierno que culminó en dos disparos.

Ambos proyectiles atravesaron el telón exactamente en el lugar donde se dibujaba el pecho del Primer Jefe, y vinieron a incrustarse en la pared, uno a medio metro por encima de Lucio Blanco, y el otro más cerca aún, entre la cabeza de Domínguez y la mía.

Si como entró el Primer Jefe a caballo en la ciudad de México, hubiera entrado a pie, las balas habrían sido para nosotros. ¡Ah, pero si hubiera entrado a pie no habría sido Carranza, y no habiendo habido Carranza, tampoco hubiera habido disparos, pues no hubiera existido la Convención!

6

PANCHO VILLA EN LA CRUZ

No se dispersaba aún la Convención, cuando ya la guerra había vuelto a encenderse. Es decir, que los intereses conciliadores fracasaban en el orden práctico antes que en el teórico. Y fracasaban, en fin de cuentas, porque eso era lo que en su mayor parte querían unos y otros. Si había ejércitos y se tenían a la mano, ¿cómo resistir la urgencia tentadora de ponerlos a pelear?

Maclovio Herrera, en Chihuahua, fue de los primeros en lanzarse de nuevo al campo, desconociendo la autoridad de Villa.

—Orejón jijo de tal —decía de él el jefe de la División del Norte—. Pero ¡si yo lo he hecho! ¡Si es mi hijo en las armas! ¿Cómo se atreve a abandonarme así este sordo traidor e ingrato?

Y fue tanta su ira, que a los pocos días de rebelarse Herrera, ya estaban acosándolo las tropas que Villa mandaba a que lo atacasen. Los encuentros eran encarnizados, terribles: de villistas contra villistas, de huracán contra huracán. Quien no mataba, moría.



Una de aquellas mañanas fuimos Llorente y yo a visitar al guerrillero y lo encontramos tan sombrío que de sólo mirarlo sentimos pánico. A mí el fulgor de sus ojos me reveló de pronto que los hombres no pertenecemos a una especie única, sino a muchas, y que de especie a especie hay, en el género humano, distancias infranqueables, mundos irreductibles a común término capaces de producir, si desde uno de ellos se penetra dentro del que se le opone, el vértigo de *lo otro*. Fugaz como estremecimiento reflejo pasó esa mañana por mi espíritu, frente a frente de Villa, el mareo del horror y del terror.

A nuestro «buenos días, general», respondió él con tono lúgubre:

—Buenos no, amiguitos, porque están sobrando muchos sombreros.

Yo no entendí bien el sentido de la frase; ni creo que Llorente tampoco. Pero mientras éste guardaba el silencio de la verdadera sabiduría, yo, con inoportunidad estúpida, casi incitadora del crimen, dije:

—¿Están sobrando qué, general?

Él dio un paso hacia mí y me respondió con la lentitud contenida de quien domina apenas su rabia:

—Sobrando muchos sombreros, señor licenciado. ¿De cuándo acá no entiende usté el lenguaje de los hombres? ¿O es que no sabe que por culpa del Orejón (¡jijo de tal, donde yo lo agarre!...) mis muchachitos están matándose unos a otros? ¿Comprende ahora por qué sobran muchos sombreros? ¿Hablo claro?

Yo me callé en seco.

Villa se paseaba en el saloncito del vagón al ritmo interior de su ira. Cada tres pasos murmuraba entre dientes:

—Sordo jijo de tal... Sordo jijo de tal...

Varias veces nos miramos Llorente y yo, y luego, sin saber qué hacer ni qué decir, nos sentamos —nos sentamos el uno cerca del otro.

Afuera brillaba la mañana, sólo interrumpida en su perfecta unidad por los lejanos ruidos y voces del campamento; en el coche, aparte el tremar del alma de Villa, no se oía sino el tic-tiqui del telégrafo.

Inclinado sobre su mesa, frente por frente de nosotros, el telegrafista trabajaba, preciso en sus movimientos, inexpresivo de rostro como la forma de sus aparatos.

Así pasaron varios minutos. Al fin de éstos el telegrafista, ocupado antes en transmitir, dijo, volviéndose a su jefe:

—Parece que ya está aquí, mi general.

Y tomó el lápiz que tenía detrás de la oreja y se puso a escribir pausadamente.

Entonces Villa se acercó a la mesita de los aparatos, con aire a un tiempo agitado y glacial, impaciente y tranquilo, vengativo y desdeñoso.

Interpuesto entre el telegrafista y nosotros, yo lo veía de perfil, medio inclinado el busto hacia delante. Le sobresalían de un lado, en la mancha oscura que hacía su silueta contra la luz de las ventanillas, las curvas enérgicas de la quijada y del brazo doblado sobre el pecho, y del lado de

acá, al pie del ángulo poderoso que le bajaba desde el hombro, el trazo, corvo y dinámico, de la culata de la pistola. Esa mañana no traía sombrero de ala ancha, sino salacot gris, de verdes reverberaciones en los bordes. Prenda semejante, inexplicablemente siempre en su cabeza, me pareció entonces más absurda que nunca. Cosa extraña: en lugar de quitarle volumen, parecía dárselo. Visto de cerca y contra la claridad del día, su estatura aumentaba enormemente; su cuerpo cerraba el paso a toda luz.

El telegrafista desprendió del bloque color rosa la hoja en que había estado escribiendo y entregó a Villa el mensaje. Él lo tomó, pero devolviéndolo al punto, dijo:

—Léamelo usté, amigo; pero léamelo bien, porque ora sí creo que la cosa va de veras.

Temblaban en su voz dejos de sombría emoción, dejos tan honda y terminantemente amenazadores que pasaron luego a reflejarse en la voz del telegrafista. Éste, separando con cuidado las palabras, escandiendo las sílabas, leyó al principio con voz queda:

«Hónrome en comunicar a usted...»

Y después fue elevando el tono conforme progresaba la lectura.

El mensaje, lacónico y sangriento, era el parte de la derrota que acababan de infligir a Maclovio Herrera las tropas que se le habían enfrentado.

Al oírlo Villa, su rostro pareció, por un instante, pasar de la sombra a la luz. Pero acto seguido, al escuchar las frases finales, le llamearon otra vez los ojos y se le encendió la frente en el fuego de su cólera máxima, de su ira arrolladora, descompuesta. Y era que el jefe de la columna, tras enumerar sus bajas en muertos y heridos, terminaba pidiendo instrucciones sobre lo que debía hacer con ciento sesenta soldados de Herrera que se le habían entregado «rindiendo armas».

—¡Que ¿qué hace con ellos?! —vociferaba Villa—. ¡Pues ¿qué ha de hacer sino fusilarlos?! ¡Vaya una pregunta! ¡Qué se me afigura que todos se me están maleando, hasta los mejores, hasta los más leales y seguros! Y si no, ¿pa qué quiero yo estos generales que hacen boruca hasta con los traidores que caen en sus manos?

Todo lo cual decía sin dejar de ver al pobre telegrafista, a través de cuyas pupilas, y luego por los alambres del telégrafo, Villa sentía quizá

que su enojo llegaba al propio campo de batalla donde los suyos yacían yertos.

Volviéndose hacia nosotros, continuó:

—¿Qué les parece a ustedes, señores licenciados? ¡Preguntarme a mí que qué hace con los prisioneros!

Pero Llorente y yo, mirándolo apenas, desviamos de él los ojos y los pusimos, sin chistar, en la vaguedad del infinito.

Aquello era lo de menos para Villa. Tornando al telegrafista le ordenó por último:

—Ándele, amigo. Dígale pronto a ese tal por cual que no me ande gastando de *oquis* los telégrafos; que fusile a los ciento sesenta prisioneros inmediatamente, y que si dentro de una hora no me avisa que la orden está cumplida, voy allá yo mismo y lo fusilo para que aprenda a manejarse. ¿Me ha entendido bien?

—Sí, mi general.

Y el telegrafista se puso a escribir el mensaje para transmitirlo.

Villa lo interrumpió a la primera palabra:

—¿Qué hace, pues, que no me obedece?

—Estoy redactando el mensaje, mi general.

—¡Qué redactando ni qué redactando! Usté nomás comunique lo que yo le digo y sanseacabó. El tiempo no se hizo para perderlo en papeles.

Entonces el telegrafista colocó la mano derecha sobre el aparato transmisor; empujó con el dedo meñique la palanca anexa, y se puso a llamar:

«Tic-tic, tiqui; tic-tic, tiqui...»

Entre un rimero de papeles y el brazo de Villa veía yo los nudillos superiores de la mano del telegrafista, pálidos y vibrantes bajo la contracción de los tendones al producir los suenecitos homicidas. Villa no apartaba los ojos del movimiento que estaba transmitiendo sus órdenes doscientas leguas al norte, ni nosotros tampoco. Yo, no sé por qué necesidad —estúpida como las de los sueños—, trataba de adivinar el momento preciso en que las vibraciones de los dedos deletrearan las palabras «fusile usted inmediatamente». Fue aquélla, durante cinco minutos, una terrible obsesión que barrió de mi conciencia toda otra realidad inmediata, toda otra noción de ser.



Cuando el telegrafista hubo acabado la transmisión del mensaje, Villa, ya más tranquilo, se fue a sentar en el sillón próximo al escritorio.

Allí se mantuvo quieto por breve rato. Luego se echó el salacot hacia atrás. Luego hundió los dedos de la mano derecha entre los bermejos rizos de la frente y se rascó el cráneo, como con ansia de querer matar una comezón interna —comezón del alma—, y después volvió a quedarse quieto. Inmóviles nosotros, callados, lo veíamos.

Pasaron acaso diez minutos.

Súbitamente se volvió Villa hacia mí y me dijo:

—¿Y a usté qué le parece todo esto, amigo?

Dominado por el temor, dije vacilante:

—¿A mí, general?

—Sí, amiguito: a usté.

Entonces, acorralado, pero resuelto a usar el lenguaje de los hombres, respondí ambiguo:

—Pues que van a sobrar muchos sombreros, general.

—¡Bah! ¡A quién se lo dice! Pero no es eso lo que le pregunto, sino las consecuencias. ¿Cree usté que esté bien o mal, esto de la fusilada?

Llorente, más intrépido, se me adelantó:

—A mí, general —dijo—, si he de serle franco, no me parece bien la orden.

Yo cerré los ojos. Estaba seguro de que Villa, levantándose del asiento, o sin levantarse siquiera, iba a sacar la pistola para castigar tamaña reprobación de su conducta en algo que le llegaba tanto al alma. Pero pasaron varios segundos, y al cabo de ello sólo oí que Villa, desde su sitio, preguntaba con voz cuya calma se oponía extrañamente a la tempestad de poco antes:

—A ver, a ver: dígame por qué no le parece bien mi orden.

Llorente estaba pálido hasta confundírsele la piel con la albura del cuello. Eso no obstante, respondió con firmeza:

—Porque el parte dice, general, que los ciento sesenta hombres se rindieron.

—Sí. ¿Y qué?

—Que cogidos así, no se les debe matar.

—Y ¿por qué?

—Por eso mismo, general: porque se han rendido.

—¡Ah, qué amigo éste! ¡Pos sí que me cae en gracia! ¿Dónde le enseñaron esas cosas?

La vergüenza de mi silencio me abrumaba. No pude más. Intervine:

—Yo —dije— creo lo mismo, general. Me parece que Llorente tiene razón.

Villa nos abarcó a los dos en una sola mirada.

—Y ¿por qué le parece eso, amigo?

—Ya lo explicó Llorente: porque los hombres se rindieron.

—Y vuelvo a decirle: eso ¿qué?

El *qué* lo pronunciaba con acento de interrogación absoluta. Esta última vez, al decirlo, reveló ya cierta inquietud que le hizo abrir más los ojos para envolvernos mejor en su mirada desprovista de fijeza. De fuera a dentro sentía yo el peso de la mirada fría y cruel, y de dentro a fuera, el impulso inexplicable donde se clavaban, como acicates, las visiones de remotos fusilamientos en masa. Era urgente dar con una fórmula certera e inteligible. Intentándolo, expliqué:

—El que se rinde, general, perdona por ese hecho la vida de otro, o de otros, puesto que renuncia a morir matando. Y siendo así, el que acepta la rendición queda obligado a no condenar a muerte.

Villa se detuvo a contemplarme de hito en hito: el iris de sus ojos dejó de recorrer la órbita de los párpados. Luego, de un brinco, se puso en pie para acercarse al telegrafista y ordenarle, gritándole casi:

—Oiga, amigo; llame otra vez, llame otra vez...

El telegrafista obedeció:

«Tic-tic, tiqui; tic-tic, tiqui...»

Pasaron unos cuantos segundos. Villa, sin esperar, interrogó impaciente:

—¿Le contestan?

—Estoy llamando, mi general.

Llorente y yo tampoco logramos ya contenernos y nos acercamos también a la mesa de los aparatos.

Volvió Villa a preguntar:

—¿Le contestan?

—Todavía no, mi general.

—Llame más fuerte.

No podía el telegrafista llamar más fuerte ni más suave; pero se notó, en la contracción de los dedos, que procuraba hacer más fina, más clara, más exacta la fisonomía de las letras. Hubo un breve silencio, y a poco brotó sobre la mesa, seco y lejanísimo, el tiqui-tiqui del aparato receptor.

—Ya están respondiendo —dijo el telegrafista.

—Bueno, amigo, bueno. Transmita, pues, sin perder tiempo, lo que voy a decirle. Fíjese bien: «Suspenda fusilamiento prisioneros hasta nueva orden. El general Francisco Villa.»

«Tic, tiqui; tic, tiqui...»

—¿Ya?

«Tic-tiqui, tiqui-tic...»

—...Ya, mi general.

—Ahora diga al telegrafista de allá que estoy aquí junto al aparato esperando la respuesta, y que lo hago responsable de la menor tardanza.

«Tiqui, tiqui, tic-tic, tiqui-tic, tic...»

—¿Ya?

—...Ya, mi general.

El aparato receptor sonó:

«Tic, tiqui-tiqui, tic, tiqui...»

—...¿Qué dice?

—...Que va él mismo a entregar el telegrama y a traer la respuesta.

Los tres nos quedamos en pie junto a la mesa del telégrafo: Villa extrañamente inquieto; Llorente y yo dominados, enervados por la ansiedad.

Pasaron diez minutos.

«Tic-tiqui, tic, tiqui-tic...»

—¿Ya le responde?

—No es él, mi general. Llama otra oficina.

Villa sacó el reloj y preguntó:

—¿Cuánto tiempo hace que telegrafiamos la primera orden?

—Unos veinticinco minutos, mi general.

Volviéndose entonces hacia mí, me dijo Villa, no sé por qué a mí precisamente:

—¿Llegará a tiempo la contraorden? ¿Usté qué cree?

—Espero que sí, general.

«Tic-tiqui-tic, tic...»

—¿Le responden, amigo?

—No, mi general, es otro.

Iba acentuándose por momentos en la voz de Villa una vibración que hasta entonces nunca le había oído: armónicos, velados por la emoción, más hondos cada vez que él preguntaba si los tiqui-tiquis eran respuesta a la contraorden. Tenía fijos los ojos en la barrita del aparato receptor, y, en cuanto éste iniciaba el menor movimiento, decía, como si obrara sobre él la electricidad de los alambres:

—¿Es él?

—No, mi general: habla otro.

Veinte minutos habían pasado desde el envío de la contraorden cuando el telegrafista anunció al fin:

—Ahora está llamando—. Y cogió el lápiz.

«Tiqui-tic-tiqui, tiqui-tiqui...»

Villa se inclinó más sobre la mesa. Llorente, al contrario, pareció erguirse. Yo fui a situarme junto al telegrafista para ir leyendo para mí lo que éste escribía.

«Tiqui-tic-tiqui, tiqui-tiqui...»

A la tercera línea, Villa no pudo dominar su impaciencia y me preguntó:

—¿Llegó a tiempo la contraorden?

Yo, sin apartar los ojos de lo que el telegrafista escribía, hice con la cabeza señales de que sí, lo cual confirmé en seguida de palabra.

Villa sacó su pañuelo y se lo pasó por la frente para enjugarse el sudor.



Esa tarde comimos con él; pero durante todo el tiempo que pasamos juntos no volvió a hablarse del suceso de la mañana. Sólo al despedirnos, ya bien entrada la noche, Villa nos dijo, sin detenerse en explicaciones:

—Y muchas gracias, amigos; muchas gracias por lo del telegrama, por lo de los prisioneros.

7

EL SUEÑO DEL COMPADRE URBINA

Las dotes naturales que hacían de Villa un conversador ameno e intenso se me revelaron una de aquellas noches en el pueblecito de Guadalupe, del Estado de Zacatecas.

A Guadalupe habíamos llegado esa tarde Enrique C. Llorente, José Vasconcelos y yo. Los tres veníamos de hablar con Villa sobre diversos asuntos y los tres deberíamos partir de nuevo después de unas cuantas horas: Llorente hacia Washington, Vasconcelos hacia Aguascalientes y yo en un viaje corto a Chihuahua. Villa, una vez terminados los negocios oficiales, quiso hacernos compañía mientras llegaba el momento de que nos ausentáramos, y como los trenes de Juárez y de México no pasaban por allí hasta la una de la mañana, para realizar su propósito hubo de romper su arraigadísimo hábito de recogerse temprano. Tamaña delicadeza de su parte me chocó extraordinariamente, porque lo conocía demasiado bien para explicármela. Me constaba que él, en parte por su pobre educación, y en parte por su carácter, no guardaba cortesías con nadie. ¿Qué ocultaría aquella desusada amabilidad? La duda y la desconfianza —yo no me libré nunca de recelos respecto a Francisco Villa— me pusieron un poco en acecho y fueron motivo de que entonces observara al general revolucionario con detenimiento mayor que el de costumbre: analicé sus menores movimientos, seguí sus ademanes, estudié sus gestos, sus palabras.

La conversación ocurría en el saloncito del vagón especial que Villa usaba cuando salía de viaje o a campaña. Ya los criados habían levantado la mesa en que poco antes cenáramos. La cortina del escritorio de Villa estaba echada. De cuando en cuando sonaban en el aparato del telégrafo los tiqui-tiquis, al parecer ociosos, de mensajes que iban de paso. Por las ventanillas del coche se veía azulear y espejear a lo lejos, bajo el claro de luna, la hermosa hondonada, a trechos cubierta de agua, que

hay allí entre el bordo de la vía férrea y la cadena de colinas y cerros próximos. Del lado opuesto, la plata lunar y el ocre de tierras escarpadas e incultas daban toques de encanto a un paisaje desnudo de toda belleza a la luz del sol.

El prodigio de aquella noche de otoño acabó por apoderarse de nosotros, y durante breves instantes salimos a la plataforma para contemplar mejor las vagas lejanías de ensueño que se extendían sin límite bajo el ámbito nocturno del cielo de cristal. Hacía frío. En uno de los estribos un centinela velaba arrebujado en su sarape oscuro y canturreaba un aire, inacabable y melancólico, en voz tan tenue como la lumbre de su cigarro. Otro, semitendido en la plataforma, dormía con la cabeza puesta sobre el ala de su sombrero, la cual había doblado hacia abajo a guisa de almohada. Su respiración era tan regular y cadenciosa que parecía estar contando el tiempo de aquella noche llena de luz. Bajo la claridad lunar se veía bien cómo se le hinchaba el pecho al aspirar el aire y cómo se le deprimía después, al espirarlo. Villa se fijó en él desde que salimos a la plataforma y no dejó de verlo todo el tiempo que Vasconcelos, Llorente y yo estuvimos admirando el paisaje.

—¡Qué cosa es el sueño! —nos dijo Villa así que hubimos entrado de nuevo en el salón—. ¡Qué cosa es el sueño!

Y sus ojos, siempre inquietos, movibles siempre como si los sobrecogiera el terror, se clavaron de pronto, pusieron la mirada en un punto lejano, indefinido.

—El sueño es lo más extraño y lo más profundo.

Vasconcelos se había sentado apoyando el respaldo del sillón contra el escritorio. De la otra parte, a la izquierda, Llorente erguía el busto detrás de la mesa del telégrafo. Yo, frente por frente de Villa, había inclinado mi asiento, para más comodidad, dejándolo caer hacia atrás contra el reborde de una de las ventanillas. Al hablar, Villa parecía mirarme: pasaba a través de mis ojos el rayo invisible por donde los suyos iban a contemplar las imágenes que evocaba.



«Huyendo una vez con mi compadre Urbina —nos contó Villa—, descubrí que el sueño es lo más extraño y profundo de cuanto existe.

«Hacía una semana que los rurales no nos daban reposo en una de aquellas encarnizadas persecuciones suyas en que tan a menudo estuvimos a punto de morir. Huíamos mi compadre y yo por la sierra de Durango, y a diario parecía que nos iban a coger en el tránsito de uno a otro de los sitios donde teníamos ocultas las provisiones. Largo trecho atrás habíamos dejado ya el último de los aduares que nos eran conocidos, la postrer cabaña de los leñadores, el más alto refugio de los guardabosques. Sin embargo, más tardábamos nosotros en desmontar que los rurales en aparecer de nuevo a lo lejos y obligarnos a reasumir la jornada angustiosa. Todo aquel tiempo apenas si habíamos probado el sueño o el descanso, y eso intermitentemente, por minutos. Los caballos se nos caían de fatiga. Mi compadre Urbina, más y más rendido, cabeceaba a ratos hasta zafarse de la montura. Varias veces tuve que despertarlo, que alentarlo, que recriminarlo para que no se dejara vencer. En cuanto a mí, mi quebranto era tan grande, que no salía de mi asombro, conociendo mi enorme resistencia, al ver que los rurales seguían siempre firmes y pisándonos el rastro. ¿Cómo lo hacían? ¿Habrían preparado el golpe mandando gente por delante? ¿No dormían ellos tampoco? ¿Tampoco ellos descansaban?

«Finalmente, una mañana nos creíamos seguros. Ningún indicio delataba la presencia de nuestros perseguidores en todo el amplio confín que se dominaba hacia abajo desde la escarpadura adonde habíamos podido llegar al abrigo de breñales espesos y bosques tupidos.

«Estábamos en un paraje alto como atalaya, oculto como guarida. Dos horas antes que nadie pudiera descubrirnos, nosotros columbraríamos sin confusión posible la proximidad, no ya de una tropa, sino de un simple jinete, y tendríamos tiempo de seguir trepando por la sierra.

«Desensillamos. Echamos grano a los caballos. Nos dispusimos a dormir.

«—Mire, compadre —le dije a Urbina—. Creo que ya no corremos el riesgo; pero así y todo, no me fío. Que uno de los dos duerma y el otro vele, y luego al revés. Como usted está más cansado, duerma ahora y yo velaré. Dentro de dos horas lo despierto y yo me echo a dormir.

«Mi compadre Urbina sólo respondió:

«—Bueno, compadre.

«Ya no podía ni con su alma. Se tendió, puso la cabeza sobre la silla y se quedó dormido.

«¡Qué cosa es el sueño! Mi compadre dormía profundamente, tranquilamente. Dormía de tal forma, que todo en él era sosiego y paz. Me parecía mentira, mientras lo miraba dormir, que durante los ocho días anteriores varias veces hubiéramos estado próximos a que nos mataran o nos cogieran presos. Lo veía y se me figuraba que estaba yo soñando entonces, o que había soñado lo de antes. Su resuello era parejo; su cara, la de un hombre que nunca hubiera pasado sobresaltos. Llevaba puesta una camisa color de rosa, a la cual le faltaba el botón del cuello —aún estoy mirándola— y cuyos pliegues se abrían y se cerraban, casi imperceptiblemente, al compás de la respiración. El leve moverse de la tela rosada sobre el pecho peludo y negro de mi compadre, se avenía tan bien con la soledad del monte, con el rumor quedo de los árboles, con el crujido profundo de masticar de nuestros caballos adormecidos, que sentí miedo. Me aterró la paz del dormir, contraria en un todo a la lucha a muerte en que andábamos metidos desde hacía años, sabía Dios por qué. Y, a pesar de ello, el movimiento acompasado de la camisa de mi compadre retenía mi vista, me sujetaba cual si estuviera fascinando... ¿También yo empezaba a dormirme?

«Volví en mí. Quise arrancarme a aquella obsesión y levanté los ojos. Miré a lo lejos, montaña abajo, hacia el sitio por donde podían aparecer los rurales que nos perseguían. Noté en el límite del horizonte un puntito blanco que se movía. Pero como estaba aún trastornado por el sueño que quería ganarme, tuve que hacer un nuevo esfuerzo de recapacitación para entender bien lo que miraba en el fondo del valle. "Sí. Eso debe de ser", me dije, y me incorporé de un salto. ¡Eran ellos, los rurales! ¡Estaban otra vez sobre la pista! ¡Nos alcanzaban de nuevo!

«Moví a mi compadre:

«—¡Compadre, compadre! ¡Despiértese, que ya vienen! ¡Despiértese, compadre, que ya están allí los rurales!...

«Pero ¡qué cosa es el sueño! Mi compadre no me sentía. Su camisa color de rosa se alzaba tan levemente como antes. Su rostro seguía envuelto en el mismo aire de paz que bajaba sobre él desde la pacífica soledad del monte, desde el susurro de los árboles, cada vez más continuo y blando.

«Para ganar tiempo fui en busca de los caballos; los traje y me puse a ensillar el mío. Entretanto, seguí dando voces a mi compadre y lo sacudí una y otra vez con el pie. Cuando acabé de cinchar y enfrenar, mi compadre todavía no despertaba. Le agarré la cabeza y se la moví fuertemente: su sueño siguió igual, su respiración la misma; el gesto de su cara continuó tranquilo, apacible, como si en vez de estar yo tirándole de los cabellos y frontándole las orejas, lo acomodara con cuidado para que durmiera mejor. Viendo que no despertaba, le saqué la montura de debajo del cuerpo, dejándolo caer al suelo, y empecé a ensillar el otro caballo. Al mismo tiempo seguí llamando a voces a mi compadre. Acabé; recogí las armas y los sarapes; lié las alforjas; con los tientos lo sujeté todo a las sillas. Mi compadre no despertaba. Me puse entonces a gritarle con todas mis fuerzas, y le grité tan alto, que mi voz me sonó como algo nuevo, como un ruido desconocido. Yo nunca me había oído aquella voz, ni me la he vuelto a oír. Pero no despertó mi compadre. Cogí su pistola, le levanté la cabeza con la mano que me quedaba libre y disparé dos veces junto a su oído... Mi compadre siguió durmiendo. Su respiración conservaba el ritmo que había tomado una hora antes. Su camisa color de rosa se movía apenas...

«Recordando después el rato de terrible angustia que pasé aquella mañana, muchas ocasiones he pensado que debí entonces encender mi mecha y ponerla en la mano de mi compadre, hasta que despertara. No se me ocurrió. La mancha, más y más precisa, del grupo de rurales que veía yo subir allá abajo, me ofuscaba la razón. Inconscientemente confrontaba la inmovilidad de mi compadre con el peligro veloz que ya se nos venía encima, y sentía que aquello era un abandono de las fuerzas del cuerpo, una derrota como las que se sufren en sueños, cuando los pies no adelantan aunque quieran y las rodillas, sin doblarse, se doblan.

«¡Qué cosa es el sueño! Levanté del suelo a mi compadre; lo eché boca abajo sobre su caballo; lo amarré bien; monté, y me interné en la sierra.

«Aquella fue la jornada más dura de mi vida. Necesitaba ir buscando el sendero más escabroso, para despistar a los rurales, y al mismo tiempo cuidar de que en los pasos difíciles mi compadre no se hiriera contra las peñas o los troncos. Varias veces tuve que desandar parte de lo andado. Otras hube de caminar largos trechos a pie, abriendo paso con mi cuerpo a la cabeza colgante de mi compadre, o llevándola en vi-

lo para librarla de los golpes. Y así huí por más de tres horas, por más de seis, por más de ocho. Al cabo, muy avanzada la tarde, llegué a un sitio que me ofrecía algún abrigo. Allí me sentí seguro nuevamente y acampé.

«Cuando bajé del caballo a mi compadre su cara estaba negra de polvo y congestionada. Sin embargo, seguía durmiendo con reposo... Desensillé. Me tumbé en el suelo... Me dormí...»

Un largo silencio prolongó en nuestros oídos las últimas palabras de Villa. Llorente, en quien nada igualaba el sentimiento de admiración hacia el guerrillero, había dejado que se dibujara en sus labios una sonrisa entre conmovida y triunfante: «He aquí mi hombre», parecía decirnos. Vasconcelos, propenso siempre a la simpatía, y respetuoso de los fulgores, persistentes o fugaces, de auténtica humanidad, había palidecido. Yo observaba.

A poco se oyeron lejanos silbidos de locomotora; nos alistamos y salimos. Villa bajó con nosotros, y una vez junto a los trenes, se despidió.

Minutos después, desde una de las ventanillas de mi vagón, creí verlo pasar a distancia, acompañando a una mujer que había llegado —así me pareció— en el tren de Juárez. A juzgar por el porte y la silueta, la mujer era joven, acaso hermosa. ¿No nos había él dicho que esperaría, por acompañarnos, la hora del arribo de los trenes? Ahora, sonriendo acaso en la oscuridad, nos revelaba sin recato su móvil verdadero. Había enlazado a la mujer por el talle y la conducía hacia su tren.

lo para librarlo de los golpes. Y así fui por más de tres horas, por más de seis, por más de ocho. Al cabo, muy avanzada la tarde, llegué a un sitio que me ofrecía algún abrigo. Allí me sentí seguro nuevamente y acampé.

»Cuando bajé del caballo a mi compadre su cara estaba negra de polvo y congestionada. Sin embargo, seguía durmiendo con reposo... Desensillé. Me tumbé en el suelo... Me dormí...»

Un largo silencio prolongó en nuestros oídos las últimas palabras de Villa. Llorente, en quien nada igualaba el sentimiento de admiración hacia el guerrillero, había dejado que se dibujase en sus labios una sonrisa entre conmovida y triunfante: «He aquí su hombre», parecía decirnos. Vasconcelos, propenso siempre a la simpatía, y respetuoso de los fulgores, persistentes o fugaces, de auténtica humanidad, había palidecido. Yo observaba.

A poco se oyeron lejanos silbidos de locomotoras; nos alistamos y salimos. Villa bajó con nosotros, y una vez junto a los trenes, se despidió.

Minutos después, desde una de las ventanillas de mi vagón, pude verlo pasar a distancia, acompañando a una mujer que había llegado —así me pareció— en el tren de Juárez. A juzgar por el porte y la silueta, la mujer era joven, acaso hermosa. ¿No nos había él dicho que esperaba, por acompañarnos, la hora del arribo de los trenes? Ahora, sonriendo acaso en la oscuridad, nos revelaba sin recato su móvil verdadero. Había enlazado a la mujer por el talle y la conducía hacia su tren.

Libro quinto

Eulalio Gutiérrez

1

UN PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA

Yo andaba por tierras de Chihuahua cuando me comunicaron que la Convención había hecho presidente provisional de la República a Eulalio Gutiérrez, y no, según lo esperábamos todos, a Antonio I. Villarreal. Eulalio, por lo visto, había surgido a última hora (a la manera de los *dark horses* de la política yanqui) como candidato de transacción, como hombre capaz de satisfacer a unos y otros gracias a la virtud negativa de no representar demasiado a ninguno. Y eso bastaba a hacerme percibir, desde lejos, el encono de la lucha y el fracaso de los optimistas: de los optimistas prudentes, como José Isabel Robles, y de los optimistas sin juicio, como Serratos. Este último, de seguro, habría propuesto otra vez, en obvio de discordias, su gran procedimiento electivo, verdadera manifestación, tan sencilla como práctica, de la democracia de las plazuelas. Porque el general Serratos abogaba, con todo el calor de su alma en trance de zapatismo, por reducir la votación para presidente a un simple águila o sol; y aun creo que cierto día, queriendo ilustrar la máxima con el ejemplo, metió mano a uno de los bolsillos rectos de su pantalón de charro, sacó un tostón y lo lanzó al aire con habilidad digna de los grandes *dilettanti*, mientras decía desde el escenario: «¿Villarreal o Ángeles, compañeros?... ¿Águila o sol?»

En aquella hora preñada de absurdo —tan absurda que pretendía salvar las cosas nombrando jefes de Estado para veinte días—, Villarreal acaso hubiera sido para muchos un presidente más comprensible que Eulalio y, sobre todo, menos pintoresco. Villarreal, además, gozaba

de enormes simpatías: se le consideraba, se le estimaba, se le respetaba. Era hasta cierto punto el verdadero tipo del héroe cívico de la Revolución: el ciudadano, militar por accidente, que sin apego a las glorias guerreras tomaba las armas, y eso en teoría, después de haber llevado a la práctica, durante años sin cuento, la lucha de las ideas. Solía decir: «Ya no son pocos los combates en que me he visto; pero confieso sin alarde que nunca he disparado pistola ni rifle»; palabras que cuadraban plenamente con la esencia de su persona, pues irradiaba de él, por todos los poros, el magnetismo del hombre bueno y honrado. El despejo de su mirar y la claridad de su sonreír eran de la clase que distingue a los verdaderos generosos de los verdaderos farsantes.

Pero si todo esto era cierto, también lo es que más valiente que Eulalio, y más sereno y más zorro, ninguno. Eulalio realizaba en aquellos días, pese a su risita irónica y a su voz dulce —de timbre agudo, de modulaciones silbadoras—, el ideal del revolucionario mexicano que piensa en todo, menos en salvarse. Solía producirme tan de lleno la sensación del arrojo en potencia, o en acto, que su figura cobraba de pronto en mi imaginación el prestigio de algún personaje novelesco, de cualquier héroe de los relatos de la *Spanish Maine*. Lo sentía yo capaz de llegar con la mecha encendida hasta el fondo mismo de la santabárbara y volar con la fortaleza o el barco.

¿Cómo, pues, si era tan valiente —se preguntará—, nombró a Villa generalísimo de los ejércitos de la Convención en el instante en que tal paso no revelaba sino cobardía? Así al menos lo aseguraban entonces los interesados en zafarse del compromiso de Aguascalientes: los convencionistas que optaron por no hacer honor a su firma, estampada días antes, con gran solemnidad, entre la serpiente, el nopal y el águila de la bandera. Pero Gutiérrez podría responder que si nombró a Villa fue por la defección de aquellos mismos que luego lo censurarían, sin empacho de alentar a Carranza en las malas artes que atajaron el único remedio posible.

La Convención, en efecto, había votado, de una parte, que desapareciera la Primera Jefatura, para lo cual nombró un presidente provisional, y de la otra, que Villa entregara el mando de la División del Norte. Pero mientras los generales independientes, y los enemigos de Carranza, acataron la orden, que era bien clara, poniéndose sin condiciones al lado de

Eulalio Gutiérrez, los generales carrancistas acordaron seguir apoyando al Primer Jefe —lo cual era un acto de rebeldía— hasta que los nuevos requisitos que imponía éste para retirarse se cumplieran. Ahora bien: frente a la soberanía de la Convención, Carranza no tenía derecho a fijar condiciones de ningún género, ni las habría puesto, de no recibir el apoyo de sus generales adictos. Se le había privado de su investidura, y allí acababa todo. Villa, a su vez, tampoco podía interpretar ni tergiversar a su antojo el mandato de desprenderse de sus tropas. ¿Cuál, en consecuencia, era el deber de los generales sinceramente ajenos a las facciones personalistas? ¿No era el de rodear a Gutiérrez, para capacitarlo a cumplir lo dispuesto? Pero en lugar de proceder así, los sostenedores de Carranza huyeron de Aguascalientes para remitir desde México, o desde Orizaba, mensajes donde notificaban a Eulalio que no estarían con él, sino con el Primer Jefe, mientras no se ejecutara la orden de separar a Villa. Y esto era no sólo una deslealtad —un desconocimiento inmotivado del pacto donde se estampó la firma—, sino un ardid de mala ley. Porque se pretendía así que Gutiérrez hiciera, con el concurso de unos cuantos, lo que todos se habían comprometido a hacer juntos, lo que sólo con el auxilio de todos era factible. Imitando a los enemigos de Villa, los enemigos de Carranza hubieran podido negarse a seguir a Eulalio mientras éste no arrojara de México al Primer Jefe. Y entonces el Presidente Provisional se hubiera visto en el graciosísimo aprieto de luchar él solo contra los dos bandos en pugna.

Las medidas necesarias para nulificar a Carranza y acabar con Villa venían a resolverse, de cualquier modo que se las viera, en un problema militar, pues era seguro que ambos destituidos resistirían con la fuerza. Pero ese problema, echado por la Convención sobre los hombros de Eulalio Gutiérrez, resultaba insoluble sin la inmediata ayuda de la mayoría de los generales de la Convención, que, reunidos, formaban el nucleo más fuerte, pero que, disgregados —cada grupo en espera de que se impusiese la sanción al otro—, restablecían las divisiones personalistas. Rota la unidad de la Convención por los partidarios de Carranza (que exigían a Gutiérrez un imposible: destituir a Villa sin más apoyo que el de los villistas), Gutiérrez hizo lo que cualquiera otro en análogas circunstancias: contemporizar con Villa, más aún, quitarle todo motivo de recelo, en espera del momento oportuno para encararse con él y comba-

tirlo, cosa que no podía intentarse siquiera, en ninguna forma, si los generales de Carranza no volvían a la razón.



Eran días en que cada uno de nosotros andaba en su tren especial con tanta frescura como si sólo se tratase de coches de punto. Por eso la mayoría de nuestras conversaciones políticas, importantes u ociosas, se coloreaban a menudo de paisaje de vía férrea y olían a humo de carbón y a chumacera caliente. Trenes de generales, trenes de civiles iban y venían por las principales líneas, cruzándose entre sí en escapes y estaciones. Había desaparecido, o poco menos, el servicio de carga; existía apenas el de pasajeros. Todo eran convoyes de guerra o máquinas fugaces seguidas de un coche salón y un cabús, donde viajaban, con la rapidez del rayo, los ejércitos y las ideas animadoras del huracán revolucionario. En los parajes del encuentro se saludaban las locomotoras, charlaban las tripulaciones y, si los trenes llevaban políticos de altura, los viajeros descendían del tren y hablaban gravemente.

Así fue como Vasconcelos y yo nos encontramos una de aquellas mañanas, entre Torreón y Fresnillo, o entre Fresnillo y Zacatecas, y como supe por él que el general José Isabel Robles me esperaba con impaciencia en Aguascalientes para ofrecerme un cargo en el nuevo gobierno.

—¡Pero si Robles apenas me conoce! —objeté.

—Eso no importa —replicó Vasconcelos—. Eulalio y yo tampoco nos conocíamos, y, sin embargo, va a nombrarme Ministro de Instrucción Pública. Sea lo que fuere, debes aceptar. Es la hora de que jalemos todos parejo.

Y en torno de esas dos ideas —cada quien la suya— discutimos acaloradamente los breves minutos que tomamos para descanso. Acto seguido, el tren de Vasconcelos reanudó la carrera rumbo al norte y el mío apresuró de nuevo hacia el sur. Ambos trenes volaban, en sentidos contrarios, como si los poseyera el delirio de la velocidad: en unos cuantos segundos perdió la forma el de él, se achiquitó en el horizonte hasta parecer un punto diminuto prendido al extremo de una nube... ¿Por qué íbamos tan absurdamente aprisa?... En los viajes de los revolucionarios de entonces había siempre un toque de lo irreal,

algo inexplicable, fantástico. ¡Viajes, en el fondo, como los del *Persiles y Segismunda*!

*

En Aguascalientes, en efecto, Robles me informó de su probable exaltación al Ministerio de la Guerra y me invitó a ocupar a su lado la Subsecretaría. Yo, naturalmente, me reí, si bien luego, en tono de lo más grave, le di mis razones:

—Hace un año —le dije—, el general Iturbe me ofreció, al otro día de la toma de Culiacán, grado de teniente coronel en el estado mayor de su brigada. De haber aceptado, a estas horas sería yo general y podría, sin sonrojo, tomar en cuenta la proposición que usted me hace. Lo más probable es que estuviese encantado oyéndola. Pero como entonces no acepté, sigo siendo civil y carezco, por lo mismo, del menor título para ser segundo de usted en la Secretaría de Guerra.

—Pues ay está la cosa —respondió Robles—: porque es por lo de civil por lo que yo lo necesito.

—Pues si es por eso, se arrepentiría usted a las veinticuatro horas... Un consejo de amigo, general: haga usted subsecretario a otro general, de ser posible con mando de fuerzas propias, y mejor aún si es amigo adicto y hombre de toda su confianza.

Por fortuna para mí, Robles escuchó mi consejo, o hizo como si lo escuchara, pues a poco escogió para subsecretario al general Eugenio Aguirre Benavides, íntimo amigo suyo. De todos modos, no quiso renunciar por completo a mis presuntos servicios, sino que insistió hasta convencerme de que lo acompañara, en calidad de consejero, en su aventura ministerial. Inventó para eso unas funciones oficiales *sui géneris*, creadas expresamente para mí, y que ni eran las de secretario particular (éstas se las encomendaría al infortunado Bolaños), ni las de oficial mayor (que desempeñaría, con gran prosopopeya y muy buen juicio, el general Serratos).

Si estuvo o no enterado Eulalio Gutiérrez de la proposición que acababan de hacerme, no lo sé. Pero el caso es que, puestos de acuerdo Robles y yo, fuimos inmediatamente a donde él estaba, lo cual dio ocasión a que yo me viera de pronto formando parte del pequeño cónclave don-

de se discutían las más graves cuestiones del gobierno en cierne. En aquel momento rodeaba a Gutiérrez la flor del anticarrancismo militar y civil, quiero decir, del villismo y el zapatismo, disueltos ya, o uniformados, gracias al agua milagrosa de la idea convencionista. Pero como eran horas en que nadie deponía el rencor de la querella personalista, asistíamos todos al nacimiento de un gobierno raquítico, prematuro, sietemesino, mayéutica de cuyos misterios no se conocían allí ni los comienzos. Quien más pretendía saber y decir era Antonio Díaz Soto y Gama, aunque, oyéndolo de cerca, se notaba que no sabía más ni decía más que los otros.

¿De qué se habló? ¿Qué se discutió? ¿Qué se resolvió en aquella junta política? Los detalles concretos se me han olvidado. Sólo recuerdo con claridad que Eulalio, aprovechando cierta coyuntura, vino hacia mí, me llevó aparte y me pidió en voz baja un candidato para el Ministerio de Fomento; a lo cual le respondí sin vacilar:

—Don Valentín Gama.

—Y... ¿quién es ese señor?

—Un gran técnico y un maestro ilustre. Un gran ciudadano, además: organizó la Unión Cívica Independiente en la época de Madero.

Yo tenía entonces ideas demasiado optimistas —y, en consecuencia, absurdas— sobre la posibilidad de ennoblecer la política de México. Creía aún que a los ministerios podían y debían ir hombres de grandes dotes intelectuales y morales, y hasta consideraba deber de los buenos revolucionarios el eximirnos de los altos puestos para ponerlos en manos de lo más apto posible y lo más ilustre.

—¿Gama, dice usted? —interrogó de nuevo Eulalio, bisbisante y pensativo.

—Sí, Gama; Valentín Gama. Es pariente de Díaz Soto.

Aquí torció el gesto el Presidente Provisional.

—¡Bah! —argüí yo—. Eso no importa. Aquél es un hombre de primera magnitud: piensa y obra por su cuenta. No hay que asustarse.

Y así fue. Eulalio no se asustó.

2
UN MINISTRO DE LA GUERRA

Carranza y sus generales huyeron hacia Veracruz, y Eulalio Gutiérrez, con la Convención a cuestas, dispuso el traslado de su gobierno a la capital de la República.

Fue entonces cosa de ver, por nuestra parte, la precipitación con que se lanzaron por todas las vías férreas los interminables cordones de nuestros trenes militares y civiles, movidos de pronto no por urgencias guerreras o políticas, sino por nuestra ansia alborozada de ir a tomar posesión del magnífico despojo que los carrancistas nos abandonaban en su huída: la ciudad de México. Nosotros presentíamos (y aun sabíamos de fijo, por cálculos no muy aleatorios) que el gobierno de Eulalio fracasaría; pero sabíamos también que en el deporte mexicano de la guerra civil la ciudad de México —acaso por estar en el fondo de un valle maravilloso— hace el papel de las copas en los torneos atléticos: quien la tiene saborea el triunfo, se siente dueño del campeonato político, mantiene su *récord* por encima del de los demás, así esté expuesto a perderlo a cada minuto en manos de los audaces que quieran y sepan arrebatársela.

Los comienzos de mi estrecha amistad con José Isabel Robles datan de aquel viaje a la conquista de la capital de la República. Robles, más firme que nunca en su propósito de llevarme consigo, me había destinado a bordo de su coche especial el gabinete contiguo al suyo; de donde resultó que durante varios días no nos separásemos sino para dormir. Aquel contacto, para mí al menos , fue revelador —revelador y propio para cimentar una estimación grande e inteligente.

Porque, visto de lejos, el general José Isabel Robles era el centauro: la encarnación, un tanto mitológica, de las virtudes guerreras primitivas y ecuestres. Pero visto de cerca, descubría en el acto, bajo la epidermis de

su incultura, cierta austera sobriedad, cierta sensibilidad fina, que en cualquier otro hubieran parecido cualidades adquiridas, y que en él, aunque evidentemente espontáneas, producían el efecto de levantarlo sobre sí mismo. El héroe, semifabuloso, de las cargas de caballería —aquel que no concebía yo sino lanzado al frente de su brigada de jinetes: fiero el ademán, caído el sombrero a la espalda, amenazadores el brazo y la pistola— se transformaba entonces, sin quererlo, en un personaje suave, tranquilo, juicioso; en un hombre perfectamente dispuesto a considerarlo todo con serenidad y a resolver choques y conflictos sin más ímpetu que el de los impulsos justicieros.

Este doble aspecto suyo se me mostró en plena fuerza la tarde en que lo sorprendí leyendo nada menos que las *Vidas paralelas*. Y digo que lo sorprendí, porque estaba él tan absorto en su lectura, que no advirtió mi presencia hasta mucho tiempo después de acercármele, lo cual lo dejó bastante confuso.

—¡Buen libro ése, mi general! —le dije maquinalmente, atendiendo, más que a mis palabras, al hecho insólito de que un subordinado de Villa leyera a Plutarco, el moralista, y que lo leyera con todas las potencias de su alma.

—¿Verdá que sí es un buen librito? —me respondió.

Pero yo, lleno aún de asombro, no entré en explicaciones. Él siguió diciendo:

—Me lo encontré en Torreón, al otro día de dejar la plaza los federales. Aguirre Benavides y yo entramos en una casa donde había muchos estantes con muchos libros. Por curiosidad me puse a hojear algunos: estaban unos en español, otros en idiomas extranjeros. Y el caso es que, al cabo de abrir no sé cuántos, que no comprendí o no me gustaron, topé con éste y me lo guardé. Desde entonces, en cuanto tengo un campito, lo saco y lo leo... Lo que siento ahora es no haber cogido los otros tomitos, porque eran varios... ¡Quién hubiera vivido en aquellos tiempos de Grecia y Roma!

—Para un hombre, general, todos los tiempos son iguales.

—No, licenciado, no lo crea. Mire, sin ir más lejos: ahora que estábamos en el alboroto de la Convención, yo pensaba a cada rato: «De todos estos discurseadores no se saca un Demóstenes, y por eso andamos como andamos...»

Bastaba penetrar este aspecto oculto —grave, nada pintoresco— de la personalidad de Robles para explicarse su ascendiente sobre Villa. Se comprendía entonces por qué al jefe de la División del Norte, salvaje de obra y de palabra en el trato con todos sus subordinados —menos con Ángeles, por quien sentía admiración supersticiosa—, guardaba hacia Robles consideraciones de padre a hijo. Era que Robles, valiente sin freno en la hora heroica de exponer el pecho, y austero después hasta la virtud, resultaba a los ojos de Villa dos veces perfecto. Y eso lo hacía intocable, eso acreedor a privilegios. A Robles, su jefe le permitía hablar, aconsejar, reprender y aun protestar en situaciones en que a todos los otros imponía silencio. La pistola *chiripera* del general Villa, lista siempre a castigar en todos hasta la sospecha más leve, hasta la menor torpeza, habría perdonado en Robles verdaderas deslealtades. Era una pistola que había aprendido a inclinarse ante él, según se puso de manifiesto cuando Obregón había estado a punto de morir fusilado por Villa. Porque Obregón salió entonces vivo de los dominios del guerrillero por algo más que el simple accidente de que dos o tres generales villistas se propusieron salvarlo: se salvó porque vino en su auxilio la fuerza moral de Robles, el mérito intacto, el indiscutible ascendiente de formas de nobleza para las cuales se volvía sensible la balanza rudísima donde Villa pesaba sus responsabilidades.

De lo anterior, sin embargo, no ha de colegirse que Robles, fuera de los combates, perdiese en un todo su virilidad de corte primitivo. Llegado el caso sabía imponerse y dominar, en la paz como en la guerra: sabía ser, pese a su mediana estatura y a sus escasos músculos, capataz de cuadrilla, contramaestre de bergantín. Sólo que en él la violencia dominadora se teñía entonces —antes que de exceso de brutalidad— de ponderación justiciera: de algo que, sin restar dureza ni eficacia al castigo, anticipadamente lo purgaba de las posibilidades del odio.



Así ocurrió en San Luis Potosí la tarde de nuestra salida para México. Uno de los oficiales del estado mayor andaba, desde hacía horas, medio borracho y en ánimo de armar pendencia con varios de sus compañeros. Robles, que lo supo, mandó arrestarlo. Pero el oficial, en vez de

someterse, se parapetó pistola en mano detrás de uno de los pilares de la estación y, más rijoso que antes, amenazó con defenderse, a tiros, de todo el que se le acercase. En otras circunstancias su actitud resuelta quizás no hubiera detenido el cumplimiento de la orden; pero allí, llenos los andenes con la gente que esperaba la salida del tren de pasajeros, los oficiales encargados de la aprehensión creyeron más prudente rehuir la batalla que provocar una catástrofe.

Esto pasaba a eso de las cuatro de la tarde, cuando nuestros trenes, dispuestos ya, sólo esperaban la presencia del general Robles para emprender la marcha. Desde esa hora hasta las seis, momento en que por fin llegaron Robles y el grupo de personas que nos acompañarían hasta Querétaro, el oficial ebrio se constituyó en amo y señor de la estación y sus alrededores: abrazaba y besaba mujeres, injuriaba hombres, y tan pronto como percibía el menor intento de que se le fuera a sujetar, o creía percibirlo, se colocaba, con malicia de alcohólico, en condiciones de dejar tendido al primero que diera un paso. Mientras tenía el cañón de la pistola en posición horizontal, no había quien se moviera en cien metros a la redonda.

Robles llegó bien enterado de lo que pasaba; pero al contemplar por sus propios ojos el espectáculo que estaba dando su gente, su cólera no tuvo límites. Yo lo vi pasar junto a mí, pálido el rostro y trémulo el puño con que tiró del barbiquejo para asegurarse el sombrero. Su negro bigotillo contrastaba con la blancura de la piel y le brillaba sobre ella casi tanto como los ojos, que echaban chispas.

Se fue de frente hacia el grupo de oficiales que le quedaba a mano. A uno de ellos, que traía sable, le arrebató la hoja, mientras decía con voz de trueno:

—¡Nadie se mueva!

Y luego, llevando apercibida el arma en posición de quien va a cintarear, no a herir, avanzó con paso rápido hacia el oficial rebelde. Éste, al ver que por fin se atrevía alguien a aceptarle el reto, alzó el brazo armado con la pistola y apuntó. Los otros oficiales, sin moverse de su sitio, gritaron:

—¡No, Martínez; que es el general!

Martínez abrió entonces tamaños ojos, vaciló un segundo y adelantó dos pasos, con ademán de querer entregar la pistola. Robles, sin em-

bargo, no se detuvo por eso, sino que, totalmente llevado del impulso de su justicia castigadora, llegó hasta el oficial y le descargó el golpe en las espaldas.

El oficial hundió la cabeza entre los hombros y se encogió de dolor. Robles le atestó en seguida nuevo cintarazo:

—¡De rodillas inmediatamente! —le decía al tiempo de pegarle.

El oficial, sintiendo el segundo golpe, se engarabató, mas no obedeció la orden.

Robles volvió a pegar y mandar:

—¡De rodillas, miserable!

Y el oficial, aún de pie, se llevó a los ojos, doblado el codo sobre la frente, el brazo en cuya mano brillaba la pistola. Estaba palpitante de dolor; sollozaba. Dijo a media voz:

—¡Ya, mi general!

Y también de la fila de oficiales salieron voces compasivas:

—Sí, mi general: perdónelo usted.

Pero Robles, lejos de escuchar las súplicas, iba animando el furor vengativo de sus cintarazos. A cada golpe repetía:

—¡De rodillas!... ¡De rodillas!...

Y así continuó hasta que Martínez, vencido por el dolor que le destrozaba los riñones y las espaldas y el cuello, cayó de hinojos y se tendió luego, desmayado, en el piso de piedra de la estación.

Cuando Robles subió al tren ya había recobrado su talante risueño, tranquilo. Pero había dejos de amargura en la voz con que me dijo al sentarse junto a mí:

—Ya ve usted las cosas que estamos obligados a hacer. Eso no se parece a nuestra lectura de anoche.

Y en verdad que no se parecía, pues la anterior noche habíamos estado leyendo en Plutarco la vida de Cicerón.

3

UN JUICIO SUMARÍSIMO

Buen número de convoyes militares se reunió en las cercanías de Tacuba la víspera de que el gobierno de la Convención hiciera su entrada oficial en la ciudad de México. En las vías férreas inmediatas al pueblo fueron alineándose, uno tras otro, en series paralelas, los trenes de Villa, los de Eulalio Gutiérrez, los de José Isabel Robles, los de Eugenio Aguirre Benavides. Y el conjunto de los coches de pasajeros —convertidos en cuarteles generales y oficinas— y el de los vagones de carga —aprovechados pintorescamente por la tropa, con cunas entre los tirantes y las ruedas y primitivos albergues en los techos—, formaban uno de esos campamentos tan de revolución mexicana, llenos día y noche de las escenas y los rumores más heterogéneos y curiosos.

Poco después de anochecido salí del pequeño gabinete que ocupaba en el coche de Robles y me fui en busca de Villa, sin otro propósito que el de platicar con él. La conversación del revolucionario durangueño seguía atrayéndome por el interés que despertaban en mí sus observaciones, a menudo inesperadas, nuevas, sorprendentes. Mientras caminaba de un tren a otro, me detuve varias veces a contemplar, arriba, las estrellas: brillaban con ese esplendor que sólo conocen los habitantes del Valle de México. Abajo, en las dos vertientes de los terraplenes, las tropas acampaban esparcidas en pequeños grupos, con sus luces y sus hogueras, con sus mujeres, con sus guisos, con sus cantos.

Encontré a Villa entretenidísimo haciendo rosas con una cuerda de lazar. En medio del salón de su coche, que había despejado arrinconando sillas y mesas, se mantenía en pie, en mangas de camisa y con el sombrero sobre la nuca, mientras sujetaba con ambas manos, a la altura de los muslos, un dibujo, a manera de rosa, trazado en el aire por la línea blanca de una cuerda flamante. Era una complicadísima figura, de curvas geométricamente regulares, fija gracias a la rigidez de la cuerda. El secreta-

rio de Villa y cuatro o cinco personas más asistían al entretenimiento del guerrillero puestos de espaldas contra una de las paredes del coche, a fin de dejar libre el mayor espacio. Cuando hube entrado, Villa me dijo:

—¿Qué le parece esta rosa?

—¿Cuál rosa? —pregunté, no entendiendo bien a qué se refería.

—Esta que tengo en las manos.

—¡Ah! ¿Eso es una rosa? Pues me parece muy bonita.

—¿Verdá que sí?

Y durante varios segundos la miró con complacencia. Luego, hablando de nuevo conmigo, explicó:

—Al pasar por San Juan del Río compré estas reatas —y señaló con la vista hacia el escritorio, sobre cuya cubierta estaban, admirablemente enrolladas en forma de roscas planas, algunas reatas más, tan blancas como la que tenía él en las manos—. Las compré —añadió— para ver si se me había olvidado manejarlas; pero ya vamos viendo que no se me ha olvidado... Y ahora que me acuerdo: usté ¿qué tal es para esto?

Yo sonreí, e iba a responderle que en mi vida había echado lazo alguno, cuando él continuó sin detenerse:

—Le apuesto lo que quiera a que no hace las rosas que yo haga... Le apuesto cinco mil pesos a que no hace la más sencilla de todas mis rosas.

—No puede ser, general —le dije—; entre otras cosas, porque yo nunca apuesto.

—Bueno, pues entonces no apostaremos. Es decir, apuesto yo solo: yo pierdo cinco mil pesos si hace usté esto mismo con una de mis reatas.

Y como mientras hablaba había desecho la figura que tenía entre las manos, al decir la última frase dio a la cuerda dos o tres vueltas ágiles y la obligó a tomar la forma de otra rosa, menos elaborada que la primera, pero no menos bella.

—Resueltamente, es cosa muy difícil, general —le contesté—; imposible que yo lo haga. Además, no sería justo que usted perdiera los cinco mil pesos sin correr yo ningún riesgo.

—¡Bah! Usté arriesga su reputación.

—¿Mi reputación?

—Sí. Su reputación de lazador.

—Muy bien —concluí entonces—. Acepto, pero con el requisito de que haga usted la rosa de nuevo y de modo que yo lo vea.

—Pues fíjese nomás.

Desenlazó la cuerda; la tomó por dos sitios distintos con cada mano; hizo unas gazas amplias sin nudo; las invirtió; las entrecruzó; tiró de los dos alamares que se formaron en el centro, y, por último, metiendo entre ellos las manos, hizo abrirse la rosa, grande, ligera, hermosísima. Todos sus movimientos habían durado apenas dos o tres segundos. Yo los seguí atento, sin dejar que se me escapara uno solo, y resuelto a ganar aquella apuesta en que iban de por medio cinco mil pesos contra mi reputación de lazador.

—Ahora usté —me dijo Villa, entregándome el lazo.

¿Cómo lo hice? Mi proeza de aquella noche jamás la he vuelto a realizar. Entonces me ceñí, como mono, a imitar a Villa. Adopté su misma postura; cogí el lazo como lo había cogido él, y seguí punto por punto, copiándolos hasta en el ritmo, los movimientos que él había hecho. Así saqué de entre mis manos, sin saber casi lo que hacía, una rosa exactamente igual a la suya, si bien no tan perfecta.

—¡Oiga! —observó al verla—. ¿Pues no presumía de no saber nada de lazo?

Y luego, volviéndose a Luis Aguirre Benavides, le dijo con indiferencia absoluta:

—A ver, Luisito; entréguele cinco mil pesos aquí al señor.

Aguirre Benavides fue a uno de los departamentos interiores del coche y volvió en el acto con un fajo de billetes, que puso en mis manos. Estaban recién impresos; olían a tinta. Sus caras sonrosadas y azules tenían los destellos de las hojas que van saliendo de una prensa. Todavía estaba yo mirándolos, cuando se abrió la puerta de la plataforma y entró un oficial. Era alto, de color terroso, y respiraba no sé qué extraño aire de humildad siniestra. La tela gris de su uniforme parecía ser su misma piel, y así las polainas, y los zapatos, y el pañuelo mugriento que llevaba anudado a la garganta. Al quitarse el sombrero dejó erguirse una cabellera negra, apelmazada, que le huía de la frente hacia atrás, como si el cráneo le acabara en punta. Saludó a todos en junto y dijo, dirigiéndose a Villa y entregándole un pliego:

—Es la remisión de los presos que traigo, mi general.

—¿Qué presos trae usté, amigo? —preguntó Villa, sin mirar ni abrir el sobre.

—Los cinco falsificadores de los billetes, mi general.

—¡Ah, los falsificadores! A ver, Luisito: que lleven a esos presos al carro del Consejo de Guerra, y, de orden mía, que los juzguen luego luego y los fusilen mañana mismo.

Aguirre Benavides salió a la plataforma para dar las órdenes necesarias.

Poco después, pegando la cara a los cristales de las ventanillas, entreví en las sombras de la noche el grupo informe de la escolta y los presos, que se alejaba hacia el tren donde venían las oficinas de la justicia militar. No pude, a pesar de mis esfuerzos, distinguir el rostro de ninguno de los acusados. ¿Quiénes serían? A esa hora ya debían de saber, de boca del oficial humilde y siniestro, la suerte que les esperaba. La voluntad suprema los acababa de sentenciar a muerte, sin enterarse siquiera de sus nombres, por un delito que el juez mismo cometía: fabricarse una moneda para sus usos personales. Y sentenciados de antemano, se les iba a juzgar ahora, a medianoche y según es ley de nuestros cuartelazos y revoluciones. ¡Juicios sumarísimos para disfrazar asesinatos!



Aquella noche fue una de las más terribles que yo había vivido.

Cuando regresé al tren de Robles me encontré allí, llorando desoladas y dando voces de angustia, a varias señoras de la ciudad de México, que me esperaban junto uno de los estribos. Eran las madres, las esposas, las hermanas de los cinco falsificadores —algunos de ellos pertenecientes a la «buena sociedad»—. Sabían cuál era el fin que correrían sus parientes y andaban implorando, para salvarlos, la ayuda de quienes pudieran y quisieran prestarles algún apoyo. Alguien las había puesto al tanto de mis relaciones con Villa y de mi intimidad con Robles y Gutiérrez, en cuyas manos, sobre todo en las de los dos últimos —pensaban ellas— estaban las decisiones finales, supuesto que eran, uno, el Ministro de la Guerra, y otro, el Presidente del Gobierno de la Convención. Todas me abordaron y me hablaron a un tiempo, así que me hube acercado.

—Usted, señor, usted puede salvarlos...

—¿No es usted el que estaba con el general Villa ahora que trajeron presos a nuestros esposos?

—Le pedimos, por favor, que consiga del general Robles o del Presidente...

Sorprendido en medio de las reflexiones que yo venía haciéndome no supe al pronto qué contestar. Se apoderó de mí, durante unos instantes, la noción estúpida de que yo era un encubridor, un cómplice, un coautor del crimen que iba a perpetrarse, y, como criminal a quien se descubre *in fraganti*, sentí crecer en mi mano, hasta molestarme de modo horrible, los cinco paquetitos de a mil pesos que acababa de entregarme Luis Aguirre Benavides. Parecía que por un momento se personificaba en mí la conciencia de la Revolución, con todas sus incoherencias y sus excesos. Sin duda que la Revolución no había falsificado el dinero con que pagaba las tropas para derrocar a Huerta. ¿Pero qué decir del que dilapidaban los generales en sus caprichos, en sus apuestas, en sus orgías? Repuesto en parte, intenté responder:

—Señoras, yo lamento mucho...

—¡No, no se niegue usted, se lo pedimos por Dios!...

—¡Usted ha de ser un buen hijo!...

—Sabemos que con dos palabras suyas el general Villa...

—Señoras, se lo ruego, ¡un poco de calma!

—Sí, sí; diga usted...

—¿Qué quieren ustedes?... —Realmente, no sabía qué decir—. Yo estoy dispuesto... a servirlas en cuanto se halle a mi alcance...

Y entonces, ya con algún reposo, habló una sola de ellas. Al claror de la luz que bajaba de las ventanillas del tren pude verle la cara, hinchada por el llanto. Traía la cabeza cubierta con una mantilla negra cuyas puntas contrastaban, sobre el pecho, con la seda amarilla del traje. Se echaba de ver que aquella pobre señora había salido precipitadamente de su casa, poniéndose encima lo primero que halló a la mano.

—Por su madre de usted le pedimos —dijo— que interceda con el general Villa para que no fusilen a Daniel ni a ninguno de sus compañeros...

—Señora, me pide usted algo imposible, o, por lo menos, inútil. Usted no conoce al general Villa. Si yo voy ahora a pedirle que modifique órdenes que ha dado en mi presencia, me expongo tan sólo a que me mande fusilar a mí también.

—¿«También», dice usted? ¿Luego es cosa resuelta? ¿Luego usted sabe que van a fusilarlos?

Les contesté que yo no sabía nada ni las quería engañar; que entendieran mis palabas según el único sentido que podía dárseles.

Entonces redoblaron las exclamaciones, las súplicas, el llanto. Y todo aquel dolor me pareció tan intensamente cruel y absurdo, que habría yo echado a correr si el grupo de las mujeres no hubiera estado cercándome. En torno a nosotros, además, se había congregado ya una multitud de soldados, mujeres y chiquillos del campamento, atraídos por el lloro y las lamentaciones. Me percaté entonces de que dos o tres hombres venían en compañía de las parientes de los presos, si bien permanecían callados.

Probablemente habían comprendido, con muy buen acuerdo, que era ocioso de su parte tratar de conseguir lo que no alcanzara la aflicción de las mujeres. Con voz entrecortada por los sollozos volvió por fin a hablar la de la mantilla:

—Haga usted, por lo menos, que nos reciba el Ministro de la Guerra o el Presidente Provisional.

—Eso, con mucho gusto —les dije, y acercándome al estribo del coche, las invité a que subiesen, con propósito de que Robles las escuchara desde luego. Pero apenas iba a ayudar a subir a la primera, cuando el oficial de guardia, que estaba en la plataforma, se inclinó y me dijo al oído:

—El general Robles dio orden de que no subiera al coche ninguna persona extraña. Si han de pasar las señoras, mejor será que antes lo consulte usted.

Todos mis esfuerzos para convencer a Robles fueron infructuosos. Y no porque se mostrara insensible a mis razonamientos, o de acuerdo con la resolución de Villa, sino porque sabía que al jefe de la División del Norte no se le podían discutir puntos de aquella naturaleza, y que, por lo tanto, mejor era no intentar nada. Total, que se encontraba exactamente en el mismo caso que yo, no obstante su carácter de Ministro de la Guerra y su prestigio como el mejor de los generales villistas. Sólo convino en ayudarme a obtener que Eulalio Gutiérrez interviniese.

Mientras tanto, la tribulación de las familias de los presos había permeado el campamento, había logrado romper hasta la inconsciencia e indiferencia congénita de los oficiales subalternos y la tropa. Dondequiera se sabía lo del fusilamiento del siguiente día y se le comentaba.

Eulalio Gutiérrez se manifestó indignado desde antes que empezáramos a hablarle.

—Todo lo que usted me diga —aclaró desde el primer momento— lo he pensado ya: Villa va a cometer un asesinato, un asesinato en el cual figuraremos como cómplices, sin serlo, Robles, usted, yo y todos los que andamos en esta bola. Dice usted que yo soy el Presidente. ¡Presidente! Presidente de nombre. ¿Quién tiene la fuerza? ¿No la tiene Villa? ¿No son suyas todas las tropas que nos rodean? ¿No manda él en todos los ferrocarriles? Convénzase usted: nosotros significamos aquí menos que bajo el autócrata de Carranza, porque con Carranza siquiera se puede hablar.

—Pues seremos unos imbéciles y unos cobardes si continuamos así —repliqué yo mirando a Robles, el cual aprobó con un movimiento de cabeza.

—No lo seremos —contestó Eulalio—, porque es claro que así no vamos a seguir: de mi cuenta corre. Pero en este momento no hay más remedio que aguantarse. ¿Qué quiere usted? ¿Que me ponga yo en ridículo diciendo a esas señoras que no apruebo el fusilamiento de sus hijos, o de sus hermanos, o lo que sean, para que así y todo los fusile Villa en nuestras narices? El mundo está lleno de buenos y malos ratos. A estos desgraciados les ha tocado uno malo, y no habrá Dios que los salve.

Al oír hablar así a Eulalio comprendí que todo esfuerzo resultaría inútil, pues de él sabía, y en parte me constaba, que no era tonto, ni cruel, ni cobarde, sino al revés: un hombre dotado de inteligencia natural agudísima, de excelente corazón y de entereza de carácter a toda prueba, según lo demostró días después al sobrevenir la ruptura con el jefe de la División del Norte.

Quise, sin embargo, ponerme de acuerdo con mis sentimientos y me dirigí al coche de Villa. ¿Sería, en efecto, una ley de Dios, o de la Naturaleza, o de la Historia, que la revolución nuestra estuviese movida por espíritus asesinos o cómplices de asesinos? En el estribo del coche me cerró el paso uno de los *dorados*. Se asomó después a la plataforma un oficial, que me dijo, bajando la voz:

—Mi general está ya acostado. Ordenó que no lo despertáramos por ningún motivo. Venga usted mañana a las nueve, si desea hablarle.

—Mañana a las nueve no quedará ni rastro de los falsificadores —le repliqué.

—Puede ser, pero no creo que mi general despierte antes.



El resto de la noche lo pasé en la ciudad de México, y con toda deliberación no volví al campamento de Tacuba hasta bien entrada la mañana del otro día. Serían cerca de las once cuando llegué. La luz gloriosa del sol de noviembre ocultaba la fealdad reseca de la tierra y de las cercanas milpas en rastrojo. ¿Se habría consumado el fusilamiento? ¿A qué hora habrían arrancado de allí al doliente grupo de mujeres?

Robles no estaba en su coche. Me senté en el salón y me puse a mirar, distraído, por las ventanas. A poco vi acercarse por el lindero de una de las milpas una muchedumbre de soldados y curiosos: brillaban los fusiles de una escolta. Como los montículos de los surcos hacían difícil la marcha, los soldados iban en desorden y a gran distancia unos de otros. En medio, tratando de no separarse de sí, iban cinco hombres con los brazos atados a la espalda por medio de cuerdas que les pasaban de codo a codo. Unos tropezaban en los surcos a cada paso; los otros caminaban con admirable precisión de autómatas. El rostro de todos revelaba extravío, una rara conciencia, desmesuradamente fuerte, o desmesuradamente débil, de cuanto veían en torno: los unos parecían analizar con interés profundo hasta los detalles más mínimos de las piedras con que chocaban sus zapatos; los otros parecían no darse cuenta ni del sol deslumbrador que los bañaba en luz. Uno de ellos —rubio, de tez encendida— miró con ojos azorados hacia donde estaba yo: la fuerza de su mirada producía dolor, como si hiriese. Luego siguieron por el camino del cementerio. Se me figuró, al verlos alejarse hacia allá, que aquellos cinco hombres llevaban a cuestas sus propios cadáveres, a cuestas hasta el borde de la tumba en que los iban a enterrar después de meterles en el cuerpo cinco o seis balas.

4

LOS ZAPATISTAS EN PALACIO

Quiso Eulalio Gutiérrez que antes de instalarse su gobierno hiciéramos una visita al Palacio Nacional. Allá llegamos, aquella misma tarde, él, José Isabel Robles y yo. Eufemio Zapata, en cuyo poder se hallaba el edificio, salió a la puerta central a recibirnos y empezó a hacer desde luego los honores de la casa.

De este momentáneo papel suyo —acoger al nuevo presidente en su propia mansión gubernativa e iniciarlo en los esplendores de sus futuros salones y oficinas— Eufemio parecía penetradísimo, a juzgar por su comportamiento. Según fuimos apeándonos del automóvil nos estrechó la mano y nos dijo palabras de huésped rudo, pero amable.

Mientras duraban los saludos miré a mi alrededor. El coche se había detenido, rebasando apenas la puerta, bajo una de las arcadas del gran patio. Lejos, en el fondo, iban a encontrarse en ángulo las dos líneas senoidales formadas por los blancos macizos de la arquería y la penumbra de los vanos. Un grupo de zapatistas nos observaba a corta distancia, desde el cuerpo de guardia; otros nos veían por entre los pilares. La actitud de aquellos grupos ¿era humilde? ¿era desconfiada? Su aspecto más bien despertó en mí un mero sentimiento de curiosidad, debido en mucho al escenario de que formaban parte. Porque aquel palacio, que tan idéntico a sí mismo se me había mostrado siempre, me hacía ahora, vacío casi, y puesto en manos de una banda de rebeldes semidesnudos, el efecto de algo incomprensible.

No subimos por la escalera monumental, sino por la de Honor. Cual portero que enseña una casa que se alquila, Eufemio iba por delante. Con su pantalón ajustado —de ancha ceja en las dos costuras exteriores—, con su blusa de dril —anudada sobre el vientre— y con su enorme sombrero ancho, parecía simbolizar, conforme ascendía de escalón en escalón, los históricos días que estábamos viviendo: los simbolizaba por

el contraste de su figura, no humilde, sino zafia, con el refinamiento y la cultura de que la escalera era como un anuncio. Un lacayo de palacio, un cochero, un empleado, un embajador, habrían subido por aquellos escalones sin desentonar: con la dignidad, grande o pequeña, inherente a su oficio y armónica dentro de la jerarquía de las demás dignidades. Eufemio subía como un caballerango que se cree de súbito presidente. Había en el modo como su zapato pisaba la alfombra una incompatibilidad entre alfombra y zapato; en la manera como su mano se apoyaba en la barandilla, una incompatibilidad entre barandilla y mano. Cada vez que movía el pie, el pie se sorprendía de no tropezar con las breñas; cada vez que alargaba la mano, la mano buscaba en balde la corteza del árbol o la arista de la piedra en bruto. Con sólo mirarlo a él, se comprendía que faltaba allí todo lo que merecía estar a su alrededor, y que, para él, sobraba cuanto ahora se veía en su entorno.

Pero entonces una terrible duda me asaltó. ¿Y nosotros? ¿Qué impresión produciría, en quien lo viera en ese mismo momento, el pequeño grupo que detrás de Eufemio formábamos nosotros: Eulalio, Robles y yo —Eulalio y Robles con sus sombreros tejanos, sus caras intonsas y su inconfundible aspecto de hombres incultos; yo con el eterno aire de los civiles que a la hora de la violencia se meten en México a políticos: instrumentos adscritos, con ínfulas de asesores intelectuales, a caudillos afortunados, en el mejor de los casos, o a criminales disfrazados de gobernantes en el peor?

Ya en lo alto, Eufemio se complació en enseñarnos, uno a uno y sin fatiga, los salones y aposentos de la Presidencia. Alternativamente resonaban nuestros pasos sobre la brillante cera del piso, en cuyo espejo se insinuaban nuestras figuras, quebradas por los diversos tonos de la marquetería, o se apagaba el ruido de nuestros pies en el vellón de los tapetes. A nuestras espaldas, el tla-tla de los huaraches de dos zapatistas que nos seguían de lejos recomenzaba y se extinguía en el silencio de las salas desiertas. Era un rumor dulce y humilde. El tla-tla cesaba a veces largo rato, porque los dos zapatistas se paraban a mirar alguna pintura o algún mueble. Yo entonces volvía la cara y los contemplaba: a distancia parecían como incrustados en la amplia perspectiva de las salas. Formaban una doble figura extrañamente lejana y quieta. Todo lo veían muy juntos, sin hablar, descubiertas las cabezas, de cabellera gruesa y apelmazada, humildemente cogido con

ambas manos el sombrero de palma. Su tierna concentración, azorada y casi religiosa, sí representaba allí una verdad. Pero nosotros, ¿qué representábamos? ¿Representábamos algo fundamental, algo sincero, algo profundo, Eufemio, Eulalio, Robles y yo? Nosotros lo comentábamos todo sonriente el labio y con los sombreros puestos.

Frente a cada cosa Eufemio daba sin reserva su opinión, a menudo elemental y primitiva. Sus observaciones revelaban un concepto optimista e ingenuo de las altas funciones oficiales. «Aquí —nos decía— es donde los del gobierno platican», «Aquí es donde los del gobierno bailan», «Aquí es donde los del gobierno cenan». Se comprendía a leguas que nosotros, para él, nunca habíamos sabido lo que era estar bajo un techo ni teníamos la menor noción del uso a que se destinan un sofá, una consola, un estrado; en consecuencia, nos ilustraba. Y todo iba diciéndolo en tono de tal sencillez, que a mí me producía verdadera ternura. Ante la silla presidencial declaró con acento de triunfo, con acento cercano al éxtasis: «¡Esta es la silla!» Y luego, en un rapto de candor envidiable, añadió: «Desde que estoy aquí, vengo a ver esta silla todos los días, para irme acostumbrando. Porque afigúrense nomás: antes siempre había creído que la silla presidencial era una silla de montar.» Dicho esto, se fue Eufemio a reír de su propia simpleza, y con él reímos nosotros. Pero Eulalio, que desde hacía rato se quemaba por soltarle una cuchufleta al general zapatista, se volvió a él y, poniéndole suavemente una mano sobre el hombro, le lanzó este dardo con su voz meliflua y acariciadora.

—No en balde, compañero, se es buen jinete. Usted, y otros como usted, deben estar seguros de llegar a presidentes el día que sean así las sillas que se les echen a los caballos.

Eufemio, como por magia, dejó de reír. Se puso reservado, sombrío. La agudeza de Eulalio, demasiado cruel y, acaso, demasiado oportuna, le había tocado en el alma.

—Bueno —nos dijo instantes después, como si no quedara ya nada digno de verse—; vamos ahora allá abajo, a las cocheras y las caballerizas. Las miraremos un poco y luego los llevaré a las piezas donde estoy viviendo con otros compañeros.

Vimos con espacio las cocheras y las caballerizas, aunque más para satisfacción de Eufemio que para nuestra. Entre colleras, riendas, bocados, tirantes —todo oloroso a cuero engrasado y crujiente— mostró él

una increíble suma de conocimientos precisos. De caballos, igual de criarlos que de arrendarlos y lucirlos, parecía saber no menos. De todo esto nos habló con entusiasmo que le hizo olvidar el incidente de la silla, y luego nos guió hacia la parte que ocupaban en el palacio él y su gente.

Eufemio —plausible muestra de su sinceridad— había encontrado habitaciones a su gusto en el más mezquino y escondido de los traspatios. Sin duda se daba bien cuenta de la excesiva ruindad de su refugio, pues trataba de adelantarse a las críticas declarando de antemano cuál era el carácter de su morada.

—Allí estoy —nos dijo— porque como siempre he sido pobre, en cuartos mejores no podría vivir.

Aquel sitio era, en verdad, algo abominable. Cuando entramos en él, sentí que me ahogaba. La pieza, de medianas dimensiones, estaba provista de una sola puerta y no tenía ninguna ventana. Cincuenta, ochenta, cien jefes y oficiales zapatistas se encontraban en ella al entrar nosotros. Estaban amontonados, apiñados. La mayoría se conservaba en pie, cuerpo contra cuerpo o en grupos que se abrazaban. Otros estaban sentados sobre las mesas. Otros yacían por el suelo, hacia las paredes y los rincones. Muchos tenían en la mano una botella o un vaso. Todos respiraban una atmósfera lechosa y pestilente, donde se mezclaban infinitos humores y el humo de mil cigarros. Quién más, quién menos, estaban borrachos todos. Un soldado cuidaba que la puerta se mantuviese constantemente cerrada, para que no entrasen en ella ni las miradas ni la luz. Dos lámparas eléctricas brillaban apenas, pequeñísimas, en aquel ambiente de niebla confinada, húmeda, asfixiante.

Nuestra presencia no fue notada al principio. Después, a medida que Eufemio pasaba entre los grupos y decía algo en voz baja, se nos observó sin recelo y aun hubo muestras de un recibimiento cordial. Pero eran signos raros, casi imperceptibles. Sin lugar a duda, acabábamos de caer en un mundo distinto del nuestro, tan distinto que con sólo llegar lo desconcertábamos, y luego hacíamos que el desconcierto durase, pese al deseo en contrario de todos, el de los otros y el nuestro. Ellos, salvo unos cuantos, evitaban mirarnos cara a cara: nos dirigían miradas de soslayo, bajaban la vista. En vez de darnos conversación, cuchicheaban entre sí. Y de rato en rato nos volvían la espalda para empinar mejor la botella o vaciar la copa.

Eufemio y los más próximos a él nos invitaron a tomar.

—¡A ver, unas copas! —gritó Eufemio.

Y hubo un medroso alargarse de manos que depositaron en una esquina de la mesa hasta cinco o seis vasos sucios. Eufemio los alineó y sirvió tequila sobre las heces.

Bebimos en silencio. Eufemio vertió más tequila. Volvimos a beber. Eufemio volvió a servir.

Conforme bebía, Eufemio se iba excitando. Primero se puso alegre; luego afable; después, entre pensativo y sombrío. A la quinta o sexta copa se acordó en voz alta de la silla presidencial y del chiste de Eulalio. «Aquí el compañero cree —dijo dirigiéndose a los suyos— que Emiliano y yo, y otros como nosotros, seremos presidentes el día que se ensillen los caballos con sillas presidenciales como la que está allá arriba.» Hubo entonces un silencio profundo, roto por la risita burlona de Eulalio. Luego tornó el rumor de las voces, pero con un matiz nuevo, vago, inquietante e inquieto. Así y todo, Eufemio, como si nada hubiese dicho ni nada pasara, sirvió más tequila. Una vez más los vasos se confundieron, y una vez más nos dispusimos a beber los unos sobre la baba pegajosa de los otros... Pero al llegar este momento, Robles empezó a mirarme con fijeza, y luego, muy al disimulo, me hizo diversas señas con los ojos. Yo entendí, apuré la copa y me despedí de Eufemio.



Una hora después, cuando regresaba a Palacio seguido de toda la escolta de Robles, vi, al acercarme a la acera, que Eulalio y su ministro salían tranquilamente por la misma puerta por donde habíamos entrado en las primeras horas de la tarde.

—Gracias —dijo Eulalio al verme—. Por fortuna la escolta ya no se necesita: tenían tal ansia de embriagarse, que no les ha quedado tiempo ni de pelear con nosotros. De todas maneras, la precaución no era inútil... Lo que me asombra es que Robles y usted hayan podido entenderse sin hablar.

5

UN MINISTRO DE FOMENTO

Cuando resolvió el general Gutiérrez que yo mismo fuera a ofrecer a don Valentín Gama la cartera de Fomento, mi idea no me entusiasmó ya tanto como al principio. Porque aquel propósito era muy plausible desde nuestro punto de vista. Convenía al interés por nosotros representado —uno momentáneamente con el de la patria, en el fondo o en la forma— que el matemático ilustre viniera a formar parte del gabinete de Eulalio Gutiérrez. Mas ¿qué decir desde el punto de vista de don Valentín, desde el plano de sus intereses y responsabilidades como sabio y como hombre?

La duda me atosigaba más conforme iba yo subiendo la cuesta que conduce desde la placita de San Diego, en Tacubaya, hasta el Observatorio Astronómico. Me bailaban aún en la cabeza las horribles escenas de los fusilamientos de la víspera. Todavía sentía empapada el alma en el hálito de orgía brutal con que la facción zapatista acababa de mostrárseme en la guarida de Eufemio, caliginosa y aterradora... «¿Y era para eso, para que viniera a ser instrumento de eso, encubridor de eso, cómplice de eso, para lo que iba yo a arrancar de sus libros y sus meditaciones a mi profesor universitario?...»

Seguía yo, no obstante, acercándome al Observatorio, aunque con inconsciencia como de sueños: divorciado el acto de la voluntad; hecha dos la integridad de la persona como en cualquier personaje de Dostoievski... «¿De dónde había yo sacado la necesidad de que un gobierno como el de Eulalio Gutiérrez tuviera ministros como don Valentín?»

Con su arena crujiente bajo mis pies, las alamedas del Observatorio avivaron todavía más mi sensación de lo absurdo. Allí el sosiego era perfecto: tibio sol de la mañana sobre los arriates de verdura, simétricos, en orden; voz suave del viento entre los follajes, lozanos, lustrosos; perfume de la tierra acabada de regar; edificios blancos y rojizos, rematados

por el ojo esférico de la media naranja, que de una mirada sola contempla todo el firmamento. Ninguna gente a la vista, ningún ruido humano...

Resueltamente: iba yo a cometer, en las regiones del espíritu, algo equivalente a una estafa.



Sitiado de montones de libros e instrumentos astronómicos, don Valentín Gama me recibió:

—Buenos días. Pero ¡¿de dónde sale usted?!

Su mano afable era la de siempre; la misma su sonrisa cariñosa, el mismo su ademán modesto, de sabor un poco infantil. Pero el cuerpo donde todo aquello se sustentaba me pareció ahora más chico, más enjuto, más descarnado. Algo descubría en él la fuga de lo material hacia lo espiritual, el empobrecimiento de lo físico, quemado más y más en la llama continua de los psíquico. La forma, un tanto rara, de su cabeza —que en los días escolares asociaba yo con la de las curvas cónicas— había ido acentuando la dinámica con que sus superficies elípticas, hiperbólicas, parabólicas se soldaban unas con otras. Más que antes, las Matemáticas vivían ahora en el exterior de su cabeza casi tanto como en el interior.

—¿Que de dónde salgo, maestro? De buena gana diría que del Infierno, porque vengo de la política, y esto, al parecer, es un paraíso astronómico.

Hablamos primero —homenaje a lo que fue— de escenas y acontecimientos donde al lado de personajes humanos figuraban otros, tales como las tablas de Callet, el gran ecuatorial, las *Variaciones* de Lagrange, las *Diferenciales e Integrales* de Leibniz, las *Fluxiones* de Newton. Luego, atento yo a la primera oportunidad favorable a mi embajada, nos metimos por la maleza de la situación política y sus hombres. Lo segundo fue breve escaramuza entre el patriotismo benévolo y siempre activo, de don Valentín, y la urgencia política —esto por mi parte— de otro patriotismo ya algo endurecido por el choque de las realidades tremendas, con realidades desconcertantes a fuerza de violencia, de desorden, de sangre.

A poco hablar, ya estábamos resbalando por la pendiente del mutuo consentimiento.

—¿Y cree usted que el señor general Gutiérrez se avendrá con mis ideas?

—Sin vacilar, maestro: las que usted le lleve le parecerán las mejores. Él, más que por ideas, se mueve por intenciones, por impulsos, y éstos, lo garantizo, son de primera calidad.

—¿Y podré escoger libremente a mis colaboradores?

—De los porteros al subsecretario.

En un punto coincidíamos don Valentín Gama y yo: en el concepto, amplio y heroico, de la ciudadanía. Las blandas palabras con que él iba expresándolo repetían, sin querer, pensamientos míos, pensamientos que, salidos ahora de su boca, me curaban de mis temores y repugnancias de una hora antes. Yo, que había venido dispuesto a cargar con toda la responsabilidad de cuanto allí aconteciese, me encontraba de súbito con que el impulso ciudadano de don Valentín —fuerte y sin cortapisas— me libraba, sin yo pedirlo, de la menor responsabilidad.

Me decía él sin ningún énfasis, levantando un poco, como para recibir mejor la luz, que devolvían sus espejuelos pequeñitos, el rostro gesticulante:

—Viene usted a proponerme un sacrificio: lo sé. Por algo Astrología y Astronomía han podido confundirse a veces. Pero, por lo mismo que lo sé, lo acepto. Los que claman en busca de una patria y rehuyen los peligros y las incomodidades de hacerla, o de intentar hacerla, son los únicos que no la merecen. Es como tener noción del bien y no practicarlo. Yo no seré de ésos, no, de ningún modo: si se me cree capaz de ayudar en algo, aquí estoy. Sólo los egoístas —malos patriotas— se quedan en su casa si lo que se les propone no son puestos de los muy gratos y satisfactorios, como las embajadas y otros del mismo estilo... ¿Que se fracasa? ¿Qué importa el fracaso cuando se ha tenido el propósito de acertar? Lo malo es no intentar nada para guardar intacta la ilusión de que «se hubiera hecho», de que, haciendo, «se acertaría». Los aptos que dejan en manos ineptas a su país son, por su falta de fe o por pusilanimidad, más ineptos que los otros, más ineptos socialmente.

¡Pensamientos extraños en aquella hora! ¡viejos y nuevos, nada comunes y evidentes! Su vigor político rebotaba contra los estantes carga-

dos de libros, contra los globos geográficos y cosmográficos, contra los finísimos instrumentos dotados de movimiento de relojería, y desde todo esto, que era ciencia pura, tornaban hacia mí envueltos en ecos de nuestros campos de batalla, idealizados así por la aspiración ciudadana y convertidos en anuncio cierto de lo que esa aspiración pudiera conseguir.

*

A bordo de su coche especial —entre Atzcapotzalco y Tacuba— conoció Eulalio a don Valentín Gama. El presidente convencionista habló entonces por primera vez con quien iba a ser su ministro de Fomento. Yo hice, con frase bicéfala, la presentación: definiendo primero a don Valentín en términos de Eulalio Gutiérrez, y luego a Eulalio en términos de don Valentín Gama. Con su mentalidad ágil y su ojo siempre infalible, Eulalio cogió al vuelo la duplicidad de mi lenguaje y dijo con sencillez que todavía admiro:

—Aquí Luisito (me llamaba *Luisito* con una *s*, una *i* y una *t* donde el silbido dulce de su voz empezaba a ser música), aquí Luisito me ha contado de usted verdaderas maravillas, señor ingeniero. Y como me merece gran confianza y sé que por mí mismo no podría apreciar las razones en que se funda para estimarlo a usted de tal manera, me he atenido a su juicio para invitarlo a usted a que venga a sufrir un poco con nosotros. Porque, la mera verdad, tampoco nosotros estamos en ningún lecho de rosas.

Don Valentín abrió los ojos, tal sorprendido frente a tanta humildad en un presidente de México, y respondió de plano, pero con su sencillez de costumbre:

—Para sufrir por nuestro país, señor general, siempre estaré a sus órdenes.

El resto de la conversación ya no me interesó: lo fundamental estaba hecho. Ellos siguieron hablando, y mientras tanto, yo me entregué al inmenso placer de destellar pasajero orgullo político. Pero no destellaba tanto por considerarme autor de aquella conjunción de la Universidad y las inquietudes populares, cuanto porque Eulalio, al encarnar el noble impulso de la Revolución, rudo e informe, sabía presentarlo con decoro:

ni farsa, ni ramplonería; ni blandura hipócrita, ni brutalidad. Y era que, contra las suposiciones de algunos necios de entonces —y no pocos de otra hora—, en Eulalio no eran anatema su humilde origen ni sus proezas de guerrillero: cumplía tan bien su cometido de presidente de circunstancias excepcionales, como antes el de volar locomotoras y tener en jaque a las tropas huertistas. Además de inteligente, era —cosa rara entre los militares y políticos que nacen de la espuma— sincero y humilde. No andaba queriendo trastocar el mundo con sus ideas, ni creyéndose genio, ni enmendándole la plana a Dios. Por lo cual se explica que tuviese, desde el fondo de su incultura, visión bastante para descubrir a hombres como José Vasconcelos (el único ministro grande que produjo la Revolución), y para aceptar colaboradores como don Valentín Gama (que hubiera hecho en Fomento lo que de seguro no han logrado aún para México sus sucesores) y como José Rodríguez Cabo, en quien el ansia renovadora, siendo grande, dejaba siempre intactos los fueros de la humanidad.

Esta vez, cuando don Valentín le habló de posible subsecretarios, él dijo:

—Nombraré al que usted designe, señor ingeniero.

Pero no lo dijo con tono de condescendencia política, sino de sincera disposición a aceptar consejos antes que a darlos.



Al pie del coche de Eulalio, don Valentín Gama y yo nos despedimos. Le pregunté por último:

—¿Y a quién va usted a hacer subsecretario, maestro?

—¿A quién?... Probablemente a otro de sus profesores: a don Agustín Aragón.

Y echó a andar, ágil y rebosante de movilidad nerviosa, aunque prematuramente encorvado.

Un momento me quedé pensativo: lo veía alejarse. Luego caminé sobre la vía hacia el coche de Robles. El paisaje del campo —¡yermas tierras de Tacuba, polvorientas y tristes!— me hizo sentir otra vez lo absurdo de la situación política en que nos movíamos. Un poco más allá estaba el tren de Villa con su guardia de *dorados*: de éstos brillaban al sol

la actitud pistolera, los presagios de su crueldad, la dureza de su fatalismo ignorante y sanguinario. Más lejos se extendían las pobres milpas en rastrojo por donde había visto pasar, veinticuatro horas antes, a los cinco falsificadores condenados a muerte sin juicio ni ley. Y todo ello servía de marco a un cuadro que me obsesionaba imaginativamente y en el cual veía yo a mi maestro Agustín Aragón explicando a sus alumnos, frente a encerados cubiertos de alfas, de betas, de gammas, las leyes de la Mecánica y las del movimiento de los astros. Allí se veían también, bailando entrecruzadas a la manera del cubismo, portadas de la *Revista Positiva*, glorificadora de Augusto Comte, devota de la religión de la Humanidad, e inscripciones preparatorianas en mayúsculas de oro: «Orden y Progreso», «Saber para prever, prever para obrar».

Libro sexto

Villa en el poder

1

UNA FORMA DE GOBIERNO

No habían errado en cuanto a su interés los generales que abandonaron a Eulalio Gutiérrez en manos de Zapata y Villa y se fueron, contra todas las esperanzas revolucionarias, a seguir prestando su apoyo al ex Primer Jefe. El grupo convencionista representaba el sentido de las responsabilidades morales de la Revolución, y era, por eso mismo, el verdadero peligro para los carrancistas corruptores y ambiciosos. ¿Podían, pues, seguir éstos ninguna política más hábil que la de dejar a sus enemigos verdaderos en condiciones de anularse pretendiendo imposibles? Porque era un imposible que los convencionistas conservaran su prestigio mientras, para poder someter a Carranza, transigían con Villa y Zapata; y era otro imposible —éste mayor aún— que los convencionistas luchasen a un tiempo contra carrancistas, villistas y zapatistas y los vencieran a todos sin otras armas que la bondad de sus intenciones. Y entre imposible e imposible, la disgregación vendría tras de unas cuantas sacudidas infructuosas, y, con ella, lo que los carrancistas anhelaban: campo libre a la lucha por el poder, posibilidad de convertir en nuevo caudillaje, disfrazado de reivindicaciones socializadoras, la revolución nacida contra el caudillaje de antes, aquél, a su vez, disfrazado de liberalismo económico y científico.

Eulalio, que no se mamaba el dedo, se dio exacta cuenta de la situación en que nos encontrábamos: le bastaron tres o cuatro semanas de estancia en el poder (o lo que fuera) para confirmarse en su primitiva idea de que nada podía hacerse por de pronto, salvo ganar tiempo y buscar el

medio de escapar de Villa sin caer en Carranza. Pero esperar quería decir defenderse —defenderse del amago más próximo, que era el de Villa y Zapata—, por donde nos fue preciso desarrollar una de las políticas más incongruentes de cuantas pueden concebirse: contribuír a que nuestros enemigos declarados —los carrancistas— vencieran a nuestros sostenedores oficiales —los villistas y zapatistas— a fin de que eso nos librara un tanto de la presión tremenda con que nos sujetaba el poder más próximo.

Robles, Aguirre Benavides y yo aplicábamos el procedimiento, desde la Secretaría de Guerra, con una eficacia fría cuyos buenos resultados corrían parejos con los disgustos y peligros que nuestro esfuerzo nos deparaba. Me los deparaba, sobre todo, a mí, que sin ser militar, ni tener escolta, ni rodearme de oficiales que me cuidaran, hube de habérmelas con la malquerencia de innumerables jefes y jefecillos zapatistas, para quienes aparecía yo como el torpe autor de sus derrotas. Y esto en los días de la más completa inseguridad personal: cuando la ciudad de México preguntaba todas las mañanas —como tantas otras veces en nuestra larga historia de crímenes políticos— qué asesinatos se habían cometido la noche anterior, y cuando todas las noches estimaba hacederos los asesinatos más crueles y alevosos.

Robles me había dicho:

—Contra Villa, como usted comprende, nada lograremos por ahora. ¿Para qué nos necesita, como no sea para bandera? Pero con los zapatistas las cosas cambian. Si le piden a usted dinero, déselo, déselo cuidando nomás que no se lleven más de la cuenta; pero si le piden armas, o parque, o trenes, ni tan siquiera agua les dé.

Y había que ver cómo se me encrespaban algunos subordinados de Zapata —por lo común generales de calzón y blusa, de carabina en bandolera, de cananas cruzadas sobre el pecho— y cómo otros explotaban económicamente la situación: éstos, generales de pantalón de charro, de guayabera de dril y de pistola en funda con bordados de plata.

Durante los días en que los zapatistas pugnaban por arrojar de Puebla a las fuerzas de Alvarado, yo agoté todos los recursos imaginables para no proveerlos de armas, cartuchos ni locomotoras. Como ni Robles ni Aguirre Benavides se aparecían mucho por su oficina, a falta de ellos me asediaban a mí los señores jefes de operaciones del Ejército Liberta-

dor del Sur. Entraban a verme seguidos de sus numerosos estados mayores: se rompía la penumbra de mi despacho con las manchas, holgadas y claras, de los calzones sin pretina; hacían rumor suave los huaraches; desfilaban, como grandes ruedas sobre carril invisible, los enormes sombreros anchos, que producían al moverse brisa de aire confinado, impuro. Yo los hacía sentarse sin distinción de categorías y me enzarzaba con ellos en intrincadísimas disquisiciones sobre el arte moderno de batallar con cartuchos y sin cartuchos, con fusiles y sin fusiles, con trenes y sin trenes. Todo iba muy bien mientras los convencía de que la fábrica de armas, y la de explosivos, y la de municiones no producían ni la centésima parte de lo que necesitábamos, o cuando les hacía comprender por qué el general Villa era, dentro de nuestra alianza, el único capacitado para proveerlos de cuanto pedían; pero si se percataban de mi deseo de no ayudarlos, o lo sospechaban siquiera, me ponían en terribles aprietos y armaban formidables escándalos. Un grupo de ellos, desencantado de no obtener lo que quería, se vengó de mí bailando en la sala de espera, con pavor de las cincuenta personas allí presentes, algo que podría llamarse la "danza del rifle y la pistola". Y éstos fueron de los más mansos; que otros, sin andarse por las ramas, sencillamente me amenazaban de muerte, como el general que me pedía trenes para ir en socorro del pueblo de Amozoc, atacado por los carrancistas. Yo le aseguraba que no disponíamos de locomotoras; él afirmaba que sí, que las había visto en tales y tales estaciones, y cuando, por fin, a manera de arreglo, le ofrecí una muy vieja y casi inservible —tan vieja que todavía quemaba leña—, eso lo exasperó tanto, que me dijo con mucha calma:

—Bueno, patrón: me llevo ésa. Pero, ¡ay jijo de la guayaba si me redotan!... Porque entonces vengo y lo tizno...

Al oír la injuria, eché mano a un pisapapeles de cristal que estaba sobre mi mesa e hice ademán de arrojarlo a la cabeza del jefe zapatista, mientras preguntaba lleno de ira:

—¿Hijo de qué?

—De nada, patroncito, de nada; no se acalore: nomás fue un decir. Pero de lo demás no me rajo: si me redotan, vuelvo, vuelvo y lo raspo.

Y es verdad que regresó, si bien no a "rasparme", ni en seguida de la toma de Amozoc por Cesáreo Castro, sino después de que Puebla había vuelto a caer en manos de las tropas carrancistas: es decir, cuando otros

quince o veinte generales se creían también con derecho a imaginarnos autores de la pérdida de esta otra plaza, y no sin razón. Porque hay que convenir en que, desde su punto de vista, tenía que parecer inexplicable, o atribuíble sólo a nuestra torpeza, el hecho de que cediéramos terreno en vez de ganarlo. ¿Entreveían ya, aunque sin dar forma al pensamiento, que estábamos obrando más como aliados de Obregón que como aliados suyos?



Contra los villistas, según decía Robles, nada podíamos intentar. Pero ellos sí se atrevían a hacerlo todo, incluso a reírse del mismo gobierno que aparentaban sostener con sus armas. Lo que no estaba muy claro era qué suma de conciencia o inconsciencia ponían en semejante conducta. ¿Tenían la noción de su sometimiento teórico a la autoridad convencionista, o su noción era que esta autoridad existía sólo como el acojinado de la celda de un loco: para suavizar los golpes de su frenesí? De cualquier manera, el caso es que Villa, Urbina, Fierro y demás grandes figuras de la División del Norte se comportaban ahora, en la ciudad de México, exactamente igual que antes, y que sus desmanes, por una ilusión de perspectiva, resultaban infinitamente más violentos y escandalosos. En el pequeño panorama urbano y civil descollaban, con estruendo, sucesos hechos a la medida de las montañas y el campo.

Así, verbigracia, las extralimitaciones de Villa en el terreno amoroso perdían en la ciudad de México su robusta armonía montaraz, hasta convertirse, a veces, en delicadísimas cuestiones internacionales. Su doctrina, según la predicaba a sus propios hombres, era muy simple.

—No hagan nunca —decía— violencia a las mujeres. Llévenlas a todas al altar, que al fin y al cabo los matrimonios por la Iglesia no obligan a nadie, y de ese modo no se privan ustedes de su gusto ni las desgracian a ellas. Ya me ven a mí: tengo mi esposa legítima ante el juez del Registro Civil, pero tengo otras, también legítimas, ante Dios, o, lo que es lo mismo, ante la ley que a ellas más les importa. Ninguna, pues, tiene de qué esconderse ni de qué avergonzarse, porque la falta o el pecado, si los hay, son míos. Y ¿qué mejor camino que este de la conciencia tranquila, y el buen entendimiento con todas las hembras que se le antojan a uno?

Los obstáculos y reparos de los curas no les desazonen, que amenazando con echar bala todo se arregla.

Mas no siempre procedía Villa con estricto apego a sus propias normas, o no siempre las usaba con el exquisito tacto que requería el aplicarlas. De ahí el tremendo escándalo que provocó uno de aquellos días al pretender casarse, a su modo, con la cajera del Hotel Palacio —aunque, en absoluta verdad, el escándalo tuvo más de apariencia que de hecho, como se pondrá en limpio el día que pueda discurrirse sobre estos asuntos sin herir honorabilidades ajenas. Aquél fue magno escándalo para unos cuantos timoratos y para gente sencilla que sabe poco del corazón femenino en general y menos todavía del femenino y francés en particular. Dentro del conjunto de sucesos de que eso formaba parte, la importancia de lo ocurrido resultaba minúscula. Cosas mucho peores hacía Villa a todas horas, y Fierro, y Urbina.

Las del compadre Urbina eran extraordinarias por la habilidad metódica y los bellos rasgos, en ellas evidentes, de bandidaje organizado en gran escala. Tenían, además, la virtud de echar por tierra el falso supuesto —inventado por los carrancistas para justificar de su parte atropellos análogos— de que villismo y zapatismo fueran movimientos de reacción sostenidos por los extranjeros ricos y el clero. Porque era sólo contra los ricos, extranjeros y nacionales, contra quienes se enderezaban las actividades del compadre Urbina. Esa suerte de exacción que se nombra con los eufemismos de "préstamo forzoso" o "subsidio de urgencia", pero que no es sino robo impune cuando razones imperiosas no lo justifican, lo practicaba él con perfección muy superior a la de todos los generales que en aquellos días lo emularon. Su visión para escoger víctimas era certera; sus maniobras, silenciosas cuanto infalibles. No fallaba golpe; no tenía que recurrir a grandes alardes de fuerza externa para sacar el dinero: todos le pagaban al contado, peso sobre peso, "corriendito", como decía él. Obraba de acuerdo con planes de conjunto: barrio por barrio, manzana por manzana, calle por calle, casa por casa, preparándolo todo de modo que, una vez tendidos los cordones de sus guardias invisibles, ningún pájaro se le escapaba de la red. Y eso lo hacía el compadre Urbina —gozándose quizá en su virtuosismo— a la luz del sol, en los propios despachos de los interesados, a medio metro del bullicio de las calles, entregadas a su trajín de todos los días; pe-

ro lo hacía con tan poco ruido y tan sin desplantes, que la gente no se enteraba.

Nos enterábamos nosotros, quiero decir, los que veíamos desde lo alto del gobierno; si bien nosotros, por nuestra misma impotencia, estábamos obligados a callar, como callaban casi todas las víctimas, éstas temerosas de atropellos mayores.

¡Terribles días aquéllos, en que los asesinatos y los robos eran las campanadas del reloj que marcaba el paso del tiempo! La Revolución, noble esperanza de cuatro años antes, amenazaba disolverse en mentira y crimen. ¿De qué servía que un pequeñísimo grupo conservara intactos los ideales? Por menos violento, ese grupo era ya, y no dejaría de ser, el más incapaz para la lucha; lo cual, por sí solo, convertía a la Revolución en un contrasentido: el de encomendar a los más egoístas y criminales un movimiento generoso y purificador por esencia.

2

LA MUERTE DE DAVID BERLANGA

Una mañana Rodolfo Fierro llegó a la Secretaría de Guerra menos compuesto y sonriente que de costumbre. En realidad su hermosa figura se conservaba íntegra. Llevaba, como siempre, aquel admirable par de mitasas que adquirían en sus piernas un vigor de línea único y cabal. Su sombrero tejano, de lo más fino y blanco, no había perdido, en la manera como le cubría la cabeza, un sólo ápice de su aire vagamente provocativo y seguramente amenazador. Seguía su frase envolviéndose en las modulaciones de un timbre suave y rehuyendo las palabras malsonantes o soeces. Sus ojos, ligeramente turnios, miraban aún con la misma pupila afirmativa, inquiridora. Y, sin embargo, todo él parecía como circundado aquella mañana por un velo opaco: sin estarlo de hecho, se veía marchito, envejecido.

Venía a verme, igual que tantas otras veces, en busca de dinero, pues a fuer de buen general y buen revolucionario gastaba mucho. Los cientos, los miles de pesos se le escurrían por entre los dedos con más facilidad que si en cada mano tuviera una fábrica de *bilimbiques*. Y como desde que entramos en México la Secretaría de Guerra —esto lo sabía él muy bien— estaba obligada a ser su banco, cada dos, cada tres días se llegaba hasta mi escritorio y me decía con su voz más suave y segura:

—Quiero ponerle a usted un recibito.

—¡Imposible! —le contestaba yo siempre—. No tenemos un centavo.

Pero él, que conocía el juego, insistía con los mayores recursos de sus dulzuras verbales y acababa sacándome la autorización, por lo menos, para parte de lo que esperaba. Claro que en esto yo no hacía sino ceñirme a las instrucciones de José Isabel Robles. «A Fierro —me había dicho— necesitamos tenerlo grato cueste lo que cueste.» Y, en verdad, el precio que por Fierro pagábamos no era excesivo en comparación con lo

que otros costaban: tan sólo dos o tres mil pesos tres o cuatro veces por semana.

—Bueno —le pregunté esta vez, al ver que tras de saludarme no me decía nada—: ¿por cuanto el recibito?

—Por lo que guste —respondió—. Lo principal no es ahora eso... Quisiera hablarle... hablarle en lo particular...

Y, sonriendo, subrayo las últimas palabras con una mirada hacia los dos taquígrafos que se encontraban junto a mi escritorio y hacia varios militares que esperaban, sentados en el estrado de enfrente, su turno de audiencia.

Mandé a los taquígrafos que se retiraran e invité a Fierro a sentarse en una butaca inmediata a mí.

—No —observó él—. Dificulto que así pueda hablarle sin estorbos. Despache usted a aquellos oficiales o vamos a otra parte donde estemos solos de veras.

Adiviné entonces que se trataba de algo positivamente serio; de modo que, sin más explicaciones, indiqué al general villista que me siguiera fuera de la oficina. Atravesamos la antesala y el despacho del ministro, donde a esa hora no estaban más que los ayudantes; abrí la puerta, disimulada en la pared, que daba acceso a la alcoba privada, y allí nos encerramos. Me senté en una silla y ofrecí a Fierro otra. Él no la aceptó, sino que prefirió sentarse en la cama, sobre cuya colcha de raso verde arrojó el sombrero con un gesto de fatiga apenas perceptible. Miró a continuación, uno por uno, los muebles de la alcoba, la alfombra, los tapices; abrió los cajones del velador que tenía cerca, y, por fin, se puso a chupar el puro que traía en la boca, pero a chuparlo con atención tan reconcentrada, que se hubiera dicho que no pensaba más que en eso.

Yo, mientras tanto, lo estudiaba, esperando satisfacer una doble curiosidad: la que me inspiraba nuestra entrevista, impregnada ya de misterio, y la que jamás dejaba de producir en mí la presencia de aquella «bestia hermosa», según llamó a Fierro un periodista yanqui. Lo último me embargaba particularmente. Porque Fierro, que era por su gallardía física un tipo inconfundible, gozaba, además, de una leyenda terrible y fascinadora: se le pintaba como autor de proezas y crueldades tan pronto espeluznantes como heroicas. Allí, cruzadas las piernas, bellas y her-

cúleas, puesto el codo sobre la rodilla, inclinado el busto hasta la mano —mientras los dedos maceraban el rollo de tabaco y la boca desprendía humo—, cobraba su carácter preciso, su luz propia, su irradiación exacta. Su naturaleza semisalvaje, disfrazada hasta pocos segundos antes tras la cobertura de palabras, maneras y gestos civilizados, chocaba estrepitosamente contra el ambiente de los delicadísimos muebles de caoba, y con los encajes, y con las colgaduras de brocado, como una piedra sin pulir que estuviese estropeándolo y desgarrándolo todo con sus aristas en bruto.

De pronto me miró a los ojos y me dijo:

—Acabo de matar a David Berlanga... y créame que lo siento.

—¡A David Berlanga!

La imagen de aquel noble muchacho, todo abnegación y sinceridad, desinteresado, valiente, generoso, surgió ante mi. Me pareció verlo alzando el rostro pálido, la cabeza de cabellos largos y lacios, en el espacio que mediaba entre mí y la figura, ahora resueltamente brutal y sanguinaria, de Rodolfo Fierro. Lo recordé entregado, pocas semanas antes, a denunciar con denuedo ante la Convención Militar de Aguascalientes todas las mezquindades y corrupciones que corrían, como arroyos de cieno, por debajo de muchos hombres de la Revolución. Rehice de un solo trazo la órbita completa de su carrera de revolucionario joven, siempre postergado, siempre perseguido en secreto por los habilísimos inmorales que lograban escalar y conservar altos puestos a punta de intrigas, falsedades y traiciones. Y bajo la mirada del matador de hombres que tenía yo delante, experimenté de súbito un impulso horrible, una vaga inclinación a volverme yo también asesino, como tantas otras gentes cuyo aire había estado respirando los últimos meses, y a manchar con sangre humana la rica alfombra de aquella estancia. Ignoro si fue el instinto del bien, o la cobardía, o el extraño dejo de súplica que nimbaba la fijeza con que los ojos de Fierro estaban clavados en los míos; pero el caso es que la volición profunda que iba a hacerme echar mano a la pistola varió de curso y se transformó en estas tres palabras, que eran ya, íntima y tácita, la aceptación de lo irremediable:

—Y ¿por qué?

—Por orden del Jefe.

Y entonces Fierro me lo contó todo.



"Berlanga —prosiguió— estuvo a cenar anteanoche en *Sylvain*. En otro de los gabinetes reservados cenaban asimismo, con varias mujeres, algunos de los ayudantes del Jefe. Ya sabe usted lo que ocurre en esos casos: se come mucho, se bebe demasiado, y luego, a la hora de pagar, el dinero falta. No me refiero a Berlanga, sino a los oficiales del Jefe. Pues bien, cuando les presentaron a los oficiales la cuenta, ellos se limitaron a firmar un vale por el importe y la propina. El mesero no se conformó con aquello y quiso rehusar el vale, pero no sabiendo cómo hacerlo fue a pedir consejo a Berlanga, a quien por lo visto conocen en *Sylvain*. Al enterarse del caso, Berlanga se indignó: se soltó a vociferar contra los militares que desprestigiaban la bandera de la Revolución; dijo que la División del Norte estaba llena de salteadores, que los villistas no sabíamos triunfar sino para el robo, y cuando se cansó de gritar y echar pestes contra las fuerzas de mi general Villa, hizo efectivo el vale de los oficiales, para que el mesero no sufriera la pérdida, y para guardar el documento —declaró— como prueba de la conducta de las tropas del Jefe.

«Los oficiales, por supuesto, oyeron cuanto Berlanga había dicho y fueron con el chisme ayer en la mañana. Como era de esperarse, mi general Villa se puso furioso.

«—A esos perritos —dijo— que andan ladrándome y queriendo morderme el calcañar voy a aplastarlos así.

«Y alzó el pie y lo dejó caer con una furia que yo mismo no le conocía. Acto seguido me llamó aparte y me ordenó en voz baja:

«—Esta noche me saca usted a Berlanga de donde esté y me lo fusila.

«Y yo, ¿qué podía hacer, salvo cumplir las órdenes? Ordenes de éstas, además, nunca me habían sorprendido ni molestado: va para años que estamos haciendo lo mismo, como usted sabrá. Ahora, muerto Berlanga, es cuando la cosa empieza a pesarme; porque, ¡palabra de honor!, Berlanga era hombre como pocos: lo ha demostrado en el fusilamiento. Jamás seré yo capaz de matar a otro como él, así me pase a mí el Jefe por las armas.

«De acuerdo con lo mandado, me puse a buscar a Berlanga a eso de la medianoche o la una de la mañana. Metí en dos automóviles un grupo de *dorados* y anduve, seguido de ellos, por diversos sitios. Luego me

dirigí a *Sylvain*. Acabé por suponer que Berlanga estaría allí, porque recordaba haber oído decir a los oficiales, cuando hablaban con mi general Villa, que en *Sylvain* cenaba él las más de las noches.

«En efecto, cuando llegué al restaurante allí estaba. Al acercarme a su sitio vi que hacía rato había acabado la cena: se conocía en el puro que fumaba, quemado ya en más de la mitad y, al parecer, buenísimo, pues la ceniza, como enorme capullo, se mantenía todita pegada a la lumbre. Le dije que de orden de mi general Villa tenía encargo de hacerlo que me acompañara, y que sería inútil toda resistencia porque venía yo con fuerzas bastantes para hacerme obedecer.

«—¿Resistencia? —me contestó—. ¿Qué se adelanta en estos casos con la resistencia?

«Llamó al mesero; pagó el gasto; se puso el sombrero —cuidando, mientras hacía todo esto, que sus movimientos no desprendieran la ceniza del puro—, y salimos.

«No volvió a dirigirme la palabra hasta que estábamos entrando por la puerta del cuartel de San Cosme.

«—¿Aquí es donde me van a encerrar? —me preguntó.

«—No —le respondí—. Aquí es donde lo vamos a fusilar.

«—¿A fusilar?... ¿Cuándo?

«—Ahora mismo.

«Y no pidió más explicaciones.

«Bajamos de los autos y entramos en el cuerpo de guardia. A la luz de la mala lámpara que allí ardía me fijé con cierta curiosidad en el aspecto de aquel hombre a quien íbamos a pasar por las armas sin más formalidades ni historias. Lo hice casi mecánicamente, y ahora lo deploro, porque Berlanga empezó entonces a interesarme. Seguía tan tranquilo como cuando lo levanté de su mesa: no le había cambiado ni el color de la cara. Con la mayor calma que he visto en mi vida se desabotonó el chaquetín. Sacó de uno de los bolsillos interiores un librito de apuntes y un lápiz. En el librito escribió varias líneas, que deben de haber sido muchas, puesto que tardó algo y yo no vi que levantara el lápiz del papel, ni que se detuviera, sino que escribió de corrido, como si supiera de antemano cuanto tenía que poner. En una hoja que arrancó del libro anotó otra cosa. Se quitó del dedo una sortija; sacó de los demás bolsillos algunos objetos; y, dándomelo todo, hasta el lápiz, me dijo:

«—Si es posible, le agradeceré que le entregue estas cosas a mi madre. En este papel he puesto el nombre y la dirección... Y estoy a sus órdenes.

«Su rostro se conservaba impasible. Su voz no acusaba el más leve rastro de emoción. Se abrochó el chaquetín, pero no de manera inconsciente, sino con pleno dominio de lo que estaba haciendo y atento todavía, como durante todas las operaciones anteriores, a que no se desprendieran las cenizas del puro. Éstas, en el tiempo transcurrido, habían crecido muchísimo: el capullo blanco era ya bastante mayor que la base de tabaco que lo sustentaba.

«Salimos de la habitación.

«El ruido de nuestros pasos al cruzar los patios del cuartel me sonó a hueco, a raro, a irreal; aún lo traigo metido en las orejas como un clavo. Las caras apenas nos las veíamos, porque era poca la luz.

«Pasada una puerta, después de otras muchas, nos detuvimos; hice formar el pelotón de los *dorados* frente a una pared y me volví hacia Berlanga, como para indicarle que todo estaba listo. Él entonces pareció fijar en mí la vista unos instantes; luego inclinó la cabeza hasta cerca de la mano en que tenía el puro, y, por fin, dijo, contestando a mi actitud:

«—Sí, en seguida. No lo haré esperar...

«Y durante algunos minutos, que para mí no duraron casi nada, siguió fumando. A despecho de las tinieblas, vi bien cómo apretaba cuidadosamente el puro entre las yemas de los dedos. Se adivinaba que, ajeno casi a su muerte inminente, Berlanga se deleitaba deteniéndose, a intervalos, para contemplar el enorme capullo de ceniza, cuyo extremo, por el lado de la lumbre, lucía con un vago resplandor color de salmón. Cuando el puro se hubo consumido casi por completo, Berlanga sacudió bruscamente la mano e hizo caer la ceniza al suelo, cual brasa a la vez brillante y silenciosa. Luego tiró lejos la colilla, y con paso tranquilo, ni precipitado ni lento, fue a adosarse contra el muro... No se dejó vendar...»



—Ha sido un crimen horrible —le dije a Fierro tras una pausa larga.

—Sí, horrible —contestó, y se entregó de nuevo a la maceración de su tabaco, si bien ahora más ahincadamente que antes, obsesionado, atento al proceso formativo de la ceniza.

—En realidad —agregó a poco—, yo no soy tan malo como cuentan. También yo tengo corazón, también yo sé sentir y apreciar... ¡Qué hombre más valiente Berlanga! Y ¡qué fuerte! Mire usted —y me mostró el cigarro—: desde esta madrugada ando empeñado en fumarme un puro sin que se caiga la ceniza, pero no lo logro. Los dedos, que no gobierno, se me mueven de pronto y la ceniza se cae. Y eso que no es malo el tabaco, yo se lo prometo. En cambio él, Berlanga, supo tener firme el pulso hasta que quiso, hasta el mismo instante en que lo íbamos a matar...

3

POS «MALGRÉ TOUT», LICENCIADO

En medio del desastre de las mejores esperanzas de la Revolución, Eulalio Gutiérrez no olvidaba sus compromisos de Aguascalientes. Seguía trabajando para que Obregón abandonara a Carranza al mismo tiempo que nosotros a Zapata y Villa. Empezaba, en secreto, los preparativos de nuestra marcha hacia San Luis, inclinado ya, en último trance, a pelear a la vez con villistas y carrancistas. Y debe reconocerse que tal actitud enaltecía sobremanera al Presidente Provisional, puesto que para esperar convencer a Obregón de los peligros de Carranza se necesitaba entonces casi tanta fe en el destino revolucionario como hacía falta arrojo para preparar la ruptura con Villa estando entre la férula de éste. Acerca de lo segundo huelgan las ponderaciones: Villa, de seguro, se enteraría pronto de cuanto tramábamos —se enteraría a pesar de todo nuestro sigilo— y, una vez enterado, nada impediría que se nos echara encima con su audacia y violencia de costumbre.



Aquella situación hizo crisis un domingo por la mañana. (O si no era domingo, era, al menos, día en que por una razón u otra las oficinas públicas permanecían cerradas.)

Había yo ido a la Secretaría de Guerra a despachar varios asuntos urgentes. Llevaba tres horas manejando papeles y dictando oficios y telegramas. Ugalde —mi taquígrafo— estaba sentado frente a mí, al otro lado de la mesa, e iba convirtiendo en pequeños trazos dinámicos de su lápiz amarillo, ágil y bailante sobre la superficie del papel, las palabras que brotaban de mi boca. Los dos nos sentíamos contentos. Ambos trabajábamos, en la quieta soledad de la oficina, con el mismo estado de espíritu que si la realidad militar, flexible entre mis palabras y sus dedos,

no tuviera otro sentido ni otro valor que la realidad, desinteresada y remota, que los sabios someten a sus observaciones.

Cerca de la una de la tarde el teléfono sonó. Ugalde descolgó el audífono y se dispuso a contestar sin quitar la mano de sobre el cuaderno ni aflojar la presión de los dedos en el lápiz. Su voz se empapaba en el ambiente de la tarea tranquila según iba diciendo:

—Bueno... Sí... Sí...

Vi en seguida cómo tapaba el orificio del trasmisor apoyando éste boca abajo contra la superficie de la mesa, y oí, desde el fondo del párrafo cuya elaboración había quedado en suspenso, que me decía:

—Preguntan si está usted aquí y piden, si está, que se ponga inmediatamente al aparato.

Entonces tomé el teléfono y respondí, yo también con acento de la más absoluta serenidad:

—Bueno... Sí... Yo mismo...

Pero en el opuesto extremo del alambre el panorama de la vida debía de ser otro. La voz que desde allá hablaba parecía temblorosa, agitada, catastrófica; era una voz cuyas palabras, pese a mi disposición y esfuerzos por conservarme sereno, me sacudieron en el acto desde la cabeza hasta los pies. El cambio que esas palabras me producían lo iba yo advirtiendo, conforme las escuchaba, más que en mí mismo, en la cara de Ugalde, que reflejaba paso a paso, por simpatía inmediata, la expresión de mi rostro.

Cuando deposité de nuevo el teléfono sobre la mesa, la magia de la labor en paz ya se había roto. Mi silencio profundo sólo denotaba perplejidad. Ugalde, sin perderme de vista, guardaba su lápiz en el bolsillo, cerraba su cuaderno. Al fin me preguntó con voz que contrastaba, por lo trémula, con la de minutos antes:

—¿Pasa algo grave, señor Guzmán?

—Me informan —le contesté con voz semejante a la suya— que Villa acaba de poner preso al Presidente y de ordenar también la aprehensión de los ministros y demás miembros importantes del gobierno.

Bajé al patio, subí al automóvil, salí. Afuera el claro sol de invierno, tibio al mediodía, brillaba con placidez; irradiaba armonía y negación de lucha. Las calles rebosaban de ruido alegre, de tráfago jocundo, de disposición discreta al goce de todos los sentidos. En el Zócalo, lago de

luz, automóviles y tranvías formaban un ritmo único donde parecían disolverse sus afanes. Entre todos, mi automóvil conservó libre el afán suyo. Y luego, a lo largo del bullicio de Plateros, se prolongó en mí esa misma sensación, a un tiempo natural y extraña: la de un vivir ajeno al pulso que movía cadenciosamente los grupos de hombres, mujeres y niños sobre las aceras y los vehículos.

Al pasar frente a la dulcería de *El Globo*, la marcha del coche era tan lenta que sólo existía como oposición a la rapidez: movimiento retardado puesto al servicio de una aceleración de vértigo. Pero entonces columbré al coronel Domínguez. Estaba junto al mostrador de la dulcería, en el acto de tomar de las manos de una dependienta el paquete que ésta le entregaba con un ramito de flores y una sonrisa.

Salté del auto, atravesé la calle eludiendo parachoques y guardafangos, y entré en la tienda. Ahora estaba Domínguez frente a la cajera —el bastón, el cigarro, el paquete y el ramito en una mano y el dinero en la otra.

—Deja tus pasteles —le dije en voz no tan baja como yo la quería— y ven conmigo inmediatamente.

Varios parroquianos se volvieron hacia nosotros, entre curiosos y sorprendidos. Pero Domínguez, con gran naturalidad, puso el paquete sobre el mostrador y, sin responder una sílaba, se dispuso a seguirme.

Salimos. Yo iba delante y aprisa, sorteando los obstáculos de la multitud, para alcanzar de nuevo el automóvil, que había seguido avanzando dentro de la triple fila de coches. Una vez en él, me preguntó Domínguez:

—Pero, ¿qué pasa?

—Pues pasa esto—. Y le conté.

De allí a la estatua de Carlos IV hicimos nuestro plan. Dejaríamos el automóvil a la puerta del garaje que estaba en el paseo de la Reforma frente por frente de la casa de Eulalio. Yo me acercaría a esta última, resuelto a comunicarme con Gutiérrez como se pudiera. Domínguez, entretanto, procuraría hablar por teléfono con Lucio, para advertirle el peligro que lo aguardaba y pedirle consejo. Y si pasada media hora no regresaba yo, Domínguez iría en mi busca.



Mi primer tropiezo fue con la guardia. En vez de la escolta del Presidente me encontré con los *dorados* de Villa.

—No se puede pasar, mi jefe.

—¿Que no puedo pasar yo?

—Ni usté ni naiden, mi jefe. Es orden de mi general.

—¿De qué general?

—Pos de mi general Villa. ¿De quien había de ser? Del mero petatero, del que manda aquí.

Inútil seguir discutiendo. En vista de lo cual pedí que viniera el comandante de la guardia. Éste me repitió lo dicho por el soldado; pero yo entonces aseguré que era Villa a quien necesitaba hablar para asuntos del servicio, por donde vino a franqueárseme la puerta hasta el amplio recibimiento desde el cual arrancaba la escalera.

—Más allá de ningún modo —dijo el oficial—. Las órdenes son terminantes.

En el piso bajo de la casa no se veía a ninguno de los hombres de confianza de Eulalio: los *dorados* ocupaban todos los puestos. Algunos de ellos, agrupados cerca de las ventanas, asistían desde allí al desfilar de una columna de caballería bajo los árboles del paseo: eran las fuerzas del compadre Urbina, que, por lo visto, aparecían en aquel momento como una presencia amenazadora. Yo también las contemplé varios segundos. Los jinetes avanzaban con paso deliberadamente tardo, a fin de que su alarde fuera mayor.

—¿Hace mucho que el general está aquí? —le pregunté poco después al oficial.

—Cosa de una hora.

Entonces me dediqué a pasear por el cuarto, afectando el aire paciente de quien espera. Luego, absorto al parecer en mis reflexiones, prolongué mi ir y venir hasta la habitación contigua. Y poco después, aprovechando un momento en que nadie me miraba, me escurrí hasta el primer patio.

Claridad radiosa; verdes copas de árboles barnizadas en sol. Había allí, en un rincón, una escalera de servicio. Durante un minuto estudié la forma en que estaba dispuesta. La subí. Daba a una especie de piso in-

termedio, que era a modo de despartamento de criados. No había nadie en él: caminé por su interior. De allí conseguí pasar, no sin trabajo, a una de las habitaciones principales. Las puertas que comunicaban esta pieza con el resto de la casa estaban cerradas; pero una de ellas, que daba a un pasillo con balcón, me permitió continuar, tras el laborioso esfuerzo de saltar de ese balcón al inmediato.

La habitación donde me vi estaba también solitaria, y como ésa, las dos siguientes. De más adentro parecía venir rumor de voces. Caminé hasta donde los rumores se resolvieron en palabras. Ahora hablaban en la habitación próxima.

Puse mi sombrero sobre un mueble, y, con mucha naturalidad, cual si perteneciera a los de casa, pasé cerca de la puerta para ver lo que había más allá. Las voces partían de un grupo de oficiales de los *dorados*, que conversaban tranquilamente en el centro de la antesala. Unos —los más— se habían sentado, colgantes pies y piernas, sobre la mesa; otros se mantenían en pie. Su charla no era obstáculo para comprender que estaban apercibidos y en espera de sucesos graves. Su grupo, compacto, hacía frente a la puerta del salón, cerrada en aquel momento. Eulalio, de seguro, estaba preso allí.

Con igual naturalidad que antes, atravesé ahora la antesala en dirección a la pieza de enfrente, que era la inmediata al salón. Los oficiales de Villa se volvieron a mirarme. Yo, metidas las manos en los bolsillos, los saludé familiarmente:

—Qué húbole...

Respondió uno:

—Pos ya ve usted: aquí con el jefe.

Pasé. La habitación contigua al salón era una alcoba. Como lo demás de la casa, estaba sola. Allí el rumor de voces de la antesala cedía ante otro rumor, éste venido por una de las puertas laterales, si bien ambos rumores se ensordecían aquí al rozar las cortinas y alfombra. Las nuevas voces sonaban agrias, como de disputa, pero parecían de una disputa cuyo momento peor hubiera pasado: voces de riña en ocaso. Para oírlas distintamente me acerqué a la puerta por donde venían. Las hojas estaban entreabiertas; las cortinas del lado de allá, echadas por completo. Pasando entre las hojas, vine a quedar entre la madera de ellas y el terciopelo de las cortinas. Ahora oía yo, clara y enérgica, la voz de Villa:

—...¿Que al licenciado Vasconcelos lo quieren matar? Pues ¿por qué no me lo dice, señor? Yo le pondré una escolta.

Entonces se oyó, con la misma claridad, la voz de Eulalio, aguda, irónica, bisbisante:

—Porque las cosas no se hacen así. Si yo soy el Presidente, de mí tienen que depender todas las puertas y, en consecuencia, todas las escoltas.

La voz de Villa otra vez:

—Pero ¿quién le dice, señor, que mis fuerzas no son también suyas? ¿No somos de un mismo gobierno?

Aquí, confusas y entrelazadas, sonaron varias voces a la vez. Sólo me llegaban palabras sueltas.

Moví levemente el borde de la cortina por el lado de la pared. Vislumbré, por la rendija, una tira del rostro y del uniforme de Roque González Garza, y, más acá, de espaldas hacia mí, parte del busto y de la cabeza de Vito Alessio Robles. Agrandé un poco la abertura para ver mejor: apareció una mano, una mano que me era conocida, pero que me sorprendió como algo enteramente nuevo al verla así, sin la presencia del cuerpo de que formaba parte. Era la mano de Eulalio. Cerca de ella se veía, rodeada de tres o cuatro copitas, una botella de coñac. Más arriba y más lejos, entre dos cuerpos, se movía el mechón de la cabellera de Villa, rizosa y rojiza bajo la línea curva del ala del sombrero. Los movimientos del mechón se acompañaban, por momentos, con el fulgurante paso de dos ojos por el espacio abierto entre los cuerpos. Tenía Villa el rostro encendido. Su gesto, de sonrisa estática, era el de sus grandes raptos de ira. Por el apiñamiento de miembros próximos a él, se comprendía que lo rodeaba mucha gente.

La mano de Eulalio cogió la botella y vertió coñac en una de las copitas. Tres de sus dedos cogieron luego la copita llena y la levantaron. La copita desapareció de mi campo visual... Seguían las voces entrecruzándose, ininteligibles... Copita y manos volvieron a aparecer... Eulalio pronunció entonces palabras de timbre más agudo... Breve silencio.

Se escucho la voz de Villa:

—Fue por orden mía, señor; por orden mía. Si le entrego al gobierno de usté todos los ferrocarriles, ¿cómo muevo mis tropas? Fíjese nomás en la gran extensión de mi territorio...

—¿...?

—Pero ultimadamente es lo mismo. Usté me ha nombrado general jefe de las tropas de su gobierno, ¿no es así? Bueno, pues yo lo protejo, y para protegerlo conservo en mi mando todo lo que esta situación justifica. Cuantimás que son trenes y tropas mías...

En ese momento creí distinguir la voz de Fierro y, más cerca, la de Vito Alessio Robles. Eulalio replicó algo. La voz de Villa tornó a dominar:

—Pos ahora ya lo sabe, señor: frente a su casa están desfilando tres mil hombres de mi caballería, para que sienta nomás mi fuerza. La guardia que le he puesto es mía también. Lo que es de aquí no sale sin mi permiso.

La voz de Eulalio:

—Eso lo veremos...

Rumores. Después la voz de Villa:

—Y si saliera, de poco habría de valerle, porque ahora sí, sépaselo, lo voy a dejar sin ningún tren. ¿Cuándo ni cómo va usté, pues, a escapárseme?

Entonces la voz de Eulalio, perfectamente audible, serena, tranquila, mordaz:

—¿Cómo? No me faltará cómo; con que por no quedarme cerca de usted, soy capaz de irme hasta en burro.

—Pos ya lo sabe: si intenta írseme lo tizno.

Sobrevino entonces un movimiento general, apagado en parte por la alfombra. Primero temí que fuera a reencenderse la disputa; luego comprendí que aquello la daba por concluída. Precipitadamente me aparté de la cortina y volví a la alcoba. Se escuchó entonces rumor de voces; andar de gente en tropel. Hizo ruido una puerta al abrirse. Sonaron, por el lado de la antesala, muchos pasos. Transcurrió un momento... Fueron apagándose pasos y voces... Silencio en la antesala... Silencio en el salón... Entonces volví a acercarme a la cortina y poco a poco la entreabrí: nadie. Entré en el salón.

Eulalio, sentado en un sillón de brazos, acababa de servirse otra copa de coñac y se la llevaba en aquel momento a la boca. Viéndome salir de mi escondite, se sorprendió y sonrió, aunque sin decir nada. Luego se me quedó mirando inquisitivamente. Yo también no pude menos de sonreír al verlo entre tranquilo y burlón. Con todo, le pregunté:

—Y ahora, ¿qué hacemos, general?

—¿Ahora? Ahora eso que dicen ustedes, los que leen los libros y han estado en la escuela.

Y clavó en mí los ojos, vivos, inteligentes, mientras daba a su rostro la expresión comunicativa en él anunciadora de la risa.

—¿Lo que decimos nosotros?

—Lo que dicen ustedes, los intelectuales.

—No lo recuerdo. ¿Qué decimos nosotros?

—Pos *malgré tout*, licenciado, *malgré tout*. ¿O no es así como dicen ustedes los intelectuales?

4

«¿LO CREE USTED, SEÑOR PRESIDENTE?»

A pesar de todo, en efecto, Eulalio persistió en su empeño de romper con Villa, para lo cual se entregó otra vez —tan pronto como la libertad le fue devuelta— a los planes que se había trazado. Ahora, sin duda, aumentarían las dificultades materiales que nos circundaban, puesto que el jefe de la División del Norte no desconocía ya nuestras intenciones. Pero aun eso no quitaba ánimo al presidente convencionista, así como tampoco se lo aumentaba la pequeña ventaja moral de que Villa lo supiese ahora todo.

Los carrancistas, mientras tanto, censurando en Gutiérrez, como alianza con el villismo (o con "la reacción", según empezó a llamarse entonces al grupo revolucionario disidente), lo que no era sino forzoso esperar a que ellos volvieran de sus errores, se afirmaban en su actitud personalista y antirrevolucionaria. Los triunfos de Puebla parecían alentarnos —triunfos que nosotros mismos habíamos hecho posibles restando elementos a las chusmas de Zapata—, y eso los hacía más duros de atraer. Obregón rehusaba ya hasta tratar con los enviados de Eulalio: los remitía a Veracruz (como a Rodríguez Cabo) para que expusieran al propio Carranza la pretensión nuestra de destituír al Primer Jefe.

Total: que la resolución de Eulalio Gutiérrez era la misma que antes del altercado con Villa, y que su situación no variaba mucho de la que tuvo al principio, cuando los sostenedores de Carranza exigían que se quitara a Villa la División del Norte, mientras ellos se ponían a salvo.



Los preparativos de marcha los veía yo con muy buenos ojos. Más aún: esperaba ansioso la fecha en que habríamos de trocar el influjo de la ciudad de México —disolvente cuando todo depende de la acumula-

ción de energía— por la atmósfera, pura y purificadora, del campo, de la montaña, de los pueblos. Un espejismo inevitable me inducía a error. ¿No habíamos logrado acabar con Victoriano Huerta viniendo sobre él, desde los más remotos rincones de la República, con la sola bondad de nuestra causa? Pues otro tanto —suponía yo— conseguiríamos ahora contra Carranza y Villa. Lo cual quiere decir que no caía en la cuenta de que una nación desprovista de grandes núcleos conscientes (conscientes de la necesidad de un patriotismo desinteresado, generoso) está por fuerza atenida, para producir movimientos populares sanos e irresistibles, a la contingencia de sucesos conmovedores, que no se repiten a corto plazo. Yo creía que lo que el pueblo mexicano acababa de hacer podría lograrlo otra vez, sin percatarme de que aquello, obra del efímero entusiasmo fundado en la emoción, no tendría por qué continuarse ahora que lo necesario era el entusiasmo, duradero y hondo, fundado en la idea. Justamente lo que iba a seguir sería la ruina del primitivo entusiasmo salvador: su disolución en forma de unas cuantas ambiciones personalistas; su supervivencia ficticia, gracias al disfraz de tres o cuatro ideítas huecas, inventadas, para uso de los caudillos, por los consejeros intelectuales menos sinceros y más serviles, o bien por los más sumisos al oropel de la fuerza exterior, no a la virtud austera de los ideales interiores. Pero como yo no veía eso entonces —ni creo que nadie lo viera—, conservaba vivos los restos de mis ilusiones políticas y revolucionarias.

Si abrigaba inquietudes, más bien se referían al pasado que al futuro; más a algunos de los hombres que íbamos a dejar que a aquellos con quienes de pronto nos encontraríamos. La imagen de don Valentín Gama, desde luego, me obsesionaba. ¿De qué nos había servido arrastrarlo al gobierno de la Convención? ¿Para que quedara ahora —ya que no se aventuraba a seguirnos más lejos— expuesto a represalias y vejaciones? Cierto que si su presencia entre nosotros no se había traducido en nada útil, no era por su culpa, sino por las circunstancias, demasiado fugitivas, precarias y anormales para consentir otra cosa. ¿Qué aplicación podían hallar, en medio de los crímenes bárbaros y las intrigas anárquicas que nos cercaban, el talento y los buenos deseos de un hombre preparado exclusivamente para las labores técnicas? Y ahora, en vísperas de que la experiencia convencionista se convirtiera en simple aventura de guerrilleros a salto de mata, el contrasentido se percibía mejor.



En aquellos días la persona de don Valentín Gama, abandonada al enemigo como algo inútil para nuestra facción, y como algo, además, intransportable, cobraba a mis ojos, por momentos, el perfil de un ejemplo simbólico. Mirándolo a él creía ver también cómo las verdaderas virtudes cívicas no encontraban en nuestro país campo de acción, ni recompensa, ni gloria, mientras los simuladores del deber y la eficacia usaban del país entero para sus fines propios, y todavía así acaparaban los honores. El ilustre maestro había hecho un sacrificio patriótico abandonando sus instrumentos y sus libros de astronomía para ponerse al servicio de una causa que consideró buena. Pero semejante acción —mucho más valiosa, en el plano de las dolencias fundamentales de México, que muchas de las batallas que estaban librando nuestros generales— nunca revelaría a nadie nada de su esencia ética. Al contrario: sobrarían quienes la estimaran un error, algo muy digno de ocultarse y olvidarse, supuesto que el movimiento convencionista iba a menos y, tal vez, al fracaso.

Porque esto del éxito y el fracaso goza entre nosotros de una amplitud que excede de los inmediatos efectos de las contiendas políticas, donde quizá se justifique con cierto estrecho criterio. Alcanza la moral con que se aprecian en sí mismos los actos públicos de cada uno, mirados en su significación histórica, en su trascendencia última respecto de los intereses permanentes de la nación mexicana. En México carecemos de una masa de opinión capaz de advertir que un fracaso político puede constituir un éxito brillante para los destinos finales de la patria, y, de modo contrario, que éxitos políticos aparentemente grandes pueden no ser sino obstáculos en la gran senda histórica. Faltos de una conciencia nacional sensible a los valores primordiales de la nacionalidad, y a sus intereses más duraderos, en México nos dejamos arrastrar, casi para siempre, por las conciencias fragmentarias de los diversos grupos políticos, que identifican sus éxitos momentáneos con los éxitos patrios. Así se explica que durante cien años hayamos lanzado estúpidos mueras a los gachupines y que un siglo de experiencia en el descalabro político no sea aún bastante para que aprendamos la formidable lección de historia de don Lucas Alamán. Pero, en cambio, glorificamos como adivinacio-

nes o aciertos trascendentales las intriguitas, los complotitos y las escaramucitas que se realizan en torno de propósitos más o menos politiqueros.

El caso es que si había, en el corto espacio de mis actividades de rebelde, actos merecedores de franco arrepentimiento, ninguno me hostigaba entonces con más títulos que mi empeño de dos meses antes porque Eulalio hiciera ministro a don Valentín Gama. Los breves días de su ministerio habían sido para el sabio maestro poco menos que una tortura espiritual, y ahora iban a ser, probablemente, motivo de trastornos personales. Y todo sin fruto ninguno para el país, ni para él, ni para nosotros. No hacía falta mucha imaginación para figurarse el estrago que tenían que producir en el espíritu del gran matemático, hecho al rigor de la más pura de las ciencias, el absurdo desconcierto del mecanismo revolucionario, cuyas convulsiones, como de histeria o epilepsia, no podían preverse ni de una hora para otra. ¿Habría mayor incoherencia, por ejemplo, que la del gobierno de la Convención al arreglárselas de modo que las tropas de Carranza (nuestro principal enemigo) derrotaran a las de Zapata (uno de nuestros aliados)? Y así lo demás.

En el seno mismo de sus funciones de ministro, el sabio universitario rozaba diariamente asperezas bastantes a desconcertar y decepcionar al más entusiasta de los hombres de escuela resueltos de pronto a echarse en medio de la plaza pública. Contra esto no era dique ni el hecho de que junto a él hubiera en el gabinete de Eulalio hombres de la cultura de Rodríguez Cabo, de Vasconcelos, de Alessio.

De aquel ambiente, duro y vuelto de espaldas a la cultura (a la cultura, que es luz y suavidad), nada quizás tan característico como lo que acababa de acontecer en uno de los consejos de ministros. Estaba reunido el gabinete en el Palacio Nacional, bajo la presidencia de Gutiérrez. Se trataba de la intolerable conducta de los zapatistas, a quienes se suponía instigados por Antonio Díaz Soto y Gama, su mentor. Díaz Soto, más inquieto en esos días que en ningunos otros de su carrera (que no es poco decir), traía a Eulalio fuera de quicio con las habilísimas artes de su politiquería de enredo. Eulalio le atribuía en gran parte los graves daños que, según él, Zapata estaba infiriendo a la causa de la Convención, y esa mañana, olvidándose al pronto de que Díaz Soto era pariente muy próximo de don Valentín, juzgó útil explayarse con energía revolucio-

naria ante su consejo de ministros —al cual, por supuesto, asistía don Valentín Gama— sobre los agravios del guiador intelectual de Zapata. Pero como eso mismo no bastase a satisfacer su enojo, Eulalio se dejó llevar, por último, del impulso a resumir su exposición, ya de suyo vigorosa y expresiva, en una frase tremenda que englobaba lo que, en su concepto, debía pensarse y afirmarse de Díaz Soto y Gama. De esta manera vino a concluír su discurso —frente al gabinete reunido en pleno y con toda solemnidad— en unas cuantas palabras, extraordinarias allí, aunque vulgarísimas en la calle; con palabras que rebotaban sobre el tapiz de la mesa de acuerdos y sobre las carpetas, de paramentos de bronce, puestas frente a cada ministro de la República; con palabras que sacudieron los cortinajes de terciopelo y se precipitaron sobre la mullida alfombra con más estrépito que si a una se hubieran hecho añicos todos los cristales de Palacio.

—Ultimadamente, señores ministros —dijo el Presidente de la República con voz suave, suave a despecho de la ira—, que Díaz Soto es un hijo de la tiznada, sí, un hijo de la tiznada.

Y dos veces soltó la expresión obligada y callejera.

Los señores ministros se quedaron estupefactos y sin saber qué hacer ni a dónde mirar, por más que las palabras de Eulalio no tuvieran, en el fondo, ninguna importancia. Para quienes lo conocían bien, aquellas pintorescas salidas suyas sólo existían como el término de contraste que revelaba sus grandes cualidades. Pero dadas las relaciones de parentesco entre don Valentín Gama y Antonio Díaz Soto, esta vez el alcance de las palabras presidenciales resultaba enorme. Por fortuna, don Valentín, noble hasta en eso, entró de lleno en la realidad política —acaso percibiera también todo el sabor humorístico que en ella se encerraba—. Se limitó a inclinar ceremoniosamente el busto, allá, en el otro extremo de la mesa, y a preguntar con estricto apego a las formas protocolarias más finas, de mejor linaje:

—¿Lo cree usted así, señor Presidente?

A lo que Eulalio replicó, sin cejar un ápice en su firmeza:

—Sí, señor ministro: Díaz Soto es un hijo de la tiznada, no le quepa a usted la menor duda.

Libro séptimo

En la boca del lobo

1
UN ASALTO REVOLUCIONARIO

Temeroso de las asechanzas zapatistas, a menudo cambiaba yo de casa para dormir. Porque de día, bien que mal, los funcionarios civiles del gobierno de la Convención podíamos defendernos de los enemigos que nos cercaban; en tanto que de noche, quedábamos expuestos a la brutalidad de los atentados peores. Finalmente, mis cambios de residencia fueron multiplicándose al punto de venir a ser costumbre cotidiana desde los días —siniestros días— en que Vasconcelos, ministro de Instrucción Pública, hubo de refugiarse en Pachuca para no morir de emboscada.

Nadie, por supuesto, sabía nunca dónde dormiría yo. A última hora acordaba dejar el auto en cualquier parte; hacía extraer, de entre los cojines, las pistolas, las carabinas, las cananas, y entonces, de súbito, me iba a pasar la noche, acompañado del oficial y el chofer, en el hotel o casa de huéspedes que escogía en ese preciso instante. Todavía coronaba con un remate estas precauciones poco comunes: mis dos compañeros y yo nos atrincherábamos —las armas listas y al alcance de la mano— en una misma habitación, departamento o lo que fuese.

Así las cosas, una mañana, en cuanto puse pie en la calle, advertí que sobre la ciudad flotaba un ambiente extrañísimo: me envolvieron, al salir a la acera inundada en luz, barruntos o dejos de lo insólito. ¿Sería tal vez porque, muy próxima ya la fecha en que nos proponíamos abandonar a México, mi receptividad para lo político vivía como en realce? De pronto no di importancia a lo que sentía: lo atribuí a mera ilusión. Pero

así que el auto empezó a rodar, los imponderables, tupiéndose, dominándome, me hicieron ordenar al chofer que acelerara la marcha. Luego, según avanzábamos hacia la Secretaría de Guerra, vino a producirse en mí un punto de zozobra.

Mi inquietud, ya en franco desarrollo, era insoportable cuando el auto salió por la bocacalle de Rosales a la plaza de la Reforma... El Caballito de Troya bañaba su trote magnífico en rayos de sol. Mas esto último, si lo vi, no lo miré, porque la visual de mis ojos pasó de largo hasta detenerse, al otro lado de la plaza, en la figura de un gendarme, inmóvil en la esquina de Bucareli... Mandé parar.

—¿Ve usted —dije al ayudante, que, como siempre a esa hora, iba conmigo— el gendarme que está allí?

—Sí, señor.

—Bien. Vaya usted a preguntarle qué es lo que pasa.

El ayudante no me entendió. Las apariencias, en efecto, no revelaban que pasara nada. Iban y venían, como de costumbre, vehículos y gente. Tranquilo, perezoso, el gendarme se reclinaba contra el lienzo de la esquina frontero al sol. Dijo el ayudante:

—¿Me repite usted la orden?

—Que le pregunte usted a aquel gendarme qué está pasando.

—Pasando, ¿dónde, señor?

—Aquí, en México, en la ciudad.

El ayudante saltó entonces del coche con pestreza de mílite; atravesó la calle, y tras de hablar con el guardia breves segundos, regresó precipitadamente.

—Dice —me informó— que esta madrugada evacuaron la ciudad el gobierno convencionista y las tropas.

—¡Cómo!

—Sí, señor.

—¡No puede ser!

—Señor, eso dice que dicen.



Las puertas de la Secretaría de Guerra nos las encontramos sin centinelas y sólidamente cerradas. Llamamos a golpes: nadie respondió. Pero

a la vista del coche, o acaso al ruido, se me aparecieron, venidos de la acera de enfrente, dos oficiales del estado mayor de José Isabel Robles.

—Y ustedes —les pregunté— ¿qué hacen aquí?

—Como hacer, nada, mi jefe: nos hemos quedado cortados. Anoche anduvimos de parranda, y hoy, al venir p'acá, nos desayunamos con que las fuerzas levantaron el campo. Usté ordenará lo que se hace.

Un momento estuve pensativo. Luego pregunté:

—¿Tienen todos sus armas?

—Las pistolas, sí.

—¿Y las carabinas? ¿Dónde están?

—¿Las carabinas? ¡Adivínelo Dios! Todavía anoche, a eso de las diez, estaban en la casa de mi general; digo, que allí las dejamos. Pero a estas horas, quién sabe.

Me bastó eso para comprender que Eulalio Gutiérrez, por alguna causa imperiosa y de última hora, se había visto obligado a adelantar precipitadamente la salida hacia San Luis. En mi casa, de seguro, me habrían dejado aviso de lo que debía hacer para reunírmeles.

—Suban todos al coche —ordené a los oficiales, si bien la orden creaba problemas. El automóvil, demasiado pequeño, con trabajo toleraba más de tres personas. Uno de los oficiales se sentó sobre las piernas del ayudante; el otro, para no llamar la atención de los curiosos, en el suelo.

En mi casa se confirmaron mis suposiciones. Varias veces en el curso de la noche me habían llamado por teléfono. Habían venido a buscarme de parte del general Gutiérrez a las doce y a las dos. Después, cosa de las cuatro, el general Robles había venido en persona, acompañado del coronel Domínguez, y había hecho que le abrieran la puerta para entrar a cerciorarse de que, como se lo aseguraban, estaba yo ausente. Por último había dejado para mí un papel. El papel decía: «Siento no encontrarlo y que se quede aquí, pero lo hemos estado buscando por todas partes desde medianoche. Por razones gravísimas tenemos que evacuar la plaza inmediatamente. Ya le explicaré. Salimos por el camino de Pachuca, donde espero que se incorpore usted lo más pronto posible. Ojalá que esta carta la reciba a tiempo, pues tengo de seguro que, en cuanto amanezca, la ciudad caerá por completo en manos de los zapatistas. Me llevo su caballo para que no se pierda en el desorden que dentro de unas horas va a sobrevenir. Usted, salvo lo que su habilidad o las circunstan-

cias le dicten, lo mejor será que salga en automóvil. Cuídese de Madinabeitia tanto como de Zapata. Hasta luego, pues. Lo espero pronto.—*Robles.*»

Las ocho y media sonaron, al terminar la lectura de la carta, en el reloj del comedor.



Mis tropiezos para huír dieron comienzo con el automóvil. El mío, un cupé ridículo —que en tiempos de Huerta había estado al servicio de Chucho Rábago, secretario particular de Urrutia mientras éste fue ministro de Gobernación—, no caminaba dos kilómetros fuera del asfalto. Era, además, defecto que vino a agravarse cuando, minutos después, recogí en el jardín de San Fernando otros dos oficiales de Robles, rezagados también como nosotros. El primer paso, pues, y el más urgente, consistía en hacerse de un automóvil de turismo, con siete asientos. Me eché en su busca.

Quise al principio conseguirlo alquilado, pero dos o tres tentativas me convencieron de que así no lo obtendría en ninguna parte. En cuanto los choferes se percataban de nuestra pinta de revolucionarios y nos oían decirles que se trataba de salir de México, rehusaban terminantemente. Los autos de alquiler, por lo demás, estaban en pésimas condiciones: de sus cuatro llantas no hubiese salido buena una sola.

Mientras tanto pasaba el tiempo. Se iban notando en las calles indicios del cambio militar a que daba ocasión la retirada de las tropas convencionistas... Dieron las nueve...

Indeciso entre los diversos expedientes a que podía recurrir, me detuve en la esquina de la avenida Juárez y Balderas. Pasaban en un sentido y otro automóviles de todas marcas, de todos tamaños, de todas clases: europeos y americanos, nuevos y viejos. Y de todos ellos, aunque sin duda tenían dueño a quien servir, ninguno prestaba entonces a nadie un servicio comparable al que a mí me urgía. Saqué el reloj: eran las nueve y diez. Cada minuto que corría ponía ante mí veinte, treinta, cincuenta automóviles, y del otro lado alejaba, quién sabe hasta dónde, las probabilidades que tenía yo de salvarme. Entonces me resolví. A la vista de los mil automóviles cuya propiedad no era garantizada por ninguna ley

—puesto que ninguna ley garantizaba tampoco mi vida (el derecho, como todo en el Universo, es mutuo, recíproco, correlativo)—, opté por el camino más franco, ya que más violento en los hechos y atentatorio en la teoría. Subí a mi cochecito con el ayudante y dos de los oficiales, y le dije al chofer:

—Echa a andar despacio y procura detener, atravesándote en la calle, el primer Hudson Super-Six que pase.

No habíamos avanzado cien metros cuando vimos venir a nuestras espaldas —nuevo, reluciente de barniz y de sol— un auto de la marca y tipo designados. Rápidamente, mi chofer, sacando una mano, viró en redondo: tan en redondo y metiéndose tan adentro en los terrenos del *Hudson*, que lo hizo parar y derrapar. Oí que el otro chófer iniciaba protestas airadas, pero un segundo después vi cómo se calló al notar que dos de mis oficiales tomaban por asalto ambos estribos y que otro se encaraba con el ocupante del coche. Lo que el tercer oficial dijo fue tan breve como enérgico:

—Este coche se necesita para el servicio. Favor de desocuparlo inmediatamente.

El dueño del automóvil, por supuesto, debe de haber creído que soñaba. Primero se asombró, luego se indignó muy justamente, y acabó intentando conatos de resistencia inútil. En aquel punto se le acercaron mis otros dos oficiales —éstos armados de sendas carabinas— y yo mismo fui hacia él con ánimos de convencerlo.

Los arreglos, en verdad, no resultaron muy fáciles en el terreno de la persuasión —terreno del que yo no quería salir—. Porque mientras el dueño aseguraba ser víctima de un asalto en plena avenida Juárez, y partir de allí para negarse, con justo derecho, a entregar su coche, yo aseguraba que el asalto era innegable, pero en eso, ni más ni menos, me basaba para demostrarle cuán forzoso era que todos nos sometiésemos a las duras exigencias de la guerra. Exclamaba él en el colmo de la indignación:

—¡Pero este razonamiento de usted parece de salteadores de camino!

A lo que yo, imperturbable, respondía:

—Parece y lo es.

Al fin se allanó nuestra requisa, gracias a la amenaza de llevar a él también si se negaba, y mediante la promesa mía de devolverle su auto

esa misma tarde. Me dio, furioso, su tarjeta (le sobraba razón). Yo, sonriente, le tendí la mía, en la cual escribí, a manera de recibo, dos líneas precisas y tan comprometedoras en lo oficial como en lo personal y privado.

Él y su chofer bajaron del *Hudson*. Mis oficiales y yo lo ocupamos. Se puso al volante mi chofer.

—Y esto ¿para qué sirve?—preguntó con desprecio el dueño del coche después de leer mi tarjeta.

—Probablemente para nada —le contesté—. Sin embargo, guárdelo por las dudas.

Ya para partir, añadí:

—Ahora un último favor: suba usted a mi cochecito y úselo hasta que le devuelva el suyo esta tarde.

—¿Y si no quiero?

—Si no quiere, déjelo. Yo lo hacía por usted: mejor es un coche malo que ninguno. Hasta la vista.

Y echamos a andar.

2
GONZÁLEZ GARZA, PRESIDENTE

¿Reparó alguien en la índole de la maniobra que nos había permitido apoderarnos del *Hudson*? Si algunos la notaron —cosa inevitable a tal hora y en tal sitio—, no deben de haber sido muchos, pues los doscientos metros que aún recorrimos a lo largo de la avenida apenas nos valieron más miradas que las de costumbre. Pasadas dos bocacalles torcimos hacia Húmboldt. Allí nos detuvimos.

—Examina el automóvil —dije al chofer, el cual, ayudado de los cinco oficiales, procedió a un somero registro.

Todo, al parecer, estaba bien: todo, menos el repuesto de gasolina, de la cual no habría ni para veinte kilómetros. Y entonces volvieron a empezar nuestras luchas, porque en aquellos días no se encontraba en México gasolina ni a peso de oro. Fue preciso que inquiriésemos en varias partes, que rogásemos en muchas, que amenazáramos en otras, para conseguir por último, pistola en mano, que en un garaje de la calle de Atenas nos vendieran las únicas cuatro latas que allí decían guardar para sus usos más urgentes. Dos de ellas las vaciamos en el depósito; las otras, dentro de la caja, las sujetamos, del mejor modo posible, a uno de los estribos.

¡Por fin podíamos partir!... Pero en aquel momento recordé que tenía en mi casa dos rifles más, con sus respectivas dotaciones de cartuchos. Allá fuimos otra vez. Recogí las armas; puse en el *Hudson* algunas provisiones de boca y, dispuesto ya todo, ordené:

—¡A Pachuca!

Eran las nueve y media corridas.



Al pasar por la avenida de los Hombres Ilustres notamos mucho movimiento de gente revolucionaria ante la puerta del Hotel Lascuráin. Pa-

recía un mitin —un mitin donde, de seguro, estaría tratándose de la salida de Eulalio y sus fuerzas—. ¿Convenía que me detuviera yo a enterarme?... La prudencia me aconsejaba no perder más tiempo; mi instinto, indagar... Paramos. Salté del coche; me acerqué a la multitud; entré en el hotel.

En las salas bajas el gentío era enorme: había villistas, zapatistas, convencionistas; militares y civiles. En la sala principal el estrado atraía la atención de todos al entrar yo. Allí, subido sobre algo que le permitía dominar el concurso y ser visto y oído por éste, peroraba, excitadísimo y elocuentísimo, Roque González Garza. «Porque es —decía— en estos momentos de ansiedad e incertidumbre cuando los verdaderos patriotas...» Pero al llegar aquí me columbró a lo lejos (surgía yo entonces bajo el dintel), e interrumpiendo intempestivamente su discurso se puso a gritarme por sobre centenares de cabezas:

—¿Ya sabe usted lo que pasa?

Le contesté:

—No; a preguntárselo venía. ¿Qué pasa?

—Pues casi nada: que nos han traicionado. Gutiérrez, Robles, Blanco y todos sus secuaces huyeron esta mañana con las tropas. Abandonan a la Convención; rompen con Villa y Zapata. En fin, que nos dejan para sumarse al carrancismo...

Conforme él hablaba, yo me le había ido acercando en medio de un silencio general; pero como al propio tiempo fue bajando la voz, cuando estuvimos a un paso ya habían nacido por todas partes conversaciones y diálogos particulares. Entonces le dije:

—Bueno, ¿y ahora qué piensa usted que se deba hacer?

—Primero, no amilanarnos; luego, lo que convenga. Por de pronto tomo a mi cargo la situación. He asumido el Poder Ejecutivo. No dudo de que el general Villa apruebe mi conducta; y la Convención, si es posible esta misma tarde, ratificará las funciones que me atribuyo con carácter de necesidad... Y a propósito: usted que está ahora al tanto de los asuntos de la Secretaría de Guerra, ¿quiere tomarla a su cargo desde luego?

—¿Qué quiere usted decir? ¿Que me hace su ministro de Guerra y Marina?

—Ministro o lo que fuere. Sólo importa que no nos desintegremos, que sigamos funcionando como gobierno legítimo...

Todo lo cual me decía Roque, en contraste con sus ademanes y su silabeo infantil, sin ninguna pedantería de fondo, sino más bien atento, aunque sin manifestarlo demasiado, a las responsabilidades que estaba echándose sobre los hombros. Roque, en efecto, ya que no en la forma, había cambiado mucho, a la vuelta de unos cuantos meses, como político. Sus malquerientes se burlarían de él en el porvenir —se burlarían por incapacidad para distinguir entre lo bueno y lo inepto, entre lo cándido y lo obtuso—; pero lo cierto es que la decisión con que iniciaba su efímera presidencia se hubiera podido considerar como anuncio de los innumerables rasgos viriles, y dignos y fuertes, de que habría de dar prueba en las tormentosas semanas que entonces le esperaban.

Yo no quise engañarlo ni delatarme, sino que respondí a su oferta, ambiguo el tono y las palabras:

—Muy bien, muy bien...

Y hablé unos minutos más, con él y con otros de los presentes, y luego salí.

Salí pensando que mi presencia en México, a juzgar por la invitación de Roque, no se atribuía aún a su verdadera causa, sino al hecho de suponérseme más adicto a Villa que a las ideas representadas por Eulalio Gutiérrez. Urgía aprovechar la equivocación.



Huimos a todo el correr del auto, por Santa María la Redonda. Dejamos atrás la plazuela de Santiago. Seguimos por Peralvillo. El *Hudson* se portaba que era un gusto. En la calzada de Guadalupe fuimos encontrando oficiales y soldados dispersos. Unos iban, venían otros. Algunos, cansados, temerosos o perplejos, se habían sentado al borde de la cuneta o yacían bajo la sombra de los árboles.

La Villa —sucia e inquieta, agitada por el comercio al menudeo y la expectación— delataba en el acto el reciente paso de un ejército numeroso. La atravesamos sin detenernos. Un grupo de oficiales nos hizo señas. No los conocíamos: fingimos no ver. Pasamos frente a la capilla del Pocito; íbamos entrando por la calle ancha que enlaza con el camino. Quinientos metros más y estaríamos en plena carretera. Pero justamen-

te cuando me hacía yo esta reflexión nos salió al encuentro una tropa de hombres montados. Eran zapatistas.

Tuvimos que parar. El jefe de la tropa se acercó y preguntó irónico y malicioso:

—¿Pa dónde mero, vales?...

—Ya lo ve usted —respondí—; para allá.

—Pos p'allá no hay paso. Es orden.

—¿No hay paso para nadie?

—Pa naiden.

—Bueno, pues si no hay paso, no pasaremos. Gracias. Regresamos.

Y añadí, dirigiéndome al chofer:

—Echa para atrás.

Pero el zapatista objetó:

—No, mi jefe; tampoco eso se puede. La orden es de arrestar a todo el que gane p'aquellos rumbos.

Y no hubo tiempo de entrar en distingos. Los zapatistas nos rodearon mientras el jefe mandaba al chofer que dirigiese el auto hacia una puerta ancha que estaba cerca de allí; puerta, no se sabía, si de mesón o de corral. Por ella hicieron que entrásemos, y luego nos llevaron presos, con auto y todo, a un gran patio donde las apariencias de corral se acentuaban. Ya había allí multitud de prisioneros de las más diversas clases y categorías.

Aún no nos bajábamos del coche cuando me vino una idea, tan clara, tan evidente en sus efectos salvadores, que a pesar del aprieto en que nos hallábamos, me hizo sonreír.

—¿Sabe usted —pregunté al oficial, simulando gran aplomo— quiénes son las personas que usted acaba de meter aquí?

Él, con sorna humilde, respondió:

—Al rato lo sabremos...

—No —repliqué—; ahora mismo. ¿Sabe usted quién soy yo?

—¡Vaya, mi jefe! ¿Pos y pa qué tanta priesa?

Yo insistí:

—¿Usted quién es?

—¿Yo? El mayor Margarito Cifuentes, pa servir a su mercé.

—Muy bien, señor mayor. Pues yo soy el Ministro de la Guerra del nuevo gobierno de la Convención. El Presidente es el general Roque González Garza...

El mayor Cifuentes abrió tamaños ojos y, doblándose hacia atrás con una mano el ala de su sombrero de petate, exclamó, entre incrédulo y asombrado:

—¡No me lo diga, mi general!

—Como lo oye, *mi* mayor. Y estos señores que vienen conmigo son mis ayudantes. Ahora usted sabe lo que hace.

Durante varios segundos el jefe zapatista no cambió de postura, ni de gesto, ni de mirada. Luego desmontó, vino hacia mí y, repitiendo el tratamiento de poco antes, dijo:

—Usté dispensará, mi general, si voy corriendo a consultar el caso. ¿Cuál es la gracia de su mercé?

Le dije mi nombre. Él lo repitió entero dos veces y caminó después hacia el grupo de casas que limitaban por un lado el corral. Allí desapareció, desvanecido en una de las manchas de penumbra que se recortaban sobre las paredes, descascarilladas y negruzcas. Minutos después tornó a salir, ahora en compañía de otro zapatista, éste de pantalones más angostos, de sombrero más ancho y de talante más fiero.

El nuevo coloquio con ellos no desdijo del anterior. Comenzó el zapatista recién venido:

—Yo soy el coronel del regimiento que cierra por este flanco la salida de los traidores. ¿Es verdá que usté es el Ministro de la Guerra del nuevo gobierno?

—Es verdad.

—¿Usté no se molestará, mi general, si le encarezco que se identifique?

—¿Y cómo he de identificarme?

—Con algunos papeles, mi jefe.

—Para eso no traigo papeles. No hace una hora que me nombraron.

—Entonces, si a usté le parece (y no es que dude; es que el deber me lo manda) va usté a hacerme el favor de que vayamos juntos a donde esté el nuevo Presidente de la República pa qu'él mismo me lo dé a conocer. Digo, si su mercé no manda otra cosa que cuadre con mis obligaciones...

—Muy bien me parece eso —respondí—. Suba al coche.

Los oficiales que venían a mi lado se levantaron para ceder el sitio. El coronel zapatista continuó, sin moverse de donde estaba.

—Nomás que, no tomándolo a malquerencia, yo quisiera que dejásemos aquí a los ayudantes. De esa forma no tendremos que llevar escolta; tan solamente iremos usté y yo y uno de los capitanes míos.

Es posible que a esas alturas un grito bien dado hubiera sido bastante para que yo me impusiera sin necesidad de viajes ni identificaciones. Pero como de parte de la violencia estaban todas las de perder, me acogí a las ventajas de la mansedumbre. Hice encomio de la conducta muy militar del coronel y me sometí de plano a sus requisitos.



Media hora después entraba yo de nuevo en el Hotel Lascuráin. Había más gente que antes. Roque, lleno del espíritu de su investidura, seguía perorando y dando órdenes. Las flamantes funciones le comunicaban algo de lo que en ellas había de importancia intrínseca o excepcional: parecía más alto, más enérgico, más inteligente; su voz, de consonantes torpes, sonaba menos infantil; su movilidad era de canario en jaula.

Me le acerqué, seguido del coronel zapatista, quien ya andaba, entre tanta gente y tantos espejos, a pique de naufragar, pese al concepto riguroso de sus deberes. Dije a Roque en voz alta, para que el coronel lo oyese:

—Vengo a que me dé usted por escrito mi nombramiento de Ministro de Guerra, y poder así acreditar mi personalidad. De lo contrario sufriré más tropiezos de los que espero. Acabo de tener uno en Guadalupe Hidalgo.

—Por supuesto, hombre; en el acto. Usted mismo puede escribirlo. Mire, aquí.

Y señalaba Roque la mesa que tenía cerca.

Yo tomé entonces una hoja de papel, la metí en la máquina de escribir y me puse a redactar, tan modestamente como me fue posible, mi despacho de Ministro de Guerra y Marina del nuevo gobierno de la Convención. Roque, después de leerlo, firmarlo y entregármelo doblado en cuatro, me dijo con cierta curiosidad súbita, sospecha del subconsciente:

—¿Y qué andaba usted haciendo por la Villa de Guadalupe?

Acercándomele hasta casi tocarle el rostro, le contesté en voz baja:

—Buscando a José Isabel Robles; dicen que está por allí.

—¿Es posible?

—Posible o no, lo busco por las dudas... Hasta luego.

Y salí a la calle, acompañado siempre del coronel zapatista.

Una vez fuera, dije a éste:

—¿Se convence usted?

—Mi general, a sus órdenes.

Resueltamente, para aquel coronel de Zapata ya era yo general.

Subimos otra vez al automóvil, para regresar a la Villa en busca de mis oficiales. Pero cuando los hube rescatado y nos vimos todos libres, ya no persistí en el propósito de continuar desde luego a Pachuca, sino que volví a México. De mi conversación con el coronel, que me enteró en detalle sobre cuáles fuerzas estaban apostadas en parte de la carretera, había sacado en limpio que era una locura empeñarse en huir así. Dos horas antes habría podido hacerlo; entonces, no.

Al llegar al Zócalo me separé de los cinco oficiales.

—Imposible —les dije— salir de aquí juntos. Cada quien debe irse como pueda. Para ustedes no es difícil: dejen sus armas, o si no, disimúlenlas; vístanse de paisanos y vayan por tren hasta donde lo haya. Yo veré lo que hago.

Y me dirigí inmediatamente a las señas que me había dado el desconocido de la mañana. Iba a devolverle esa misma tarde, de acuerdo con mi promesa, su Hudson Super-Six.

3

EL TELEGRAMA DE IRAPUATO

A González Garza no le pareció bien que yo renunciara sin más ni más el puesto que acababa de confiarme en su naciente gobierno. Nuestra entrevista al otro día de los sucesos de la Villa de Guadalupe fue difícil, larga, violenta. Él la concluyó de esta manera:

—Conque lo dicho: o cambia usted sus ideas antes de doce horas, o lo encierro en la Penitenciaría.

Cambiar de ideas —o disimularlas— no era fácil. Consentir en que me encerraran, tampoco. Vencido el plazo, decidí refugiarme en la casa de Vito Alessio Robles, que seguía al frente del Gobierno del Distrito.

Vito, entonces como siempre, ponía por sobre todo su sentimiento del valor civil y su honor de militar y de hombre. A cada paso manifestaba su rebeldía fundamental, la rebeldía de los Alessio. Odiaba a los cobardes y a los aduladores, despreciaba a los tontos y sentía como algo irresistible el atractivo de los inconformes. Había nacido para la oposición, para la censura, para fiscal en el juicio de residencia de los políticos falsos, farsantes o prevaricadores. Su mordacidad inteligente dejaba, con encono, grandes dentelladas en los revolucionarios desprovistos de principios, de ideal. Pero, en cambio, para los hombres de su simpatía, para sus amigos en la región de las ideas y los propósitos, su devoción y su benevolencia no encontraban límite, lo mismo en la derrota que en la victoria. Y si en la derrota, daba a los pusilánimes que se escondían en el momento del desastre y abandonaban a su jefe o a su compañero, la lección de salir él en busca del amigo vencido o muerto. Por dondequiera que se le tocara se encontraba al hombre.

—Pero ¿le tiene usted miedo a Roque González Garza? —me preguntó esa vez.

—A él, no: a la Penitenciaría, convertida ahora en baluarte de zapatistas. Roque, en el fondo, es buena gente.

—¿Y cuál es su proyecto, su plan?...

—Disponer de tres o cuatro días para ir a reunirme con Eulalio por donde se pueda...

—Si le digo eso a Roque, lo fusila...

—Usted le dirá otra cosa. Le aconsejará que me deje en paz, puesto que si no me he ido con Gutiérrez, eso es prueba de que no lucho contra Villa. También dígale que hablo de salir para Aguascalientes en el primer tren que haya, lo que es verdad. Él entenderá, no que voy hacia Aguascalientes de paso hacia San Luis, según me propongo, sino que salgo en busca de una explicación con el general Villa.

Vito me miró un tanto asombrado.

—Pero ¿se atreve usted a ir a Aguascalientes?

—¿Por qué no?

—Es mucho riesgo. Con Villa no se juega...

—No veo otro camino.

—Quedarse aquí.

—¿Aquí? Sería peor. Porque en Aguascalientes el peligro, aunque grande, es uno solo, mientras que aquí hay por lo menos tres. Allá es Villa; aquí Villa, Zapata y Carranza. De allá, además, acaso escape hacia donde está Gutiérrez; de México, nunca... Ya sé que Villa es un riesgo muy grande; pero lo conozco bien, trataré de evitarlo.

—No lo evitará usted: con Villa no se juega... Pero, en fin, por de pronto, hablaré con Roque.

*

A éste le encantó la noticia de mi ida hacia donde Villa estaba. Desde luego prometió a Vito que, en tal caso, no me molestaría. Y cuando volvimos a vernos no tardó en decirme con cierto retintín, muy raro en él (tan ingenuo siempre, tan candoroso):

—Vaya usted allá, sí, vaya pronto. Le aseguro que será muy bien recibido, tan bien como se lo merece.

No por eso me inquieté más. Confiaba en que Roque, por lo mismo que había querido hacerme, en el primer momento, ministro de su gobierno, se guardaría de pintar a Villa mi conducta con tintes demasiado negros. Aparte esto, en mi plan no entraba el convencer a Villa de mi inocencia, sino rehuir el encuentro. Un sólo peligro serio había: que mientras

yo esperaba la salida del tren, llegaran al cuartel general de Aguascalientes voces predispuestas en mi contra.



A última hora tuve la sorpresa de saber que no haría el viaje solo, sino en compañía de Luis G. Malváez, embotellado en México, como yo, desde la salida de Eulalio Gutiérrez. Luego resultó que se nos unirían también Luis Zamora Plowes y Fernando Galván, a quienes había yo hecho director y gerente de *El Monitor*, el efímero diario de la administración convencionista. El doctor Atl estuvo asimismo a punto de venir en nuestra compañía, pero a la postre se quedó, a causa de no sé qué automóvil cuyas grandes cualidades lo traían sin seso. Original en este punto (como en todos los otros), Atl hizo de su automóvil una cuestión trascendental y graciosísima. Se trataba de un auto que se había allegado muy revolucionariamente, y el cual, a poco de poseído, se convirtió en posesor. Ya no era Atl el dueño del coche, sino el coche el dueño de Atl: su dueño al modo de la esclava que el vencedor arrebata en la guerra, y que, al cabo, se convierte, haciéndose amar, en vencedora única. ¡Qué no intentó entonces el pintor revolucionario por alejar de su tesoro las garras de los enemigos! Al huir Gutiérrez, Atl ocultó el automóvil. Después, inquieto aún, cubrió con paredes de cal y canto las puertas por donde podía llegarse al escondite; y todavía así no se sintió tranquilo, sino que, por último, hubo de renunciar al viaje con nosotros, para quedarse velando cerca del objeto de sus pensamientos. Cuando me dijo que no iba, pensé: «He aquí un hombre de verdadero talento, casi de genio, que hará carrera política en torno de la propiedad de un automóvil. ¡Gran fortuna ser así: proceder con el don divino que refleja lo infinito en lo finito, la aspiración ideal en la realización más limitadamente concreta; don, al fin y al cabo, de artista, de artista capaz de acometer por el bello trazo de una línea —en la tela, en el mármol, en la máquina— lo que otros no intentan ni por un mundo!»



El viaje fue molesto y largo. El tren, extrañísimo, a veces parecía militar, a veces de carga —tren fantástico y abúlico, donde viajaban, sin bille-

te, los que querían—. Galván había traído consigo, como otras tantas maletas, los restos de varios rollos de papel de *El Monitor* y los había hecho bienes mostrencos. Los pasajeros —todos de tercera clase— aprendieron pronto a coger de allí grandes trozos para cuantos usos les venían en gana. De noche se improvisaban cortinas de papel, camas de papel, mantas de papel, embozos, capotes, tilmas de papel. La albura, en manchas dispersas, daba entre las sombras la impresión de un campamento de almas en pena, o de comunidades enteras en oración o éxtasis. Sobre las superficies blancas resbalaba el frío de enero. Los bultos, de aristas y pliegues atormentados, crujían a cada sacudida del tren, a cada alto, a cada arranque: fru-fru onduloso, fru-fru en contraste con los golpes secos de la rueda contra el riel y con el rechinar metálico de tirantes y muelles. De tiempo en tiempo las colillas de los cigarros, tiradas con descuido, jugaban al incendio.

En la estación de Irapuato esperamos más de doce horas. Volvían de Guadalajara las tropas de Rodolfo Fierro y Calixto Contreras, derrotadas por Diéguez y Murguía: cada media hora un tren. El cordón interminable de los convoyes de hombres, de caballos, de cañones, nos cerraba el paso, y la interrupción del telégrafo hacia el norte retardaba más la marcha.

A medianoche, próximos ya a partir, Malváez regresó del centro de la ciudad agitado y preocupadísimo.

—Malas noticias —me dijo desde luego—. Los telegramas urgentes de México para el norte están haciendo escala aquí, mientras las comunicaciones se restablecen, y acabo de saber en la oficina de telégrafos que entre los mensajes hay uno, de Roque a Villa, donde se habla de usted...

—¿Y qué dice Roque?

—Cosa grave. Avisa a Villa que pasaremos por Aguascalientes, y recomienda que a usted lo fusile...

—¿Roque es capaz de eso?

—Acaban de decírmelo...

—¡Apenas lo creo!

—¡Pues yo no lo dudo!

No disimulé que la noticia me inquietó, y que me inquietó a fondo. Me acordé entonces de Vito Alessio Robles y sus prudentes consejos.

Opinaba Malváez que deberíamos cambiar de ruta, o bien ocultarnos, desaparecer durante algunos días.

—Ocultarnos es absurdo —le respondí—, porque entonces, para que no nos descubrieran, tendríamos que condenarnos a encierro indefinido. Cambiar de ruta tampoco lo veo posible: en quinientos kilómetros a la redonda cualquier camino nos resulta igual. Donde no está Villa, está Zapata, y si no, Carranza: a lo fugitivo es como menos podríamos salvarnos de caer en las manos del uno u otro. Ahora lo más seguro es que nos metamos en la boca del lobo, aprovechando la misma vaguedad de nuestra situación.

Otro que no fuera Malváez no me habría escuchado, ni, mucho menos, seguido. Porque evidentemente estaba yo cometiendo una locura. Pero Malváez, siempre valeroso, aceptó la situación de plano: se jugó la vida conmigo. Lo cual en él sí era mérito, pues él no estaba, como yo, familiarizado con la psicología de Villa, ni tenía por qué abrigar la remota esperanza que en mí despertaba, en último análisis, el terrible mensaje de Roque: la esperanza de que Villa, viéndome ir en su busca, atribuyera la actitud de aquel a cuestiones personales.

Dos días y medio tardamos en recorrer la distancia de Irapuato a Aguascalientes, siempre a la zaga de los trenes militares. De éstos, el último era el de Rodolfo Fierro. En algunos sitios el nuestro lo alcanzaba, y se daba entonces el caso de que el general villista viniera a hacerme compañía durante las largas esperas al borde del terraplén. Aquéllas eran para mí horas difíciles, horas de prueba bajo el golpe de sentimientos encontrados. Porque, a las primeras palabras, la suave voz de Fierro me traía a la memoria el asesinato de David Berlanga, que me indignaba, me ensombrecía, y Fierro, sospechando lo que pasaba en mí, o presintiéndolo, se esmeraba más en el aire de gran pecador arrepentido con que dio en hablarme desde el día de su confesión en la Secretaría de Guerra, y esto me conmovía hasta compadecerlo.

En la parada previa a la de Aguascalientes, la locomotora de Fierro se descompuso y su tren nos cedió la vía. El nuestro llegó, dos horas después, a kilómetro y medio de la cuna del convencionismo. Allí nos apeamos. Locomotoras y vagones, éstos ocupados aún por las tropas de Jalisco y su impedimenta, se agolpaban en las vías y empezaban a convertir el campo circundante en el pequeño mundo, rumoroso, informe, primitivo, que es todo campamento de tropas mexicanas.

Perdidos entre grupos de soldados y soldaderas caminamos hacia la

ciudad. Zamora Plowes iba encantado de verse, al fin, en sitio donde pudiera tratar de cerca a Villa y ofrecerle sus servicios como periodista (¡qué ilusiones no se hacía!); Galván iba resuelto a subirse al primer tren que saliera para Chihuahua y los Estados Unidos, y Malváez y yo, tensas entre los dos las palabras del telegrama de Roque, íbamos con el alma en un hilo. A mí lo que más me preocupaba era la necesidad de tener con Villa una explicación, cosa a que ahora me sentía obligado como única defensa contra los supuestos manejos de Roque. Porque eso sí era jugarse el todo por el todo: exponer no sólo la vida, sino también, dado caso de salvarla, mi futura conducta en el terreno de la Revolución. Y tan peligroso era lo uno materialmente, como moralmente lo otro.

4
A MERCED DE PANCHO VILLA

Al entrar en Aguascalientes, Galván y Zamora Plowes se dirigieron a la plaza en busca de hotel; Malváez y yo seguimos caminando a lo largo de los rieles. En el patio de la estación el apiñamiento de vagones y tropas era mayor todavía; con todo, no tardamos en columbrar, hacia el otro extremo, la inconfundible figura de los dorados. Conforme avanzábamos, la multitud soldadesca iba disminuyendo; luego se enrareció hasta no dejar visibles en el fondo del paisaje ferroviario más rastros suyos que unos cuantos perros y la guardia de Villa.

El corazón me latió rápido a la vista de los dorados: rápido y estrepitoso, a contratiempo del movimiento de mis pies, los cuales, por virtud de fuerzas mecánicas o biológicas superiores a mí, se sintieron de pronto dotados de un compás perfecto. Nunca había yo caminado con tanta soltura ni con tal precisión: el suelo se deslizaba bajo mis plantas —plantas entonces rítmicas— como movido por un esfuerzo en el que yo no intervenía. En esos instantes yo era sólo la delicia de asistir, convertido a un tiempo en espectador puro y voluntad pura, a un ejercicio muscular entendido y sentido desde lo más hondo de su esencia. Me pasaron entonces por el recuerdo, como cuadros lejanos, remotos, las escenas de los fusilamientos de Tacuba dos meses antes: los cinco condenados a muerte caminando hacia el cementerio. Y contra el fondo evocativo de esas imágenes, se hizo más claro el ritmo de mis pasos, creció el placer íntimo de escucharlos.

Al pie del vagón de Villa dije maquinalmente al dorado que hacía guardia en el estribo:

—Dígale al general que aquí estoy y que deseo hablarle...

Mis palabras me sonaron como algo cuyo acaecimiento hubiera previsto la fatalidad desde el origen de los siglos. El dorado me miró sonriente. No se movió. Su sonrisa se prolongaba; su inmovilidad también.

Eso, obstáculo imprevisto en el suave deslizarse del destino, hizo que experimentara yo un súbito malestar.

—¿Me ha oído usted? —insistí.

El dorado sonreía, me miraba. Con lentitud —a distancia infinita de la aceleración con que yo estaba viniendo— me respondió:

—*¡Pos si mi general no está!... Anda a caballo por el campo...*

Su voz vino como de un mundo que no era el mío. Yo era, por dentro, toda la realidad.

Me dispuse a esperar apoyado de espaldas contra los tableros del coche. Malváez, silencioso, se colocó junto a mí.

Fue pasando el tiempo. El gris de la tarde había venido aclarándose, azulándose, plateándose. Ahora brillaba en el cielo el polvo luminoso de los postreros rayos de sol; lo cortaban, de rato en rato, los trazos oscuros de los pájaros. Mi alma se disolvía en aquel azul con placidez de convaleciente, y así, poco a poco, mi ritmo interno fue acordándose con el externo.

¿Pasó media hora? Malváez dijo:

—Lo más juicioso sería irnos.

—No.

—Por usted lo digo, no por mí.

—Lo sé, Malváez. Pero irnos, nunca.

—Todavía es tiempo... Convénzase usted...

—Tiempo de perder, si nos fuéramos. Porque aquí se trata de una carrera que nosotros no corremos, sino nuestras dos posibles actitudes. Comprendo que todo lo tenemos en contra; pero todavía así, nos queda esto: el triunfo será de la actitud nuestra que primero llegue a Villa. Si cree que huímos, nos perseguirá y fusilará; si siente que venimos a él, querrá hasta premiarnos.

Pasó otro cuarto de hora. Empezaba a oscurecer. Dije de allí a poco, anudando la hebra:

—Lo que sí me parece innecesario es que esté usted aquí conmigo. Debe usted irse, para utilidad de los dos. Su compañía, si añade algo, añade riesgos.

Malváez resistió tenazmente, pero lo convencí al fin. Se fue; su figura se perdió entre las masas rectangulares de dos furgones. Me quedé solo. Palidecía el cielo; charlaban, indiferentes y distantes, los do-

rados. Uno de ellos, con la vista fija en el espacio sin límites, canturreaba:

Ya te he dicho que al agua no bajes...

El son melancólico —¡alma mexicana!— subía al cielo y parecía quedarse prendido allí:

Y si bajas, no bajes tan tarde...

Y en la melancolía de la canción, repetida una vez y otra, resbalaba el tiempo:

No sea, mi alma, que abajo te aguarden
y te olvides pa siempre de mí...

Crepúsculo y canto vinieron a ser una sola cosa: los dos lejanos, los dos envolventes... Yo escuchaba y sentía, olvidado de cuanto me rodeaba... Un grupo de jinetes avanzaba desde el fondo de la calle formada por los vagones en fila. Sin desasosiego lo vi acercarse. Me embargaban la tarde y el canto. El soldado musitaba:

No sea, mi alma, que abajo te aguarden...

...Pero, de súbito, en el grupo de hombres a caballo, reencontré una silueta familiar, una figura conocida... ¡Al paso de su soberbio alazán, Villa se acercaba!... Traía el *sweater* café, dócil a la línea de los músculos del pecho y del brazo. Traía el sombrero tejano, semilevantado por el brío de los rizos de la frente. Y no lo analicé más; no pude. Su busto fue creciendo, creciendo, y llegó a crecer tanto, según el caballo amblaba hacia mí, que su expansión abrumadora inundó mis ojos. Otra vez sentí que los latidos de mi corazón me llenaban el pecho; que me subían hasta la garganta, luego hasta las sienes...

Vi a Villa detenerse a dos pasos de donde yo estaba. Lo vi fijarse en mí, soltar la rienda, desmontar de un salto...

"Va a matarme aquí mismo", pensé, y oprimí, sin quererlo, con la mano que tenía a la espalda, la culata de mi pistola.

Y lo vi acercárseme de dos brincos. Luego me sentí en sus brazos, levantado en vilo a dos cuartas del suelo, metido en una atmósfera donde su aliento y el mío se mezclaban.

—Roque González Garza... —dije con precisión verbal que me sorprendió a mí mismo (las tres palabras flotaron en mi mareo interior como tres gotas de aceite en el agua...)

—No me hable ahora de Roque —respondió Villa—. Hábleme de usté. Bien, amigo, bien; ya sabía que usté no era capaz de abandonarme. Pues ¡cómo había de serlo! ¿No es verdá?

Y me depositó en el suelo. Yo iba reponiéndome.

—Pero de hoy en más —continuó, cogiéndome por ambas solapas, fija en los míos la mirada de sus ojos movibles— va a quedarse aquí conmigo. Ya no quiero que ande con jijos de la rejija... ¿Cuándo llegó?

—Hará una hora, general.

No me soltaba.

—Venga, venga y cuénteme. Usté es el primero que viene de México desde la traición de ese tal por cual de Ulalio. ¡Ah, jijos de la tristeza, como yo los coja! ¡Me las van a pagar juntas, todas juntas!

Ahora me tenía echado el brazo sobre los hombros y me empujaba hacia el estribo de su vagón.

—Suba, licenciado, suba, que ya sabe que aquí no entran más que los hombres... Quiero que me informe de todo, con sus detalles menudos... ¿Qué le parece de Eugenio Aguirre Benavides? ¡Quién lo hubiera creído!... ¡Bizco traidor! ¡¿Y de Isabel Robles?!... Pero no: a ése me lo mal aconsejaron. Robles es bueno. Si volviera, lo perdonaría.

Abrió la puerta del saloncito; me hizo entrar por ella y pasó detrás. Allí me sorprendí de encontrarme con Rodolfo Fierro, a quien yo suponía aún en el camino. Villa exclamó al verlo:

—¿Conque ya está usté aquí?

Fierro se levantó del asiento y dijo, con arrogancia que se le tamizaba a través de su respeto medroso:

—Ahorita mismo llego, mi general.

—¡Bonitas cuentas trae, amigo! Mientras más lo pienso, menos comprendo cómo los han podido derrotar...

Fierro se dispuso a entrar en explicaciones:

—Pues verá usté lo que pasó. Al otro día de...

Lo interrumpió Villa:

—No, amigo; no me hable de sus derrotas.

Y dejándolo con la palabra en los labios, me encaminó, sujeto yo todavía por su brazo, hacia el pasillo que llevaba a su gabinete.

Nos sentamos el uno frente al otro, interpuesta entre los dos la mesita fija en la ventanilla.

—Usted —empecé, todavía obsesionado por las posibles consecuencias del telegrama de González Garza— conoce bien a Roque...

Pero Villa me detuvo al punto:

—No me hable de Roque, ya se lo dije. Esos enredos de ustedes a mí no me importan. Cuénteme lo otro: por qué Ulalio se echó al fin en brazos de la traición, por qué lo siguieron Robles y Aguirre Benavides... ¿Me entiende?

—Perfectamente, general.

Y entonces le relaté cuanto había pasado, aunque no según me constaba y lo sabía, sino como hubiera podido verse desde fuera, como si hubiese sido yo mero espectador de los sucesos. Así hablamos más de una hora: yo siempre sobre ascuas; él pendiente hasta de mis frases menos significativas, hasta de mis gestos menores. Por momentos me interrumpía con exclamaciones ingenuas:

—¡No me lo diga!... ¿Pero es posible...? ¡Qué lástima que no le tuvieran más confianza a usté: la que les hubiéramos hecho!...

Y en todo iba manifestando la rabia de que lo hubiesen engañado y dejado, no la contrariedad de sentirse por eso menos fuerte:

—Ya verán, jijos de tal, ya verán a dónde llego. Ni uno tan siquiera ha de escapárseme...

A media plática pidió la cena y me invitó. Con grandes trabajos logré excusarme. Esa noche la cena era más frugal que otras: dos vasos de leche y un trozo de camote asado. Mientras él comía, yo seguí hablando. Los nombres de mis amigos le arrancaban, entre sorbo y sorbo —la mirada puesta siempre sobre mí—, juicios y observaciones llenos de ira:

"De ese Vasconcelos ya sabía yo que no era más que un intelectual traidor."

"¿General Blanco? ¡Nada de general! Mero relumbrón y titiritero."

"Eugenio, ya se lo dije, es el peor de todos, el más falso. A él se debe lo de los otros... ¿Y sabe usté que también Luisito me la ha hecho? Lo

veo y no lo creo. Pues ¡¿quién, señor, quién en toda su triste vida lo trató mejor que yo?!"

"A Ulalio lo culpo menos. No era mi amigo. Me la cantó y me la hizo. Estaba en su derecho de hombre. ¿Pero los otros? ¿Los del engaño?"

Cuando concluyó de cenar se puso en pie. Así escuchó lo poco que me quedaba por contarle. Luego dio dos o tres pasos en la estrechez del gabinete y se quitó el sombrero para cambiarlo por otro que pendía de la percha. Los pliegues del *sweater* se le reacomodaron al estirar el brazo: asomó la canana, corrieron reflejos de luz artificial desde el rosario de las balas de acero hasta las cachas de la pistola; la cadera viril mostró su juego en plena fuerza.

Acercándome a él, le dije:

—Bueno, general...

—Sí, licenciado —contestó—; vaya a tomarse su descanso. Y ya lo sabe: desde esta noche se queda aquí conmigo. Ahorita mero mando que le preparen el gabinete que ocupaba Luisito, porque usté, en lo sucesivo, va a ser mi secretario. ¿O tiene algún obstáculo? Hábleme como los hombres.

Otra vez mi vida estaba pendiente de un cabello; pero era inevitable correr el albur hasta lo último.

—Sólo le pido a usted una cosa, general.

—Dígamela luego lueguito.

—Mi familia salió de México en el último tren de pasajeros. Si está en Chihuahua, no lo sé. Acaso se encuentre en El Paso... Yo quisiera... de ser posible... que me permitiera usted... ir en su busca...

Villa inclinó el rostro sobre mí. Me miraba con fijeza; de nuevo me tenía cogido por las solapas. Guardó silencio por breves segundos y luego me dijo:

—¿También usté me va a abandonar?

Creí ver pasar la muerte por sus dos ojos.

—Yo general...

—No me abandone, licenciado; no lo haga, porque yo, créamelo, sí soy su amigo. ¿Verdá que no se va para abandonarme?

—General...

—Y vaya en busca de su familia: se lo consiento. ¿Necesita recursos? ¿Quiere un tren pa usté solo?

Entonces respiré.



A las diez de esa misma noche salió el tren hacia El Paso. Villa había venido a acompañarme hasta el pulman. Había subido a la plataforma y le había dicho al conductor:

—Oiga, amigo: este señor que va aquí es de los míos. ¿Me entiende? De los míos... Me lo trata bien, que si no, ya me conoce. Nomás acuérdese de que fusilo...

—¡Ah, qué mi general! —había respondido el conductor con risa nerviosa.

Y Villa me había abrazado de nuevo antes de saltar a tierra.

Ahora el tren corría, veloz entre las sombras de la noche. ¡Qué grande es México! Para llegar a la frontera faltaban mil cuatrocientos kilómetros...



Títulos publicados

1 **La isla que se repite**
Edición definitiva
Antonio Benítez Rojo

2 **La balsa perpetua**
Soledad y conexiones de la cultura cubana
Iván de la Nuez

3 **A la sombra del mar**
Jornadas Cubanas con Reginaldo Arenas
Juan Abreu

4 **69**
Memorias eróticas de una cubanoamericana
Marcia Morgado

5 **El mar de las lentejas**
Antonio Benítez Rojo

6 **Celebraciones y otros fantasmas**
Una biografía intelectual de Alvaro Mutis
Eduardo García Aguilar

7 **Las hijas de los conquistadores**
Mujeres en el Virreinato de Perú
Luís Martín

8 **Paso de los vientos**
Antonio Benítez Rojo

9 **Invención de La Habana**
Emma Álvarez-Tabío Albo

10 **El águila y la serpiente**
Martín Luis Guzmán

En preparación
El asco. Tres relatos violentos
Horacio Castellanos Moya

Martín Luis Guzmán

EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

Max Aub: una obra maestra que entreteje los fundamentos del género: relatos, crónicas, impresiones, memorias, que forman un libro clásico en cuanto a fondo y forma, y proporciona la clave para entender lo que fue la Revolución en su período agudo.

A medio camino entre el libro de memorias, la novela y el documento histórico, *El águila y la serpiente* recorre los entresijos de la revolución mexicana a través de los ojos de Martín Luis Guzmán. Con impecable prosa y una inalterable honestidad, el autor nos presenta un fresco histórico que trasciende su carácter autobiográfico para entrar de lleno, sin concesiones, en el análisis político y sentimental de un episodio ineludible de la historia mexicana. Todo ello con la inteligencia y la elegancia de uno de los más destacados prosistas de la literatura hispanoamericana de este siglo.

ISBN 84-95446-05-7

